

AGUSTÍN YÁÑEZ

LAS VUELTAS DEL TIEMPO



de

AGUSTÍN YÁÑEZ

LAS VUELTAS DEL TIEMPO



Escrita inmediatamente después de *Al filo del agua*, esta polinovela —concierto de historias y personajes imaginarios, algunos de los cuales: María, Jacobo, Damián, vienen, a *las vueltas del tiempo*, de otros relatos y alternan con figuras y sucesos verídicos— sigue un ritmo diametralmente distinto. Como eje del relato aparece un símbolo dialéctico que congrega en su muerte y funerales dispares posiciones, en busca de síntesis: más que protagonista, viaducto de controversias, que aspiran a representar no sólo el devenir de un pueblo sino también lo inespacial y extratemporal de la historia como eterno retorno. Compendia, en una tarde, los ideales, concupiscencias y todo género de pasión que, por siglos, ha padecido el hombre y que —progreso contra retroceso— lo hacen avanzar en su destino. La composición sigue dos movimientos: uno *ascendente* que culmina en el capítulo «La última morada», y otro *descendente*, que pone término a la ficción.



Agustín Yáñez

Las vueltas del tiempo

ePub r1.0

IbnKhalidun 19.10.15

Título original: *Las vueltas del tiempo*
Agustín Yáñez, 1973

Editor digital: IbnKaldun
ePub base r1.2



Ocasión y principio

El 20 de octubre fue sepultado el cadáver del general Plutarco Elías Calles.

Antes de las tres de la tarde los concurrentes al duelo se aglomeraban en la residencia funeraria y los curiosos invadían las aceras.

—Yo no iré, porque aunque soy liberal como pocos de los muchos que presumen serlo, no soy borrego; que me cesen, pero yo no voy —toda la mañana, desde que recibió la orden, masculló su decisión.

Sin embargo, a las dos y media llegó a la cita, todavía batallando entre retirarse o hacerse presente a su jefe y a sus compañeros.

—Lo que da coraje son los modos de mandarlo a uno como si fuera títere. Yo, de mi cuenta, con mucho gusto habría venido sin que me lo mandaran. Desde ayer, cuando supe la noticia, pensé venir. No soy de los que han claudicado por conveniencia. Soy liberal de hueso colorado, a pesar de todos los pesares. Por eso fui callista y sigo siéndolo. Pero que un reaccionario más o menos emboscado quiera quedar bien, obligándonos a lo que no tiene derecho de mandar, es lo que yo no tolero. Ahora mismo yo me voy, contra mi deseo de honrar a un gran liberal. Ante todo está mi dignidad.

Unos golpecitos lo sacaron de su inactiva cavilación. Volvió el rostro.

—¿No diz que no vendría?

—Y usted, ¿ya tan pronto perdonó agravios?

—¿Cree usted eso? Ni que no me conociera, ni supiera mi vida. Yo por lo que al fin vine fue por encontrarme con tantos logreros que andan aquí presumiendo de revolucionarios, y para echarles en cara mis canas de veterano, a ver si les da vergüenza comparar su gordura de hombres hartos

y sus vestidos catrines, con este muerto de hambre, que vive de milagro, y eso que pocos tienen una hoja de servicios revolucionarios como la mía.

—Precursor ¿no?

—De los primeros en echarse al campo con una mala carabina, cuando decían que Madero estaba loco. La Revolución es lo más grande que ha pasado en la historia de México, aunque tengo mucho que sentir, no digo de la Revolución, pero de muchos que abusaron de sus fines. Ponga usted que ha habido chorro de desviaciones: los fines que buscábamos, ya nadie los discute: tierra para campesinos, garantías para trabajadores, cortar alas a los ricos, queriendo ser parejos en el disfrute del país. Por esto me dan ganas de ahorcar a estos militaritos de banqueta y a estos politicastros, a los que no se les cae de la boca la palabra Revolución; míreles, ¡punta de avorazados! Y usted... ¿cómo cambió de opinión? ¿El huesito?

—General, me ofende; ¿cómo puede pensar que un empleo de la patada, indigno de una gente como yo, me haga fuerza? Usted me ofende...

—Entienda de bromas. Mire quién va entrando: ¿lo conoce?

—Qué descaro venir aquí.

—Descaro el de que apenas lo ven, mire cómo corren a saludarlo; mire qué de caravanas.

—Ni uno ni otros tienen vergüenza. ¡Lambiscones!

—No sé cómo este sujeto pudo escapárseme dos ocasiones. A más de traidor, siempre ha sido cobarde; antes que a Calles traicionó a Serrano; más antes a Carranza: fue una de las veces que estuvo en mi mano tronarlo y le perdoné no sé si por lástima o desprecio; cuando descubrimos que conspiraba, quiso huir disfrazado de vieja, y al verse perdido se me abrazó de rodillas llorando y suplicando que le salvara la vida, que revelaría todo el complot y los nombres de los comprometidos, que haría lo que le pidiera, que tomara yo a su mujer y a sus hijos en prenda. ¡Miserable! Me dio asco y lo solté, sin aceptarle nada de lo que ofrecía. Más tardó en verse libre, que juntarse con los obregonistas.

—Después de lo feo que se portó con el general Calles, el presidente Cárdenas lo revalidó.

—Y ahora es de los que hablan horrores de don Lázaro, contra el que siembra miles de suspicacias.

—También fue cedillista ¿no?

—¡Claro! Y cuando vio la cargada, como siempre, fue de los anticedillistas encarnizados. Eso sí, es cruel, como todos los cobardes. La otra vez que se salvó en una tablita de que yo lo fusilara, fue cuando la campaña de occidente, allá en junio de 1914... pero ¿qué tiene? ¿miedo de que lo vean conmigo? Está usted nervioso, muy inquieto.

—No. No. Es que no sé si quedarme o irme, Vine no más porque soy liberal y... a pesar de todo lo que usted tenga que sentir del general Calles, no podrá negarme que por lo menos en la lucha contra el clero fue un liberal de los grandes, y que ahora más que nunca tenemos que levantarlo como bandera de lucha...

—Mire, lo vamos a discutir después; pero entonces ¿por qué quiere irse?

—Para que no vayan a decir que vine porque me lo mandó el jefe de la oficina. Da coraje que anden con esas cosas.

—¿Y cuando Calles hacía sus manifestaciones?

—Allí era donde los empleados debieron probar, como se viene diciendo, que la mayoría del pueblo es católica y que repudiaban las leyes callistas; en vez de eso, con pocas excepciones, iban como borregos para salvar la chamba y eran muchos los que se perecían por demostrar su anticlericalismo. Esos que ahora vuelven a ser muy beatos y poco antes dragoneaban de comunistas, en tiempo de Cárdenas, y se burlaban de nosotros los liberales, llamándonos atrasados y reaccionarios. Bueno, general, francamente yo estoy aquí muy a disgusto; comienzo a ver las caras odiosas de algunas gentes de la oficina y aquél, fíjese, junto a la escalinata, ese fifirucho amanerado, el correveidile del jefe, acaba de mirarme con burla; si no fuera por otra cosa, por el gusto de no ver esa cáfila que la necesidad me ha enjaretado como compañero me retiraría y, con su permiso, me retiro. Como acto de presencia en honra del jefe, ya cumplí.

—Ya también lo vieron.

—¿Qué quiere decir con eso?

—Digo que ya pasó de presente usted ante sus correligionarios los liberales.

—Mi conciencia es la que queda satisfecha. ¿Liberales? Creo que ya no los hay o ya casi no nos conocemos entre nosotros mismos: abundan los convenencieros que todo lo confunden y se dicen liberales cuando les tiene cuenta, sin perjuicio de que luego aparezcan como clericales o como comunistas.

—¿Entonces a mí cómo me clasifica?

—Yo creo que usted sí es liberal de los buenos, ¿no?

—No. Yo soy socialista. De los soñadores.

—¿Idealista? Entonces no comunista. Más bien liberal. Con su permiso, me voy. ¿Qué horas tiene?

—Pero ¡cómo se burla de un viejo arrinconado que hace años no tiene más reloj que los de las calles! ¡El destino de las gentes honradas de México: vivir en la miseria!

—Dispense, general.

—Ahora ya no hubo remedio: aquí viene uno que lo busca.

—Juaritos, ¿desde a qué hora llegó? El jefe andaba preguntando allí que quiénes habían faltado, que si usted vino; el señor González le dijo que sí lo había visto y yo lo andaba buscando para que se hiciera presente con el abogado, que acaba de entrar a hacer una guardia, ¿no lo vio pasar, ahora que llegó el Presidente? Vamos, Juaritos.

—Oiga, señor Pérez, en primer lugar, ya sabe que no me gusta que me llamen como usted me llama. Recuerde mi nombre: Pablo Juárez, Juárez, nada de diminutivos.

—Hi... hi...

—Y nada de risas. Le presento al general Damián Limón, de la antigua guardia revolucionaria.

—Servidor de usted, señor general. Perdona las bromas que le estaba dando al camarada Juárez... rez.

—En segundo lugar, yo vine por mi propio gusto, porque fui, porque soy callista, y no porque nadie me lo mandara, ni para ser visto de nadie. De modo que no tengo por qué hacérmele presente ni al jefe ni a González.

—Lo importante, con perdón de ustedes, fue que haya venido. El abogado no hace distinciones que si por deber o por lo que sea. Me da gusto. Con permiso. Mucho gusto, general, téngame como su servidor.

—¡Lambiscones! ¡Aborrecidos! ¡Y pensar que todos éstos han ido saltándome en los ascensos, a mí, que soy el más antiguo en la oficina y acaso en la Secretaría!

El movimiento en la calle y en los jardines iba creciendo. Unos bajando y otros pugnando por subir, la escalinata principal de la casa estaba congestionada. Invadiendo los prados, buscando la sombra de palmeras y árboles, en el dilatado jardín se habían formado innumerables tertulias con gente de toda condición: caballeros y damas elegantes, militares uniformados, tipos de inconfundible profesión política, en toda la gama de sus apariencias; ni faltaban las gentes de clase media y los humildes, las modas flamantes y las anacrónicas, los buenos y los rudos modales.

—Don Pablo, ya no podrá salir usted fácilmente. ¿Quiere mejor que nos apartemos a un extremo del jardín donde podamos ver a nuestras anchas esta revoltura de gentes?

—Como usted quiera, general. Oiga no más que pláticas tienen: allí, aquel grupo de señoras que parecen artistas, hablan de juego; éstos, que han de ser banqueros, tratan de negocios; los empistolados, que estaban estorbando el paso, ¿los oyó? que si van a quemar al candidato fulano en Aguascalientes, que si hay tapado en las elecciones de Yucatán...

—Si viera esto un cura que había en mi pueblo, cuando yo era chico, diría que es el valle de... de... donde dicen que se juntarán los muertos el día del juicio; no me acuerdo qué pamplinas.

—Lo que a mí se me figura esto es la revoltura de monotes pintados en la escalera de Palacio, donde pusieron juntos a los liberales con los conservadores, a los porfiristas con los revolucionarios, y hasta los conquistadores y los frailes, quemando a unos monigotes.

—Ándele, ándele: por allí va la cosa. De muchas de estas gentes conozco la vida y milagros; los de otras me los imagino, y quisiera saber los de los demás: por ejemplo, esa mujer tan extravagantemente vestida, que parece mujer de mundo y, al mismo tiempo, monja.

—¿Esa de cara como de muerto, que no se sabe si viene vestida a la última moda o como se vestían en tiempos de la Inquisición? Sí. Ésa la conozco mucho por la prensa y por conversaciones. Usted también seguramente. ¿No ha oído hablar de Virginia de Asbaje?

—¿Virginia de Asbaje? ¿Virginia de Asbaje? ¿Una que era cómica en los años de la Revolución, muy famosa?

—La misma.

—No puede ser. Aquella yo la conocí en una de las juergas que hacíamos cuando llegamos en 14 a México. Pero este cuerpo de lombriz...

—Ella es. Yo la vi un día en la oficina, que andaba tratando de que devolvieran unas fincas al clero. ¿No sabe que se hizo muy mocha? Primero le dio por escribir, por fundar grupos culturales, por ayudar a los artistas. Luego se dijo que iba a entrar a un convento. He oído decir que tiene chifladuras muy raras. Cuando uno la ve, se da cuenta de que sí puede ser cierto. ¿Qué estará haciendo en el entierro del que la tuvo presa muchas veces?

—¿Presa?

—Por cristera. Les llevaba pertrechos a los fanáticos y aquí en México era una de sus agentes más activas. Lo supe muy bien por amigos que trabajaban en la Inspección. Y a propósito: ¿ve usted a ese hombre del traje gris, que se halla medio recostado en la reja, espionando hacia todos lados?

—Tiene todo el tipo de agente de la reservada.

—Sí, fue uno de los polizontes más encarnizados contra frailes y beatos, y le gustaba presumir las torturas que les daba en los calabozos y la lista de los que se había escabechado, como usted dice, o de los que él había mandado derecho al cielo, como le gustaba decir. Bueno: ¿creerá que fue de los que participaron más activamente cuando el general Calles fue aprehendido y desterrado? Eso no es lo más: ahora en el guato del doce de octubre, fue uno de los agentes destinados a cuidar la vida del Cardenal que vino, y me han dicho que lo hizo con tanto empeño como si hubiera sido guardia de esos del Vaticano; por allí los periódicos de la otra semana publicaron un retrato en que este tipo sale de rodillas besándole la mano al Cardenal.

—Si le digo que este mundo es como baile de carnaval: una bola de gusto, y que aquí estamos como en un teatro.

—Realmente como en un teatro: ¿qué diferencia encuentra entre esos hombres tan elegantes, tan correctos, y los científicos del porfirismo? Quién

sabe si no más que aquéllos eran unos pobres en comparación con las fortunas de éstos.

—No me toque esa cuerda, Juaritos... perdone: don Pablo. Y no me negará que fue a la sombra del callismo como comenzaron a amasarse tantas fortunas, ni tampoco que se ha formado una... ¿cómo le dicen... ¿aristocracia?... sí, meritamente igual a la porfirista; por eso los ricos callistas no pueden ver a Cárdenas, que trató de hacer efectivo el verdadero programa de la Revolución.

—¿Y los ricos cardenistas, o los cardenistas enriquecidos?

—No le sigamos, amigo. Por eso, como dice un compadre: ya ni en la paz de los sepulcros creo. Mascándome por dentro la rabia, cada día me afianzo en mis ideas socialistas, que fueron las ideas de nosotros, los primeros revolucionarios. Es lástima que no hubiera llegado a la presidencia, después de Cárdenas, mi amigo el general Múgica.

—¡Ay! no, general, perdóneme: ¿a dónde hubiéramos ido a dar?

—No es al primero al que le oigo decir eso. Entonces caigo en cuenta de lo reaccionario que sigue siendo México. Pero, francamente oírsele a usted, un hombre al que tan mal han tratado todos y que nada tiene que agradecerle a nadie, un postergado como usted, más postergado que yo, pues al fin y al cabo yo tuve mi buena época, y con los méritos de usted, liberal como pocos, me extraña mucho. Yo no encuentro entre los hombres de la Revolución, y vaya que conocí a los mejores, quién se parezca más que Múgica a don Francisco Madero. Eso que hizo a las gentes llamarlo apóstol. Mi amigo es un apóstol del socialismo y ni los años, ni los puestos han hecho que cambie.

—¿No decían que Madero estaba loco? También lo dicen de Múgica.

—Precisamente.

—Sí, Múgica haría lo mismo que Madero: con perdón de usted, extravagancias. Ya lo vimos ahora que fue Ministro. ¿Sabe usted las obligaciones que impuso a sus empleados?

—Ya lo pensaba yo: usted es un porfirista rezagado: Ni qué hablar, Juaritos. Lástima de su apellido.

—Ni soy porfirista, ni hay para qué se disguste, general. Es una conversación. ¿Quiere que le diga? Pero atiéndame sin enfurruñarse: yo

realmente no pertenezco a ningún *ismo*; me siento superior a todos los partidos y a todos los personajes. Ya se lo he platicado alguna vez: años y años esperé que me hicieran justicia, esperé la oportunidad para demostrar quién soy y de lo que me siento capaz. Todavía cuando se reveló el general Cárdenas, pensé que habría llegado mi oportunidad para salir a la vida pública y hacer sentir mis ideas de gobierno nacional. Yo creo que nunca me he entusiasmado como cuando la expropiación petrolera. Yo siempre había soñado con hacer algo parecido, quién sabe si algo más. Entonces formulé meditados estudios y muchas ponencias para resolver pronto y bien los complicados problemas del país. Quise ver al Presidente; yo estaba seguro de que si me recibía, me comprendería, conseguiría su confianza y me daría la oportunidad esperada. Después de tantos años, era el que sabía, el que sentía, el único que podía cumplir las demandas de volver a la pureza indígena, echando abajo las trancas y hasta las montañas que se presentaran. Si a eso llaman fe, lo acepto, aunque la palabra suena mal a un librepensador, como yo soy. Siempre, siempre, yo he visto a México en mi condición de indio. Por eso yo nunca podría equivocarme, yo no fracasaría en dirigir la marcha del país. Yo soy cruel como nuestros dioses, astuto, fuerte como ellos, providente y sabio. Cuando niño, allá en mi sierra, sin contaminarme con el idioma, con las costumbres, ni con las ideas de los blancos, brincaba mi sangre y oía que me hablaban desde arriba, quién sabe quién, pero con claridad. Ahora estoy cierto: nuestros dioses destronados, que piden venganza y vivirán reclamándola. Es necesario, para que México sea México. Aliado a la causa de mis dioses, o si quiere: de mi sangre, yo me siento invencible, porque me hallo libre de contagios ajenos. Entonces, ¿cómo he de ser yo sino partidario de mí mismo, del destino que represento? En varios hombres públicos reconocí detalles de lo que yo he podido y podré ser. Ésta es la verdad. Todos, desde Moctezuma, dejaron de oír la voz de nuestra sangre, creyeron en supersticiones, tuvieron miedo al extranjero. Yo, yo soy, seré fiel a la tierra... pero todos y todo se confabulan para postergarme. Tienen miedo.

El hombre hablaba ensimismado, como si hubiera perdido la noción del sitio y del interlocutor; éste fijaba la mirada sobre la fisonomía indígena, los

rasgos hieráticos, los ojos perdidos en el vacío. Tras una pausa, concentró la mirada:

—Usted, general, se ha referido a mi apellido. Créamelo: no es presunción: lo llevo en lo más hondo de mí; pero ¿quiere que le hable con sinceridad? Yo me siento capaz de ser hombre de gobierno más grande, o al menos prolongar y acrecentar la obra de Benito, si me dieran oportunidad. Llevo su sangre; pero yo, permítame ser terco, repitiéndolo —nunca será bastante—, y no es presunción, se lo aseguro, se lo garantizo: yo no he dejado de oír y seguir los dictados de mi tierra, de mi gente. Benito, a las primeras de cambio se fue con los blancos, estudió y defendió sus leyes, en lugar de revivir y, a como diera lugar, imponer las nuestras; no se apeó la levita y esa clase de sombrero que usan los muy catrines; luego, los gringos...

—Oiga —tronó el viejo milite—, párele, amigo. Porque ha de saberlo: antes que todo soy y seré juarista de hueso colorado; si algo me sulfura en la vida es oír que se hable mal del Benemérito, el hombre más grande que ha dado México. ¿A dónde iríamos a dar, si ustedes, los liberales a la antigüita; nosotros, los socialistas; juntos, en fin, los masones —porque usted ha de serlo y tiene que serlo—, si nos uniéramos al odio feroz, a la guerra sin cuartel de la mochtanga contra el Benemérito? No soy hombre de muchas entendederas; pero encuentro muchos disparates en lo que usted ha dicho: ¿qué tiene que ver lo del vestido? ¿por qué no anda usted con taparrabo y plumas, si se siente tan indio? Siempre oí decir que «hábito no hace monje», y «aunque la mona se vista de seda mona se queda»; el Benemérito era Presidente de todos los mexicanos, no nomás de los indios; yo soy ranchero y me gusta vestirme de charro, como me vestí de «norteño», de militar, de catrín, cuando pude, y no por eso soy menos mexicano y más que muchos miles, como lo pruebo, ya lo dije, con mi hoja de servicios, con mis heridas en campos de batalla.

La exaltación iracunda del ex general impedía los intentos del burócrata para responder.

—Tampoco sé cosa de historias, fuera de las que yo he vivido; cuestión de leyes, esas llamadas de Reforma, ¿no hacen trinar a los reaccionarios, todavía, después de casi un siglo? En la Logia supe su importancia, que

después confirmé cuando en la Revolución las hicimos cumplir a sangre y fuego; son las Leyes reclamadas por el país, y no antiguallas de indios. Y ¿qué me dice del Benemérito al no perdonar al mentado Maximiliano, por más amenazas y peligros que de todo el mundo, y hasta de algunos colaboradores, le tupieron? Justicia nacional pura: quién sabe si como piensa usted: justicia de dios indio. No, amigo, no se ande metiendo con el Benemérito, ni menos por envidia o resentimiento.

—Me ha malentendido, general. Yo siempre he admirado y defendido a Benito. Sí, soy masón. Ya discutiremos las razones que usted pueda tener para su regaño. Lo que le quiero decir es que yo iría más allá.

Volvieron a entiesarse los músculos del rostro, a enajenarse los ojos maniáticos:

—Connmigo, la historia de México tendría caminos nuevos. Desde niño escuché voces que me anunciaban un gran destino. Salí a buscar su cumplimiento. Vine a la capital. Batallé. Sufrí. Esperé. Condescendí con las gentes. Creyeron arrollarme, desbaratarme, contentándome con empleo miserable, haciéndome pasar por la cesantía, burlándome, desesperándome. No, nadie podrá vencernos. Alguien heredará el destino a cumplir. Quién quite y todavía pueda yo mismo cumplirlo. En la noche me hablan mis dioses y me alientan. Yo nunca me avergonzaré de ser indígena.

¿Farsante? ¿demente? ¿marihuano? Más bien esto último; pero ¿a qué horas había chupado la yerba? Cierta solemnidad imponente, ya en la voz, venida de lejos, ya en la actitud: ídolo de piedra que hablaba sin labios, con seca resonancia. El acompañante comenzó a sentirse inquieto, impaciente; puso la mano en el hombro del sujeto; éste parpadeó varias veces, paseó la mirada en rededor, fijó la vista en el viejo revolucionario y, cambiando tono, dijo:

—Están tardando mucho.

—Luchemos por salir a sentarnos en una banca del Parque, allí, enfrente, mientras la columna se pone en marcha. ¿Podremos pasar la valla de soldados?

—¡Qué pregunta! La pasaremos.

—Bueno, general. Usted, como que me quiere decir algo.

—No. La verdad, sí. Quiero que me cuente su historia.

—No tengo historia. En todo caso, será la que vendrá; digo: el futuro. Mi pasado, así como mi presente, son pura esperanza.

—Refiérame algo de su vida.

—Se burlaría de mí, o cosa peor: me compadecería. Figúrese: cuarenta y ocho años de vil empleado en el Gobierno, siempre a la espera de que llegue mi oportunidad. Lo que hace rato me oyó, no se lo dijo un loco, ni un borracho. Es la verdad, sí.

—También soy un postergado, ninguneado. Más de veinte años de destierro, para volver a México y encontrar cerradas todas las puertas; como luego dicen: «si te vi no te conozco»; después de haber sido uno de los primeros que abracé la causa de la Revolución, en el mero noviembre de 1910. Pero empuje fuerte, amigo, si quiere que salgamos.

Difícil abrirse paso entre la muchedumbre agolpada en la puerta, en las afueras de la casa; sortear las maniobras de vehículos en batalla por colocarse dentro del cortejo.

El veterano advirtió que una dama le hacía señas desde lujoso automóvil. —*No es a mi* —pensó; trataba de proseguir, cuando escuchó:

—Dispense, ¿usted es Damián Limón?

—Sí, a sus órdenes.

—¿Ya no me conoce?

—No. Espere. Creo. Perdone, francamente no tengo el gusto.

—María... Micaela Rodríguez. ¿No se acuerda?

Descarga eléctrica sacudió al hombre.

—¡María! ¿Es usted María?

—En carne y hueso. Aunque muy vieja.

El hombre no acertó a decir más.

—No creo que vaya usted al entierro de su enemigo; pero si es así, ¿quiere venir conmigo? Nos acompañarán personas que le interesará conocer.

El hombre permanecía callado, víctima de ostensible trastorno.

—Parece que le molesta el encuentro. En cambio, a mí me da tanto gusto. Me agradecería conversar con usted. ¿Quiere venir?

—No puedo —la voz fue sorda, rencorosa.

—Ignoraba que viviera en México, Damián. Tome mi dirección y mi teléfono.

El hombre aceptó —autómata— la tarjeta, y mascullando algo apresuró el paso, ajeno al compañero que lo seguía.

El viejo mundo del pasado surgió en la ensimismada memoria del que fue cabecilla maderista, oficial del Ejército del Noroeste, figura del Constitucionalismo.

Atrás, los pasos del indígena rompieron el mutismo:

—¿Sabe? Una conocida del tiempo de la Revolución. Anduvo en la bola, desde el maderismo. Es de mi pueblo. Fue amiga de una novia. Creo que se casó con un político. No había vuelto a saber nada de ella. Qué sorpresa.

—Rica ¿no?

—No será raro.

—¿Micaela se llama?

—¡No! ¡No! ¡María! Fue una ocurrencia... sin chiste.

—¿Nos sentamos en esta banca del Parque para ver la salida del entierro?

—No. Mejor nos adelantamos al Panteón para seguir viendo allí la comedia.

—¿Cuál comedia?

—Con respeto al difunto, digo la comedia de las gentes, que de todo hablan, menos del muerto. Pura curiosidad. Puro interés. ¿No decía usted que esto se parece a las pinturas del Palacio Nacional?

—Y para que nada falte, apareció ya la generala.

—Señor Juárez: le prohibo terminantemente que hable una palabra más del encuentro que tanto me ha contrariado. Tengo mis razones.

—Dispénsame la guasa. No lo hice con mala intención. Vamos, pues, al cementerio.

Los gusanillos de saber quién era la elegante señora tan afectuosa con su amigo y por qué un hombre tan jugado sufrió semejante choque con el encuentro, se apoderaron de Juárez. Le parecía que la decisión de ir al cementerio se inspiraba en el deseo de ver nuevamente a la dama, ya repuesto de la sorpresa, que fue gancho directo al corazón.

—Pero yo... no tengo dinero para el coche.

—No se preocupe, general. Pagaré la dejada.

En el reloj de la Coronación sonaban las tres de la tarde.

El eterno retorno

—Desde que no trabajo las *fuentes* de Palacio no he podido volver a tomar con ustedes la copa y a jugar una partidita de dominó. ¿Se siguen juntando todos los días? A ver si un sábado les caigo. ¿Qué tal Juaritos: todavía lo traen de puerquito?

—Por aquí anda. Mírelo, va saliendo con ése de tejana.

—Ya lo vi. Como que quiero conocer a ese hombre.

—Don Pablo me lo presentó hace rato: diz que general, aunque no tiene trazas. El general... el general... parece que Limón: ¿Daniel? No. Demetrio, tampoco...

—Ha de ser... aquí tengo el nombre... sí, él es, ¿dónde tenía la cabeza para no acordarme? Lo conocí muchísimo cuando entró a México don Venustiano, el año de catorce. ¡Damián! Damián Limón: eso es.

—Eso es.

—¡Famoso! Era entonces coronel. Muy amigo de los Estrada, de Natera, de Buelna, de Lucio Blanco y de Murguía. Comenzaba yo a hacer pininos en el periodismo y nada me gustaba más como arrostrar los peligros de ser amigo de los conquistadores de México y andar con ellos a toda hora, en todas partes. ¡Aquello era vivir una vida nueva, en un mundo desconocido! Este coronel Damián Limón era terrible: contaban que ni su padre se le había escapado: ¡una puntería! Vaya, búsquemelo por favor, dígame que quiero platicar con él. ¿En cuál asonada le tocó la de perder? Hace muchos años. Localícemelo.

Un hombre vestido con insolencia se acercó al periodista:

—Amigo Cumplido: ¿ya tomó nota de mi nombre para que no deje de salir mañana en el periódico? Llegué con el señor Presidente.

—Yo no hago sociales, diputado. Por allí anda Rosario Sansores para que reseñe su fantástica corbata y esos zapatos ultradinámicos.

—¿Así de fuerte nos llevamos?

—Ya en serio, me da gusto encontrármelo: usted es una de mis mejores fuentes políticas: ¿cómo va la campaña? ¿se le hace lo de la senaduría?

—Permítame; antes de que se me olvide: no le había dado las gracias por su referencia en la columna del martes pasado.

—Entre amigos no hay nada que agradecer. Ya sabe que lo estimo y estoy a sus órdenes para servirlo. ¿Vio a Padilla? Entró hace rato.

—Está perdido, con todo y sus gringos.

—Por sus gringos precisamente.

—Bueno, Cumplido, lo invito a una copa después, tengo cosas que le interesan. Lo del Senado va bien. ¿Quiere que nos veamos en la cantina del Regis, como a las siete o siete y media?

—Hecho.

—Perdone que lo deje. Tengo que hablar con varias gentes, aprovechar la oportunidad. Al que se duerme, se lo lleva...

Llegó en ese momento el que había ido en busca de Damián Limón.

—Por ninguna parte los encontré. Se han de haber ido. Esta mañana, Juaritos juraba y perjuraba que no habría de venir. El miedo no anda en burro. Pero apenas consiguió que lo viéramos algunos de la oficina, se fue. ¡La embromada que le vamos a dar mañana!

—Oiga ¿y todavía se cree una especie de Benito Juárez frustrado?

—¡Cuándo se le ha de quitar la chifladura! Volviendo a lo del general ese: Limón, cuénteme...

—Espéreme un minuto, voy a saludar al Gobernador de Guanajuato. Venga conmigo, si quiere.

Seguía llegando gente. Los mozos de la funeraria iban sacando las coronas, cada vez con mayores dificultades.

—¿Qué tal, señor Gobernador? ¿Qué dice el juego? Hace días que no lo veo por el frontón.

—Hombre, Cumplido, ¡hablar aquí de esas cosas! Muy interesante su columna política. ¿Recibió mi cheque de la otra semana?

—Sí, gracias. Necesito material para mañana. Quisiera soltar alguna bomba grande.

—Ahora no podemos hablar. Voy a ver si puedo hacer todavía una guardia. Me retrasé muchísimo. ¿Ya llegó el señor Presidente?

—Hace rato. Lo buscaré a la noche ¿quiere?

—¡Magnífico, amigo Cumplido!

Tres, cuatro personas llegaron a saludar al periodista.

—Usted conoce a todo México.

—Al revés y al derecho. ¡Treinta años de periodismo! Y desempeñando las fuentes políticas más importantes: Presidencia, Gobernación, Guerra, Inspección de Policía, y con una suerte: me ha tocado estar en todos los acontecimientos ruidosos, desde la Decena Trágica, muchas veces sin proponérmelo y otras venciendo las mayores resistencias; he tratado a personajes de toda categoría y he convivido íntimamente con algunos de los más famosos; por pura amistad o por el miedo a la prensa, he conseguido el secreto de muchas vidas y de sucesos que todavía para muchos resultan inexplicables. ¡Bonita vida la del periodista! No digo ahora que estamos en paz: lo bueno era cuando uno tenía que andar entre las balas o en riesgo de que algún milite amigo tuviera la puntada de dispararnos para divertirse. Lo que se llama «meterse entre las patas de los caballos». ¡Qué derroche de energías y de dinero! ¡Vivir sin freno! ¡Tener que acomodarse a tipos antagónicos! ¡Uh, si pudiera escribir mis memorias! En tiempo de la lucha religiosa tuve las fuentes de Gobernación y de la Inspección; era yo amigo del general Cruz y al coronel Tejada lo había tratado desde que yo era estudiante, en Jalapa, mi tierra.

Nuevos saludos interrumpieron varias veces la conversación.

—Le digo que usted es muy popular.

—El todopoder de la prensa.

—Eso aparte. Usted tiene un carácter muy accesible.

—No quisiera tenerlo a veces. Me acuerdo cuando el general Palomera López me hizo de sus confianzas y me invitaba para que lo acompañara en las noches: —«Usted es muy célebre —me decía—, usted me cae bien y quiero que nos divirtamos un rato». A lo que nunca me he acostumbrado es

a ver morir gentes, ¡y vaya que me ha tocado ser testigo de fusilamientos, asesinatos y combates a montón!

—¿Al padrecito Pro?...

—No me hable de eso aquí, por favor. Le decía que conozco tan bien a todos los señorones y señoronas que usted está viendo en este momento, y he conocido tanto a todos los personajes más importantes de la vida de México: presidentes y obispos, hombres de negocios y líderes, intelectuales y patanes, cómicos y toreros, esbirros y criminales, prostitutas y ¡todo lo que usted quiera! que a veces me pongo a pensar que yo he vivido completa la historia de México, sin faltarle ni sobrarle detalle. Para mí es como si hubiera conocido a Santa-Anna y a Juárez, a Maximiliano y a Iturbide, a Hidalgo y a los virreyes, a Cortés y a Cuauhtémoc... Oye, ven acá, licenciadillo sin clientela, mira cómo sales de la apretura.

Se les acercó un joven que a duras penas había bajado la escalinata.

—Es que anduve curioseando allí dentro, Cumplido.

—¿Curioseando, politiqueando o enamorando?

—Se hace lo que se puede. ¿Y tú? ¿Echándoles el ojo a tus víctimas?

—De algo se ha de vivir. Siquiera de cazar moscas.

—Moscas y moscardones. Ahora sí comenzó tu agosto, con los chismes de las elecciones. ¿Ya das color? ¿Rojo?

—Rojo y no Gómez. Pero no me distraigas. Te hablé para que me oyeras una cosa que se me estaba ocurriendo y que algunas veces había pensado muy confusamente. Le decía a este señor... ¿se conocen?... perdóneme, no recuerdo en este momento su apellido...

—Pérez. Juan Pérez.

—Eso es, el señor Pérez, un gran empleado de Hacienda y antiguo villista ¿no? El licenciado Joaquín Lizardi, escritor, profesor ¿qué más? ¡un gran cuate! Bueno. Decía yo... a ver qué te parece... De tanto tratar toda clase de tipos y de haberme familiarizado con la vida de México en treinta años o más de periodista... «Yo a los palacios subí y a las cabañas bajé»... Tú sabes la intimidad que he tenido con personas importantes en las distintas esferas de la vida nacional...

—Déjate de parrafadas, que no estás ante tus lectores. Al grano.

—Al grano, gorrión. Eso me hace sentir que yo he vivido toda la historia del país. ¿Quién dijo: todo es uno y lo mismo? ¿o aquello de tu compadre Nietzsche: el eterno retorno?

—Sí, tu tío Schopenhauer, el de la rueda de Ixión.

—Hijión o Chopenditis. El caso es que se trata de una sensación padre, ¿o como la llamaré, señor académico?

—Matusalénica. Eufórica.

—Tú me comprendes, aunque yo no te entienda. Sí, es como haber vivido en los tiempos de Su Alteza Serenísima, o como emprender viajes al antojo, doscientos o trescientos años atrás, en alas de un gesto, de un ademán que vemos de pronto; al conjuro de un timbre de voz, de una manera de hablar...

—Mira ¡qué elocuente! Sigue, sigue.

—Por ejemplo, ya que hablé de Su Alteza Serenísima don Antonio López de Santa-Anna, bien lo conocerá y lo entenderá el que haya tratado al general Obregón, al licenciado Vasconcelos, al doctor Atl, al maestro Bassols; igualmente inquieto, vivaz, ágil, fascinante, desconcertante. No que en otros aspectos puedan recordar a tipos diversos. Bassols, por caso, también me representa...

—¿Y don Maximino?

—Muy mexicano, muy mexicano; pero es otra cosa.

—¿Te comprometes al estirar la lengua?

—El comprometido serías tú, con esos negocios que se té caerían. Mejor es no meneallo.

—No lo menelles, pues.

—Por mí, si quieres. En lo pintoresco, en lo jugador, aquel era lo mismo; pero tenía algo más, algo más fuerte. ¿Le seguimos? Porque podríamos hablar de Huitzilopochtli.

—O de Huitzilac, sitio de matanzas recientes.

—Lo mismo. Aquí el señor... el señor Pérez tiene un compañero de oficina que se siente Huitzilopochtli; admirador de Huerta, de Villa, en la medida que fueron implacables; pero se cree superior a ellos en cuanto no siguieron fieles a su destino. Es un tipazo: hace rato andaba por aquí. Aborígen puro. Creo que pariente del doctor Urrutia.

—¿Indio de Xochimilco?

—En la oficina nos dice que nació en Oaxaca. Eso sí: trabajó con Urrutia, en tiempo del huertismo.

—Estaba que ni mandado hacer.

—Te digo que sin salir de aquí podremos hallar las vidas paralelas de todos nuestros héroes y nuestros rufianes; habrá quien sea la viva persona de Pedro de Alvarado y de don Félix Calleja, de Vicente Guerrero y de don Santos Degollado.

—Esto sí no lo creo. Los héroes puros como Degollado son anacrónicos, fueron del tiempo romántico.

—Los hay. Los hay. ¿Quieres conocer, no uno ni dos: muchos? Espera un poco.

—¿Y Sor Juana? ¿Y la Monja Alférez?

—Y Fray Bartolomé de Las Casas. Y don Vasco de Quiroga. Sin faltar los tipos legendarios y novelescos. ¿No te decían en la escuela «Periquillo Sarniento»?

—Me decían. Pero lo eres tú.

—Conforme. Por eso conozco a todas las gentes, y ninguna conciencia, ninguna puerta, ningún círculo permanecen cerrados para mí, no digo ahora, sino en el más remoto pasado. Soy como un Diablo Cojuelo que sorprende todas las intimidades, aun las de Cortés y doña Marina.

—¿Te conoces a ti mismo?

—Almendrones para los preguntones. ¿Decías la Monja Alférez y Sor Juana? Te las voy a presentar. Pero antes: ¿qué te parece mi teoría?

—Muy vieja. Tan vieja como aquello de que la historia se repite. Andas lucido: inventas el Mediterráneo.

—Es otra cosa, otra cosa: la emoción del pasado en el presente.

—Hace ya mucho tiempo que se dijo también: vivir es recordar. Y Platón...

—Catedrático: ¿me permites?

—Además, esa idea de que aquí vemos la historia de México la he oído en este mismo lugar, por lo menos veinte veces.

—Lo que habrás oído es la repetición de lo que dije hoy en mi columna: con la muerte del general se cierra un periodo de nuestra historia.

—¡Oh! se me olvidaba que tú eres uno de los forjadores de la opinión pública, un excelso guía de la conciencia nacional.

—¿Chancitas?

—Pero si la idea no es original, te reconozco la viveza de la emoción. Debías escribir un libro. Palabra: es la primera vez que te oigo algo interesante, algo que puede ser apasionante: comparar a Obregón con Santa-Anna: díselo a don Aarón.

—Ya se lo he dicho. Pese a que se enoje, lo cierto es que podemos entender bien al cojo si conocimos al manco; sobre que no hay razón para enojarse con la referencia a un hombre que manejó al país casi medio siglo: por algo positivo sería, y no por lo que la pasión política nos hace olvidar y desfigurar los hechos. ¿Qué dirías si con algo de Cantinflas y algo de Bassols pretendiéramos entender cómo era Fray Bartolomé de Las Casas?

—Resucitarían los inquisidores para relajarte.

—¡Relajo! Pues ahora que te presente a Sor Juana...

—Ya sé, ¡blasfemo! ¡comparar a Sor Juana con alguna de las cultas damas que conocemos!

—Reserva tus juicios. Y es posible que hoy mismo conozcas, con la réplica de Sor Juana, la de don Santos Degollado, que te he ofrecido.

—¿Y la de Juárez? ¿Y la de Miramón?

—Si me das tiempo, los reuniré a todos. Por ejemplo, en tu casa, previa invitación a cenar. Me comprometo.

—Ya son más de las tres y esto no da trazas de comenzar.

—¿Tanta prisa tienes por ver otra vez a Comonfort? ¿No le hablaste ya cuando entró?

—¡Cumplido! ¡Cumplido! ¡Cuidado con la lengua!

—¿Ves cómo resulta efectiva mi teoría? Sin mentar a las personas, las reconocemos. ¿No miras aquí cuántos Félix Díaz, cuántos Migueles López, cuántos Piccalugas?

—Dime: ¿tú has venido a trabajar o a hacer teorías?

—No se oponen una y otra cosa. Yo soy ahora un columnista político. No soy un simple reportero, si es que lo dices porque no me ves tomar notas o interrogar gentes; a éstas las interrogo y me contestan con sólo verlas.

—Pero todavía tienes embutes en varias Secretarías.

—Y ahora en muchas otras partes que apenas te imaginas.

—Pues el día que escribas tu libro se te caerán todos.

—O me vendrán más. Así es el mundo. No faltará quién celebre que me sirva de don Lázaro para representar...

—No me toques a don Lázaro.

—¿Y a don Dámaso?

—Eres un reaccionario, como todos los llamados periodistas independientes.

—Llámame como quieras. Al menos te gustará que compare a don Maximino...

—Eres un convenenciero sin convicciones. No hace mucho eras el cronista de cámara y panegirista mayor del magnate. Paso que daba, ditirambo que le soltabas. Habías personificado en él a todas las virtudes.

—¿He dicho algo en contra? Me arrebataste la palabra cuando quería compararlo con...

—Deja de decir disparates, por favor, aquí, ahora.

—Hace poco tú eras el que sugerías el nombre. Por eso... Bueno: lo que te agradará es que te cuente cuál fue la primera vez que tuve con gran claridad esa sensación de vivir en el pasado: salía una mañana de Sanborns, después de desayunar... y a propósito, hace mucho, que no te veo allí, en la mesa de los banqueros comunistas ideólogo-políticos, ¿qué pasa? ¿reñiste con alguno de tus cofrades?

—Serías muy mal novelista con tantas interrupciones.

—Hombre: me has dado una gran idea: es estupendo pensar en una novela, nada menos que con el tema de la vida mexicana, desde los ídolos hasta Cantinflas, y cifrada en unos cuantos personajes representativos, invariables a través del tiempo. ¿Verdad, señor... Pérez?

—¡Colosal, señor Cumplido! Usted es un genio.

—Lizardi, tú que eres del oficio ¿qué te parece? No seas envidioso: confiesa que es una idea morrocotuda.

—¿Y por qué no empiezas mejor con la creación del mundo, con el diluvio, con la torre de Babel?

—En serio, dime qué te parece.

—Informe. Tendrías que partir de ideas preconcebidas, limitadas por la realidad histórica, y a ellas ajustarías el tema, el plan, los personajes y los episodios. No es así como se hacen las novelas. Yo creo que una novela no puede tener plan preconcebido. Hallado un asunto, uno o más caracteres, hay que abandonarlos a su destino; el novelista tendrá que seguirlos, intuyendo su lógico desenvolvimiento y facilitándoselos con el ambiente propicio. Es, por parte del autor, el género menos caprichoso. Tampoco creo en la novela histórica.

—No es eso lo que se me ocurre. Tú has dicho una cosa importante: intuir. Eso es lo que yo hago: a través del presente, intuyo con gran claridad el pasado; comprendo nítidamente la composición social de hace muchos años; no tienen para mí secreto las intrigas de los conservadores para lanzar a Iturbide o para traer a Maximiliano. Bien, esas pasiones dominantes a lo largo de nuestra historia, pero vividas en algunos tipos que podemos tratar ahora, pueden darnos el conjunto buscado.

—No me parece mal esto que dices, pero es tema lleno de dificultades y riesgos. Pueden aparecer los personajes simbólicos, las tesis, lo grotesco, la selva y el océano, ¡qué sé yo! Y eso es la negación de la novela. Por lo menos es plan ambicioso.

—Sin ambición y sin riesgos, ninguna empresa vale la pena. Lástima que mis ajetreos periodísticos hagan imposible pensar en serio la realización de una obra que, como tantos de mis proyectos, me fascina unos cuantos días, para luego echarlos al olvido. Sería la mejor forma de expresar esa emoción de que te he hablado. ¿Por qué no tomas el asunto? Te lo regalo generosamente.

—¿Por quién me has tomado? Yo soy gente seria para ocuparme de bagatelas. Tiempo quisiera tener para escribir mi tratado de Derecho Político.

—¿Derecho y político? Entonces ya sé por qué no te reúnes con los políticos izquierdistas de Sanborns. ¡Ah! te contaba: salía una mañana, después del desayuno, y pasé frente a San Francisco; me llamaron la atención varios grupos de señorones vestidos a la usanza porfirista; unas señoronas empingorotadas, cubierta la cabeza con largas mantillas negras, el pecho y el cuello recamados de joyas, las manos enguantadas, los zapatos

estrechos y puntiagudos, la fisonomía rancia, charlaban manoteando, con voces precipitadas y enfáticas, y tenían aire de conspiradoras, terribles e ingenuas a la vez; igual que los varones, de levita, que me recordaron las caricaturas de Clemente Orozco en los frescos de la Escuela Preparatoria; más allá, en el atrio, unos jóvenes, con trajes negros, portando medallas colgadas con listones rojos, que me chocaron, dirigían agresivamente el tránsito de los fieles, y hablaban con voz engolada, olímpicos, muy pagados de sí mismos. Me pareció ilusión; pero después de haber leído tanto acerca del asunto, por primera vez comprendí el drama de las clases altas, conservadoras, como si hubiese vivido con ellas íntimamente, muchos años; el espectáculo me hizo patente la suficiencia, la hueca arrogancia, el egoísmo cobarde, la intolerancia, la mezquindad y la debilidad que perdió a esas pobres gentes ricas, a esos devotos aparatosos, insinceros, fraguadores de inútiles revoluciones; viendo a esos mozalbetes, intuí cómo fueron los perfumados polkos, a quienes poco importó la invasión extranjera; y entonces también comprendí por qué Maximiliano despreció a los que lo trajeron.

—Aplausos prolongados. Aplauda usted, señor. No está mal, insigne columnista.

—Déjate de chungas y dime si aceptas el regalo de la idea, o si lo echamos al cesto del olvido.

—Lo echamos al olvido y lo quemaremos en honra del Jefe Máximo. Porque más te dejará en efectivo una de tus célebres columnas políticas, en que das y quitas a los aspirantes al mangoneo público.

—No te muerdas la lengua, metalizado apóstol del proletariado.

—El novelista no debe tener simpatía ni compasión por sus personajes; pero inquina, tampoco.

—¡Ya! ¿Te juzgas personaje de novela? Será de novela picaresca ¡y quién sabe! Personaje aquélla: ¿la conoces? ¡claro! Es nada menos una de mis aproximaciones a Sor Juana.

—¡Qué bárbaro! No hay derecho para decir tamaños despropósitos. No es posible.

—¡Y tan posible! Piensa bien y verás que no ando lejos de lo cierto.

—Hasta que por fin: parece que ahora sí sacan al Viejo. Sí. ¿Quieres venir conmigo? Tengo el coche cerca.

—No. Me invitó el Gobernador de Guerrero. Voy a buscarlo. Nos veremos.

—¿El Gobernador de Guerrero? Me extraña, porque no es gente que deje ni que prometa; no tiene futuribles. Mejor vente conmigo y conocerás a Maximiliano, sólo que éste es yanqui.

—Dices bien. Le tiro plancha a mi Gobernador: un viaje de placer a Acapulco cualquiera me lo ofrece.

—Cínico.

—¿Tienes lugar para don Santos Degollado? Prometí presentártelo y aquí viene. Se llevará bien con Maximiliano. Es un antiguo cristero desilusionado.

—¡Cómo! ¿Cristero? Estás loco. ¡Degollado cristero!

—Lo vas a ver.

—Oye: no nos despedimos de tu amigo.

—¡Bah! Empleadillo de última categoría, que me ha hecho algunas valeduras en Hacienda. Conocido de cantina y, para colmo, mi lector y admirador. ¡Don Santos! ¡Don Santos, venga usted! le presento a mi amigo, el licenciado Lizardi, Joaquín Lizardi. Y aquí, nada menos, Max. Emperador... de Clasa Films.

Retoños

Se acercaba el temido momento de penetrar en la estancia y cargar otra vez el ataúd. Camacho se debatía entre impulsos de odio, cuya satisfacción le podría costar el empleo.

Rencor con fuerza retoñado en un instante; destilado, reconcentrado en día de angustia, en día que al principio pareció lisonjero, cuando al asignársele —ayer en la tarde— para servicio de tan extraordinaria clase: féretro de acero, blandones, alfombras y cortinas de lujo, Camacho entrevia espléndida propina.

La nube comenzó a formarse cuando al salir de la agencia supo quién era el muerto. Comenzaron las cavilaciones: podría ser otro; Camacho sabía que hay un general del mismo apellido; no era posible que aún viviera el que lo dejó huérfano; y menos posible que quien sumió en sombras a su hogar muriera pacíficamente y tuviera un entierro suntuoso; más imposible todavía que la suerte lo escogiera para servir en los funerales del hombre que oyó maldecir, que aprendió a maldecir desde niño, toda la vida, y al que siempre se representó como monstruo, con sentimiento cerrado, familiar, orgánico; no le podía caber en la cabeza esta idea: encontrar, de pronto, muerto, al gran aborrecido, y tener que tomarlo con comedimiento, acaso amortajarlo, y luego colocarlo en el ataúd, cuidadosa, casi piadosamente.

Con las mandíbulas rígidas preguntó al jefe de empleados si se trataba del que había sido Comisario en Agua Prieta; le contestó que no, sino Presidente y por muchos años casi dueño de México; la respuesta lo tranquilizó a medida que la retoñada imagen del villorrio fronterizo condensaba su estado de ánimo, y revivía el choque brutal de aquella mañana —Heliodoro Camacho acababa de cumplir siete años—, cuando él

y su pandilla, que con palos y piedras jugaban a la revolución, fueron atraídos por el tropel del resguardo, seguido de una chusma, entre la que se mezclaron los gritos de «allí van a colgar a uno»; Heliodoro resistía llegar hasta donde iban los gendarmes, que le ponían espanto por las cosas que oía decir en el pueblo y por las advertencias de su madre: todos eran unos matones, que ni a las mujeres ni a los niños respetaban; él no había presenciado ninguna de las frecuentes ejecuciones públicas en que buena parte del vecindario hallaba diversión; le aterrorizaban los detalles que sus compañeros de juego contaban sobre las contorsiones de los ahorcados y fusilados; pero al desembarcar en la plaza, la muchedumbre lo empujó y pudo ver cómo forcejeaban desesperadamente los reos —eran tres— y cómo sin piedad eran golpeados a culatazos por los hombres del resguardo; quiso retroceder, mas la multitud se lo impidió; luego lo retuvo un alarido en que reconoció el acento distorsionado... ¿de quién? ¿de quién?... él conocía esa voz... era como ¿la de su padre? Tembló animalmente.

Ayer volvió a temblar como en aquel remoto día y en vano quiso desechar la sucesión de recuerdos que se agolpaban congestionados, implacables, pródigos en detalles que antes nunca tuvieron, del modo mismo que antes nunca escuchó con igual fidelidad la resonancia de aquel acento distorsionado: alguien, sí, su padre, que se ahogaba, que caía en un abismo, que clamaba desde otro mundo terrible.

No, el Comisario no. ¡Sí, cómo no, que después fue creo que Jefe de armas, eso, sí, Gobernador de mi tierra y luego Presidente!

Quiso entonces decir que no haría ese servicio, detener el vehículo y bajar, volver a la agencia o retirarse a su casa. Sentía las piernas, los brazos agarrotados. La boca rasposa.

Sí, era su padre, como santocristo. Unas manos pretendieron detener al muchacho y ocultarle la escena. Se aferró. Pudo ver todo: la desesperación del condenado para desasirse de los gendarmes, los golpes que le daban, la soga que le echaban al cuello, el forcejeo supremo. Pudo escuchar los gritos que daba como bramidos, rugidos, aullidos, gruñidos de bestia perseguida, en que reconocía la voz paterna. Por este recuerdo atroz dejó el trabajo del rastro, en Torreón, cuando no pudieron ya vivir en Sonora, por el Comisario, hecho Gobernador, terrible, y su familia comenzó a rodar de

pueblo en pueblo, hasta parar en La Laguna. El rastro de Torreón. Los bramidos de las reses, al ser degolladas. El gruñido de los puercos. Hacía ya ocho años de lo de su padre y no podía soportarlo. Aun hoy le causa horror pasar por una carnicería donde haya animales destazados, colgados de ganchos; y ver cómo se sacan de los camiones, los echan a la espalda y los entregan en los expendios; cómo los cuelgan. La mala suerte: no haber conseguido, después de tanto tiempo sin quehacer fijo, en México, ya lleno de familia, otro destino; en la funeraria lleva doce años; le han tocado muchos casos feos; la costumbre, pero ahora tener que... No, eso sí que no.

Pudo ver cómo lo levantaban, cómo bailaba, cómo sacó la lengua. Dejó de gritar. Le querían tapar a él, unas gentes, los ojos. Pero pudo ver todo. Quería verlo. Y de pronto, el impulso de lanzarse contra los gendarmes, de alcanzar a su padre, de decir malas palabras, de abrazar las piernas de su padre, que se sacudían terriblemente, como electrizadas, y de que su padre pudiera sentirlo cerca, mirarlo. Tenía los ojos abiertos. Mucho. Como espantados, horribles. Pataleaba. Ya más débilmente. Coraje irresistible para irse contra los gendarmes, arañarlos, patearlos, escupirlos, tirarles pedradas. Arrimarse a su padre. Ciego de coraje, ahorcarlos. Inmóvil, quedó como ciego. Sólo pudo escuchar los alaridos de su madre que cruzaba la plaza, y otros lloros. Iría su madre por entre la gente divertida. Le levantaron con fuerza. ¿Eran los gendarmes? Ya no vio más.

Quería verlo. Repentinos deseos violentos de verlo. No renunciaría al servicio. Llegaría al Hospital Inglés. El mismo que fue Comisario. ¡Tanto oír hablar de él con horror, y ahora!... En sus manos. En sus manos. En sus manos.

Vio sus manos callosas y sucias. ¡Cuántos muertos han agarrado! Doce años en el empleo.

Llegaron al Hospital. Serían las cuatro de la tarde. Ayer. Quería verlo. No se acordaba de otros detalles. Oyó decir que no les querían entregar el cadáver, que tenía la cara negra. No lo vio. No se acuerda del entierro. Tuvieron que salir de Agua Prieta cuatro días después. Lo ha oído decir. No se acuerda. Se acuerda de la cara de su madre.

Bajaron la cesta de mimbre donde se colocan provisionalmente los cadáveres. La de su padre ha de haber sido una caja muy pobre. Y la de su

tío, que mataron en Hermosillo. ¡Ah, sí, también lo mandó matar el Gobernador, achacándole que vendía vino! Calor y frío —en olas— estremecen a Heliodoro. ¡Su tío: buen hombre! Ahora, el que los mató, el que los mandó matar. Lo de su tío se lo han contado con detalles. Años de no acordarse. ¡Cómo pataleaba su padre!

Precedidos por el jefe de empleados y una enfermera, llegaron al pabellón 32. Había en el pasillo muchas personas elegantes. Algunos ojos enrojecidos. Nadie lloraba. Caras de palo.

Hubiera sido mejor ir entre los empleados que fueron a arreglar la casa del velorio. No tiene remedio. Acá. Por aquí. ¿Cómo poder ver? ¡Y tener que hacerlo! Ya.

Ya.

Terminaban de vestirlo. Ni un sollozo. Al cruzar la puerta oyó que un hombre decía:

—Se nos fue el Viejo.

—Sí, el gran estadista de la Revolución, el restaurador de México tras la violencia, el gran constructor.

Vago recuerdo de retratos, vistos, estropeados en los periódicos. —*Éste es aquél*. Con heredada furia rotos, pisoteados, arrojados a la basura o al excusado. Una vez quemó uno, en rotograbado, grande. Hace muchos años. Creía que se habría muerto. ¡Quién habría de decirle que lo conocería, que lo tocaría! Por su culpa...

Éste es aquél. Sí, la cara dura que salía en los periódicos. El mismo. Gesto de mandón. ¿Qué haría mi madre? Nunca lo perdonó. Por el que mataron a mi padre. También mandó matar a mi tío. Corrimos de Sonora. Allí andamos de aquí para allá. Muchas veces tuvimos hambre. Mis hermanos. Mi madre. Mi padre.

Otra vez, vivísimo, su gesto de ahorcado, la lengua de fuera, los ojos de terror. Las convulsiones de la madre y sus voces:

—*Lo mataron por nada, no debía nada, ¡me la pagarán! ¡ese Comisario me la pagará!*

Las mismas palabras durante muchos años. El mismo gesto rencoroso de la madre. La venganza cada vez menos posible. Gobernador. Ministro. Presidente. Rencor violentamente retoñado al reconocer la cara, recordar las

muecas del ahorcado, las impotentes amenazas de la madre, muchos años, y sentir el remordimiento de haber olvidado. Estremecimiento de odio incontenible. Un gesto severo del jefe de empleados, indicando que acercaran a la cama el cesto mortuario. Automatismo. Confusión en el momento de colocar el cadáver. Se acercaron unas personas. En la plaza de Agua Prieta, ese día, lo levantaron con fuerza y no pudo ver más; pero los gritos de su madre le taladraron los oídos. Hormigueo de la sangre. Repugnancia de las manos; rencor implacable. Evocación de su mujer, de sus pequeños hijos, de su miseria. El gesto del jefe que le reprende y lo excita para tomar el cuerpo pesado. Automatismo. —*Éste es aquél. Estos labios fueron los que mandaron matar... Me la pagará.* El jefe de empleados y un señor elegante alzan la cabeza del muerto y el hombro izquierdo. Crispadas por el odio, polarizando el rencor de su casa, la venganza muchos años diferida, las manos de Camacho toman el cadáver por el costado derecho; luego, se posan en el hombro y lo atenacean con rabia.

—¡Cuidado!

—Se me... iba a caer.

Disimular. Coraje por tener que disimular. —*Yo hubiera podido matarlo. Yo tenía que haberlo matado.* Intenso minuto, como si hubiera cometido asesinato.

—¿Qué te pasa? —preguntó el jefe de empleados.

Gesto negativo. Cargar el cesto y caminar por los albeantes pisos, con el ritmo aprendido en largos años de igual tarea. —*Éste es aquél.* ¿Qué ganaría con dejarlo caer? No se acuerda del entierro de su padre; pero su madre nunca perdonó. Bonitos jardines los del Hospital. Y él va cargando al que lo dejó huérfano. ¿Qué será de sus hijos cuando les falte? ¡Cómo pesa! Nunca se sintió desafallecer en casos iguales. Los chicos le preguntan cuando llega a su casa: —*¿Cuántos muertos cargaste ahora? ¿estaban muy pesados? ¿olían feo? ¿tenían los ojos pelados?* Y juegan a los enterradores. —*¿Cómo quitarles la costumbre? Buenos fajazos les ha dudo. Pobres.* Y su mujer, los primeros tiempos del oficio, le tenía repugnancia, que trataba de disimular; pero él se la conocía.

La carroza, por fin. Ha de subir junto al chofer. Cerca del muerto. ¿Por qué no se atrevió a escupirlo? Siempre ha sido cobarde. Siempre se ha comido sus rabias. Por ejemplo con su mujer. Por ejemplo con sus jefes y compañeros de trabajo. Intrigas. Injusticias. Las traga. Buey. Las rumia mucho tiempo, envenenándose más. No sabe desquitarse. —*Me las pagarán.* El tiempo del desquite no llega nunca. Cobarde. Haberse contentado con un apretón sin chiste. Luego ir aquí juntito, muy conforme. Hacer algo: por ejemplo, que la carroza choque contra un poste, desviándole al chofer el volante bruscamente. —*Aunque nos matemos. El cesto hecho añicos, y el cuerpo... ya tendrían que decir mucho los periódicos de mañana.*

Pasaban por Chapultepec. El domingo había venido con su familia. Bonito el bosque. Se hartaron de jugar los muchachos. Y la mujer, muy contenta, le dijo que habrían de venir seguido. Bonito ver los animales. León. Tigre. Aquí: el muerto. ¡Cómo van saliendo historias olvidadas! No yendo lejos, allí, en la fuente que llaman de las ranas, estuvieron tirados los cadáveres de un general y de los que mataron esa vez. Él no quiso verlos. Pero le dijeron que los habían traído en camión amontonados, como reses, amarradas las manos con alambres. Estaba recién venido a México; él y sus hermanos habían hecho un jacal de tablas y lámina, en un baldío por la Verónica, cerca de la Tlaxpana; salía temprano a buscar trabajo; en esos días le habían ofrecido colocarlo de velador en una construcción, por las calles de Lerma; los albañiles le contaron eso de los muertos tirados; él no quiso ir a verlos, aunque le tomaba de camino. —*Aquí, junto, lo llevamos.* Cobarde para estrellar la carroza, para bajarse, diciendo que se siente mal. Fue a modo de consuelo saber de los muertos: ¿cómo habrían podido escapársele su padre y su tío, en Sonora, si éstos no escaparon en la misma capital? —*Y yo, tan contento, llevándolo y cargándolo.*

Se detuvo la carroza frente a elegante residencia. Los gestos del jefe, ordenando. Maniobras automáticas. El paso a ritmo de los tres viejos compañeros. Alfombras. —*En la Avenida Chapultepec hubo modo de hacer que chocáramos con un tren de... ya no se llama San Ángel... éste le quitó el nombre... ni añicos habrían quedado... aunque mis chamacos.*

—Cuidado, por aquí, tuerzan un poco a la derecha: caben muy bien. Cuidado: poco a poco vayan bajándolo, con cuidado —el jefe de empleados exageraba su diligencia y el fingimiento de su voz condolida, sigilosa.

—*Cuánto de propina. ¿Yo? Ni un centavo les recibiré. Asco por las monedas que dan de vuelto en las carnicerías: —Cómo es justo que debiendo tantas cuentas haya podido morir en su cama, rodeado de atenciones y lujos; yo mismo, vestido de gala, sirviendo; ¡la cochina necesidad!*

—Bueno —le dije al salir— yo me voy de aquí a mi casa; no me siento bien.

—No —me dijo el jefe—: hay que ir a la agencia para traer el ataúd; vamos a traer dos para que la familia escoja; son las instrucciones que me acaban de dar; luego hay que acomodarlo, como es debido; y cuidado: te noto muy torpe ahora: por mero lo dejas caer, y con una brusquedad, allí en el hospital, aquí en la escalera.

—Me siento con calentura —le dije—: que otro me supla.

—Primero, no hay quién; después, no seas buey: entierros como éste no hay todos los días. —Hizo la seña de contar centavos, con una risita.

Volvieron a la agencia. Junto al ataúd apartado, estaba otro. Le tocó cargar el primero, recién traído de los Estados Unidos.

—Ahora el otro, ustedes mismos. En la carroza de atrás.

—Me voy a lavar las manos —le dije, porque no aguantaba un asco igual al de los primeros días, de los primeros meses en la agencia; y peor: un asco revuelto con odio.

—Para qué —me respondió—: al cabo tienes que volver a agarrar muerto y éste es muy decente; luego, tienes calentura, puede hacerte daño; y sobre todo urge irnos: ya estará llena de personas la casa.

En el reloj del Correo eran las seis de la tarde. El alumbrado de la Alameda no se había encendido. En los puestos de coronas mortuorias, junto a la Santa Veracruz, había mucho movimiento: no se daban abasto los vendedores; coches y más coches dificultaban el paso. ¡Lo que se gasta cuando muere un hombre así! El jefe lo llamó muerto decente; no más que a Heliodoro no le gusta discutir, ni hablar de política.

Los que han estado discutiendo, y siguen, son los compañeros a quienes con Heliodoro les ha tocado el servicio. Siempre les ha gustado a ellos la política. Uno, Macedonio, fue de los Dorados de Pancho Villa y luego, muchos años, pistolero de diputados; por broma le dicen que no más cambió de traje, pero no de quehacer: ayudante de la muerte; él es el que ha estado hablando en contra del difunto, al que culpa de haber mandado matar, a la mala, a Pancho Villa, del que Macedonio habla como de un dios; le contesta Marcos Guerrero, el otro empleado de la funeraria, que no.

Siguen alegando, pero todos (—¿yo también?—) están contentos de que les haya tocado el servicio, tanto por la propina que esperan, como por tratarse de quien se trata.

—Nadie podrá negar que fue muy hombre y que supo hacerse sentir —dice Marcos.

—Ahora sí ya podremos contar que conocimos y tratamos al Jefe Máximo, como le decían —dice Macedonio.

—Yo siempre admiré al general —dice Pablo López, el chofer de la agencia—, y me siento muy orgulloso de tomar parte en los funerales. Fue un grande hombre.

—¿Y tú, Heliodoro, por qué no dices nada? Creo que ni sabes de quién se trata.

Llegaron a la casa. Escogido el féretro, Heliodoro fue de los que lo introdujeron. Antes de colocar el cadáver, esperaron a que le hicieran una mascarilla. La vista de la espátula, removié en Camacho el sentimiento de venganza: un cuchillo, para tasajear la cara, para hundírselo en el corazón, sí, al muerto, en señal de odio, antes de que los gusanos lo desbaraten. Allí mismo lo lincharían. Y si escapara con vida, nadie le quitaría podrirse en la cárcel. Aunque así no fuera, con perder el empleo lo fundirían de a tiro; ¡lo que batalló para conseguir éste! ¿dónde, cuándo podría conseguir otro, y menos con lo trabajoso que se han puesto las cosas, y con la manutención por las nubes? —*¡Nueve bocas que mantener! Éste anda con los pies a raíz, el otro anda con tirlangas que no tienen modo de remendarse, aquel no es admitido en la escuela si no lleva útiles, la mujer necesita esto y aquello, con exigencias, y anda parada de uñas mientras no se le da gusto. Exigencias, exigencias que crecen a medida que se cumplen. Trabajar*

horas extras, hacerles el turno a otros compañeros, endrogarse con los agiotistas, vivir con apuros, tener que defenderse de las intrigas y de las malas voluntades. Macedonio fue precisamente uno de los que más guerra le hicieron cuando entró a la funeraria; todavía de cuando en cuando trata de ponerlo en mal y se burla de su torpeza, de su ignorancia, de su buena fe; todavía lo explota, y Heliodoro no tiene fuerza para negarse a pagarle las copas, el café, los billares, el cine, o a prestarle ya los dos, ya los tres pesos, que nunca le pagará; —*¿para qué ponerse más en mal y tenerlo por enemigo franco? Es negraentraña y anda siempre presumiendo de las fechorías que hizo cuando fue villista, cuando fue guardaespaldas de diputados. Amante del pleito.* Heliodoro lo ha visto robar a los cadáveres y en las casas, valido de las circunstancias; ¿qué ganaría con descubrirlo? A Heliodoro no le gusta entrar en alegatos ni chismes; buen trabajo tiene con los de su mujer.

La espátula.

El escultor al fin terminó su trabajo.

—Ni la muerte le borró su gesto de autoridad. Tiene tibio el rostro. Parece que aún está vivo. ¡Qué gran hombre!

Las palabras del escultor prenden otra vez la tentación de hacer algo vengativo. Hay ahora muchos circunstantes a quienes Heliodoro ve retratados con frecuencia en los periódicos, sin saber bien a bien quiénes son, cómo se llaman. Ésta es la mayor batalla para conseguir empleo. Heliodoro apenas sabe leer y con dificultad escribe su nombre, los domicilios que le confían, las cosas rutinarias que le mandan comprar: garabatos que sólo él entiende. Unos cuantos meses asistió a la escuela de noche, allá en Torreón, cuando tenía quince años. En Agua Prieta —decía su madre— ya juntaba las letras; muerto su padre, no volvió más a la escuela; lo pusieron de aprendiz en una carpintería; se le olvidó todo lo que había aprendido. Lo primero que le preguntan cuando solicita empleo: si sabe leer y escribir, si conoce de cuentas, y en algunas partes, si escribe en máquina. —*¿No me ven la cara? ¡Escribir a máquina! ¡Chistosos!* Quién sabe si su padre no hubiera muerto, si no lo hubieran matado como lo mataron. La lengua de fuera. Los gritos. En Agua Prieta. —*Éste es aquél.*

Cuando Heliodoro quiso participar en la tarea de cambiar el cuerpo al ataúd, no halló manera, se habían comedido algunos de los presentes, dirigidos y ayudados por el jefe de empleados. Unas damas tendieron con devotos ademanes los encajes de seda que cubren el cuerpo, acomodaron cariñosamente la cabeza, se inclinaron a besar la frente. —*Si supieran lo que a mi me hizo, si leyeran mi pensamiento*, y Heliodoro aprieta los puños, las mandíbulas. Marcos y Macedonio sacaron el cesto de mimbre, que ya para siempre a Heliodoro le recordará su cobardía. En las manos haberlo tenido, aunque muerto.

Letanía interminable: *Qué gran hombre ha perdido México —qué recio varón —el jefe máximo que nadie podrá sustituir —el hombre fuerte de la República...*

Desocupado salió de la estancia. En el *hall*, un gran retrato que antes no vio. Inundación de coronas. Distribución de guardias, cuyos primeros lugares pretenden todos. Fotógrafos. Disparos luminosos. Pugna de gente por estar en primer término frente a las cámaras, queriendo salir mañana en los periódicos, después en las páginas de rotograbado y con ello ganar piezas de archivo personal, que algún día podrán servir. Ofrendas florales, descomunales, en diluvio. Marea de gente que pugna por ser vista, por ver. —*¡Lo que cuesta un entierro así!* Coronas en los corredores, en los pasillos, en las escaleras, en los jardines. —*¡Lo que ganan los floristas en un día como éste!*

Luchaban en Heliodoro, al salir lentamente, la curiosidad por escuchar las conversaciones —*qué gran hombre qué gran hombre qué gran hombre*— y el recuerdo de cuando murió su madre, a tirones extraído por cada detalle suntuoso del duelo presente.

No tenían con qué enterrarla. De caridad consiguieron para comprar un cajón mal pintado. Los vecinos llevaron algo de café y tequila para el velorio. Cabitos de vela —dos, nomás dos— disparejos, puestos en una botella. La tendieron en el suelo. Una vecina llevó un ramo de bugambilia. No más.

—*¿No ha visto por casualidad al ingeniero Gómez? Lo que es aquí lo agarro. Tengo cuatro días de hacerle antesala. ¡Con lo que me urge!*

Se habían venido de Torreón a Aguascalientes, con la esperanza de hallar trabajo en la Casa Redonda. Que el Sindicato, que las influencias, que las vueltas todos los días. Heliodoro no está seguro, pero cree que su madre tuvo que pedir limosna.

Heliodoro tuvo que ser mozo de un mesón, por el barrio de Guadalupe. Su hermano Benjamín se hizo gendarme. Natalia, su hermana, comenzó a servir en distintas casas.

—¡Qué tiempo aquél! ¿Tú crees que puedan volver francachelas como las de Tlalpan, en la casa del camarada Morones? Eso era vivir. Daba gusto ver correr el coñac. A todos nos podía tumbar el Viejo.

A su madre le pudo mucho lo que le sucedió a Natalia; pero ni por eso quiso recibirla ya en la casa. —*Luego no hemos vuelto a saber más de ella. Que estaba en una casa en San Luis, que era mesera en Tampico, que la habían visto en México. Desde entonces la vieja no estuvo un día buena. ¡Es triste eso de vivir en donde a uno nadie lo conoce!*

—Yo no conozco quién pueda comparársele en eso de saber ser amigo. Ahora ¿no sentirán remordimiento los que lo traicionaron, los que lo negaron?

Si su padre no hubiera muerto, si no lo hubieran matado como lo mataron, las cosas habrían sucedido de otro modo. Natalia no se hubiera perdido. Su madre no hubiera muerto en la miseria, no la hubieran enterrado de caridad. La familia no hubiera andado rodando. Con lo que cuesta el ataúd, éste, hubieran tenido para vivir dos, tres años.

—A ver si no tapan esta corona. Tráiganla para acá, donde se vea bien el listón. Aquí, en la escalera. Acomode el listón, que pueda leerse. Sí, es mi nombre ¿por qué? Creo que nada le supone.

Heliodoro podría establecer un pequeño comercio con la cuarta parte de lo que cuestan las ofrendas florales. Quién sabe si hasta una casita podría comprar.

—Don Aarón me saludó muy amable y me dijo que por qué no he ido a buscarlo. ¡A ver si se me hace algo, al fin, si no es pura coba!

En esos días en que murió su madre, comenzó la revolución delahuertista; Heliodoro y Benjamín hablaron de irse con los rebeldes, para ver si así se vengaban; Benjamín cumplió, y por poco lo fusilan en Ocotlán.

Heliodoro permaneció en Aguascalientes, con tentación de ver cómo le hacía para casarse. —*¡Tonterías que uno hace!*

—Él sí que supo vivir. Todo lo tuvo: poder, dinero... Y fue siempre un gran señor, hasta en la adversidad.

Nadie pensaba que podrían ganar, tenían en contra casi todo el ejército. Dicen que los gringos fueron la causa. Era un horror pensar que fuera Presidente. Benjamín, su hermano, siempre le ha echado en cara esa y otras cobardías. De haberse ido con el general Estrada, Heliodoro piensa que no se hubiera casado. ¡Quién sabe! *Matrimonio y mortaja del cielo baja*. Este hombre, aquí, por el que murió tanta gente, acaba su vida tranquilamente y es enterrado como si fuera rey. ¿No dice también el dicho que *el que a hierro mata a hierro muere*?

Las cavilaciones de Camacho, vuelto a la agencia: se reprochaba no haber estropeado las alfombras, los muebles de la casa; no haber tirado una silla contra el retrato al óleo que hay en el *hall*.

Esa noche le tocaba guardia y en vano trató de que algún compañero lo supliera.

—Vete a tomar una canela con piquete, allí a la vuelta, mientras te traen de cenar. Cómprate unas cafiaspirinas. Aquí te presto un peso, a cuenta de la propina de mañana —le dijo el jefe de empleados.

—*¡Y dale con la propina! Dinero de Judas. Dicen que donde se sacan buenas propinas es como mesero. Hay que ser casi equilibrista. No quebrar platos. En Douglas, Arizona, sus hermanos lavaban platos en un restaurante, después de que murió su padre; luego les pusieron dificultades para pasar la frontera. Natalia tenía once o doce años. ¡Fea la miseria! Por ejemplo la de las mujeres que andan haciendo su lucha por aquí, por las calles de Hidalgo, de San Juan de Letrán, de la Santa Veracruz, del Callejón del Dos de Abril. Heliodoro las oye platicar, hace años, aunque no le gusta mucho andar por aquí, encontrarlas, con miedo de hallar a Natalia en esta vida: obsesión que hace años lo mortifica: tener que trabajar en este barrio, poder un día encontrarse de manos a boca con su hermana, y no saber qué decirle, qué hacer. —¡La pura miseria es lo que las hace rodar entre borrachos, por estos hoteluchos, lo mismo en tiempo de lluvias que cuando hace frío de los diablos! ¡Andar! ¡Andar! ¡Esperar! ¡Pobres! Lo*

misimo un mariguano que un tísico, un matón que un muchachito. ¡La pura miseria! Dado caso que aceptara la propina, mañana, Heliodoro desempeñaría las prendas de vestir que su mujer llevó al Monte de Piedad, hace meses; quién sabe si ya estén perdidas: su suéter, el de su mujer, un chal de lana, casi nuevo; una bufanda y las dos únicas cobijas que tienen. — Pronto comenzarán los fríos fuertes; ya estamos a fines de octubre. Las noches de velada, cuando hay viento helado. Si saca las prendas, apestarán a naftalina. Seria lo de menos. Necesitará unos cuarenta o cincuenta pesos. Eso si no han vencido las boletas, que no pudo refrendar. ¡Cochina miseria! ¿Cuánto podrán darle de propina? Una única vez le han dado cincuenta pesos. Mientras más ricos, más agarrados. Pero a éstos no les recibirá ni un centavo. Macedonio, Marcos, el chofer... serán los aprovechados. — Ni quién estime mi gesto. Será mejor agarrar lo que me den. Diez, veinte pesos. ¡Si fueran cincuenta o más! A lo peor van saliendo con cinco pesos o menos. Ya nos ha sucedido que cuando más esperábamos, allí están diez pesos para repartírnoslos entre todos, hasta entre los sepultureros.

Cuando salió de la botica, donde compró dos cañaspirinas, dieron las ocho de la noche. — *¿Para qué dos? Comenzaré a sudar, y no estando acostado, un enfriamiento me hará más daño. No más tomaré una.* Se encaminó al puesto donde venden canela. Iba por la calle de la Santa Veracruz.

—Ven, chulo.

—Guapo, ¿vamos?

—Óyeme, tú, encanto.

—*Que fuera saliendo Natalia. ¿Tendría valor para darle un bofetón? Hace tanto tiempo. Ya ni la conocerá. Por eso no le gusta salir, andar por estas calles. — Ni remedio. Todo está lleno. A veces hasta en la puerta de la agencia se paran.*

Como a las nueve de la noche habría de llegar su mujer con la cena. Siempre que le toca turno, ella le trae los alimentos.

Volvió por los callejones del Dos de Abril.

—Anda, ven, lindo.

—No seas orgulloso, grandote, fuertote. Ven.

—Ven.

—Ven.

—Ven.

En la agencia no había otra plática que la muerte del general.

—Con miedo de que el trabajo les hubiera tocado a otros.

—¡Qué va! Estamos fuera de toda competencia. No puede haber entierro de postín prescindiendo de la Casa.

—La más antigua del ramo. Nosotros fuimos los encargados de exhumar los restos del general don Miguel Miramón. Ése sí fue general. Precisamente por nuestra tradición quieren hacernos la guerra los otros advenedizos, masones, políticos, y quitarnos buenos servicios. Hoy estarán trinando los competidores.

—*Como si lo oyera, Macedonio, malaentraña, malagradecido. Y los patronos: —¡convenencieros, mercachifles! ¿No que un perseguidor de la iglesia, un bolchevique?*

—Pero una familia que se respeta, no puede permitir que otra agencia se ocupara de todo.

El jefe: —No pierdo la esperanza de ser yo el que intervenga en reinhumar los restos de don Porfirio, cuando vuelvan a su patria.

A Heliodoro le choca oír estas pláticas, que ni entiende. Fue a sentarse al cobertizo. Macedonio. Ya no dilataría en llegar su mujer con la cena. Que no tratara de sacarle plática. Menos que nunca tiene ganas de oírla: tarabilla. Veintiún años de casados. Viviendo en el mismo cuarto, con todos los muchachos. Tres hombres y cuatro mujeres. ¡Las mujeres! A veces viene a arrimarse Benjamín con su vieja y una cuñada. Disgustos. Pleitos. Arrastrada vida de vecindad, por Peralvillo, en la calle de Juventino Rosas. Vecindad vieja, que huele a pulque. —*Macedonio malaentraña*. Y todavía cuando Heliodoro anda uniformado los vecinos le hacen el asco, no se le arriman, facetos, ¡como si no fuera esto lo que a todos nos espera! —*Macedonio, tan falso*. Vecinos picapleitos, chismosos. —*Macedonio picapleitos*. A la mujer de Heliodoro le gusta el chisme, poniendo en compromisos a su marido, dándole dolores de cabeza, casi a diario. Teme llegar a casa. Y los chicos están pareciéndose a la madre: peleoneros, chismosos. —*El macedonio*. No lo respetan y ni caso le hacen. El mayor acaba de cumplir los veinte años. No quiso tomar oficio en serio. Anduvo

de bolero, luego de cobrador de camiones, luego vendía periódicos. No tiene cabeza y mucho lo consiente la madre. Ahora cuida coches estacionados afuera de los cines. No ha podido conseguir una calle por aquí, por el centro. La muchacha grande en una fábrica de judíos, por Correo Mayor. Le pagan una miseria. —*La madre dice que si pudiéramos comprarles ropa decente, las pondríamos en un comercio de dependientes: trabajo fácil. A las dos grandes les gusta el baile. Ya mejor ni pensar. Cuando quiero irles a la mano, son puras contradicciones. Alcahueta la madre. Se lo digo y hay golpes, delante de todos, y hasta el muchacho grande y la muchacha, lebrones, me han levantado la mano. Pura miseria y exigencias. Les gusta pintarse a las muchachas y presumir lo que no tienen. Eso sí, para sacarme dinero, soy su papi. ¡Chocante palabra! Todo por culpa de la madre.*

Serían las nueve, o poco antes, cuando llegó la mujer con la cena. Chaparrón de chismes, de preguntas, de recriminaciones, como siempre.

—¿Es ese que has contado que mató a tu padre?... Ya ni la atrasas contándoles cosas tan feas a tus hijos... No lo haces hace tiempo... No vayas a salirles con eso... Pobrecitos, tan impresionables y nerviosos... Me sacaron a mí... Tú, tan mustio, te conozco, no habrás querido trabajar este detalle, ¿te tocó? Hazle la lucha... buena propina ¿no?... podríamos comprarles zapatos decentes a las muchachas... eres un bueno para nada... cómo hemos podido aguantarte... Llegó mi hermana, a ver si le haces mala cara mañana, se va a quedar unos días, ya ves que me ayuda mucho... tienes que conseguir que te manden a ese entierro... tú sabrás cómo mañana me llevas buenos centavos... y luego quieres que las muchachas no hagan la luchita... ¡tan mustio!... ni me salgas que estás malo... hueles a vino, sinvergüenza, yo con todos mis años trayéndote la cena, me convidaban al cine los del 24, ya que tú nunca me llevas, y yo, de guaje.

Así toda la hora de cenar. Lo dejó al fin en paz, amenazado de llevarle mañana dinero. Es decir, hoy.

Cuando comenzó a dormitar, vino a buscarlo el encargado del escritorio. Que iban a inyectar el cadáver, que estuviera listo por si lo necesitaban ahora que llegara el jefe de empleados, los médicos y los ayudantes. —*¿No era pesadilla?* No. Llegaron.

—Si quieres —dijo el jefe—, no vayas; aquí está Marcos para que ayude. Quédate mejor por si algo se ofrece.

Buena gente a veces el jefe. Volvió Heliodoro a acomodarse para echar un sueño. Inquieto. Pesadillas borrosas. Toda la noche. Oía sonar el teléfono. Sueño pesado. Se acuerda que Benjamín se le presentaba y le decía: —*Si mi madre supiera que serviste y agarraste dinero, no te volvería a hablar.* Borrosamente también se le presentó el rostro seco, vengativo, de su madre, que pedía limosna: —*Por amor de Dios un cuchillo para enseñarle a éste que no sea cobarde.* Venganzas toda la noche. Bailaba sobre cajones de muerto. Borrosamente. Campanas. No se le quita de la cabeza, del sueño, el Macedonio. La primera claridad. Hoy. 20 de octubre. Sábado. Hace buen día.

Salió a tomar café. De vuelta, llevar un servicio de segunda. Miedo de que llegue la tarde. Quedaron citados a las dos de la tarde. Tenía horas libres. ¡Qué ir a hacer a la vecindad! No estaba de humor para oír chismes y pleitos. Habría golpes. Era tiempo de que lo sustituyeran en el entierro. Avisar. Nada de propina. El recuerdo de Agua Prieta pegado en los ojos, abiertos y cerrados. Vagar sin rumbo para matar el tiempo. Entre tantos agraviados no hubo uno que lo matara. —*Millones como yo, cobardes.* En todos los puestos de periódicos, él. Las mismas pláticas:

—¡Qué lástima! ¡qué bueno! ¡una pérdida irreparable! ¡por las calles debieron haberlo arrastrado! ¡hombre como no hay muchos! ¡tirano! ¡estadista fuerte! ¡la persecución! ¡hombre como ninguno!

Andando por San Juan de Letrán, por Niño Perdido, los nervios de punta, un encontronazo con un distraído, rematado en un empujón; se hicieron de palabras, de gritos, vino la policía; mordida de a dos pesos, porque de la Comisaría no habría salido a las dos, la hora de ir, ¿para qué avisar? mejor dejarse machucar por un camión, por un tren, y así ni modo de ir, aunque para todo hace falta valor. A las dos. —*Por las calles debieron arrastrarlo cuando los días de la persecución,* decía una dama con aire de mocha, en la esquina de Madero y San Juan. Largo el tiempo. Apenas las doce. Atravesar la Colonia Obrera. Más feas estas vecindades que las de Peralvillo. Calles del Cinco de Febrero. Andar, andar. Bonitas las tiendas, con estas monas vestidas como princesas. Poder comprarles algo a las

muchachas. Dando vueltas al Zócalo. La una, en el reloj de Catedral. Calles de Tacuba. Zapatos bonitos. Esos de charol, con tacón alto. Les gustarían mucho. Bailando y el cine. Una copa de tequila, un tarro de cerveza negra, y botana. Una copa de tequila les dan a los que fusilan. —*A mi padre, ni agua.* En Agua Prieta, cerrando y abriendo los ojos, fijas las piernas bailando en el aire, los gritos, la lengua de fuera, y él, muy a gusto en su caja de miles de pesos, y en todos los periódicos, y en todas las bocas, los retratos y el nombre.

—*Él y don Lázaro, los dos grandes...*

Diez minutos antes de las dos volvió a la agencia.

—Bien sacudidos los uniformes. Bien limpio el calzado. Usted no está bien rasurado, Camacho. Le da tiempo, dése prisa. No hay que olvidar nunca el prestigio de la Casa.

Click.—*Que al barbero se le pasara la mano. ¡Cómo a su barbero no se le pasó nunca!*

Ostentoso convoy de camiones y plataformas, la gran carroza de lujo en primer término. Andando. Inteligencia en las miradas de las gentes, al paso. Dificultad para llegar, para situarse.

¿Cómo no resistió venir al fin? Autómata.

Comenzar a sacar las coronas. Más de media larga hora de acarrear, acarrear. Enjambre de las conversaciones.

—Con permiso, con permiso, con permiso...

Dificultad para pasar con las pesadas coronas. —*Lo que es ahora, aunque me lleven preso y pierda el destino, lo dejo caer... lo dejo caer... lo dejo caer.* Duras, resueltas las mandíbulas.

—Listos, los seis. Formados. Entren ya.

El temido momento. —*Lo dejaré caer, suceda lo que suceda; poca venganza; pero siquiera; lo dejaré caer.* Les hacen paso. Gentes conocidas. Bien vistas en los periódicos. El temido momento. Los retoños de su odio con toda fuerza. Increíbles. Nunca, no, sintió jamás que se le acumulaban así: su padre ahorcado, su madre pidiendo limosna, su hermana perdida, sus hijas en riesgo de perderse, diario pleito con su mujer, vagancia de sus inútiles hijos. —*Lo dejaré caer.*

¿Cómo no lo pensó antes? Era lo natural. Reclamaron muchos el honor de cargar el féretro. Todavía, cuando ayuda, puede bien empujarlo, tumbarlos.

No se atreve.

Raíces

A las dos y media quedó tendida la valla militar por las calles que recorrería el cortejo, tranquilas de ordinario, acentuadamente a las horas del mediodía; el movimiento de tropas les dio animación, se asomaron las familias en balcones y puertas, los vecinos de calles adyacentes venían a las esquinas y se aglomeraban los automóviles con el tránsito interrumpido, siendo sus maniobras, para volverse, ruidosas, lentas.

En la casa de los Fernández Roa y Esteva se acababan de sentar a la mesa. Entre los invitados, doña Guadalupe Corcuesta y Landero, viuda de González y González, acaparaba la conversación:

—Dios lo tenga en su santo reino. Mi marido, que era muy previsor y se adelantaba a los acontecimientos, había hecho, desde fines de 1900, cuando el general estuvo grave, un plan fantástico para los funerales de don Porfirio. Verán ustedes, voy a tratar de acordarme, porque no deja de ser muy interesante y hasta divertido: puesto sobre almohadillón de terciopelo rojo, con cordones de hilo de oro, el cuerpo del general, una vez embalsamado, vestido de gran gala y con todas sus condecoraciones, descubierto, sería trasladado a Palacio en un armón de artillería, entre doble valla militar; el desfile lo había ordenado así: en la descubierta, la sección de caballería del Colegio Militar, con su banda de guerra; el armón con el cadáver; los dolientes, el Gabinete, los Ministros de la Corte, los senadores y diputados, el Cuerpo diplomático y otros caballeros especialmente invitados, todos de rigurosa etiqueta, porque esto era lo bonito de aquel tiempo: la gente se sabía vestir, como era debido, y no había revoltura; vendrían luego las escuelas militares, que si mal no recuerdo entonces eran las de zapadores y la médico militar ¿no?; banda de música; la caballería, la

infantería, los rurales y el pueblo; no recuerdo cómo hacía entrar a los niños de las escuelas y del hospicio, pero tenían un papel muy conmovedor; en el Zócalo, se tendería un manteado por el camino que recorrería el desfile, hasta la puerta central; doblarían las campanas de todos los templos; en el patio grande de Palacio estaría una gran orquesta sinfónica, que tocaría el himno nacional y la marcha fúnebre de Chopin, en el momento en que hiciera su entrada el cuerpo, que sería conducido al salón de los héroes, donde se organizarían las guardas y el desfile de todas las clases sociales, durante la noche del duelo; por más que yo le decía, mi marido no quiso incluir en el programa ningún acto religioso; él, en el fondo era buen católico, pero aparecía como liberal de hueso colorado; ¡y lo bonito que hubiera sido, todavía lo pienso, una misa con vigilia, en catedral, con la mayor pompa que se pudiera! en su lugar había puesto una ceremonia con discursos y orquesta, delante del cadáver, antes de ponerlo en el féretro y conducirlo al panteón, el cual, según mi marido, sería el de Dolores, en la rotonda de los Hombres Ilustres, aunque pensaba que se opondrían algunos, por juzgar que otros cementerios eran más elegantes, como el Francés, o que alguien quisiera sepultarlo junto a Juárez, en San Fernando ¡tan viejo! eso quedaba pendiente; lo bonito era el cortejo de Palacio al cementerio que al fin fuera elegido; ¡ah! yo no dejé de insinuarle que pensara en lo bien que resultaría proponer el entierro en Catedral o en la entonces Colegiata de Guadalupe; mi marido dudaba en distribuir oradores en sitios del trayecto, donde el cortejo se detendría, lo que podría realzar el homenaje o caer en mal gusto, lo que lo trajo perplejo algunos días...

—Bueno, Lupita, ¿y el general conoció ese proyecto?

—¡Jesús! No. Él quería mostrárselo a Pepe Limantour; pero Pineda y otros amigos le aconsejaron que no lo hiciera; se puso triste; pero guardó el proyecto por si algún día se necesitaba; de cuando en cuando lo pulía, le añadía detalles. Todo esto se los cuento, como les decía, porque al pasar no he visto un solo caballo, ni militares vestidos de gala; sólo infantería y soldados en camiones. ¿Cómo se llama eso?

—Creo que ejército motorizado, Lupita.

—Es feo ¿no? para un entierro. Yo me acuerdo de aquellos honores tributados a generales del antiguo ejército federal: emocionantes, con las

bandas de guerra y las de música, los caballos enjaezados. Impresionantes.

—Bueno ¡qué comparación!

—¡Justo!

—¿No supiste que hace rato vinieron con groserías unos motociclistas de caminos para que quitáramos el coche de la puerta? ¡Unas groserías! La gente decente ya no significa nada en este país.

—Y todavía, aquí, Lucita y Perico quieren que nos asomemos al balcón.

—¡Ay! no, yo ni que me pagaran; ¡vamos! ni que me devolvieran mis bienes, los ladrones. Al gunas veces todavía pienso, sulfurada de indignación, que aquellos pelagatos (no sabían ni cómo se llamaban, vivían como animales y era necesario arrearlos a golpes para que desquitaran lo que casi siempre debían de antemano) fueron los que se quedaron con todo. ¿Y para qué? Para destruirlo, para que las tierras quedaran inútiles.

En un extremo de la gran mesa, Francisco Javier Lerdo era otro de los invitados. Conocía el círculo de los Fernández Roa porque lo frecuentaba desde que vino a México en 1933; su abuelo y su padre habían sido socios de don Joaquín Fernández en varios negocios agrícolas e industriales; las familias, que mientras vivieron en Jalapa se veían como parientes, continuaban relaciones afectuosas; Francisco Javier fue bien acogido desde un principio en aquella casa, cuyo ambiente al mismo tiempo le divertía y le chocaba, sobre todo por sus contertulios, entre quienes abundaban residuos de la aristocracia o pseudoaristocracia porfiriana, y extranjeros, españoles principalmente, con larga residencia en el país, que acentuaban el rigor tradicionalista de la familia, en ocasiones amagado por el *modernismo* con que los jóvenes Luz y Pedro solían escandalizar a sus padres, lo cual hizo que Lerdo congeniara con aquéllos, al punto de que Pedro había llegado a ser amigo inseparable, mientras la inteligencia con Luz acercábase precipitadamente a términos de noviazgo formal.

—¿Y ustedes? Díganme —continuaba la viuda de González y González, que a Francisco Javier le chocaba en particular— ¡tan bonitas sus haciendas de la costa, y el ingenio de Casa Grande, que no había otro igual en todo Veracruz!

Discreto, aleccionado por molestos incidentes a que lo habían conducido temas de conversación semejantes, Lerdo lograba dominar su

ímpetu como su lengua, bien que no su pensamiento y convicciones, que algunas veces le merecían el calificativo de comunista en este círculo y en otros, al discutir y discrepar de ideas corrientemente aceptadas por las personas que a sí mismas se llaman *decentes*, con lo que aspiran a diferenciarse del resto social: el *peladaje*, al que nunca conceden justicia ni otra virtud. Ese sábado, por otra parte, Francisco Javier buscaba circunstancias favorables para decidir su situación respecto a Luz, cuya libertad de juicio consigo misma y hacia las opiniones familiares asumía graciosa franqueza: *desparpajo* lo llamaba su mamá, tildándolo de impertinente; Francisco Javier no hubiera querido que la más pequeña sombra enturbiara la cordialidad, esa tarde, ni menos por él; así, guardaba silencio. En cambio las palabras de los interlocutores hallaban repercusiones grotescas en la crítica interna del muchacho.

—*Para estas gentes decentes, los enriquecidos en anteriores administraciones, que disfrutaban monopolios, bancos, latifundios, empresas en grande, todavía son unos pelados, con los cuales no deben rozarse; pero ellos pasan ya la pelota: pelados, los que van llegando: rojillos, comunistoides, a quienes, cuando consoliden su fortuna, les llegará el turno de sentirse gente decente, como aconteció a porfiristas y liberales, en relación con los monárquicos y conservadores, y así de revés, hasta llegar a los burócratas y cortesanos virreinales, a los aventureros que lograron títulos de nobleza, mediante las depredaciones de la conquista, para los cuales los indios eran animales, carentes de alma racional. En verdad hay poca diferencia entre los encomenderos y estos hacendados, estos líderes de ahora, que arrean a golpes a los indios, a los peones, a los trabajadores.*

—Ni acordarme quiero —respondía doña Concha Esteva, la señora de la casa—: el esfuerzo invertido allí por varias generaciones de mis antepasados; la tristeza de no poder acercarse allí siquiera, precipitó la muerte de mi padre. ¡Y las ganas que tenían esos bandidos de ser los que lo mataran junto con toda la familia! Tío Lucho y Jaime mi hermano se les escaparon de milagro.

—¡Por Dios, Chachá, vamos hablando de cosas agradables! —propuso el jefe de la casa. Confluían en él, por línea paterna, la rudeza tesonera de dos generaciones de comerciantes españoles enriquecidos en México, y por

la materna, el criollismo exquisito de una vieja familia veracruzana: sangre de contrabandista, de hortera, emulsionada en sangre de diplomático y poeta; hombre práctico siempre, y soñador a veces; fino de ordinario, y a veces brutal; físicamente predominaban los rasgos asturianos, amenguados en la delicadeza de los labios.

—¡Ay, Fernando, como tú no sientes estas cosas y estás habituado a tratar lo mismo a los señores que a los rufianes! Los negocios te han hecho perder el sentido de las distancias.

—Bueno —volvió a terciar la viuda de González—; no hay que tomar la vida tan a la tremenda, ¿qué hubiéramos hecho si nos amilanamos a la hora del desastre? Había que demostrarles que por algo somos superiores a ellos y que no se nos cierra el mundo, ni nos ahogamos en un vaso de agua. Mi marido...

—*El marido de doña Guadalupe* —recordaba Francisco Javier—, *he sabido que fue un pobre diablo, escribiente o ayudante de Limantour, que cansado de su ineptia, se lo pasó a Rosendo Pineda en los días dorados del porfirismo. Típico arbitrista, se pasaba el tiempo en formular proyectos que redundaban en dolores de cabeza, como ese pomposo entierro; como algunos otros para convertir a México en el país más rico y culto de la tierra. Los mutuos engaños por los apellidos de la dama y por la influencia político-social de que presumía el caballero, se casaron, con la inmediata ventaja, para él, de duplicar apellido, en emulación por los que al matrimonio traía la cónyuge, que al fin resultó pariente pobre de familias ricas, lo cual no quitó simulada fastuosidad a la boda, supuestas las aficiones espectaculares del novio, en lo cual siempre coincidió con la señora. Como es propio de gentes decentes, educadas, ambos cubrieron las apariencias de su desengaño y hoy el señor José González y González ha pasado a la categoría de mito en labios de su viuda: —«Mi marido fue alma del Centenario; sin él, México habría quedado en ridículo; él ideó los mejores números; el gran baile de Palacio fue obra suya exclusivamente; conservo cartas que dan testimonio de su actividad e ingenio; el general Polavieja, nuestro gran amigo, qué hombre tan encantador; frecuentábamos mucho la vida diplomática; desechó magníficos puestos en el extranjero; él fue quien propuso a Pepe Limantour los convenios con el*

maderismo; si le hubieran hecho caso puntualmente, todo se habría arreglado en debida forma y no hubiera triunfado el anarquismo»...

—¿Qué fuera de nosotros, si él no se hubiera preocupado por adiestrar a nuestros hijos para la vida? Lo que yo les he dicho a ellos: una cosa son los negocios, los tratos en la calle, y otra la vida íntima. Cuando nos quitaron nuestras tierras...

—*Esta doña Lupe terrible* —sigue pensando Francisco Javier—: *era ella la que dominaba en el hogar a su marido y a sus hijos; ella la que imponiéndose, consiguió en las postrimerías del porfirismo la adjudicación de unas tierras detentadas a una comunidad iiidígena en el Estado de Morelos; la que disimula los turbios negocios de sus hijos, en connivencia con toda clase de gente, lo que no les impide sentir el espíritu cerrado de clase que los asocia con las rancias familias porfiristas, y que desprecien a los afortunados de promoción posterior, en cuyas actividades participan y a quienes externamente colman de atenciones.*

—Les tomaban a mal que mis hijos hicieran la lucha relacionándose con militares y políticos revolucionarios, como si alguien hubiera más celoso que nosotros en cuestión de convicciones de toda índole; pero la lucha está permitida y eso no quería decir que claudicábamos, sino que escogíamos los medios más prudentes. ¿No, Fernando?

—*Si nos pusiéramos a examinar el origen de las grandes fortunas mexicanas* —elucubraba Francisco Javier—, *principalmente las territoriales, desde la de Hernán Cortés hasta las que provinieron de la desamortización de bienes eclesiásticos y las que ahora se forman bajo la sombra de facilidades gubernamentales... Eso sí, no se ponga en tela de juicio la honorabilidad, de los poseedores, llamados a robo cuando se les afecta. ¡Cuántos católicos hoy ejemplares disfrutan la herencia de Manos Muertas y el bisabuelo que las hubo es tenido por santo en el Panteón familiar!*

Lo sacó de su cavilación la voz de don Fernando, que insistía en variar el tema de la plática e iniciaba conversaciones parciales:

—Me has dicho que alguna vez conociste al general Calles. ¿Cómo fue?

—¡Ah! Sí. En casa de los Labastida Portugal. —¿Cómo! ¿Lo recibían allí? —preguntó doña Lupe, desatendiendo el hilo de charla que sostenía

con otros comensales.

—Era día del santo de doña Carolina. El once de julio, no recuerdo si el año pasado, si el antepasado. Yo estaba en el *hall* cuando llegó. Hubo sensación. En verdad, era imponente su figura, no sé si por naturaleza, o por el carácter que imprime el poder en quienes lo ejercen o han ejercido; no sé si fue una impresión personal mía, que tanto había oído hablar del general, sin conocerlo ni de vista. No, no creo que fuera impresión subjetiva. Era un hombre imponente.

Doña Concha, dando visibles muestras de contrariedad, interrumpió a Francisco Javier, dirigiéndose a una de las sirvientas:

—Julia, revise con cuidado que todas las puertas y ventanas estén bien cerradas; corra las cortinas y maderas; que no haya ninguna señal de vida o de atención al paso de ese entierro —y volviéndose a los comensales, añadió con cierta violencia—: siquiera en esta forma debemos manifestar nuestro desprecio.

El tono de voz con que don Fernando insistió en la conversación fue igualmente violento:

—¿Y hablaste con él?

—Me lo presentaron —el muchacho trató de cambiar el tema con rapidez—: muchas amistades tienen los Labastida: hoy los frecuentan muchos de los personajes traídos por la guerra, fue allí donde conocí al Rey Carol.

—Qué Rey Carol ni nada: cuéntanos el encuentro con Calles; ¿era repulsivo? ¿áspero? —dijo Luz con insinuante vehemencia.

—No recuerdo detalles. ¡Hace ya tanto tiempo y fue un encuentro tan rápido!

—Me interesa conocer tu impresión cabal —persistió don Fernando, a tiempo que dirigía enérgica mirada a su mujer.

—No te hagas —dijo Pedro, sonriendo maliciosamente.

—¡Lo quiero! —prorrumpió Luz enérgicamente, con coquetería.

—No puedo negarlo: me causó una gran impresión el hallarme de pronto frente a él y sentir el timbre de su voz, en palabras dichas para mí. Era como si hubiese resucitado y se pusiese a platicar conmigo llanamente alguno de los personajes hacia los que la historia me ha infundido

admiración, terror o curiosidad intensa. Se me representaron tantas palabras decisivas proferidas por el hombre que tenía delante y que me hablaba en tono mesurado y cortés; imaginé las inflexiones de su cólera. Sobre todo nunca podré olvidar la sensación recia de su mano al estrechar la mía plenamente, con cierta ruda cordialidad, a la vez campesina y señorial.

—¡Bravo! ¡Vas muy bien! —prorrumpió Pedro.

—No interrumpas, chico —dijo Luz.

—Lo cierto es que me conmoví. No se le podía negar austera distinción. La voz, las posturas, los gestos y ademanes, el lenguaje que usaba y la forma de alternar en la plática eran llanos y graves al mismo tiempo. Alto y erguido con energía, sobrepuesto a la fatiga que se le notaba. El aire de desencanto y esa superioridad entre desdeñosa y comprensiva que tienen...

—Callista ¿eh? —dijo doña Lupe, al mismo tiempo que hablaban Pedro, doña Concha y Luz, interfiriéndose mutuamente:

—Lo dicho: literato de remate.

—¡Cómo se conoce que corre sangre liberal por tus venas!

—¡Muy interesante! ¡Soberbio! ¡Sigue, sigue!

Lerdo: —*Hasta cuándo estas gentes entenderán, se convencerán, se atreverán a confesar que don Plutarco es el gran estadista de la Revolución, comparable a Juárez en el pasado y a Cárdenas en el presente. Son los tres grandes ejecutivos reformistas.*

Y don Fernando, con violencia dominante:

—¿Por qué vamos a negar lo que sea de cada quien? Yo también conocí, aunque sin hablar nunca con él, al general. Figura interesante. Al verlo moverse, podía uno explicarse cómo tuvo el dominio...

—Fernando, por Dios, dejemos a los muertos en paz.

—Y démosles con las puertas en la cara. Es muy cristiano.

En ese momento entró la criada confirmando que todo estaba perfectamente cerrado. Aprovechó doña Concha la ocasión para desviar la charla hacia el tema de las dificultades que se tenían entonces para conservar y conseguir sirvientes, por efecto de la inmigración extranjera durante la guerra mundial; las damas acogieron con entusiasmo el tópico, pródigo en aspavientos; los caballeros insistieron en hablar de cosas relativas al general Calles.

—Cosa muy parecida me sucedió cuando en Madrid conocí al coronel Tejeda, que fue brazo derecho de don Plutarco y allá estaba de Embajador —decía el señor Alfonso Pelayo, socio de don Fernando—; yo guardaba una prevención muy grande contra el coronel: recordaba de él muchas cosas desagradables, principalmente de cuando fue gobernador en Veracruz: ¿recuerdan que mandó a la casa del Arzobispo de México el cadáver del hombre que quiso matarlo a él, a Tejeda? yo recordaba también cómo echó gente armada contra las señoras que fueron a Gobernación en plan de protesta pacífica; y recordaba la forma súbita en que aprehendió a los obispos y horas después los mandó al destierro, sin darles tiempo ni para cambiarse de ropa. Yo, si no hubiera tenido necesidad, no hubiera ido a verlo. Me trató con sorprendente cortesía, me invitó a comer, y la plática recayó en el Jefe Máximo; me contó cómo se habían distanciado y las agrias disputas que tuvieron, en las que Tejeda, me dijo, le había echado en cara su claudicación, principalmente en materia de obrerismo. Es un reaccionario, dijo varias veces.

—*Reaccionario: revolucionario. Liberal: retardatario. Anarquista: sinarquista. Chinacos: conservadores. Blancos: rojos. Gentes de orden: sans culottes o descamisados. Yorkino: escoces* —Francisco Javier fue recordando la función armada que han tenido en la historia estas y otras parejas de vocablos, cuya puntería equivale a sentencia de muerte, algunas veces no sólo política y civil. —*A cuántos fulminó el maximato con el dicterio de «reaccionarios», mientras la «familia revolucionaria» vino a ser una masonería del medro, hasta la hora y punto en que fue atacado con el mismo dicterio, al cual sustituyeron los de «fascista» y «nazi», contrapuestos al de «comunista», que sigue siendo eficaz explosivo de conciencias.*

Lerdo recordó su sorpresa cuando poco después de haber venido a México, un compañero lo invitó a afiliarse al Partido Comunista. —*¿Pero había personas inteligentes que pudieran ser comunistas?* Entre jóvenes distinguidos, muchos de ellos profesionistas noveles de seguro porvenir, afectos al arte, agradables de trato, enterados de la actualidad científica y literaria, frequentadores de conciertos y exposiciones, Francisco Javier fue descubriendo simpatizantes que hablaban del comunismo como de la cosa

más llana. Y él estaba convencido de que aquello era un anacronismo; lo había leído en muchos libros, lo había oído a muchas personas graves, entre otras, recientemente, a don Antonio Caso, el asistir a cuyas clases había sido para Lerdo una de las atracciones capitalinas: —*El comunismo está definitivamente refutado y periclitado* —era la convicción que de pronto chocaba con el fervor que al comunismo consagraban muchos de los jóvenes que iba conociendo.

Desde 1928, el comunismo había vuelto a la condición de clandestinaje, y Lerdo imaginaba a sus afiliados como gente siniestra. Luego se desató la polémica universitaria sobre definir socialista a la enseñanza superior. Lerdo no estaba de acuerdo; pero sentía el vacío y las contradicciones, de maestro a maestro, de lección a lección, que reinaban en la Universidad. Más tarde llegaron el artículo tercero preconizando la educación socialista, el obrerismo, la súbita conversión de muchos al comunismo, como instrumento de medro. —*El Partido Comunista es la cosa más cochina que hay en México* —le dijo uno de quienes tres años antes lo invitaban a afiliarse.

—*Stalinismo: trotskismo. Totalitarismo: democracia. El efímero poder de las palabras y, sin embargo, sus efectos irreparables. La incompreensión, la prevención contra los que tratamos de superar lo parcial y permanecer alejados de contiendas que no nos convencen, y sin embargo hallamos partículas de verdad en los pensamientos opuestos.*

Doña Concha le acababa de recordar su ascendencia liberal: don Miguel, don Sebastián Lerdo de Tejada. Francisco Javier se sentía orgulloso de su proge.

—*Mis ilustres parientes fueron vilipendiados como paladines de la Reforma. La cuartelada echó por tierra al gobierno ilustrado, genuinamente liberal, de don Sebastián, y cebó en éste las mayores injurias, lo que no impidió traer del destierro el cadáver del patricio y rendirle apoteosis. ¡La eterna simulación! Don Miguel y don Sebastián, si vivieran ahora, serían tachados de comunistas, por su espíritu de independencia y progreso; aunque para los demagogos resultarían burgueses reaccionarios, por la misma razón del espíritu independiente,*

ilustrado, que los distinguió en medio de la pasión reformista, frente a los jacobinos.

Había perdido el hilo de la conversación. Lo sacó del ensimismamiento la voz de Lucita:

—Baja del Líbano y de la cumbre del Carmelo. Ya el invierno pasó y se disiparon los vientos.

—¡Sulamita! —le dijo en voz muy baja el distraído, mientras doña Concha decía:

—Cuando te pones así eres el vivo retrato de tu tío abuelo don Sebastián.

—¡Qué casualidad! —exclamó doña Lupe— lo mismo estaba pensando; y ahora recuerdo todo lo que de niña oía contar acerca de él.

—Sin duda lo de la expulsión ¡abominable! de las madres de la caridad. Era casi un diablo comparable a Juárez y a don Valentín Gómez Farías —repuso Lerdo con agresiva ironía.

—No. Los funerales que le hizo el general Díaz ¡espléndidos! a pesar de haber sido furibundos enemigos; pero don Porfirio era tan tolerante y conciliador.

Francisco Javier hizo su habitual mueca de burla desdeñosa, que la señora Corcuesta no quiso advertir; tampoco se dejó ganar la palabra:

—Decían que nunca había habido en México, ni se repetirían, unos funerales tan suntuosos...

—Que su marido trataba de superar con los de don Porfirio ¿no?

—¡Claro! pero al pobre, digo: a don Porfirio, le tocó morir lejos de su patria. Y pensando en esto de entierros, por lo tínico que me gustaría asomarme a ver pasar el de ese hombre sería por compararlo con los de aquel tiempo.

—¿No le parece muy fúnebre la conversación? Paco, háganos del rey Carol y de su discutida consorte.

—Les hablaré mejor de proyectos para pasar la tarde. Tú ¿qué piensas hacer, Perico?

—Te conozco las intenciones. Por mí, chico, ¡a volar!

Su mirada maliciosa pasó de Francisco Javier a Luz. De nuevo la charla se dividía en grupos. Las señoras platicaban del rey Carol y de las

revolturas a que había llegado la sociedad mexicana:

—En la boda de Patricia Moya de Bucareli con Carlitos Gilow Luján estaba esa señora Lupescu y hasta diputados había, con toda clase de negociantes y políticos que codean a gentes de abolengo, gracias a su dinero y a su atrevimiento; se veían personajes con auténticos títulos de nobleza: los García de Mendoza, los Villacién, los Manrique y Zúñiga, la marquesa de Santiago, los condes de Montes Altos, con esos aventureros que han estado llegando a México y se dicen príncipes, duques de no sé qué fantásticos países: tipos raros, todos, que han estado manteniendo en estos últimos años los *cabarets*, los restaurantes y tantos otros sitios de lujo en que se derrochan fortunas.

—Pues allí está: yo he leído que la principal atracción en la Academia Mexicana, cuando fue recibido un miembro nuevo, fue la presencia del rey Carol, en unión del Presidente.

—Volviendo a la boda de Patricia y Garlitos, aquello fue un desorden, hubo una borrachera...

—Y yo supe que los pelados se portaron mejor que los aristócratas. Hay que ver la conducta de miembros muy distinguidos de nuestras más distinguidas familias en Cuernavaca, en Acapulco. Sus abuelos y bisabuelos volverían a morirse, si los vieran...

Los señores hablaban de la inmoralidad administrativa:

—Obregón alardeaba de que ningún general resistía un cañonazo de cincuenta mil pesos; hoy eso no serviría ni para un gaznucho. Antes un peculado de diez mil pesos era un escandalazo; ahora los de muchos millones nos dejan sin cuidado.

—En el palacio que a todo tren construye un funcionario que apenas tiene un año de haber escalado el puesto, leí al pasar, el otro día, estas palabras: *lla tan pronto*, escritas torpemente, con chapopote.

—La fabulosa fortuna que le achacaban al muerto resulta bicoca en comparación de las efectivas que ahora amasan funcionarios de segunda y tercera categorías. Simples inspectores —conozco yo a montones— tienen, aparte de automóviles, depósitos bancarios, residencias para cada una de sus variadas familias, también su ranchito, sus casas de apartamentos...

Y los jóvenes:

—El cine, casi puras películas mexicanas que son soberanos churros. El teatro, una birria: en el Arheu, las españoladas de María Antinea y las cursilerías de los Bocheros, que se creen tan graciosos y son unos pesados; en el Fábregas, la Montoya con obras del año del caldo; en el Ideal, el consabido astracán gachupinesco; en Bellas Artes, obras aburridas hechas por aficionados latosos; en el Iris, revistas apochadas. Y no creo que piensen en el Folliés ni en el Lírico. ¡Vamos al Frontón! —concluyó Pedro.

—No me seduce. Prefiero quedarme a oír música. Paco, te invito.

—No lo comprometas. Porque cuando te da por lo aburrida...

—Nos quedaremos a oír música —dijo Francisco Javier—; no tengo ganas de ir a ninguna parte.

—Tan joven y ya tan alineado. Sí, además, no resulta eso de divertirse un día de duelo nacional, el día en que sepultan a un procer de la patria.

—Eres más cargante que los Bocheros.

—Pero con un programa muy movido para hoy, antes y después del Frontón. Se perderán de conocer a la princesa y al príncipe Kostka, nobles polacos que andan en México desquitándose de lo que sufrieron en un campo de concentración alemán. Ella es cautivadora ¡qué bárbara!

—Perico, Perico —intervino doña Concha, mal contenida su irritación.

—Mamá, es que hay que soliviantar a este mustio y a esta culta dama musical.

—*Musical* —repitió para sí Francisco Javier—, *en el fondo, musical, bajo la inquieta superficie frívola, sí, musical, en lo profundo, y a la sombra de la música, hoy, quizá, lo irreversible, hoy mismo, en el remanso musical, entre silencios, ella vestida de azul cándido, cuando el sol dore las altas copas del parque y la calle comience a oscurecer, en concierto musical, aunque me disguste sucumbir, sucumbir sentimentalmente, yo, que soy hombre de ideas, que quisiera ser crítico, acaso sea sólo un poeta, ¡no!*

De nuevo la conversación se había unificado para rendir honores al pescado servido conforme a la tradición culinaria de Veracruz, lo que dio pábulo a la explosión del regionalismo, cuerda sensible de aquella casa. Fueron evocados tipos y sucesos, paisajes y emociones de la provincia; discutida en comparación con las de Jalisco, Tamaulipas, Puebla, Oaxaca, Yucatán y aun con la de Campeche, la cocina veracruzana fue declarada

superior; y la música, y la letra, y la danza de los huapangos, y la blanca belleza y el blando señorío de la mujer, y el enérgico tesón de los hombres; y sonaron toponimias evocadoras: el Puerto, Jalapa, Coatepec, Orduña, Orizaba, Córdoba, Fortín, Puente Nacional, Huatusco, Tlacotalpan, Alvarado, los Tuxtlas, Tuxtepec. Un mundo de sitios intensamente vividos desbordó sus imágenes en la memoria de Francisco Javier: aquellos jardines, aquellos aledaños de Jalapa en las primeras lecturas conmovedoras, en las hondas meditaciones, en la revelación del mundo y en el transitorio anhelo de huida para perderse consigo en la selva, en la huasteca, por donde gustaba discurrir, pasar las noches en raso, escuchando el concierto de la tierra caliente. —*Me choca esta propensión sentimental, hoy, este ñoño provincialismo; este dejarme arrastrar por la ternura, hoy. Inconexa, volvió la imagen de su tío don Sebastián: —Los ultramontanos jamás le perdonarían su talento y los chinacos no le perdonaron que vistiera correctamente, que tuviera distinción personal.*

—El dominio político de los caudillos sonorenses ha sido la barbarie del Norte —decía don Miguel Esteva.

—*Luz y yo haciendo las bravias incursiones por la huasteca, soportando los temporales, oyendo el mugir de los ríos crecidos, embriagándonos con el viento de la vainilla en las noches cálidas. Luz atrevida, desafiante, como aquel día en que quiso asistir a un mitin izquierdista, escuchar y entusiasmarse con Lombardo, tan entusiasmada como cuando se empeña en que recorramos de noche los barrios sórdidos de México, un inédito México de miseria, para luego pasar tranquilamente al esplendor de su comodidad, al refinamiento de su círculo: ágil deportista, grata conversadora, desconcertante, musical.*

—¿Y qué hubieran hecho los católicos en caso de triunfar? ¿Hubieran podido gobernar al país? —seguía teniendo la palabra don Fernando.

—Precisamente le he hecho esta pregunta —intervino Luz—, al padre Osollo, que como ustedes saben fue uno de los principales jefes cristeros.

—Sí —se apresuró en puntualizar doña Concha—: pero antes de ingresar a la Compañía de Jesús y aun antes de pensar en hacerse sacerdote. Desde que supe lo de la muerte de Calles he estado acordándome del padre Osollo, que varias veces corrió peligro de que lo mataran.

—He oído hablar mucho de ese jesuita —dijo don Alfonso Pelayo.

—Nosotros lo tratamos con cierta confianza. Su vida es interesantísima

—Luz fue interrumpida por la señora Corcuesta:

—Era médico famoso ¿no?

—Sí —contestó Luz—; era psiquiatra de gran clientela, cuando ingresó a la Compañía.

—Antes se había distinguido en la acción católica, organizando a todas las clases... —doña Concha fue interrumpida:

—Prominente Caballero de Colón, creo.

—No. Estoy segura. Todavía le chocan los Caballeros de Colón, según dice repetidamente, llamándolos farolones. Porque es muy franco en su manera de hablar.

A medida que se concentraba la atención en el tema del padre Osollo, Francisco Javier ensombrecía. Le disgustaba el entusiasmo de Luz por este personaje y aun habían discutido con acritud acerca de la sinceridad o el capricho que pudieran moverla en el caso novelesco del jesuita.

—Muchas veces le he dicho a Paco que una novela no podría ser tan interesante como la vicia del padre —afirmó Luz, dirigiéndose intencionadamente al muchacho.

—Cuéntanosla. Viene muy al caso.

Todos abundaron en la petición, con gran disgusto de Francisco Javier, que decidió retirarse lo antes posible; pero el relato lo retendría y decidiría su destino.

—Ya no escuchaste música, ni nada, hermano —dijo Pedro al oído del contrariado, quien contestó imperceptible, violentamente:

—Nos iremos a ver a la Princesa Kostka. Me revientan estos cuentos heroicos.

Luz había iniciado la historia del padre Miguel Osollo:

—Es guanajuatense: de un pueblo cercano a León. Tiene cara y cuerpo de muchacho que no ha alcanzado su desarrollo normal, y lo mismo la voz, atiplada, bien avenida con los desplantes de puerilidad, que acostumbra tener aun en cosas muy serias. A pesar de la enfermedad que contrajo en las Islas Marías, representa veinticinco años o menos. Por amuchachado en todo, nadie, al verlo, puede imaginar sus hazañas: todavía le llaman, como a

Miramón, el joven Macabeo. Al conocerlo, sentí entre risa y repugnancia. Les explicaré...

Los clarines, tocando a silencio en ese momento, indicaban que salía de la casa, donde fueron velados, los restos mortales del ex presidente.

Nadie oyó los fúnebres toques en el comedor de los Fernández Roa y Esteva.

Vidas paralelas

Cuando los que se hallaban en la terraza vieron que salía el féretro, se fue haciendo el silencio. Las miradas quedaron fijas. Imperio de la muerte. Fácil a unos, y difícil a otros, reconocer antiguos personajes que, con esfuerzo, traían en hombros los despojos mortales. Hubo alguna dificultad para descender la escalinata, para descongestionar la salida. En la calle, murmullo de la multitud, ahogado por el clarín que tocó a silencio. Tres y treinta y cinco de la tarde. Lentamente progresaba el tañido. Lentamente acabó. La marcha fue iniciada lentamente.

Con audacia, Joaquín Lizardi introdujo su vehículo poco después de los de la presidencia del duelo y antes de algunos Secretarios de Estado.

—Suerte te dé Dios... aunque creo que eres ateo; de todos modos, ¡qué presumida vas a dar con los clientes y amigos que te vean!

—¡Vamos a dar! dijo el otro; ¡cómo va a subir tu tarifa para los políticos incautos, y hasta para los cautos, después de que te hayan visto en asiento de *ring*! Al fin y al cabo todo se lo merece la prensa independiente, y tú, su ilustre paladín, obras el milagro de que nos dieran paso.

—Vean la modestia de este gran abogado con empaque de superministro y coche de archimillonario. ¡Irresistible a los agentes de tránsito y demás policía! Es la Eminencia tras el Trono...

—O la silla —interrumpió maliciosamente *mister* Max Goldwyn, que los acompañaba, y cuya frase causó hilaridad.

—¡Cómo recuerdo el alboroto de Pancho Villa, de Zapata y de don Eulalio Gutiérrez cuando los retrataban sentados en aquella silla presidencial, dorada, con águila en el respaldo: parecían chicos, estrenando zapatos! Ustedes habrán visto esas fotografías.

—Mucho curiosas. Yo decir: curiosas fotos. Sombrero grande Señor Zapata. Pancho Villa, sonrisa millón dólares, y coroneles, y otros oficiales cargados... ¿cómo decir?

—Carrilleras.

—Interesante. Mucho. Yo conocer ese México a balazos.

—Como que a poco lo truenan por andar en cuentos. Hace rato le decía yo aquí, a Cumplido, que usted es una especie de Maximiliano de Austria.

—De Boston, *mister* Lizardi, *please*.

—Eso es, cuente algo de su vida en México.

—¿Hombre a periódico? ¡Cocodrilo! ¡toco madera! o... ¿cómo decir ustedes?

—Nada de madera: todo es acero en este flamante coche del gran Lizardi, hombre que se respeta.

—Bueno, querer cornear toro. Usted, *mister* Lizardi, cobrar derechos míos.

—Eso no le dé cuidado: es capaz de cobrar derechos y chuecos.

Habían entrado en la Avenida Veracruz cuando el señor Goldwyn comenzó a narrar su historia: niñez, adolescencia, estudios e iniciación profesional, en confinamiento puritano, rebeldía exacerbada; salir cuanto antes de Boston, romper prejuicios, emanciparse del círculo familiar, cumplir aficiones reprimidas: aventurero, extravagante, saltimbanqui; la voluntad creadora, insatisfecha; el sentimiento de haber nacido artista —caprichoso, voluble—; agotar diversas vidas, todas las formas posibles, en cada obra, paso, sueño; andar, andar, ver, buscar, hallar, dejar, volver a buscar, interminablemente; lo remoto, lo exótico; belleza fugaz, goce diferido, renunciado; cambios de alma en cada viaje, ventura o aventura; cinematografía del vivir: director, actor, escenógrafo, camarógrafo, a un tiempo; emperador y poeta, dictador, conspirador y guerrillero, inquisidor y hereje, verdugo y ornitólogo.

—*History of dictators de Latin America* ya interesarme mucho...

Cumplido se había desinteresado de la conversación. El ver la casa de los Fernández Roa y Esteva —*somos tan veracruzanos que no estuvimos contentos hasta que nos instalamos en la Avenida Veracruz, muy cerca del monumento a nuestros héroes locales*—, por asociación de imágenes, le

hizo pensar una vez más en el padre Miguel Osollo, a quien medio México tenía por el Anticalles número uno. Cumplido lo había conocido y tratado en esa casa por donde ahora pasarían. Ayer en la tarde y hoy en la mañana estuvo buscándolo para obtener algún comentario. Golosinoso asunto para la *columna* de mañana. Medio México espera como bombazo el juicio del que había sido víctima y enemigo mortal. Cumplido aderezaría convenientemente una nota, digna de aparecer a ocho columnas, con el menor pie que le proporcionaran las palabras del jesuita. *Hit* en su carrera estelar, como tantos otros que han hecho rabiar la envidia de colegas faltos de inventiva. El padre parecía escabullírsele. Acaso estuviera en esos momentos con los Fernández. Imposible bajar y buscarlo. Había perspectivas más jugosas en seguir al cortejo y hablar con varios personajes en el cementerio. A Osollo lo encontraría más tarde. Si no, con lo que antes le oyó decir, con datos de fechas fielmente apuntadas, confeccionaría la *columna*, salpimentada de anécdotas relativas al padre mismo. Interesantes. ¿La publicaría el periódico, sin atenuar el sensacionalismo?

Hizo alto el cortejo. Cumplido vino a quedar frente a la casa de los Fernández Roa y Esteva. —*¡Gentes tan reaccionarias!* Esperaba no sólo el hermetismo de puertas y ventanas; también adornos o alguna otra exteriorización de protesta.

Elástico —según su opinión debe serlo todo periodista, y desechar escrúpulos en el oficio; como suele decir: *más allá del bien y del mal*—, Cumplido mantiene relaciones cordiales con los Fernández, a quienes conoce desde que vivían en Jalapa; le deben servicios, pues ha conseguido que redactores y fotógrafos, en diarios y revistas, les den carta blanca, para satisfacción de su vanidad; frecuentemente doña Concha y Luz le demandan «buena prensa» en favor de actividades benéficas, lo que le permite alardear su amistad, paisanaje y desinterés; llegado el caso, según conveniencias, deja entender que hay en él conatos de conversión hacia el modo de pensar sustentado por la familia en materias religiosas, políticas y sociales; atiza y se une a críticas habituales de la casa; fomenta falsos rumores, que halagan el resentimiento de aquellas gentes, para quienes Cumplido es oráculo bien informado y relacionado con los antros en que se fraguan las infamias de la vida pública; mezcla de confidencias y

reticencias, conserva prestigio sibilino. Claro: ni cariñosas adulaciones, ni fiestas y comidas le compensarían servicios y farsa; lo positivo, la conexión con intereses explotables, que le depara el círculo de los Fernández; bien espléndidamente se ha hecho pagar su altruismo, su paisanaje y su adhesión a la «buena causa».

El plan para una campaña de asistencia moral en que doña Concha se hallaba interesada, como presidenta de la Liga para la Preservación de la Juventud, fue la circunstancia en que Cumplido conoció al padre Osollo.

El periodista no podría ignorar algunos antecedentes, ni la influencia del reverendo, cuya fama, hecha de admiraciones y discusiones, apasionadas por igual, hacía que Cumplido lo imaginara de complexión atlética, sanguíneo, imperativo.

Concurrieron detalles, inadecuados para una grata impresión, en el primer encuentro, sin atenuaciones mundanas. Osollo dominaba el círculo religioso de doña Concha. El esfuerzo de calculada tolerancia no ha vencido alergias del columnista por esas mujeres en perpetuo trance de conspiración, por esos caballeros olímpicos, que parecen jactarse, unas y otros, de su dura virtud incontrovertible; recalcitrantes hasta en su manera de vestir. Cuchicheaban con animación, en grupos, cuando Cumplido llegó y se hicieron las presentaciones. Helada cortesía. Cesaron o se amortiguaron los runruneos. El habitual desembarazo del periodista sufrió momentánea turbación. —*Caí como perro en barrio ajeno*. Pero nunca ningún barrio le ha sido extraño. Reaccionó. Reaccionaron los lince, que conocían el interés de hallar auxilio en el tiburón del periodismo. Uno tras otro, fueron acercándosele varios concurrentes, que trataban de disimular sus recelos y de hacerse gratos:

—Yo soy un lector empedernido de usted.

—No creía que fuera tan joven. Su sagacidad, su tino para comentar las porquerías de la política y la gracia con que sabe burlarse de los redentores del pueblo y poner el dedo en la llaga.

—Qué bueno fue su artículo de ayer contra la imbecilidad de Churchill al declararse sin más ni más aliado de Stalin. Cría cuervos...

—Yo quiero serle franco. Me gustaría que les diera más duro a todos los que des gobiernan, por parejo, sin consideración. Ahora, para colmo,

estamos cada vez más vendidos a los gringos, con pretexto de la guerra.

—Ese Roosevelt paralítico es tremendo: quiere hacernos tragar la infiltración protestante, dorando la píldora con lo de la buena vecindad.

Una dama exclamó, fuera de sí:

—¡Los judíos! ¡Los judíos! ¡Ésos son los culpables de todo! ¡Son los que manejan con oro a los gobiernos llamados democráticos, lo mismo que a la prensa del mundo! ¡Y hay gentes que no ven el peligro, y sin saberlo, se hacen cómplices e instrumentos de la conspiración internacional! ¡Hace falta emprender una cruzada sin cuartel hasta extirpar el cáncer en cada país! El día que Roma se decida...

—Doña Sofía, doña Sofía, usted sigue siendo más papista que el Papa.

Estas últimas palabras fueron dichas por un clérigo de aspecto y voz infantiles, que acababa de llegar.

—Mire, padre Osollo, tengo el gusto de presentarle al famoso periodista Eugenio Cumplido, del que tanto le he hablado y que ha tenido la gentileza de aceptar nuestra invitación —dijo la dueña de la casa—; sólo a usted esperábamos y podemos empezar desde luego.

El padre saludó con desenfado a Cumplido:

—Lo que no sabía es que al mismo tiempo que periodista es usted profeta: los dolores de cabeza que Rusia les dará por igual a Inglaterra y a los Estados Unidos; ya ve que soy buen lector de su columna.

¿Podría ser este hombrecillo enclenque, con aire de muchacho malcriado y voz atiplada, el joven Macabeo, el Anticalles de las leyendas devotas? ¿Podría ser el cabecilla cristero del que se contaban hazañas interminables? El respeto efusivo de todas esas gentes hacia el clérigo disipó la duda; pero acrecentó el desconcierto de Cumplido y la sorda irritación. Osollo parecía burlarse de todos, y sin embargo, lo celebraban, con palabras y miradas entusiastas. —*Gran farsante* —pensó de pronto el periodista. Nada imponía en el clérigo: desgarrado, facciones de feto, movimientos nerviosos, risa destemplada y constante, sin motivo; la voz aguda, chillona, que sacaba de quicio a Cumplido, cuya manía de las identidades resultaba fallida, pues imaginó hallar en el jesuita la réplica de Miguel Miramón, prometida por tantas coincidencias. —*Miserable farsante* —dijo para sí, al contemplar con detenimiento las anormalidades que

hacían del personaje casi un enano, el vientre ligeramente voluminoso, la cara lampiña, reseca la piel; pequeños, oblicuos y abotagados los ojos; nariz roma, de fosas anchas; pómulos prominentes; labios gruesos y exangües; el aire total de impertinencia, la chabacanería y el infantilismo de las bromas que iba prodigando a los asistentes, exacerbaban la irritación de Cumplido, tanto como el fervor fanático que resplandecía en las damas y los caballeros a la vista del sacerdote. —*No se les quita el hábito de hacer ridícula la religiosidad* —siguió pensando—; la *represión callista no sacudió su mojigatería*. Figura y modales de Osollo chocaban con la imagen clásica del jesuita, que Cumplido se había formado: ceremoniosos, untuosos. Tampoco era el tipo atrabiliario, especie de Pancho Villa, de primitivismo feroz, que algunas anécdotas atribuían al jefe cristero; el tipo dionisiaco que, desafiando la vigilancia federal y local, dejaba por unos días el campo, entraba temerariamente a ciudades en que era conocido y buscaba expansiones indiscretas.

—Te vas durmiendo, Cumplido —profirió Lizardi, al tiempo que la comitiva reanudaba la marcha—, y esto es una descortesía para nuestro vecino.

—¡Cómo, si lo voy escuchando con atención! Siga usted, señor Goldwin, y no haga caso de las impertinencias de nuestro chofer.

—Aventura bonita entrar gran lucha de poderosos Rockefeller, Morgan, Carnegie. Piratas grandes en comprar gobiernos, y ser amos al universo. Mucha imaginación en planes para *business*. Yo estar entonces abogado *very well*. Morgan tomarme servicio suyo y pronto comernos dólares cuatrocientos millones a Carnegie. *The* gran jugada en bolsa, enero de mil novecientos siete, sacudiendo mundo entero. Jefe, *mister* Morgan, como lobo, comprar todo papel moneda en bancos y ser dueño a toda tierra. Estaba nadie tan poderoso. Reyes, presidentes, banqueros, gerentes negocios grandes, poner caras borregos y lágrimas en ojos. No hay vino en subir más. Yo era borracho en eso. Estar en diablo. Muchos hilos jalar. Gran juego tener en mano hilos tantos, ver cartas de gobiernos, de gentes muchas. Ser con imaginación, estar poeta y calcular grande, rápido, a coraje. Quedar jefe sin competidores, y yo pensar hacer juego propio. Saber *tricks*, mordidas, como decir ustedes.

—¿De *tricks* viene trinquete?

Risas. Goldwin continuó:

—México estar como en palma mi mano. Cuando trabajo a *mister* Morgan yo hacer amigos en *The White Horse*. *In future chance*. Pronto pensar yo dominar Chapultepec. Ustedes entender. Negocio bonito. Nadie como yo saber adentro formas operar en país *The Standard Oil, The Lumber Manufacturing, Gugigham Brothers, The Harvester, Southern Pacific...*

—Formas de saqueo —interrumpió Lizardi.

—*Good*, amigo. No ser crudos. Formas a dominar y hacer oro. Querer dinero rápido. Y poder, *yes*: poder mucho. Rey en Chapultepec. No estar malo. Yo aprender antes, mucho, y gustar *chance*.

—¿Conocía la historia de México?

—Oh, *yes*. Encantar leyendas. *History* mucho interesante. Decir ¿brujamiento? Interesar a mis planes. Comenzar ser loco. Mucho leer. *Mister Prescott* descubrir Hernán Cortés: yo devorar *Cartas en Relación*: yo no comprender cómo no hacerse rey en país ganado a mucho trabajo, mucho peligro, y recibir, *end*, pago *very* feo de rey español. También leer soldado Bernal: *history very, very* pasionante, como el Cortés, pero más viva, más fuerza. ¿Por qué no quedar dueños en lo suyo, que sudaron? Cuadro de país por Bernal anima planes mi aventura: peligro a todas partes. Después interesarme Thomas Gage, Sharp, Wafer, Esquemeling: *Buccaneers of America*: ¿conocer libro?

—Curso completo para dejar chiquitos a corsarios de cualquier color —comentó Lizardi.

—Por supuesto que no faltó el Consejo de Notables que fue a ofrecerle Chapultepec en bandeja de plata —dijo Cumplido.

—Usted querer decir broma: pero ser así. Dejarme seguir cuento.

Los acompañantes mostraron curiosidad.

—Mirar: como si diablo entrar planes míos. *United States* contemplar en mucha ocupación problema México por saber peligro negocios nuestros cuando general Díaz querer seguir *President*: Washington saber general, dominado por gentes no estar muy amigos americanos, querer poner cañones a Salina Cruz, contra nosotros, y más cosas para estar sospechoso. Mucho ser política nuestra Embajada: cierto; pero allí yo encontrar juego a

tomar. Pronto comprender no sólo ser cosa en Washington, también hallar intereses mexicanos ricos, *business* a combinación con *Wall Street*. Yo, en cazador, vigilar, seguir movidas, ruidos, pisadas; como indio rojo, seguir pistas a mexicanos ricos interesados y *chances mister* Limantour, *Minister of Finance* por *President* Díaz. Conocer negocios casa Madero con americanos. Descubrir plan viejo a Limantour y amigos en quitar a Díaz por quedarse con *the* silla *of President*. Hallar cerca, en estudioso, a don Pancho; comprender carácter, ideas, resistencia, causas animan aventura contra muralla; saber opinión su familia, que no darle importancia y trabajar por ponerlo quieto. También yo conocer dentro cómo estar parado *mexican people*: gente aburrida por gobierno largo *President* Díaz y abusos *in system*, lista en probar cambio, sin importar qué viene, siempre ser mejor al amenaza *daily*, en vida pesada, ya sin soportar. Amigos Díaz no estaban en amigos con *The United*. Washington, Wall Street, en esperar *chance* por agrandar influencia y *business* en México. Tomo cartas. Cuestión esperar tantito ¿así decir? Estar águila o *very* chango.

Señales de impaciencia en los oyentes.

—Ya sé por dónde va usted y lo que quiere insinuar —dijo Cumplido.

—Yo no insinuar. Decir. Dejar seguir qué pasó. *One minute*.

—Pero...

—*The* Revolución comenzó... ¿cómo decir? *the blessing* por nosotros: *The United States*.

—Es demasiado. Protesto —el tono colérico de Cumplido.

—Déjalo continuar —intervino Lizardi—: el primer deber del periodista es oír, para opinar después.

—Pero no puedo admitir, nunca, la insinuada hipótesis que tanto han propalado los reaccionarios.

—Amigo, no esté niño. Usted explicar que señor Madero, preso a San Luis Potosí, salte a territorio americano, sin ayuda.

—¿Oyen? La misma versión venenosa, cínicamente repetida.

—*Well*. Yo no tener interés a contar más. Usted, *mister*, que viene mucho silencio, diga.

El hombre al que Cumplido presentó como Santos Degollado repuso a la invitación:

—Prefiero seguir oyendo su relato.

—¿Y te jactas de ser espíritu fuerte, Cumplido?

—Por mí, que siga —gruñó el periodista, despectivamente.

—No. Yo no quiero desagradar a junta en amigos.

—Los amigos le pedimos que siga la narración.

—*Good*. Sin gusto, por aire ofendido en *mister* Cumplido. *Good*. Nadie poder negar señor Limantour violento regresa en viaje a Europa y hablar en camino con Madero *senior*, padre don Francisco, y a Rafael Hernández, primo, legionario *leader*. Señor Limantour segura en París que revolución contra Díaz está triunfal. Cartas en mesa. ¿Por qué anticipar hechos? *Well*. Ya en México, mete susto a Díaz, consigue mover Gabinete por quedar él siempre primera figura, cerquita silla *President*, que puede agarrar fácil en desbarate, por tratos, negocios...

—¡Calumnia! ¡Ignominioso escuchar más!

—Cosa calma, *mister* Cumplido. Yo no decir de señor Francisco. Yo hablar de señor Limantour en falla con general Díaz. Yo querer acabar asunto. En caer Ciudad Juárez a manos revolucionarias, conexiones mías hacen fácil ser yo nominado en observador oficial de *The White House* y *The Department of State*. *Good*: poquito más que observador. Yo estar en firma de Tratados *of Paz*, a noche mayo 21, el 1911.

—¡Insoportable, no más, oír esto en labios de un... extranjero!

—Gringo metiche. Decir en confianza, *mister* Cumplido.

—Exacto. A un mexicano podría tolerarse...

—*Excuse*. Pasar detalles mucho relevantes. *Mister* Creel... *¡well!* Estar mejor decir pronto: *President* Taft ordena movilizar veinte mil soldados, *por si moscas*, como decir ustedes. No tomar por malo. Yo no pensar señor Madero ser en acuerdo con armas extranjero; pero ellos hallan instrumento en defensa intereses suyos. *The leader of Revolution* falló a miras americanas. Fortunadamente falló.

—¿Afortunadamente? —preguntó Cumplido con sorpresa.

—*Yes, mister*: fortunadamente. ¿Qué pasará de México cuando Limantour y amigos hacen lo que pensar ellos hacer de Madero? Vea, *mister* Cumplido: personas ese mismo bando ayudan yo ser observador en

the mexican question. Como *mister* Maximiliano, yo tener Notables por traer a mí donde México.

—¿Ya ves? —alzó la voz Lizardi; al mismo tiempo, Cumplido:

—Que lo engañaron como a chino; digo: como al Hapsburgo.

—*Yes, yes*. Tanto no: aquí pintarme *in* México todavía: vivito y coleando. *Yes*. Notables míos ser después enemigos contra mí, como estos de *mister* Maximiliano. Esperar cuento. Mucho interesante.

—Siga.

—*All right*. Yo conocer *really* señor Madero. *Scientifics*, no comprender, aunque pensar ellos usar a él. Equivocan *subject*. Hablo a él, prima vez, en Hacienda Bustillos, antes a Tratados en Ciudad Juárez. Formo idea: persona sentimental. *Scientifics* ver sólo lado débil: no mirar otro lado en persona sentimental: decidir rápido y fuerte; como *question*, sacar Pino Suárez vice-*President*.

—Exacto.

—Yo comenzar juego a dos cartas, en alumno de maestros míos mayores. Carta *of scientifics* y carta maderista. Era bien a mis planes, por segurar concesiones y ser después dueño en todo *mexican petroleum*, libre a competidores: aquí decir: comer mandado. *Yes*.

—Ave de rapiña, buitres.

—Ya yo decir no ser crudos, por peligro morder lengua. ¿*Well?*

Cumplido y Lizardi dieron signos de molestia, pero callaron.

—No importar a mí cuántos años necesitar, mientras todo va bien. Abrir desorden. Crecer pleito entre *President* y grupo se dice «gente de orden». Suceder entonces que yo no gustar de trato público a señor Madero; él, *very* humanitario, poco zorro, bondad mucha. Yo no en acuerdo cosas, *sincerely*. Yo decir esto a Notables, que hacen mucho disgusto para mí: dicen que americano, amigo a México, yo estar obligado a ellos en salvar país de hombre loco, peligroso a todos, *particularly for business*, intereses americanos. Yo, con esto, querer saber a dónde van. Yo entrar a sus combinaciones con Embajada nuestra y descubrir apoyo a ellos en planes malos. Yo, rápido, repugno esa gente: sabandijas, faltas en imaginación y con ambición grande: no tienen perfidia en tamaño diablo, no valor como yo admirar, yo aprender a *mister* Morgan, a *mister* Rockefeller. Estar

enanos, *great hypocrites*, querer hallar otro dé golpe a frente: general, hombre de diplomacia, para ellos esconder pronto, bien, a borrar señales donde andan.

—¿Puedo interrumpirlo, señor? —intervino con embarazo el hasta entonces silencioso don Santos, quien viendo el gesto anuente del norteamericano, habló—: Muy cierto lo que usted acaba de decir; yo conozco a esa clase de gente: nunca quieren dar la cara: quieren sacar las castañas con la mano del gato, como se dice.

—De veras es interesante oír las experiencias de don Santos, que fue lazo de unión entre los cristeros, que combatían al gobierno con las armas, y los emboscados que dirigían el movimiento.

—¡Ah! mucho, mucho interesante. Yo querer saber.

—Pero acabe usted. Termine.

—*Good*. Cuando asesinato señor Madero, yo sentir miedo por México, y también desear más hondo a México. Yo preguntarme mucho: ¿por qué matar así a hombre bueno, liberal y de sueños? ¿por qué no matar a gente mala? Traidor Huerta recuerda ídolos en Museo Nacional: ojos a muerte, cabeza saliente de cuerpo, sin pescuezo; animal, tigre a esperar víctima. Huerta recolecta sacrificios en hombres como indios antiguos. Madero no es matado por malas-entrañas —ustedes decir así—; él muere por amor a cosas, a gentes nuevas. *Yes*: masones blancos, con sed por sangre, ponen parte.

—Masones blancos, ¡qué bien!

—Levantar en mí al puritano, que no traga *very*, vil asesinato, largo antes preparado por burlas públicas y por campaña en periódicos; hasta *Congress* pierde respeto a *The Presidente*. Yo, no, no tragar crimen. Yo pensar mucho en comprender las morales y el religión de gentes aquí. No parecer, no ser cristianismo ni en pueblo, ni menos en gente alta, contenta por suerte señor Madero. Yo no ver, no entender.

Cumplido volvió a perder el hilo de la conversación. Las palabras de don Santos le hicieron pensar otra vez en Osollo, muchos de cuyos antecedentes conocía precisamente por Munguía, que ahora recordaba el periodista:

Miguel Osollo pasó por las aulas del Colegio Civil de Guanajuato y, más tarde, por las de la Universidad Nacional, con fama en memoria de maestros y condiscípulos, que servía de referencia en sus recuerdos. Triple fama de precocidad, combatividad y tenacidad. Ya en las primeras clases de cada curso se imponía la inteligencia vigorosa, igualmente analítica y sintética, de gran sentido crítico; pero sorprendía más la cuantía y firmeza de conocimientos, que sin alarde, antes con desenfado, iba descubriendo el joven, así como la seguridad con que se movía en el campo de las ciencias como en el de las humanidades; no se trataba sólo de felices disposiciones a beneficiar, sino de madurez, los límites de cuyo incremento escapaban al cálculo de los que hacían lenguas del «caso». A la par de la inteligencia, imponía el carácter alegre, pero agresivo, incapaz de disimulos, tesonero hasta el empecinamiento.

Miguel Osollo no fue nunca muchacho reposado. Sus movimientos, palabras y réplicas eran rápidos, violentos. Procuraba reprimir, no siempre con éxito, impulsos de iracundia. La más pequeña injusticia lo sacaba de quicio y lo hacía estallar en vías de hecho, hasta descomponer su fisonomía, en la medida del agravio propio o ajeno, que trataba de castigar.

En el momento en que con formalidad principiaron los trabajos de aquella junta donde Cumplido lo conoció, fueron las muestras contundentes de carácter e inteligencia lo que modificó la primera ingrata impresión del periodista, produciéndole curiosidad por indagar la historia del sacerdote y por tratarlo personalmente.

Le había satisfecho la eficacia del padre para cortar ocurrencias inútiles de los asistentes: quejas vanas, chismes, mañoso fariseísmo y exhibicionismo; con lúcido afán de concreciones prácticas, dando a un lado toda beatería, unas veces irónica, otras enérgicamente, condujo la reunión a unos cuantos puntos de programa, estableciendo de modo militar las responsabilidades de grupos e individuos en la obra que para la Preservación de la Juventud se proponían emprender, denunciando los atisbos que para escabullirse notaba en algunos y los peligros de inocuidad que había en propósitos vagos, en palabras huecas. Y al fin del rudo tratamiento, la sagacidad para conservar un ambiente cordial, sin fisuras, y

para encender entusiasmo en todos, hasta en el propio columnista, que no escapó al risueño magnetismo del Macabeo.

Los abuelos y el padre de Miguel —aquí comenzaban las notas escritas de Cumplido— habían sido mineros, endurecidos de generación en generación por la lucha contra la naturaleza subterránea; dionisiacos, derrochadores en el desquite de la fatiga; incansables en apurar los placeres de las horas libres, al aire libre, y legendariamente rumbosos en las fiestas. El orgullo del oficio familiar y el sentimiento patriótico los hacían pretender, para su árbol genealógico, a Pipila, el héroe de Granaditas, y esta pequeña vanidad hizo que un tío de Miguel pagara lo que le pidieron por ser propietario de la finca, en la ciudad de Guanajuato, donde se afirma que estuvo el comercio en que Pípila compró el ocote y la brea para prender fuego a la puerta de la Alhóndiga, consiguiendo así el primer triunfo de la independencia mexicana.

Rosario de grandezas y tragedia, era la historia doméstica, que Miguel se hacía repetir en las noches de su infancia, por más que la madre tratara de impedir a las tías paternas esos relatos que contrariaban el plan de vida soñado para el hijo único.

Los Osollo fueron leones cuando el pueblo de Guanajuato forzó, desde dentro, la entrada del padre Jarauta, con el que se unieron apasionadamente durante aquel épico mes de junio a julio de 1848, en que de día y de noche los combates trepidaban el circo de las montañas guanajuatenses, resistiendo al Gobierno, que había celebrado la paz con los norteamericanos; un Matías Osollo fácilmente pudo escapar a la hora de la derrota; pero no quiso separarse del padre Jarauta, ídolo del pueblo, y corrió su suerte, oponiendo todavía inútil coraje y, en el momento de morir fusilado al pie de las graderías de la iglesia de Valenciana, vino a ser héroe de corridos por la valentía con que apostrofó a sus victimarios, llamándolos traidores, mercaderes de la patria, indignos del nombre de mexicanos. En esa vez, una Margarita Leal, viuda de un Osollo que se había enriquecido y había muerto trágicamente durante la fabulosa bonanza de la Luz en 1842, ofreció su caudal y sus joyas personales para salvar la vida del héroe Jarauta.

Un hijo de Matías Osollo anduvo cuatro años haciendo locuras en persecución del general Mariano Arista, que había dictado la orden para la ejecución sumaria de los patriotas; ni el hecho de haber sido designado Arista Presidente de la República contuvo los ímpetus del mozalbate, que hacía imprudente gala de sus propósitos de matar al magistrado; tras una serie de aventuras y escapatorias, cayó al fin preso, y nadie sabe cómo vino a encontrarse en Guadalajara cuando estalló la revolución que depuso a Arista; y todavía el empecinado fue a seguirlo a su retiro de Nanacamilpa y aun a Veracruz, cuando el ex presidente obedeció la orden de destierro; avergonzado por no haber conseguido la venganza tantos años perseguida, el hijo de Matías Osollo no volvió más a Guanajuato, donde había jurado que se quitaría el nombre si no quitaba del mundo al asesino de los que habían peleado contra la ignominia de México.

El bisabuelo derrochó tres cuantiosas fortunas hechas a pulso: la primera, en una feria de San Juan de los Lagos, al cabo de cuatro días de juego y orgía; la segunda, repartíendola entre los deudos de mineros muertos en la mina de San Vicente, cuando la catástrofe de marzo de 1862 por desprendimiento de gases; la última, en desesperado esfuerzo por mantener al Imperio, en 1867, sólo porque cuando tres años antes, Maximiliano vino a Guanajuato y el 23 de septiembre bajó a la labor de San Fernando, en el mineral de Rayas, donde Osollo trabajaba de nuevo como barretero para rehacer su fortuna, el Emperador se le acercó, le tocó el hombro sudoroso y luego le estrechó la mano, bañándolo con una dulce sonrisa compasiva.

En cambio el abuelo cobró fama de anarquista, cuando en octubre de 1881 se dispuso un simulacro de trabajo, amenizado por orquesta, en la capilla de la mina del Nopal, a honra de don Porfirio Díaz y de su comitiva oficial. Osollo censuró sin recato el contraste de los obreros desnudos y los trajes de músicos y visitantes; lo carnavalesco del homenaje, que resultaba cruel, pues la pantomima era la realidad misma, vivida sin melodía ninguna, que terminaba con la inutilización y la muerte de los hombres condenados a bajar día por día al reino de las tinieblas. El anarquista fue fichado, quedó sin trabajo y emigró de Guanajuato.

¡Cuántas otras historias familiares! La parentela de silicosos, la mujer de aquel Osollo que consiguió entrar al tiro en donde su marido resbaló, cayó al abismo y fue recogido en fragmentos, y donde quiso ella tener igual fin; el antepasado que regaló corona, cetro y traje cuajados de piedras preciosas para la Virgen de Guanajuato; el que arrojó puñados de oro al equilibrista Silvano Lara cuando su hazaña de venir por un alambre desde la torre de la Compañía hasta la de la Parroquia, en febrero de 1867; los Osollo muertos en tumultos públicos; los que tomaron las armas en bandos distintos durante la Reforma y la Intervención; los que con magnificencia cumplieron largas faenas para la reconstrucción del templo de la Compañía; el que con espanto público y desafiando peligros ascendió al cerro de Sirena el 16 de noviembre de 1874, después de unco días en que formidables truenos subterráneos tenían aterrada a la población, y se decía que grandes grietas descuajaban por dentro, momento a momento, ese cerro, de donde nadie creyó que regresaría el temerario.

Desterrado de Guanajuato, el abuelo de Miguel había ido de mineral en mineral por el norte del país, iniciando allí a sus hijos en el oficio; pero procurando que todos volvieran al terruño. Luis, el primogénito, casó en San Francisco del Rincón, en octubre de 1901; con el oficio, aprendió de su padre ideas de rebeldía contra el régimen económico, político y religioso, que llamaba «el infame capitalismo»; ideas, sobre todo las concernientes a religión, que impidieron la armonía conyugal, pues pronto la esposa tuvo una certidumbre: se había casado con hereje, al que la rapidez y el clandestinaje habitual de los noviazgos pueblerinos no le permitieron conocer, tanto menos que se trataba de un forastero cuyas visitas a San Francisco eran irregulares; pero la franqueza varonil, al mismo tiempo que la amargura de hombre que se adivina abandonado, necesitado de ternura, de ayuda, hicieron cosa de poco pensar la proposición de casarse con dispensa de amonestaciones, para luego irse a vivir a Guanajuato.

La buena mujer, cuando tuvo la certeza, que le parecía horrorosa; cuando las blasfemias estallaban en sus oídos como cohetones de dinamita; cuando escuchaba las amenazas a los ricos, abrigó aun esperanzas de domar con cariño silencioso y con oraciones, esos ímpetus amargos, en que se desahogaba la enfermedad del alma y la del cuerpo: el rencor y la silicosis.

La buena mujer devoró en silencio, semanas y meses, la creciente de su pena, el duro cambio de vida, la ciudad extraña al estilo campesino de la tierra natal, el trato recio de la gente minera, opuesto en todo a la blandura de las personas que antes la rodeaban. Los síntomas de la maternidad aumentaron, hasta el terror, su angustia. Comenzó a sentir miedo de todo e invencible repulsión hacia el marido. Se agriaron las ya precarias relaciones. Las violencias del hombre se exacerbaron con el mutismo absoluto y con abundancia de prácticas religiosas en que quiso refugiarse la mujer.

Un buen día dijo Luis Osollo que se iba en busca de mejor fortuna, entregó a su cónyuge alguna cantidad y la condujo a San Francisco, asegurando que pronto vendría por ella y que, hombre responsable como era, no faltaría a su subsistencia, lo que cumplió fielmente, haciéndole llegar dinero, ahora de Fresnillo y después de Cananea.

El hijo de tantas aflicciones nació prematuramente y, en riesgo de muerte, fue bautizado el mismo día del nacimiento, 29 de septiembre, y puesto bajo el patrocinio del Príncipe de las Milicias Angélicas, cuyo nombre se le dio.

A siete meses anteriores de angustia, siguieron otros siete, en que se debatió el niño entre la vida y la muerte, con estigmas de raquitismo, que no había esperanzas de vencer.

El padre seguía enviando puntualmente la mesada y secas palabras. Comenzó a ser problema de conciencia para la madre un secreto deseo de que su hijo no conociera jamás al ausente, un terror de que se presentara éste o los mandara llamar.

Cuando sucedió lo último, la madre contestó que sería matar al niño, El padre no insistió. Pasaron los años. A principios de julio de 1906, con el envío mensual de dinero, llegaron estas líneas: —«¿Cómo está Miguel? Hazlo fuerte para que cumpla el destino de justicia social que mi padre y yo soñamos, chocando con todos». En agosto, en septiembre, ni dinero, ni noticias. En octubre llegó a San Francisco un hermano de Luis Osollo: —«Qué ¿no lo sabían? mataron a Luis en Cananea, desde junio, cuando la huelga de los mineros, porque hizo resistencia con las armas en la mano,

valientemente, gritando su derecho, como buen Osollo, y mis hermanos me mandan porque vamos a hacernos cargo de ustedes, nó faltaba más».

El deseo de que Miguel no conociera a su padre y la renuencia de reunírsele se hizo remordimiento sombrío, espeso, que ya nunca, nadie pudo arrancar del corazón de aquella mujer. Como espectro constante veía en la figura desmedrada del hijo el castigo de Dios. —*Parece fenómeno* —y la expresión de las gentes le producía dolor de muerte. —*Si vive, será enanito*.

—*Hazlo fuerte. Hazlo fuerte*. —Las palabras póstumas le martilleaban el alma.

No tuvo energía para desechar el auxilio de sus parientes políticos, aunque rehusó volver a Guanajuato y se instaló en León, donde vivían dos de sus cuñadas.

El niño lastimoso dio siempre muestras de precocidad; mal andaba, casi no hablaba cuando cumplió dos años, y sin embargo se hacía entender, mostrando extraordinaria perspicacia y genio voluntarioso, cuyas actitudes era difícil modificar.

A todos acosaba con preguntas. Fue asombro general por la rapidez en aprender oraciones y relatos, que repetía en su media lengua, con borucas inteligibles. Luego, a los cuatro años, aprendió el Ripalda y puso en apuros a la madre con preguntas relativas al Catecismo. En menos de cuatro meses leyó de corrido y supo no sólo contar, sino calcular.

En León, el padre Manríquez, confesor de la viuda de Osollo, tomó al niño bajo su cuidado y antes de que cumpliera seis años lo hizo ingresar al Colegio de Infantes de la Catedral, cuando comenzaba a ser nuevo problema para la madre tanto el carácter rijoso y proselitista de Miguel, jefe indiscutido de la pandilla que habían formado los chicos del barrio del Coecillo, donde vivían, como la delirante atención con que seguía los relatos de las tías paternas y el efecto que le causaban.

El padre Manríquez encauzó la avidez del chico por la lectura y se preocupó por someterlo a un régimen que lo desarrollara físicamente; alimentación adecuada, excursiones a pie y a caballo, natación, que a esto era muy aficionado el sacerdote, hombre, por otra parte, de singular energía, que más de una vez la hizo sentir al huérfano, quien pronto en el Colegio de

Infantes fue cabeza de partido y de riñas, bien que lo uno y lo otro, como en el Coecillo, tuvieran por origen el instinto de defensa, pues los muchachos veían en el enclenque compañero la presunta víctima, o como decían: «El puerquito»; éste daba prisa en desengañarlos, acudiendo al terreno a que lo citaran: exactos, mordaces eran los apodos y las pullas con que respondía; desesperados, por su debilidad misma, los golpes que lanzaba y de los que si sacaba la peor parte, también lograba que los amigos pensarán mejor sus propósitos de agresión.

Dos motes lo sacaban de quicio: «Sietemesino» y «la tiple», debido el último a la voz aguda y limpia de soprano, que sobresalía entre las demás del Colegio. Fue así como, la mañana en que los alumnos acudieron a saludar en su residencia al diocesano recién consagrado y cuando desfilaban en silencio reverente, un chico, creyéndose a salvo por lo solemne de la circunstancia, dijo al oído de Miguel: —«Lo vas a asustar, sietemesino». Sonora bofetada desató el escándalo. El buen obispo rescató a Osollo de las iras del director y de los profesores, lo retuvo consigo luego que se marcharon todos, y al reconvenirlo paternalmente, la entereza, lo mismo que la agudeza del muchacho despertaron el interés del nuevo mitrado, y puesto que no juzgó conveniente que volviera al Colegio, decidió recogerlo en la casa episcopal. Era el mes de octubre de 1909. Miguel acababa de cumplir siete años.

En esto radicó el secreto de su formación: equilibrio saludable de influencias: la sabia y bondadosa del obispo, y la enérgica del padre Manríquez.

Aquél abrió al pupilo su biblioteca, complacido en señalarle libros y métodos de lectura; no le fijaba tarea; no se propuso, al principio, ejercer formalmente la docencia, sino sólo explorar el caso que por modo tan desusado se le presentó: activo, el chico era granjeador, se comedia para desempeñar quehaceres domésticos, para proporcionar comodidades al prelado, cuyos pensamientos pronto logró adivinar; pero una vez que penetraba en la biblioteca o cogía un libro, y esto era la mayor parte del tiempo, se abismaba; el obispo entabló comentarios con Miguel acerca de las obras leídas y descubrió dotes de asimilación y de controversia; poco a poco se convirtió en su maestro; de los libros de viajes y biografías, lo pasó

a estudiar gramática española e idiomas: latín, en primer término, así como aritmética y geografía; lo hizo leer poesías escogidas, descubriendo en esto poco interés; no era ciertamente mucho el trabajo del obispo, ya que todo lo allanaba la disposición y aplicación del alumno. Dio en llamarlo con cariño: «Mi gallito», y encontró diversión en proponerle cuestiones delante de otras personas y en hacer a éstas que le plantearan temas, a los que respondía con sencillez, pero sin arredrarse, confesando llanamente cuando no atinaba con la respuesta, por más que se advertía una dialéctica defensiva, esgrimida con tozudez; y guardaba silencio al sospechar que se trataba de burlarlo.

Sólo salía para ir a comer con su madre cada ocho días, y cuando acompañaba al padre Manríquez en sus excursiones, de las que Miguel volvía con materiales orgánicos e inorgánicos, para estudiarlos, prolongando su libre clausura en la biblioteca. Para el santo de su protector, en marzo de 1911, reveló nueva facilidad: como dibujante, y por primera vez el obispo lo elogió expresamente al recibir como cuelga una colección de mapas y copias de monumentos famosos, hechos con primor y paciencia, en secreto de varios meses.

El prelado acababa de convertir el Colegio del Divino Salvador, de San Francisco del Rincón, en Seminario Menor, y quiso que Miguel quedara inscrito como alumno. Así volvió al pueblo natal, en compañía de su madre, y cursó tres años de humanidades. En las vacaciones venía a la casa del obispo, que seguía suministrándole libros.

La Revolución cambió rumbos al adolescente. Clausurado el Seminario, Miguel y su madre regresaron a León. Llegaba de todas partes el estruendo de luchas. Un tío, venido de Zacatecas, detallaba la estrategia y los estragos de la batalla que allí acababa de librarse. Otro pariente había tomado parte en la resistencia de Veracruz contra los norteamericanos. El padre Manríquez tronaba contra los *revolufios*, que acababan de convertir en cuartel a la Catedral de Guadalajara; en la penitenciaría estaban presos todos los eclesiásticos de la ciudad. Pronto caería el alud sobre León.

Curiosidad, patriotismo, indignación, temor, agresividad, conmovían el ánimo del muchacho. Probar la Revolución, ir contra los norteamericanos, defender a la Iglesia, lanzarse a la aventura, ver una batalla, un fusilamiento; conocer, hablar con Francisco Villa; pelear contra Carranza;

moverse, hacer algo, vivir las diarias incitaciones heroicas y angustiosas; adivinar los presagios de trenes que iban y venían, silbando. Miguel dio en hacer viajes diarios a la estación, en examinar a los forasteros que llegaban, en interesarse por los movimientos de tropas, en rondar las oficinas públicas y los cuarteles. Respiraba un aire de combate. Se sentía estratega. Julio César fue su lectura preferida.

—Mi gallito, mi gallito —decía el obispo, con bondadosa sorna—, estos hombres no son del Colegio de Infantes.

Cuando la Revolución llegó, el mitrado tuvo que ocultarse y luego se trasladó a la capital de la República. El padre Manríquez también emigró.

A la guerra se unió el hambre y la peste. Una de las primeras víctimas de la epidemia bautizada por el pueblo con el nombre de «carranzazo», fue la madre de Miguel. Doblemente huérfano, extremada la mala situación de las tías, buscaron refugio en Guanajuato, donde un primo de su padre, Manuel Osollo, enriquecido súbitamente con transacciones de alarma: cambios de moneda, compra y venta de artículos de primera necesidad, negocios administrativos, los acogió patriarcalmente y halló en Miguel un auxiliar excelente por su actividad y por sus conocimientos aritméticos.

Manuel Osollo quiso que su sobrino ingresara al Colegio del Estado. Frustradas las gestiones para revalidar algunos estudios, quedó inscrito en primero de Preparatoria. Se impuso pronto sobre sus compañeros. En 1918 dobló cursos. Comenzaron a ser famosas las controversias con maestros adversos. Halagándosele con llamarlo hijo de un protomártir de la Revolución, que merecía los honores y recompensas debidos al caído de Cananea, se le quiso atraer. Enérgicamente rechazó una pensión oficial. Tras halagos, vinieron burlas y amagos; luego, injusticias. Firme, su actitud fue haciéndose más y más violenta. Los estudiantes católicos lo proclamaron caudillo. Caudillo mordaz en el campo de las palabras; decidido en vías de hecho. Se le llamaba «general Osollo», «mocho», «sacristán», «jesuita». No se inmutaba. Pero una vez, los muchachos contrarios, a coro, en el piso alto del Colegio, le gritaron «¡feto!» y Miguel, fuera de sí, solo, subió corriendo, tomó una silla y agredió al grupo, que había venido a echársele encima, escaleras abajo, donde lo dejaron sin sentido. Al día siguiente se le notificó la expulsión del plantel. Contestó una

insolencia y decidió marchar a México, rechazando las insinuaciones de que diera explicaciones y solicitara reconsideración o clemencia.

Los trabajos para organizar la A. C. J. M. en Guanajuato, en León, en Silao, en Irapuato y en Celaya, lo habían relacionado con los grupos de Jalisco, de Michoacán y de la capital.

René.

En este punto de los recuerdos, que la indagación sobre Osollo fue acumulando en la memoria de Cumplido, y que ahora recorría sin atender el relato de Goldwyn, el periodista prorrumpió en voz alta, dirigiéndose a Lizardi:

—¿Conoces tú a Capistrán? Iturbide no pudo ser de otro modo: su físico...

—¡Con lo que sales! ¿Por qué saboteas así el relato de nuestro Emperador? Parece que de veras te ha enfadado su modo de interpretar los orígenes de la Revolución, como si fueras verdadero revolucionario.

—No. Es que... dos cosas iguales a una tercera, son iguales entre sí. Tratándose de emperadores...

—¿*Mister* Goldwyn es Capistrán?

—Lo que sólo pienso ahora es que Capistrán representa a Iturbide.

—Y es que no conoces a uno de los jefes más destacados del actual partido conservador en Michoacán.

—Sí: la misma línea física y moral de... Pero continúe usted, *mister* Goldwyn y perdone la impertinencia.

—Yo creer aburrir ustedes mucho. Mejor, interesarme su historia del señor, el señor...

—Santos Munguía, su servidor. Con la venia de los señores, me permito suplicarle que no nos deje intrigados con el final de sus aventuras en México.

—*All right*. Yo termino pronto con fusilamiento mío en monte de Campanas.

El norteamericano contuvo una de sus habituales carcajadas.

El cortejo cruzaba en esos momentos la inserción de las avenidas Mazatlán, Durango y Veracruz, para entrar por la calle de Agustín Melgar.

Unos niños que jugaban en el jardín del edificio Condesa quedaron atentos al paso de los contingentes, con curiosa gravedad.

Historias de amor

En el momento de servir el café, don Fernando propuso que pasaran a tomarlo en la terraza interior.

Francisco Javier había intentado varias veces interrumpir la historia del padre Osollo, que a dos voces contaban, con entusiasmo creciente, doña Concha y Luz. Hizo nuevo esfuerzo, proponiendo a Perico que subieran a ver el paso del entierro, desde la azotea, donde nadie los viera.

—No, ya debemos irnos; digo: si al fin me acompañas a donde la princesa.

—Por favor, no vayan a salir todavía. Dejen que pase todo.

—Pero mamá, ¡si ya son las cuatro y once minutos, veinte, no, veintidós segundos! Un favor, doña Lupe: asómese usted con discreción, como la palomita de Noe, sin comprometerse ni comprometer el honor de la casa, y díganos si ya pasó el diluvio.

—¡Ah, qué Perico de mis pecados! Voy, voy; pero conste que por hacerte un servicio.

—Que le pido encarecidamente, porque sabemos lo que le repugna curiosear.

La señora Corcuesta volvió en seguida:

—¡Qué les decía: qué entierro! Ya pasó todo, aquí, a unos cuantos metros y como si nada. Les confieso que yo esperaba oír, si no las grandes bandas de música, cuando menos, tambores y cornetas, o algún estruendo militar, que me recordara mis tiempos.

—Debemos poner, usted y yo, una agencia funeraria para que la gente sepa lo que son sepelios ruidosos, como el proyectado para don Porfirio.

—Perico, no faltes a tus mayores.

—¿Me expulsarán como al padre Osollo por faltar al respeto a sus maestros? En serio, mamá, creo que no quieres referirte a la edad de doña Lupe.

—Eres insoportable y no hay modo de hablar contigo.

—Bueno, chico, ¿vas o te quedas?

—Me quedo —respondió Francisco Javier con sordo acento.

—*Bye, bye*. Que te haga digestión la historia.

—Cuidado con tardarte, hijo.

—Conozco las santas tradiciones de nuestra casa, mamá.

Sin que se lo pidiera, doña Concha bendijo a Pedro; éste hizo a Francisco Javier una mueca, se despidió de los presentes y salió.

—Este muchacho me tiene muy preocupada —dijo doña Concha, en tono confidencial a la señora de Mancera—; trae la cabeza a pájaros y temo que por allí lo atrape una víbora cualquiera. ¡Están viéndose unas cosas! Por esto sí le suspiro a la provincia, donde se conocen las familias desde su raíces y hay confianza cuando se toma estado; ¡aquí todo es gato por liebre! Más con éste, que se mete a todas partes y es encandilado con facilidad. Hace poco anduvo noviendo con una refugiada española, ¡dígame usted! Luego lo trajo loco una francesa, que de muy buena familia, ¡sépalos Dios, en este México revuelto por gentes de todo el mundo, que vinieron huyendo de la guerra!

—Ya no hay a dónde volver los ojos: muchachas y muchachos de familias conocidas, muy cristianas, ¡tienen un comportamiento en público! ¿qué será en privado? Yo tampoco sé qué hacer con mis hijos: Luis Felipe terminó con Gabriela por... por cosas penosas que no podría pensar él; y dígame si los Revillagigedo no son una de las mejores familias. A Fanny le salió pretendiente de mucho relumbrón, que a las primeras de cambio, afortunadamente, descubrimos casado.

—Ni de visitas puede irse ya, porque dondequiera uno encuentra concubinarios públicos, mujeres que hacen gala de libertinaje, divorciadas y vueltas a casar, ¡tan frescas! Y hasta dicen que resulta cosa de buen gusto, de progreso social, de alto espíritu de tolerancia, ¡no sé yo cuánta zarandaja! tener esa clase de amistades y ostentarlas.

—Hace quince, veinte años, recuerdo el escándalo que se armaba cuando en alguna reunión había personas que no estuvieran bien casadas: pronto y para siempre se hacía el vacío a esa casa.

En la terraza, Luz había reanudado la historia del padre Osollo. Después de contar los trabajos que tuvo para ser admitido en la Universidad Nacional, su brillante paso por la Preparatoria, su ingreso a la Escuela de Medicina, la defensa de sus convicciones ante los embates del materialismo, su valentía en defender a tiros la casa que ocupaba la A. C. J. M. en las calles de Correo Mayor, que un primero de mayo fue asaltada por los cromistas de Morones; la osadía para encapuchar, una noche, la estatua de Juárez; las jiras de propaganda por la República; su rápido prestigio nacional como militante; ser alma de la organización popular en el Bajío; su actividad cuando estalló el conflicto religioso, y de la resistencia pasiva, del *boycot*, se pasó a la preparación de la resistencia armada, pese a que, desde luego, Miguel sacrificaba su carrera. Luz narró el principio de la sublevación y cómo al ser aprehendidos y fusilados algunos correligionarios en Guadalajara, se hallaran papeles que comprometían a Osollo, ese mismo día fue capturado en la capital y, a punto de morir, lo salvaron su astucia, su serenidad, su apariencia de ser menor de edad, sus relaciones contraídas en el servicio médico policiaco, más otras influencias que se movieron; ya en el patio de tiro, en la Inspección de Policía, le fue conmutada la pena de muerte, por el cautiverio en las Islas Marías, de donde al cabo de seis meses fue conseguida su liberación, pasó por Guadalajara e inmediatamente se incorporó a las fuerzas que operaban en el sur de Jalisco; después, hazañas de guerra y el atrevimiento con que Osollo visitaba ciudades en donde se le conocía: Guadalajara, Colima, México y aun León; entonces Luz comenzó a contar uno de los motivos que había para las frecuentes visitas del aguerrido a la capital de Jalisco, quizá la más peligrosa de las plazas enemigas: el joven Macabeo estaba enamorado.

—¡Por Dios, Lucero! historias profanas; puede haber escándalo; piensa que ahora el protagonista es sacerdote.

—Pero, mamá, si el mismo padre ha contado ésta y sus otras historias de amor; ¿qué tiene de malo? No es en tu daño lo que no fue en tu año. Así se admira más el carácter del Macabeo.

—¿Más de un amor? —preguntó con aspavientos la señora Corcuesta.

—¿Cuántos tuvo San Agustín, y con haber sido más... profanos que los del padre, San Agustín es San Agustín, y no puede haber buen sermón en que no se le cite, como dice el refrán.

—Dice bien. Con que, ve contando, pues lo que te preguntaba fue para comprometerte a decirnos la primera y las otras historias.

—No sé si la primera es la primera. Creo que no, pues en México, cuando estudiaba, debió tener otras novias.

—¡Don Juan tenemos!

—Muchacha, ¿ves?

Francisco Javier, con reprimida cólera:

—Luz, te invito al Deportivo; no desperdiciemos esta preciosa tarde. Luego vendremos a oír música.

—Encantada; pero no voy a dejar a estas personas con la curiosidad; terminaré rápidamente la historia...

—Las historias, criatura —dijo doña Lupe Corcuesta.

Molesta por saber que no impediría el cuento sino a costa de un altercado ante las visitas, doña Concha salió con algún pretexto. Francisco Javier se hubiera despedido en aquel momento; eso sería la ruptura definitiva de sus proyectos, y prefirió contenerse.

—Tantas novias y tan apasionadamente amadas, como ustedes verán, significa, para mí, sentimiento de soledad, ansia de ternura, que padecía ese temperamento arrebatado. Muchas veces he oído decir unas palabras de San Agustín: «Mi vida rompió en frondosidad de amores»...

—Bueno... miren —dijo titubeando el doctor Gil Carmona, que había interrumpido la historia en distintos pasajes, pidiendo a Luz que le precisara detalles—: nadie me lo solicita, pero por lo referido, aunque sólo conozco vagamente al padre, y pareciéndome un caso psicológico muy claro, voy a aventurar un anticipo de diagnóstico. Dispensen. Cada uno tiene sus manías. A propósito de lo que Lucero acaba de decir, el afán por ser amado tiene la misma causa que otros de los rasgos característicos del personaje: su valentía espectacular, su violencia punitiva y a veces cruel contra quienes le recuerdan defectos físicos; esa causa es la sublimación y el desquite de

un complejo de debilidad; estos tipos psicológicos tratan de poner a prueba o de compensar algo que real o supuestamente les falta.

—¿Verdad? —exclamó Francisco Javier con acento de satisfecha convicción.

—Es en ciertos aspectos el caso de don Juan; pero no nos metamos en honduras. Prosiga usted, Lucero.

—Sí, cuando estudiante pretendió a muchas muchachas, con diversa fortuna. Fue un estudiante noviero. Lo sé bien: a casi todas las interesaba; pero luego iban enfriándose las relaciones, acaso porque no era ése su destino.

—Acaso también porque... pero dígame, Luz, eso que llamaremos mariposeo en torno a la mujer, ¿fue permanente?

—No adelantemos, doctor. Allá vamos. Y como usted verá, la historia de amor iniciada en vísperas del conflicto y tejida con los arrojios y los dolores de la guerra, es una historia de proporciones trágicas, lo más opuesto a eso que llama usted mariposeo.

—Hay mariposeos insistentes en torno de la misma llama; pero al fin y al cabo, mariposeos.

—Escúcheme. Lo que voy a referir lo he venido sabiendo de personas muy diversas que tuvieron contacto directo con los protagonistas y con los hechos. En sus viajes de organización de los núcleos católicos, el doctor Osollo, que así comúnmente se le llamaba, conoció en Guadalajara, por el año de 1926, a una muchacha, silenciosa y modesta, pero participante asidua en los grupos de acción femenina. Se llamaba Cecilia. Menuda de cuerpo, la voz frágil, sólo el brillo concentrado de los ojos, que parecían de obsidiana, denunciaba el espíritu de grandes resoluciones, capaz de todo sacrificio. No hablaba casi nunca; sin embargo era la primera en tomar y la última en dejar el trabajo que se le señalaba. Cuando fueron precipitándose los acontecimientos, la que parecía débil e inspiraba lástima, buscó las comisiones más difíciles, penosas y arriesgadas. Fue sorprendente su actividad cuando se trató de organizar a los creyentes, manzana por manzana, casa por casa, en intento de alzar fuerza incontrastable. Cecilia fue la primera en admirar el celo y la inteligencia de Miguel; pero cuando éste pasó de la conmiseración a la curiosidad, a la simpatía y luego al amor

por la muchacha tímida, encontró firme reserva, que fue creciendo conforme dejaban de ser indirectas las demostraciones afectivas. Hombre de mucho amor propio, Miguel se picó por los desvíos de aquella cenicienta.

—¡Atención! Un dato interesante: hombre de gran amor propio. ¿Quiere decir: egoísta?

—Por Dios, no la interrumpas tanto —dijo la mujer del médico.

—¿Egoísta? Creo que no. ¡Bueno! Según lo que se quiera entender. Ya he dicho que acababa de comprometer su porvenir y que hacía años derrochaba generosamente su tiempo al servicio de la causa.

El médico, sonriendo irónicamente, dio señales de querer hablar. Guardó silencio y prestó atención.

—Osollo —prosiguió Luz— fue a Guadalajara con mayor frecuencia. La esquiva lo rehuía. Él se atrevió a enviarle un ramo de rosas como primer mensaje de amor; ella lo devolvió sin una palabra; en acceso de cólera, el pretendiente lo pisoteó. No era juego calculado, ni desdén ofensivo. Así lo explicó Cecilia con serena firmeza, cuando al mismo tiempo de la ya impostergable declaración formal, escuchó las reconvenciones, entre dolidas y violentas, del resentido.

—El resentido.

—¿Qué quieres decir, Paco?

—Sólo repito.

—A ese paso nunca vamos a terminar —exclamó doña Lupe.

—Explicó que le había chocado siempre toda idea de frivolidad, todo pasatiempo que amenazara comprometer su interés; y aun concediéndole formalidad absoluta de intenciones, reconociendo que lo juzgaba intachable, ¿no era frívolo andar con sentimentalismos impropios de las horas que vivían? Le atormentaba ver que uno de los elegidos para primeros puestos caía en tentación, invalidando con su flaqueza el fervor de sus arengas, restándose autoridad y distrayéndose de la misión que Dios le confiaba. No eran días para perder tiempo. Entregado a escarceos, él, en quien se cifraban tantas esperanzas, ¡qué desilusión! ¡qué mal ejemplo y acaso cuánto escándalo! Ella no había dado, no quería dar motivo a esa verdadera deserción; subordinada oscura, se atrevía sin embargo a

conjurarlo para sobreponer el ánimo; que nadie pudiera murmurar al verlos juntos en la cruzada, ni se creyera que sólo era pretexto para vulgar noviazgo. Todos los recursos del pretendiente, acostumbrado a imponerse fácilmente, se estrellaron ante la dulce resistencia de Cecilia. Fue una negativa sin esperanza remota. Miguel reaccionó con duplicadas temeridades, cuya imprudencia le mereció reconvenciones. Era uno de los que sostenían resueltamente la idea de lanzarse a las armas y ejercer la acción directa en cualquier terreno. Un periódico católico de Guadalajara publicó, en agosto de 1926, un artículo que con gran encabezado se intitulaba: «Las armas ¡¡no!!»; Miguel buscó al director, lo injurió y lo amenazó, pistola en mano. Dentro de grupos secretos exigía la precipitación de los acontecimientos, el ataque a las tiendas que combatían el *boycot*, el dinamitar edificios públicos, las represalias en la persona de funcionarios, el plagio de ricos que se negaban a contribuir para la organización de la lucha, y aun dio providencias encaminadas a consumir esos proyectos por medio de una falange radical de conjurados. El desdén sufrido fue parte a que se ausentara de Guadalajara. Resuelta la guerra, previno contingentes en varios Estados; él mismo encabezaría un grupo en el Bajío. Para ultimar preparativos y coordinar el movimiento, estuvo en Guadalajara, quiso despedirse de Cecilia, le describió con exaltación la epopeya próxima, le pidió que rezara por él y por su gente; sin hablarle ya de amor, lo descubrió en los ojos vibrantes, en la mano temblorosa, en el acento entusiasmado de la muchacha: que ganara el primer puesto, que lo viera entrar triunfante a las ciudades, que abatiera el reino de la impiedad en sus últimos escondrijos, que fuera el Anticalles por todos esperado. El encuentro fue una descarga eléctrica...

—Como ustedes ven —interrumpió ahora don Fernando—, la historia se repite: a los estímulos de la mujer que pretendía, debió don Miguel Miramón su brillante carrera; he oído decir que primero le exigió la banda de general y después la de Presidente.

—Cecilia no exigió, ni prometió nada. Se contentó con enardecer los ímpetus del joven Macabeo.

—Y con ofrecerle matrimonio.

—En efecto, y es uno de los más emocionantes momentos de la historia. Pero debo aclararles: lo que acaba de decir mi papá no sucedió en la entrevista que les refería, sino meses después, en circunstancias desesperadas. Oigan: el joven Macabeo, una vez levantado en armas, continuó yendo periódicamente a Guadalajara en arreglo de negocios, para proveerse de recursos, para sistematizar las operaciones, para estar en contacto con los dirigentes del movimiento regional y para saludar a Cecilia, ¡claro! dedicada entonces a tareas peligrosas como el transporte de pertrechos y los servicios de inteligencia. Osollo salió de Guadalajara con destino a México el 30 de marzo de 1927, en desempeño de una difícil comisión, pues habían surgido desacuerdos injustos por parte de los dirigentes capitalinos respecto a los jaliscienses, que indignaron al joven Macabeo. El primero de abril, en la mañana, Cecilia buscó al jefe regional de la Liga, en la casa en que se ocultaba y donde vivía las angustias de la crisis, la dolorosa incompreensión de las gentes de México; según he sabido era hombre pacífico, dedicado a la cátedra, opuesto a la violencia y, al fin, comprometido, arrastrado románticamente a la rebelión, en la que nunca tomó las armas; la muchacha supo que la noche anterior había sido cateada la casa y aprehendidos los que la habitaban; entonces, bajo tremenda impresión, fue de aquí a allá, previniendo a correligionarios, tratando de que se interpusieran amparos por los presos, enviando telegramas cifrados a la capital; era tiempo de tomar el tren de México a la hora en que como mazazo le cayó la temida noticia: los cadáveres del jefe y demás compañeros estaban en la sección médica municipal, traídos del cuartel y tirados en el suelo; dominada por la obsesión de salvar a Osollo, cuyo riesgo sabía, tomó el tren. Llegó tarde. Osollo estaba preso ya: de un momento a otro lo fusilarían, si es que a esas horas no lo hubieran hecho. De la casa de asistencia donde se hospedaba Miguel y donde fue aprehendido, Cecilia se trasladó a la Inspección de Policía, directamente, sin dudar un momento en correr la misma suerte del joven: ¿qué otro camino había para conseguir siquiera verlo? Un condiscípulo de Osollo, que vivía en aquella misma casa, condujo a Cecilia, le aconsejó prudencia, la puso en antecedentes que podrían utilizarse: Miguel trabajó dos años en el servicio médico de la policía y estaban obligados con él muchos empleados

y agentes, entre los cuales era muy popular, casi todos los médicos y practicantes lo querían; al ser aprehendido no se le halló ningún papel y a tiempo escondió sus armas: declaró su condición de estudiante, no haber salido de México e ignorar quién era ese Luis Osorio por quien le preguntaban.

—¿Luis Osorio?

—El nombre de guerra. Lo difícil estaba en usar con tino esos y otros recursos, para no comprometer más la situación. Desde luego, aunque se hallaba matriculado, Miguel no había concurrido en el año a la Escuela, cosa fácil de comprobar por la policía. Cecilia esperó a que su acompañante tratara de hacer algunas averiguaciones. Regresó con la buena noticia de que Osollo permanecía en un separo, aunque incomunicado rigurosamente y con centinela de vista. El condiscípulo buscaría maestros y amigos para ver qué pudieran hacer; en tanto, no tenía objeto que la joven permaneciera en la Inspección, donde su presencia infundiría sospechas, pues ni siquiera se podía decidir el papel más conveniente que debería adoptar: novia, hermana, pariente, condiscípula; pero Cecilia no quiso apartarse del sitio y terminantemente dijo que allí esperaría el regreso del amigo; que no sentía ni hambre ni cansancio. Ya sola, comenzó a mover los recursos que la desesperación, atemperada por su habitual serenidad, le dictaba: preguntas, ruegos, intentos de soborno y tenaz observación de gentes y movimientos; fue atreviéndose a hablar con empleados superiores y decidió hacerlo con el Inspector mismo, a cualquier precio. Cerca de las cuatro de la tarde volvió el condiscípulo, profundamente desalentado: nadie quería intervenir; amigos y favorecidos escabullían el bulto, llenos de miedo. —*¿No habrá quien interponga un amparo?* —se le ocurrió a Cecilia. El muchacho sonrió compasivamente. Los informes conseguidos eran en absoluto pesimistas. Obraba en poder de la policía el registro de las actividades últimas de Osollo. Cecilia, perdido el control, estalló: —*Si no hay modo de que no lo fusilen, antes quiero casarme con él; por caridad, ayúdeme a conseguirlo; ¡quiero ser su viuda!; eso no me lo podrá negar nadie.* No supo qué decir el sorprendido. Se le acercó entonces un hombre de catadura inconfundible: sombrero tejano, carrillera en el cinto, zapatos militares. —*Usted ¿no es compañero del doctorcito Osollo? Parece que lo reconozco.* —*Sí,*

trabajamos en la sexta delegación —respondió titubeando el estudiante. — Pues creo que se lo escabechan a la noche, por más que realmente no le han podido comprobar nada; pero esto es lo de menos, estando las cosas como están. Muy simpático muchacho el pobre, a mí buenas valeduras que me hizo, y una vez me atinó una enfermedad que en años nadie me pudo curar, y me curó de balde, ¡buen médico, y tan muchachito! ¡lástima! Y ¿usted qué anda haciendo? —Pues viendo qué se puede hacer por un compañero que fue siempre muy cuate. —Pues lástima, como le digo, que no se pueda hacer nada, las cosas están muy delicadas, a no ser que le valga la edad, según oí decir, y que, además, creo lo conoce el secretario de mi general. —Oh, sí, el secretario trabajó en la barandilla de la sexta delegación y fuimos buenos amigos. —Pues píquele, ora que venga, quién quite. ¿Y esta señorita: hermana del doctor? —No, una enfermera que le debe muchos favores. Usted ¿no podría siquiera hacernos la valedura de que lo viéramos, orita que casi no hay gente? Usted ha de conocer al que lo vigila. —Es muy comprometido; pero en fin, espérenme.

—¡Bravo! ¡bravo! eres una magnífica imitadora, casi eres actriz del género de la Rivas Cacho —interrumpió don Alfonso Pelayo.

—¿Dónde has aprendido a hablar como los pelados? —preguntó la señora Corcuesta.

—Viviendo simplemente con los pies en el suelo. Pero déjenme continuar, si no los he cansado.

—¡Cómo! Si eres una consumada charlista.

—¿Bromitas a mí? El agente regresó, diciéndoles que a las cinco habría un relevo y que acaso a él mismo le tocaría la guardia. ¿No podrían vestirse de practicantes? La cosa se facilitaría. Él era hombre agradecido; pero ellos habrían de ser cuidadosos de no comprometerlo. Se lo aseguraron. El estudiante tomó un coche para traer su bata y conseguir un traje de enfermera. Estuvo de vuelta diez minutos antes de las cinco. No, no le tocó la guardia al agente. —*Pero vengan, vístanse allí en ese rincón* —les dijo; luego hizo que lo siguieran, se cercioró de que el joven llevaba su credencial de practicante; les pidió que fueran rápidos y les expuso el plan. En efecto, llegaron al separo: —*Mi cuate* —dijo al centinela—, *que aquí manda el jefe a estos señores para que examinen al preso, creo que está*

muy corveado. Pasaron. El agente se encargó de distraer al centinela. Cecilia estrechó las manos de Osollo. Mientras el amigo simulaba examinarlo. —¿Es cierto que lo agarraron? —preguntó el prisionero; en los ojos de Cecilia leyó la verdad; —Eres una valiente; gracias por haber venido; quería escribirte por último, pero temí comprometerte; adiós hasta la eternidad—; sin reparar en el tuteo súbito, dijo Cecilia: —Vine para decirte que si Dios así lo manda, si debes morir, yo con gusto seré tu viuda; no nos podrán negar esta gracia de que nos casemos antes de... un sollozo la ahogó. El amigo se acercó a la puerta y dijo en alta voz: —Lo voy a inyectar, tiene el pulso sumamente alterado. —Pero rapidito, mi médico; estos conspiradores mochos no merecen nada. Tras la sorpresa que lo dejó mudo, el prisionero rehusó aquel sacrificio; ella tenía derecho a ser feliz; Cecilia porfió que con la muerte de Miguel no tendría otra dicha que llevar su nombre y seguir trabajando por la causa, hasta que le tocara seguirlo por el mismo camino; si ahora pudieron verse, fácil era regresar con un sacerdote que los casara; Osollo persistió en rechazar el generoso gesto. —Adiós hasta la eternidad; que sepan mis compañeros que morí con firmeza, sin delatar a nadie, a pesar de los tormentos que me han dado —y mostró las huellas de los brazos, las piernas y el pecho. —Bueno, mi médico —gritó en la puerta el agente—, ya estuvo suave de consideraciones. Salieron.

—Muy emocionante.

—Continúa, Cecilia... digo, Luz.

—Tras la descarga nerviosa del episodio, Cecilia y el amigo buscaron al secretario del Inspector; les dijo que la cosa no tenía remedio; se acababa de recibir una orden terminante; sólo esperaban la llegada del jefe; los papeles cogidos en Guadalajara comprometían al doctorcito, sin lugar a duda; ¡lástima! porque habían sido buenos amigos y le caía bien. —Pero si es menor de edad —casi gritó la muchacha. —Con eso lo he tratado de salvar, y diciendo que me consta que es un estudiante de porvenir, pero sin experiencia. Al mismo general le cayó bien, hoy en la mañana, que lo interrogó; dijo que parecía muy inteligente; el doctorcito tuvo muy buenas puntadas; es astuto; resistió como los hombres las pruebas que se le hicieron para que cantara; y cuando mi general preguntó qué gracia quería que le concediera antes de fusilarlo, respondió que no más escribir una

carta de amor, siempre que le aseguraran que no molestarían a la persona interesada; nuevas pruebas para hacerlo decir de quién se trataba; entonces vociferó injurias, pero no hubo modo de hacerlo hablar. Le cayó bien a mi general, como les digo; pero con esta orden superior, ya no hay esperanzas, en fin. Y es natural que ustedes quieran verlo, ¿no? —Nosotros queremos salvarlo —dijo con sequedad la muchacha. —Pero ¿y cómo? —Es que hay una confusión con otra persona. —Mire, criatura, ¿quiere un consejo? Escápese usted. Yo podría detenerla si estos médicos no hubieran sido mis amigos. No me haga decirle más, estando las cosas como están. Los condujo a la puerta del despacho. —Confío en que me guardarán el secreto; si no... Hasta luego. En la verja del jardín los esperaba el agente: —¿Qué hubo? Aquí unos amigos y yo le queremos hablar a mi general; no hallamos el modo. —Yo los acompaño. ¿Ya llegó? —dijo Cecilia. —No ha llegado, y malicio que usted echaría a perder la cosa. Mejor no. Cecilia se dejó conducir a un café de la calle de Rosales y a duras penas el amigo consiguió que tomara una taza de manzanilla. En torno a lo imposible discurrieron lo que habrían de hacer, viniendo al mismo punto: nada.

Y sin embargo, Cecilia no podía conformarse con la inactividad. Regresaron a la Inspección, en el momento en que un médico entraba; se sorprendió al saber el destino de Osollo; le tocaba guardia y acaso podría ver el desenlace, acaso podría servir en sus últimos momentos al condenado: ¡triste consuelo! Cecilia le pidió quedar en la enfermería; no, no se acostumbra tener mujeres en el puesto, que no enfermería, de la Inspección. Vieron llegar al general. Eran las siete de la noche. El amigo disuadió a la muchacha en sus propósitos de abordar al Inspector. Debían esperar. Transcurrieron mortales horas, había movimiento inusitado.

En este punto del relato, se dio cuenta Luz de la impaciencia del auditorio.

—Voy a abreviar, porque va siendo tarde. Osollo fue interrogado y sujeto a tormento, de nuevo. Siguió mostrándose astutamente ingenuo. Replicó lleno de agudeza. No le arrancaron confesión alguna. En presencia del Inspector se atrevió a interrumpirlo para decirle que desde la mañana pensó en diagnosticarle una enfermedad manifiesta en los movimientos y en ciertos síntomas del rostro; que lo dejara examinarlo; debo advertir que

generalmente sorprendía el ojo clínico de Osollo. —*¡Pero si usted es un mocoso!* —*Sí, pero desde niño aprendí cosas de mi padre, que era un adivino, y esto me ha servido; ¿quiere que le adivine los síntomas de su enfermedad? ¿lo que siente, sin que me diga usted nada? Vamos haciendo la prueba. Si me equivoco, aquí mismo me da de balazos* —dijo con sangre fría el que un momento antes había sido atormentado. —*Está bien; pero antes lea esta orden.* La leyó. —*Bien, cuando guste, que al fin y al cabo soy inocente, usted lo sabe mejor que nadie. Lo que siento es que México perderá conmigo, más que un buen matasanos, un extraordinario mago, mejor que el Niño Fidencio, un mago que podría curar en dos días al general Calles. Me remitiría a las pruebas.* El general se desconcertó con la salida, y más cuando fue oyendo los síntomas de su mal: agruras, ventosidades, cansancio: una úlcera, quizá en el estómago; el hígado, fatal; complicaciones peligrosas, ese modo titubeante de andar: ¿Siente calambres en las piernas? —*Hágase ver la sangre y el líquido cefalorraquídeo, general, para que no vayamos a encontrarnos pronto en el otro patio a donde ustedes me van a mandar. Ahora, estoy a sus órdenes.* —*O usted es un valiente o un idiota.* —*Lo que usted guste; ¿para qué discutimos?* —*¿No quiere un cura?* —*Tengo la conciencia tranquila.* —*¿Quiere una muchacha?* Osollo le dirigió una mirada fulminante, que conmovió al militar, pues lo hizo comprender que aquél estaba seguro de su próximo fin, que no bromeaba y que sólo exigía respeto a su integridad moral. —*De veras lo siento: tener que cumplir órdenes, dentro de un par de horas, con un muchachito de su temple. Vaya a prepararse.*

—Pero no lo mataron —dijo la mujer del doctor Carmona.

—Mujer, estás en la luna, o es que la señorita nos ha contado la historia con una viveza...

—Es que me emociona mucho. Verán. Los simpatizantes ocultos habían hecho esfuerzos durante todo el día por salvar la vida del Macabeo, utilizando relaciones en las esferas oficiales; un senador se interesó en el caso y habló con funcionarios de la presidencia; damas influyentes movieron otras palancas. A las nueve de la noche recibió el Inspector de Policía una llamada de Palacio y orden de que suspendiera la ejecución si no se había efectuado. Parecería mentira si no supiésemos lo crédulos que

son los desfanatizadores, gente afecta a la magia y temerosos de supersticiones y hechicerías; el caso es que había creído el Inspector en los poderes ocultos del muchacho y allanó la situación, favorablemente dispuesta en Palacio, para conmutar el fusilamiento por presidio en las Islas Marías, donde quedaría en observación el acusado; instruido para procurar que al fin declarara, el general hizo formar el cuadro de ejecución, y antes de hacer dar las órdenes, fue al impávido joven, prometió salvarlo si confesaba lo que supiera de la sublevación, lo amonestó, le rogó, lo amenazó. —*Acabemos de una vez* —dijo con voz enérgica Osollo.

—Y Cecilia, ¿qué sucedió con Cecilia?

—Eres una bruja, Luz, nos has encerrado en un círculo de trágica ilusión.

—Cecilia, que había permanecido en acecho, rezando, medio escondida en un rincón del jardín, con la complicidad de aquel agente oficioso, supo el desenlace poco después de las doce de la noche. Informado, el padre Pro la condujo a la casa de la familia Landa, donde pasó el resto de la noche. Beatriz Landa es una de las personas que me han contado los detalles del episodio.

En ese momento volvió a la tertulia doña Concha e intervino en la conversación.

—Quién había de decir que allí mismo, pocos meses después, recibiría martirio el santo padre Pro. Yo todavía no puedo creer, no puedo concebir ese acto, calculado en sus menores detalles para herir todo sentimiento de humanidad. ¿Cómo es posible que haya gentes capaces de llegar a los extremos a que se llegó? Sadismo, creo que se dice, o mejor, como grosera, pero atinadamente dijo entonces alguien: marihuanismo. Ustedes recordarán: la ejecución sufrió una demora porque no llegaban los fotógrafos de *El Universal*; acabada la carnicería, se mandó llevar del Café Colón un servicio de *ambigu* y bebidas para celebrar el hecho en las oficinas del Inspector, con asistencia obligada de los concurrentes.

—Usted, señora, ¿conoció mucho al padre Pro?

—Me tocó, nos tocó esa gracia de Dios. En el mundo no puede haber dicha comparable a la de sentir la santidad en una persona que tratamos con cierta confianza. La santidad del padre Pro era humilde, pero evidente. La

persecución lo creció. Multiplicaba su tiempo de apóstol risueño. Los pobres eran su obsesión. Él era la adoración de los pobres: obreros, mujeres caídas, chiquillos del arroyo, familias en la miseria. Venía mucho a casa; en momentos de peligro aquí se refugiaba. Recuerdo que una vez, tocó a las doce de la noche; traía a entregarme a una pobre muchacha que, a punto de ser madre, había querido suicidarse; yo, bromeando, le dije que cómo andaba con mujeres a esas horas, que lo iban a despedir de la Compañía. — *Sí, Concha* —me dijo—; *pero yo no puedo abandonar a esta infeliz, que aquí le dejo para que la cuide hasta que le llegue la hora*. Se metía en las comisarias, en las cárceles, en los hospitales, cuando lo más duro de la persecución; celebraba misa donde pudieran asistir gentes pobres, en mayor número, sin importarle los peligros; llevaba la comunión todas las mañanas a cientos de casas. Era sencillo, alegre, descuidado en lo que a su persona se refería; se daba íntegramente a los demás.

—Yo no lo conocí —dijo el doctor Carmona—; en el Colegio traté mucho a su hermano Humberto; era muy distinguido, muy inteligente.

—Para mí —siguió diciendo doña Concha—, no es una casualidad que el padre Osollo se llame como el padre Pro: Miguel.

—El mismo nombre del general Miramón —comentó el señor Pelayo.

—Si —continuó la dueña de la casa—, Dios suscita los hombres necesarios en cada época y va supliéndolos providentemente.

—Mamá, yo creo que me dejarás terminar la historia de Cecilia. Sólo que ya los haya cansado —dijo mirando a los concurrentes.

—¡Qué va, si nos hemos quedado en lo más interesante! —contestó por todos la señora Corcuesta.

—Bien. Cecilia estuvo atenta al paradero del Macabeo. Tomó los mismos trenes que lo condujeron a Manzanillo. Le hacía llegar provisiones. Aunque no pudo acercársele, de lejos lo alentaba con la mirada. Resultaron inútiles los esfuerzos que hizo para colarse en el barco, rumbo a las Islas Marías. Desde la salida de México estaba temerosa de que aplicaran al prisionero la *ley fuga*. Tenía esperanzas de que los amigos hubieran hecho algo para la evasión de Osollo en Guadalajara o en el camino a Manzanillo, de donde regresó con la idea fija de liberar al cautivo, sin abandonar por esto los servicios que venía prestando a la causa. Su temple cooperó a

restablecer la moral de los militantes jaliscienses. Dos o tres veces por mes venía a México en busca de pertrechos y pulsando medios para conseguir la vuelta del deportado. Cada día que pasaba era más vivo el dolor de representarse los sufrimientos en aquel infierno perdido en el océano, y de sentir la impotencia de sus gestiones. En junio tuvo la alegría de hacer llegar al presidio unas letras, y recibir contestación. Era un resignado mensaje lleno de fe, sin palabras directas de amor, sin quejas de dolor. En agosto supo Cecilia que las tareas en las salinas, durante los primeros meses, obedeciendo la consigna de quebrar al joven, se habían mitigado gracias a la simpatía que supo conquistar y a la eficiencia médica en servicio de los empleados y de los reos; pero Miguel estaba enfermo. Redoblados esfuerzos de la muchacha. En septiembre, nuevas noticias alarmantes de la enfermedad. Cecilia decidió llegar al presidio y tuvo probabilidades de un nombramiento en Mazatlán, que le permitiera embarcarse allí. Puesta en camino, fue capturada en Acaponeta por espía cristera.

—¡Por vida tuya, no vayas a contar esas atrocidades! —interrumpió doña Concha.

—¿Por qué atrocidades? ¡Aquí es donde brilla con toda su pureza la heroína! El salvajismo de la soldadesca ¿quién lo desconoce?

—Déjame contarle. No se le pudo probar nada. No llevaba papeles ni armas. Demostró, por lo contrario, que iba a Mazatlán en busca de un empleo en las Islas Marías. ¡Cómo iban a dejar que una víctima se les escapara! ¡Y una víctima llena de timidez, que parecía indefensa! Trataron de abusar. La muchachita se convirtió en leona. De una mordida casi arrancó la oreja del tenientillo indecente. El escándalo trascendió. Tuvieron miedo los libertinos, que esperaban el desenlace al primer encuentro. La víctima duplicaba sus fuerzas a medida que la lucha se prolongaba. Crecían sus gritos en demanda de auxilio. No se amilanó con un disparo a quemarropa, disparo que al fin sirvió para que la dejaran, pues la población se había dado cuenta de los hechos y el vecindario se agitaba. Para mí, ante todo, fue milagro que pudieran detenerse los abusivos: no sabían respetar nada, y menos en un pueblo pequeño. ¿Saben ustedes lo que hacían en casi toda la República con las mujeres que andaban de luto como protesta por la

persecución, sin respetar a las que tenían otros motivos personales? ¡Horrores! ¡Ni hablar! Cecilia fue llevada a Tepic, donde se le puso libre, mediante fuerte cantidad.

—Mientras —continuó Luz—, la enfermedad real: reumatismo, flebitis, principio de asma, que Osollo hizo aparecer con síntomas de mayor gravedad, unida a los buenos oficios del director del penal y a las influencias que se habían movido en México, determinaron la libertad, condicionada a que después de curarse, el joven saldría del país. ¡Claro! Como no se curó, se fue directamente al campo de la guerra, desoyendo los consejos en contrario, que tildaba de cobardía, y sabiendo cuál sería su suerte inapelable si de nuevo lo cogieran. ¿Cómo iba a quedarse con los brazos cruzados cuando la lucha se tornaba despiadada y tantos y tantos correligionarios ofrendaban sus vidas? ¡A pelear sin cuartel!

—¿Y el matrimonio?

—Usted espera un final de película. No. Ciertamente es que luego el joven Macabeo dio pruebas violentas de su amor. Cecilia también lo había demostrado. Cuando supo que Miguel estaba libre y a punto de tomar otra vez las armas, juzgó llegada la hora de cumplir la promesa que había hecho: el cambio de su vida y, si era preciso, de su honra, por la vida, primero, y por la libertad, luego, del hombre que amaba; pero antes que a ella, se debía a la causa de Dios y de la Patria. Esquivó toda entrevista, disponiendo el cumplimiento de comisiones en forma y sitio que impidieran encontrarse, por más que Osollo trató de conseguirlo, exponiendo la vida por buscarla, según se los contó antes. La muchacha escribió rogándole que pospusieran su encuentro hasta el final de la lucha, tanto para no distraerse de sus deberes, como para poner a prueba sus inclinaciones: lo quería, lo exigía. Sin embargo, cuando el Macabeo tenía rastros de la mujer amada, no se contenía en ir a Guadalajara, a León, a México. Empeño de cuatro meses. A su campamento, un triste día de febrero de 1928, llegó la noticia: sorprendida a bordo del tren de México, a inmediaciones de La Barca, llevando un cargamento importante de parque y dinamita, Cecilia tomó su equipaje y, como ya otros compañeros lo habían hecho con éxito, trató de huir arrojándose del tren; se produjo explosión terrible y el cuerpo fue recogido en pedazos.

—Nuestro Señor había aceptado el sacrificio —se apresuró a decir doña Concha, dándose cuenta del efecto producido en los oyentes por el desenlace.

Francisco Javier se revolvió en el asiento, sin atreverse a hablar. Durante todo el relato estuvo analizando su amor por Luz: íntima historia con un punto neurálgico: la cuestión religiosa. Se sentía molesto cuando como esa tarde las conversaciones tomaban tal sesgo, y más aún si Luz ponía calor en ellas. No porque fuera hombre antirreligioso. Juzgaba que había superado ese sentimiento; lo admitía y respetaba en otros; le parecía excelente adorno para la mujer; mas en esta materia, como en otra ninguna, el exceso le repugnaba, y aborrecía tanto a los jacobinos tragacuras como a los fanáticos; el mismo malestar físico le producía oír una blasfemia, una sátira anticlerical, que los aspavientos y el énfasis de la beatería; le eran inaceptables las implicaciones políticas que para él constituían la propensión endémica del catolicismo mexicano; atribuyéndolo a influencia jesuita, le disgustaba y lo confundía que Luz tomara partido entusiasta por algún miembro de la Orden. Conocía las intromisiones y arbitrariedades de padres de la Compañía en la vida universitaria, su manera de usar y abusar de las convicciones juveniles, fomentando casuísticamente la violencia, el gusto por la conspiración, por el disimulo, por el golpe de mano, sin reparar en los medios. Recordaba el carácter de condiscípulos educados por los jesuitas, o pertenecientes a grupos estudiantiles, dirigidos por la Compañía.

Conversaciones como las de ahora, lo hacían cavilar sobre la influencia sacerdotal que pesaba en aquella casa, y sobre las exactas proporciones que asumiera en Luz. Acostumbrado a las paradojas de la joven, a su agrado por provocar discusiones, tomando la defensa de la posición más débil o combatida; satisfecho por el espíritu de curiosidad con que Luz no rehuía ningún peligro; satisfecho de la entereza con que disentía frecuentemente de las opiniones de su familia y de su círculo, Francisco Javier estaba seguro de la íntima libertad espiritual que hacía de la muchacha una encantadora amiga; mas en el terreno del amor ¿sería lo mismo? ¿ahora o más tarde la indudable religiosidad de Luz encontraría incompatible la serena, fría, respetuosa indiferencia de Lerdo? ¿trataría de arrastrarlo? ¿plantearía esas enojosas cuestiones prenupciales? ¿renunciaría a las actividades

confesionales? ¿eran éstas expresiones profundas de voluntad o, según algunas veces creía Francisco Javier, formas de pasatiempo social?

Resuelto a declarar sus sentimientos esa tarde, dispuesto a la confidencia plena de sus ideas y de sus aspiraciones, temía romper el encanto de la amistad y la ilusión de amor, si tocaba, como su rectitud lo exigía, esos y otros puntos, indispensables de aclarar.

Por eso fue duchazo de agua fría el relato en boca de Luz, la admiración hacia el padre Osollo, la complacencia en detalles que repugnaban a la sensibilidad de Francisco Javier. Luz lo sabía. ¿Quiso ponerlo a prueba, sospechando su intención, o adelantaba respuestas a la pretendida confidencia? ¿le llevaba la contraria o lo desahuciaba? Para broma era demasiado. En algunos momentos de la historia, Francisco Javier sintió náuseas. El dolor, la crueldad, las peripecias sensacionalistas y lo que reputaba como psicosis heroica, como exhibicionismo, eran para él insoportables. Miraba desvanecerse la torre de su ensueño con esos golpes destemplados, por mano de la mujer tantas veces idealizada.

Como si no se diera cuenta o desdeñara los estados de ánimo que padecía Francisco Javier, la contumacia de Luz proseguía narrando las hazañas de Osollo hasta la terminación del conflicto religioso, y parecía satisfacer un capricho deliberado en la morosidad con que destacaba ciertos rasgos y escenas.

—Te vas comiendo las historias de amor prometidas —observó la señora Corcuesta.

—Es demasiado ¿no? —respondió Luz, mirando burlonamente a Francisco Javier.

—Pues yo no me iré con la curiosidad —replicó la señora.

—Me interesa conocerlas para ratificar o rectificar mi diagnóstico —dijo el doctor Carmona.

—¿Qué dices, Paco?

—Necesitas cooperar al diagnóstico del doctor. Creo que será interesante —contestó Francisco Javier, con frialdad.

—Amnistiado, contrariado profundamente por el arreglo, que según él dejaba las cosas en el aire, Osollo fue a vivir a San Luis Potosí, fiando en la promesa y en los planes del general Cedillo. Esto sería largo de contar. Allí

presentó examen profesional y ejerció con singular éxito. No fallaba su ojo clínico. Admirable. Pronto, el vulgo lo consagró taumaturgo. Vinieron a buscarlo de rumbos distantes. Por más que la mayor parte de su tiempo lo dedicaba gratuitamente a los pobres, ganaba dinero a manos llenas, y a manos llenas lo derrochaba, lo derrochaba en buenas obras y ¿por qué no decirlo? en disipaciones, que sobre todo después de la muerte de Cecilia, como lo he contado, se le habían hecho costumbre, aunque una vez terminada la lucha, fuera en esto más discreto. Alguien me ha dicho que por allí llegaron a congeniar tanto el doctor Osollo y el general Cedillo.

—Estas debilidades —aclaró doña Concha— no deben escandalizar a nadie, pues hacen más admirable el caso. Pero, criatura, es ocioso que las cuentes; podría juzgarse que hay mala fe.

—Al doctor le han interesado y debemos darle todos los datos para su diagnóstico —dijo Luz con ironía.

—Por ninguna parte aparecen los nuevos amores —exigió la señora Corcuesta.

—Ningún chiste tienen. Ya he dicho que no deberías contarlos —insistió doña Concha.

—Sí —continuó Luz, imperturbable—, no son sensacionales como el primero; pero el doctor Carmona... El caso es que Osollo tuvo una novia en San Luis. También había sido proveedora de parque durante la cristiada. Osollo daba muestras de llevar en serio el asunto, era muy cumplido con la muchacha... Clemencia se llamaba; pero un buen día, con cualquier pretexto, terminaron. Gran drama de Clemencia. Gran enojo de su familia. Reclamaciones. Murmuraciones. Que por interés, el doctor Osollo tenía relaciones amorosas en la capital de la República con la hija de un médico maestro suyo, de ascendencia aristocrática. Sí, hubo algo; pero entiendo que no llegó a formalizarse, aunque Osollo cortejó con asiduidad a... no tendría caso, mamá, decir el nombre; lo callaré, porque me lo indicas con el gesto, y por tratarse de una familia muy amiga nuestra. En su despecho, Clemencia y su familia llegaron a decir que el infiel se había zafado del compromiso porque físicamente no era apto para el matrimonio.

—¡Criatura! —exclamó doña Concha con indignación.

—Eso es muy interesante —observó el doctor Carmona.

—Yo no puedo admitir que aquí se repitan chismes que fueron producto del resentimiento.

—Ya lo dije —se atrevió a aclarar Luz, real o aparentemente compungida.

—Lo que aquí debe decirse es que a poco tiempo, con sorpresa de sus amigos, el noviero, el impulsivo, el disipado, anunció su resolución de ingresar a la Compañía de Jesús, y lo hizo con edificación general, abdicando su fama, su porvenir profesional y también sus liviandades, en caso que así quiera juzgársele. Hoy es un ejemplar sacerdote, una de las columnas de la Compañía en México. Eso es todo.

El acento categórico de la señora Esteva puso fin a la reunión. Comenzaron a despedirse los concurrentes. Doña Lupe Corcuesta se acercó al doctor Carmona y en voz baja le preguntó:

—¿Qué juicio final se formó del caso?

—Dejamos el juicio final para el valle de Josafat, o para cuando conozca personalmente al protagonista.

Don Fernando y doña Concha subieron a sus habitaciones. Luz y Francisco Javier entraron a la biblioteca.

Él había decidido arrostrar la situación.

—Ya no es hora para que vayamos al Deportivo. ¿Quieres oír música?
—propuso Luz, adoptando aire de ingenua solicitud.

—Siempre que me dejes hablar durante la audición.

—¿Hablar de qué?

—Yo también tengo una historia de amor que contarte.

—¿Historia o negocio?

—Historia y negocio —afirmó Francisco Javier con gravedad.

Coatlicue

El destartalado automóvil en que don Pablo Juárez y el general Damián Limón tomaron la delantera, rumbo al cementerio, caminaba por solitarias callejas de Tacubaya.

Mañosamente, don Pablo había guardado silencio durante largo tiempo, para exasperar a su compañero, que continuaba inquieto desde su encuentro con la mujer del coche. (*Acabarás por desembuchar* —decía don Pablo, consigo mismo.) También el general había permanecido hermético, vaga la mirada. (*Bien gordo es lo que te traes; pero con paciencia y un ganchito, desembucharás* —monologaba don Pablo.) Comenzó Limón a vociferar contra el gobierno:

—Apenas se sale de los barrios ricos y comienzan las calles intransitables. ¡Bonita democracia! ¡En esto ha venido a parar la Revolución! ¡Para eso expusimos el pellejo y aguantamos contrariedades... hasta la calumnia! —Siguió con recuerdos de sus hazañas. (*Tú desembucharás.*) Fue siendo evidente su intención de rehuir un recuerdo penoso, al que luego fatalmente se acercaba. (*Te clavarás por fin, mariposita*).

—No más porque uno tenía la fuerza y se andaba con tiento: a cada paso eran intrigas, que se querían madrugar a uno para quebrarlo. A mí por ejemplo, siempre.

Volvió a guardar prolongado silencio. (*Volverás a la llamita, mariposita* —seguía diciendo a solas don Pablo).

Desembocaron por el jardín Hidalgo en la avenida Jalisco.

—Yo soy de Jalisco. Allá... No he vuelto a pisar mi tierra. Mejor. Un desgraciado... Allá —se mordió los labios; el semblante se le había puesto

sombrío; ahora el silencio era rencoroso. (*¿Desembuchas, por fin?*).

Llegaron a la avenida del Observatorio y el automóvil torció hacia el Chorrillo, por la calle del Parque Lira.

Entonces, como si despertara, el general exclamó con violencia:

—¿Le comieron la lengua los ratones?

También Juárez pareció salir de trabajosa meditación:

—¿Decía usted, general? Dispense. Vengo pensando en esta cochina vida. Para otros, todos los gustos, el dinero, las mujeres ¡y el poder! Para uno, todas las vergüenzas, todas las privaciones. Usted siquiera tuvo sus años de vacas gordas. Hizo su santísima voluntad. No había quién se le parara enfrente. Ni Carranza, ni Obregón, en su mayor poder. Usted quitaba y ponía. Coñac, el que quisiera. Mujeres, a su antojo. Yo me acuerdo de ustedes cuando llegaron a México en 14. No tenían más trabajo que estirar la mano.

—¡Mujeres! ¡Mujeres!

—Los palacetes del porfirismo fueron sus casas; y sus caballos —añadió con mañosa premura don Pablo, viendo que Limón picaba el anzuelo—: ¡ese Café Colón y sus reservados! ¡si pudieran hablar!

—Nuestro trabajo nos había costado. Yo tenía ya cinco años de día y de noche sobre las armas. En mero noviembre de 1910 entré a la Revolución. ¡Mujeres! dice usted. Qué bien se ve que no las conoce. Yo, mire... Mejor cambiamos tema. La Revolución se me figura una mujer.

—Es el mismo tema: las mujeres.

—¿No se le hace? Mire: la Revolución se ha tragado a sus hombres: desde a sus padres hasta sus hijos. Váyalos no más contando, y comience por el último: Calles.

Juárez, advirtiéndole que no maduraba el momento de la confidencia espontánea, intentó un rodeo largo:

—¿Usted no ha ido al Museo donde guardan los ídolos, en la calle de Moneda?

—Dirá calle de Zapata, reaccionario. Pues no, hace mucho que no voy. Creo que ya cobran por entrar. Si le digo: ¡bonita democracia!

—A mí me gusta ir mucho, los domingos, que no cobran. Porque allí me hablan los dioses, y no me importa que haya mucha gente. Yo me

reconcentro. Dirá usted que a qué viene esto. Al pelo de lo que hace rato decía: la Revolución es comedora de hombres. No sé si se acuerda de un ídolo grande, sin figura humana, entrando a la izquierda del salón donde se ve desde la entrada el Calendario Azteca. Es la diosa Coatlicue. Revoltura tremenda de calaveras, culebras, garras, colmillos afilados; arriba, la cabeza, chorreando sangre, con una enorme boca; el pecho, entre cuatro manos cortadas, que parecen pedir y dar al mismo tiempo, es como un hueso de mujer, por donde sale la muerte; un hueso que a los lados, entre las manos, forma dos senos, que se repiten abajo. Es la madre de los dioses y de los hombres. Nuestra señora de la vida y de la muerte.

—Parece que les intelige de veras a los ídolos. Yo no.

—Ésa es mi fuerza. Entender a mis dioses. Andar entre ellos. Sentirlos. Oírlos. Ellos mandan todavía en México.

Damián Limón pensó: *éste ya comienza otra vez con sus puntadas de marihuano*. Y en alta voz declaró:

—Dónde que desde que lo conocí se me ha puesto que usted es brujo, y con esto que me dice que le hablan los ídolos.

El chofer que los conducía y en cuyo rostro abundaban rasgos indígenas, parecía inquieto; al oír que uno de los pasajeros llamaba brujo al otro, volteó la cara con azoro; perdida momentáneamente la dirección, el automóvil estuvo a punto de trepar sobre la banqueta. Limón profirió un insulto. Nada contestó el chofer. En cambio, don Pablo exclamó con violencia:

—¡Siempre lo mismo! Ustedes los criollos tratan con la punta del pie a los indios, no más porque nos dejamos. Ya se acostumbraron. Pero sólo por eso a ustedes los tratan con la punta del pie los extranjeros. Por eso a la Revolución le dio miedo de ser puramente indígena. Mestizos y criollos quisieron hacer su juego con los indios, carne de cañón como siempre, y sucedió que se acabaron unos con otros, por envidias. Toda la historia de México ha sido un fracaso por ese miedo, por esa aberración contra los indios.

—¿A qué viene tanta palabrería? ¿Usted hubiera querido que nos estrellara este hombre?

—¿Le tiene miedo a la muerte?

—¿Se olvida usted con quién habla?

—Es lo que me extraña, que un hombre como usted resulte ahora con esos miedos.

—Bueno, Juaritos...

—Juárez. Pablo Juárez.

—Decía que no vamos a pelearnos por esto. Siga contándome lo del Museo. ¿Se acuerda? Lo de los ídolos.

—La Revolución, en lo que tuvo de indígena, fue Coatlicue; por eso se tragó a todos los que iban traicionando al indio. ¿Qué hizo usted, por ejemplo, en favor de los indios, de los pobres, de los que no tienen tierras ni derechos, cuando dispuso del poder que le dio la Revolución, es decir, el pueblo, los indios que lo seguían y que con una orden de usted iban a la muerte? Yo malicio que nada. Los indios fueron escalones para que usted cumpliera sus gustos y venganzas personales.

—Juá... rez, amigo, no se meta entre las patas de los caballos.

—No lo digo por ofenderlo, ni es mi costumbre con caídos como usted. Es un ejemplo.

—Yo sólo fui militar. Nunca me dejaron llegar a un puesto donde pudiera, por ejemplo, dar leyes.

—Siquiera dígame: qué ideas tenía.

—Muchas veces he dicho que soy socialista. Con eso está contestado lo que me pregunta.

—¡Socialista! Una idea extranjera. No. Lo que hace falta en México es una doctrina propia, indígena, en favor de los indios. Todo lo demás es romanticismo, demagogia. Para no ir muy lejos, aquí tiene a Calles: diz que no sólo socialista, sino bolchevique, ¿y qué sucedió? Cuando se sintió el jefe máximo, el insustituible, claudicó, se alió con los capitalistas, regañó a Cárdenas por su izquierdismo.

—¿Cómo dice que se llama la diosa ésa?

—Coatlicue. Diosa también de la tierra, de la fecundidad. ¿Sabe usted cómo la celebrábamos antes de que los españoles nos esclavizaran? Se escogía una mujer para representarla, vestida con ropas trenzadas en forma de serpientes y con plumas a modo de llamas; los días anteriores a la fiesta, esa mujer era tratada como Coatlicue misma, le daban las mejores comidas,

le llevaban música, procuraban que no estuviera triste ni un momento; diariamente se hacían en su presencia simulacros de guerra, con gran vocerío, y eran premiados los más valientes; llegado el día de Coatlicue, mataban a la mujer con otros dos hombres, la desollaban, y un personaje se cubría con el pellejo de la muerta para recorrer las calles entre grandes fiestas.

—¡Muy bonito!

—Coatlicue, madre de Huitzilopochtli.

—¿Qué? Creo que una vez me llamaron así, no precisamente para elogiarme.

—Para mí, sí hubiera sido un elogio. Huitzilopochtli es nuestro dios principal, el dios de la guerra, que nació peleando, porque sus tíos perseguían a Coatlicue tratando de matarla por juzgar, viéndola en punto de ser madre, que había sido deshonrada; en el momento en que caían sobre su hermana los vengadores del honor familiar, nació el dios, con rodela y dardos, acometió a sus tíos, y sin hacer caso de sus ruegos, los mató, pues no supieron defenderse.

—Con que... dios de la guerra. Sí. Yo también. Una mujer me lanzó a la Revolución.

Juárez, cuyo entusiasmo por Coatlicue le había distraído del empeño en saber quién era la mujer del coche, pareció no dar importancia mayor a lo que acababa de oír; con aire distraído dejó que Limón continuara:

—Yo me creía en mi pueblo un gallo muy jugado, no más porque acababa de volver de los Estados Unidos, donde sin necesidad, no más por gusto de conocer el Norte, había pasado trabajos y me aguanté cinco años, por no dar a torcer el brazo. Yo volví a mi tierra en abril de 1909, un viernes santo, en la noche, sin avisar a nadie, sin que nadie me esperara. Con la sorpresa, según dijeron, a mi madre le dio un ataque y murió en la madrugada. La pobre tenía diez años de tullida.

El viejo revolucionario hablaba como para sí, haciendo esfuerzo.

—Ahora, después de tanto tiempo de ya no acordarme, todo se me representa como si fuera otra vida. Eso que llaman... reencarnación. La culpa es de la mujer que me saludó hace rato. ¿Recuerda? Todo lo creía olvidado. Contra mi voluntad, estoy viendo hasta los menores detalles.

Había en mi pueblo una muchacha muy presumida, que comenzó a picarme. ¡Micaela! ¡Micaela! Queriendo quitarle los moños, la comencé a rondar. Todavía no me lo explico. No sé si fue capricho, si fue amor propio, si fue de veras cariño a ley. El caso es que caí en el anzuelo. Ella coqueteaba con otros, me daba picones, me desafiaba en toda forma. Llegaron a decir que hasta mi padre la cortejaba y que no más por el gusto de ser mi madrastra le daba vuelo al viejo. Yo dije: —*no se burla ésta de mí*. Ya en plenas relaciones, me quiso terminar, que porque iba a hacerse Hija de María y tenían prohibidos los noviazgos. Pura farsa. Seguía coqueteando con otros. Entonces le dije: —*te vas conmigo, tal día: nos iremos a Estados Unidos*. Al verme resuelto, dijo que sí, que yo era un hombre, que a nadie había querido antes en serio, que yo la volvía loca y que me seguiría hasta el fin del mundo. El 24 de agosto de 1910 en la noche, íbamos a huirnos. Yo le avisé a mi padre que me volvería a los Estados Unidos y le pedí lo que me tocaba por la herencia de mi madre; no quería que me fuera y por eso lo del dinero: que mañana veremos, que pasado, se fueron pasando los días. Llegó la fecha fijada. En la tarde busqué a mi padre y le dije: —*con el dinero o sin él, yo me voy mañana mismo; tengo compromiso y no puedo faltar a mi palabra*; volvió a hablarme de los peligros del Norte, de lo malo de los gringos, de lo bueno de nuestras tierras, que necesitaban mi trabajo; no hubo manera de convencerlo; se le había puesto que en ese mes iba a morir, porque un santo de su devoción se lo anunciaba, y que cómo se quedarían sus asuntos si yo faltaba. Terco, yo también: —*me voy, me voy*. Él: —*te irás sin mi bendición y sin el dinero*. Di la media vuelta; se echó sobre mí, cogiéndome del hombro y tratando de pegarme; hice intento de zafármele; se destanteó y cayó; quise levantarlo; se había pegado en la nuca; tenía los ojos muy abiertos, horribles, boqueaba, como que quería hablar y no podía. Salí corriendo. En el patio tenía ensillado el caballo. Busqué a Micaela y de casualidad vi que iba rumbo a su casa. Se asustó de verme la cara y que le decía: —*En seguida tienes que venirte, así como estás, no saques nada, me sucedió una desgracia terrible*. Ella: —*¿Qué pasó?* —*Después te cuento, aprisa, súbete*. —*No, a la noche. Así no*. —*¡Ahora!* —me hizo una de sus risas burlonas y me dijo: —*Qué te has*

creído. Quiso dar vuelta a la esquina. Quise subirla en peso. Corrió. Saqué la pistola y la maté.

Damián Limón respiró profundamente. Hizo una larga pausa. Miró a Pablo Juárez con fijeza.

—Una cosa muy rara: la maté y no la maté.

Juárez no dio signo alguno en el hieratismo de su rostro.

—Al punto y hora en que la vi caer, y corrí por el pueblo, perseguido por una chusma, que al fin por poco me lincha, descubrí que la mujer que yo amaba de veras, no había muerto. Era, quién sabe, que yo las había confundido a las dos, conociéndolas perfectamente. En Micaela yo quería a la otra. Micaela era coqueta. La otra... Esta mujer que acabamos de encontrar. ¡María!

Juárez movió el rostro ligeramente y fijó los ojos en los del general, sin decir palabra.

—Era sobrina del cura. Pocas veces la había visto. Micaela y ella eran muy amigas. Yo creo que su modo de ser era semejante. ¡Quién sabe qué tenía en los ojos, como lumbre, que me quemaba! ¡me asustaba siempre! Hasta que maté a Micaela descubrí eso y más. En las carreras, por poco y mato a un padrecito que tenía dominadas a las muchachas del pueblo, y con el cual yo me había hecho de palabras, por culpa de Micaela. Odiaba yo a todos los ensotados, comenzando con el tío de María. Entonces me agarraron. Y entonces supe que la furia mayor del pueblo era porque diz que yo había matado a mi padre.

Con violencia, Damián Limón cogió por el brazo a Juárez y exclamó en tono de gran firmeza: —¡Eso sí no! ¡Yo se lo juro! ¡Usted tiene que creerme!

Luego añadió con voz cansada:

—Este falso testimonio me ha perseguido siempre, hasta en lo más duro de la Revolución. Fue arma de los que me tenían envidia. Y no nomás los interesados en desprestigiar a la Revolución, sino principalmente mis compañeros de armas, que siempre quisieron hacerme a un lado. Hasta llegaron a decir que yo también había matado a mi madre. ¡Claro que nadie se atrevía a decírmelo en mi cara! En la hora de los peligros, de las comisiones difíciles, cuando se trataba de rifarse la vida, sí se les olvidaba

el chisme, porque necesitaban de mi valor; a la hora de las recompensas, de los honores, de los cargos y de lo que a usted hace suspirar tanto: el poder, yo sentía en todos los jefes y compañeros como una desconfianza enmascarada en sonrisitas y promesas; me regateaban los grados mismos. Yo fui general hasta que derrotamos a Villa, en Celaya; cuando lo eran ya muchachitos recién llegados al ejército. Luego, cuando me sentí con derecho a ser Gobernador de Zacatecas, porque realmente yo tenía méritos como nadie, mis enemigos sacaron en pasquines la calumnia y pusieron las cosas en contra. Estuve a punto de matarme, pero llevándome por delante a muchos... infelices. Muchas promesas, muchos ofrecimientos, y total, en cambio del mando me hicieron general de brigada y me dieron manos libres en parte de la Huasteca, que yo no conocía.

—¿Y cómo se contentaba usted con esa situación?

—No me contenté. Muchas veces quise sublevarme por mi cuenta o sacar raja de las ambiciones y las divisiones entre revolucionarios. Las cosas no se daban bien y tenía que esperar. En esperar se fue pasando el tiempo. Como usted, Juárez.

—¿Yo? Es distinto. Yo no he tenido nunca un grupo de hombres decididos a seguirme, como los tuvo usted.

—Pues no fue fácil. Por mí no quedó.

—¡Ah, si yo hubiera tenido la oportunidad que usted tuvo!

—¿Usted no ha matado? Es cuando uno se suelta y se siente capaz de todo. Antes de matar, todo es como haber estado amarrado, como no saber la fuerza que uno tiene.

—Sí, eso me ha faltado. Lo sé. Y por ganas no queda. Ni he tenido oportunidad, ni... ni valor. Debe sentirse una tremenda grandeza.

—Las primeras veces da miedo y hasta como arrepentimiento. Luego, se hace vicio. Dan unas ganas inaguantables. Como ir con mujeres. Como el vicio del cigarro, como el trago. No se puede uno pasar sin ese gusto. Como el que anda desesperado cuando no consigue marihuana, o no encuentra modo de jugar. Si, se hace vicio. ¿Comprende?

—Yo no tengo vicios. Ni fumar. No he querido ser esclavo ni de mis propios gustos. Perdería fuerza. La fuerza que necesito para cuando llegue mi hora de poder.

—¡A poco de veras no se las truena!

—¡General: usted me está diciendo marihuano!

—No. Yo le preguntaba. No más.

—Ni siquiera tengo el vicio por las mujeres. Yo necesito ser fuerte para ser más grande que todos los gobernantes de México, luego que llegue la hora. Las mujeres en primer lugar, luego el alcohol y después el dinero, derrotaron a muchos revolucionarios: usted lo sabe mejor que yo.

—Primero es gozar la vida que ser revolucionario.

—¡Primero debe ser el poder!

—¿Y poder para qué, si no es para gozar la vida? Aquí está usted: no le gustan los vicios por no perder fuerzas que no utiliza; dice que no quiere ser esclavo, y lo es en una oficina desde hace un titipuchal de años. Apuesto a que hay momentos en que se arrepiente de ser metódico.

—Lo peor es que siento no poder ya dejar de serlo. No tener decisión... para faltar, para llegar tarde a la oficina.

—Decisión de matar, por ejemplo, a cualquiera que va pasando; luego, a un gendarme; luego, a un político, y así, de más en más: un cura, un licenciado. A mí me gustaba... Oiga usted, amigo —se dirigía entonces al chofer—, qué: ¿nos quiere mandar al otro patio? Bájele al pedal; no sea... bruto. Y a todo esto: ¿por dónde nos trae? Desconozco el rumbo.

La conversación había hecho crecer el miedo del chofer, que trataba de abandonar la carga lo antes posible; con esfuerzo respondió:

—Al llegar a la esquina del Chivatito, jefe, qué: ¿no vio que los mordelones me hicieron seguir de frente? Tuve que tomar este camino que sale del Molino del Rey y llega por un costado del panteón.

—Mejor que no me diera cuenta. ¡Desviar a un veterano de la Revolución! El berrinche que habría pasado y el caso que hubieran hecho los mordelones. Ni pistola tengo hace años. ¡El Chivatito! ¡El Molino del Rey! Me suenan estos nombres.

—¡Claro! El Chivatito es un cuartel famoso por los chivos expiatorios que allí se han escabechado; y el Molino del Rey fue donde los gringos bandidos encontraron una de las mayores resistencias en 1848. ¡La muerte! ¡Siempre la muerte! Y en un paisaje tan bonito. Coatlicue no es sólo la Revolución: es la historia, es la tierra, es la vida de México.

Al desembocar en la puerta lateral del panteón, los agentes de tránsito marcaron rumbo a la derecha. El chofer volvió la cara esperando la resolución de los pasajeros.

—Jefe, si usted se identifica, puede que nos dejen pasar a la izquierda, hasta la puerta principal.

—Vámonos mejor bajando y caminamos por dentro del panteón —se apresuró a sugerir don Pablo, vista la perplejidad de Limón, quien aceptó la salida:

—Dice bien. Sirve que damos unos pasos para desentumirnos.

El chofer quiso reclamar dinero por el rodeo; pero se dio de santos con abandonar su molesto pasaje: un brujo y un asesino.

—Vámonos por afuera. No me gusta mucho andar entre tumbas —propuso Limón—, y menos con los recuerdos que me ha traído esa mujer. Le voy a seguir contando. Me llevaron preso a Teocaltiche, una población grande donde estaba el Juzgado de Letras. ¿Qué necesidad tengo ahora de andar con mentiras e hipocresías? Lo vuelvo a repetir. Era inocente de la muerte de mi padre, y tanto, que no me pudieron acusar de eso; los papeles del Juzgado decían que el cuerpo tenía un golpe en la nuca, precisamente en la parte que daba sobre el banco de donde lo recogieron. Además, no se hizo autopsia. Lo de Micaela, yo mismo lo confesé; pero como había sido en un arrebató, me decían que no sería pena muy mayor; pero hallando manera de fugarme cuando me trasladaban a Guadalajara, yo, ni tardo ni perezoso, como luego dicen... francamente yo no quería conocer la penitenciaría de mi capital, y además, en Teocaltiche, hice relaciones que me ayudaron en la fuga. Era yo un muchacho atrabancado. Lo primero que se me ocurrió, fíjese qué puntada, fue ir a mi pueblo. Estaba por ser el día de finados y quise que no se pasara sin darle una vuelta a la tumba de Micaela. Sobre todo, ¿para qué negárselo? me moría de ganas por ver a la sobrina del cura, en la que yo sentía resucitada a Micaela; pero más, ¿cómo decirle? más mujer, más diabla, más difícil de entender y de conseguir; se me hacía que llevaba la música escondida, y yo a toda costa quería oír esa música. Dos meses de pensar en ella, los días y las noches. No se me ocultaban los muchos peligros. Pero el que ha matado, es ya capaz de ir al mismo infierno por capricho. La noche misma de mi escapatoria en el paso

del río de Mascua, llegué a terrenos conocidos, por el rumbo de Mexticacán, y fue fácil hacerme de dos pistolas y un buen caballo ensillado. A la madrugada del día primero de noviembre avisté a mi pueblo, desde la sierra; pero no bajé hasta que se hizo noche. Detrás del camposanto, entre unos huizaches, amarré mi caballo, y con trazas de arriero anduve por las calles. En el curato cantaban cosas tristes de iglesia; se distinguía una voz como de mujer, parecida a la de Micaela cuando cantaba canciones; me fui acercando; era como si Micaela... o María me hablara del otro mundo; luego me hallé asomado al curato por una ventana; de pronto vi venir a una mujer, sí, la conocí: era María; me retiré un poco; cerró la ventana; me acerqué otra vez, respirando fuerte, como si fueran a matarme; oía dentro los pasos de la muchacha; después, nada: silencio; se me puso, sí, sentí que María estaba cerquita, en la ventana, sintiendo mi presencia. Le hablé. Abrió rápidamente y rápidamente me dijo: —*No sabe que lo quieren matar?* ¡Ah, mujer valiente, serena, como yo la imaginaba! Y en el fondo, adiviné que mi peligro la hacía sufrir. Yo le dije que volvería cuando no le infundiera no más lástima, cuando no tuviera que venir ocultándome. Nunca pensé con tanta fuerza en la Revolución, que me haría volver a mis anchas. Después de separarnos, ella se quedó buen rato en la ventana, yo creo que para cerciorarse de que no me pasaba nada. Nunca yo había sentido un gusto tan fuerte y en esos momento unas ganas locas de que alguien se me atravesara para despedazarlo.

—¿Se fue usted luego al cementerio?

—Espérese. Ahora viene lo bueno. Fui a buscar a un Rito Becerra y a un estudiante llamado Pascual, que andaban en el taztole de la revuelta, según me habían dicho los socios de Teocaltiche. Tamaño susto le saqué al Becerra. Por nada del mundo quería tener palabras conmigo. No más: —*váyase, Damián, que lo están esperando y hay muchos vecinos jurados a cogerlo vivo o muerto.* Yo: —*me hacen los mandados.* Él: —*váyase, le digo que se vaya.* Fue una lucha convencerlo de que íbamos a ser compañeros de armas; pero sobre todo de que yo no había matado a mi padre, y de que si maté a Micaela, fue por pasión, por sus desprecios, que me ofuscaron. Al fin me admitió en su casa y me llevó a otros complotistas, que se convencieron de mis buenas relaciones con los jefes de la conspiración en

todo el rumbo, hasta los Cañones de Zacatecas. Traje mi caballo. Le di de comer, pasé la noche allí, en la casa de Rito. Muy temprano me despedí, tomando el rumbo de Moyahua. En el camino me acordé de la muerta. Yo no podía dejar de visitarla ese día, dos de noviembre. Desanduve lo andado. Eché mis cálculos. Habría mucha gente a esa hora en el camposanto. Decidí esperar hasta la hora de comer. Cuando las campanas dieron las doce del día, fui acercándome al pueblo. Esperé otro buen rato en unos matorrales del río. Serían las dos o después, cuando llegué al camposanto. Trabajo me dio dar con la tumba. Se me pasó el tiempo. No era justo dejar de visitar el sepulcro de mi padre y mi madre. Cuando acordé, oí que venían los cantos de la procesión. Se me había olvidado esa costumbre. Traté de saltar las tapias. ¿Y el caballo? Imposible. Imposible tratar de esconderme toda la tarde, allí. El que ha matado es capaz de todo. Me resolví por un golpe de audacia. Relinchó con fuerza el caballo en el momento de tirarlo por la rienda. Salí. Me quité el sombrero porque la procesión venía a menos de cincuenta metros. Unos retroceden. Se quedan otros como paralizados. El cura da unos pasos adelante. Lo detienen algunas mujeres. Monto. Entonces nada menos que un hermano mío, Francisco, pistola en mano, se me echa encima. Entonces, más rápida, ¿lo cree? María, la sobrina del cura, le quita el arma a Francisco. Yo sigo mi camino, sin mayor prisa, oyendo gritos de —*¡Asesino! ¡Agárrenlo! ¡Parricida! ¡No lo dejen ir!*

Juárez daba señales de su emoción por el movimiento incesante de sus mandíbulas.

—Eso fue —continuó Damián Limón— el dos de noviembre. Para el 20 yo estaba ya sobre las armas con las fuerzas de José de la Luz Blanco. Por eso le decía que una mujer; más bien: dos mujeres en una, me lanzaron a la Revolución.

Damián interrumpió el relato. Habían llegado a la plazoleta frontera del Cementerio. Resolvieron entrar antes que otra cosa pasara. Ya la gente se aglomeraba en la puerta. Policías y tropa comenzaban a imponer el orden, aun sin formar valla.

—Esto es el poder —dijo Juárez, apuntando al mausoleo prevenido— ¿quién sino un hombre seguro de su dominio es capaz de tomar este sitio, a

la entrada, donde no se había pensado hacer tumbas ni nadie se hubiera atrevido a esta distinción?

—¿Sí?

—Eso es el verdadero poder. Usted lo sabe bien. Lo malo en México ha sido el provecho personal y no el servicio a las ideas.

—Yo no sé; pero se me figura que las ideas son siempre intereses de personas, o para decírselo más claro: pretextos de hacer lo que uno quiere, lo que a uno le convenga. Por lo menos es mi experiencia.

—¿Y dice que usted es socialista?

—¿Por qué no? Los socialistas no somos ermitaños.

Juárez empujó los hombros y varió el rumbo de la conversación:

—Bueno —dijo—: ¿y María?

—¿Cree usted que vendrá, que podré aquí verla? —prorrumpió con ansiedad el veterano; mas recapacitando sobre lo que Juárez pretendía, en tono diverso añadió—: ¡ah! sí, cortamos la historia. Demos una vueltecita mientras llegan. Le acabaré de contar. Pues... yo hubiera querido levantarme en armas con los de mi rumbo, para caer pronto sobre mi pueblo. Con pretextos me fueron alejando, sin que yo cayera en la cuenta del verdadero motivo. Además, no contaba con un grupo que pudiera seguirme. Los complotistas de Moyahua y Juchipila me dijeron que ninguno como yo era la gente apropiada para llevarle unos informes a Luis Moya; me halagaron, y allí voy, rumbo al norte de Zacatecas; Moya me dijo a los pocos días de haberlo encontrado, que necesitaba un emisario para llevar a Chihuahua unas comunicaciones muy importantes; y allí voy, en busca de don Abraham González; no lo pude ver; entregué los papeles a uno de sus agentes, que me invitó a unirme con el grupo de Blanco. Dentro de cuatro días iban a sublevarse. Yo trataba de hacerles entender la necesidad que tenían de mí los comprometidos en mi rumbo. Bueno, sí, me dijeron; pero el cohete va a estallar y más vale pájaro en mano que cien volando. ¿Es que usted tiene miedo de entrarle desde luego? No me lo hubieran dicho. ¿Miedo yo? Vamos a darle. Me junté con Blanco, en Santo Tomás, y secundamos el Plan de San Luis, meritamente el 20 de noviembre. Lo demás ya lo sabe usted: me tocó agregarme a las fuerzas de Pascual Orozco y estar en la toma de Ciudad Juárez. A todo esto, María no se me quitaba de

la memoria, desesperado por no hallar *chance* de bajar al sur para incorporarme a los de mi rumbo; —*pero qué guaje* —me decían los socios de Chihuahua—, ¿*no ves que acá se va a cortar el bacalao, cerca de don Pancho Madero?* Sí, me detuvo la ilusión de alcanzar algo bueno, aunque comencé a tener mis dudas cuando vi el poco caso por las tropas triunfantes y muertas de hambre, una vez apoderados de Ciudad Juárez; fue necesario que Pascual Orozco y Pancho Villa hablaran cortito y con amenaza del ejército formado, para fin de que consiguiéramos algo...

—Entonces fue cuando me impresionó un manifiesto de Ricardo Flores Magón, hablando de acción directa, negando el derecho de propiedad, oponiéndose a un simple cambio de personas, proponiendo libertar las tierras y los medios de producción.

—Pero déjeme seguir el cuento. Al triunfo del maderismo, consigo ir a mi tierra. De paso, en Aguascalientes, unos paisanos me informan que María, con otra mujer de mi pueblo, se unieron a los revolucionarios que mandaba Rito Becerra. Más de coraje que de gusto ese día me coloqué una borrachera en grande. Y se me puso que habría de matar al mentado Rito. Esto fue buscar sus rastros y los de la muchacha revoltosa, entrometida. Puritito coraje. ¿Cómo se puso a irse con una tropa? Pronto llegué a saber que María creyó hallarme con los alzados. No lo creí al principio. Datos y datos me convencieron. Y más que supe cómo Becerra no nomás la respetó, sino que la cuidaba. Pero no conseguía razón de su paradero. Al pueblo, ni pensar que María hubiera vuelto, con el escándalo que armó; tanto, que su tío el cura y una hermana se habían tenido que ir a Guadalajara. Fui allá. Ni rastros. Estarían en México. Tuve razón vaga de que María estaba en un convento de arrepentidas. ¡Con la ojeriza que a curas y monjas les tenía yo! Me metí a la policía. Fue cuando usted y yo nos conocimos. Fines de 1911 ¿no? Por cierto que don Pablo Juárez era un oficial de barandilla terrible, muy cruel. ¿Se acuerda?

—No más cumplía con mi deber. El deber de la policía, ser implacable.

—Usted se pasaba de tueste. Y también fuimos compañeros en la *porra*. Y ahora que me acuerdo, ¿cómo no siendo usted maderista era del grupo?

—Porque la *porra* era la acción directa contra los reaccionarios, para los cuales no hay otro remedio.

—¡Bonitos días esos de la *porra*, en que nos daban manos libres aquí en México y en todas partes! Me tocó ir a Morelia, cuando apedreamos varias horas la casa de un político mocho. Fue como yo conocí la capital; y como tenía la obsesión de hallar a María, qué mejor medio que siendo policía y *porrista*. Pero anda vete de la muchacha: ni sus luces. Por andar en su busca, yo, que había sido teniente con Pascual Orozco, acepté ser sargento de la montada. ¡Ésos fueron los pagos que a todos nos dieron! Cuando supe que los socios antiguos habían saqueado Ciudad Juárez el 31 de enero de 1911, movidos por Albino Frías, cuñado de Orozco y vale mío de los buenos, agua se me hizo la boca; luego me invitaron para que regresara, porque la cosa se iba a poner buena, que mi general tenía todo listo para levantarse otra vez; que luego sería yo capitán y coronel. Este capricho de hallar a María me detuvo en México. Además, no me caían bien el padre de mi general, muy ambicioso y amante de que lo adularan, muy entrometido en los asuntos de su hijo, Pascual chico, y tampoco un José Córdoba, secretario del jefe, lengua suelta, muy intrigante y huizachero; entre los dos echaban a perder a mi general.

—Además, los reaccionarios, los científicos, los terratenientes chihuahuenses Terrazas y Creel hicieron de Pascual Orozco un instrumento a su servicio. No sé si usted se acuerde: los catrines de sociedad se alistaron con Orozco cuando se le sublevó a Madero, y el cabecilla consiguió con las manos en la cintura un préstamo de más de un millón de pesos. Para eso, mejor era el zapatismo, levantado también contra Madero. Lo que digo: a la Revolución le faltó un jefe indígena, que fuera fiel representante de los desposeídos, que no se dejara manejar por los ricos, por los científicos, por los extranjeros.

—Realmente: la Revolución comenzó con la muerte de Madero, y no me negará usted que ya es mucho mérito haber pagado ese precio. La experiencia de Madero nos enseñó que agua y aceite no se juntan, que teníamos que arrasar todo: instituciones y gentes; todo: el ejército antiguo, los bancos, la iglesia, las leyes, la propiedad. Con estas detenciones nunca terminaré. Qué: ¿no es hora que vayamos acercándonos a la puerta?

—¿No quiere que veamos la rotonda de los Hombres Ilustres?

—Después. Después. No sea que no hallemos lugar en buen sitio. Le decía... Sí, en septiembre, o no sé si en agosto de 1912, tuve razón de que María trabajaba de costurera en una fábrica de León. Fui volando. Sí, allí había estado, había ganado dinero y había dicho que se iba al Norte, quería conocer los Estados Unidos, tenía la demencia de conocer el mundo. Recordé que Micaela me había contado esa curiosidad, que les caía mal a los de mi pueblo: ¡una trotamundos! Micaela también tenía esa extravagancia y por eso congeniaba mucho con María: conocer tierras, poder salir del pueblo, andar errantes. Con Micaela me sirvió eso para conquistarla. En el fondo me caía mal esa inclinación libertina, mal vista en una mujer.

—Todos los criollos tienen prejuicios.

—Ahora me da lo mismo que usted piense de mí lo que quiera. Todavía tuve impulsos de seguirla. En León, en Aguascalientes, me calentaron la cabeza. Ya por todas partes andaban grupos armados y era fácil hacerse general de un golpe. Por mi rumbo acaudillaban partidas un Evaristo Oropeza, un Elías Esqueda, el Rito Becerra y otros. ¿Qué esperaba yo? ¿andar como la otra vez a última hora, en tierras desconocidas, a las órdenes de otros? ¿Qué había sacado yo la otra vez? ¡ni siquiera podía volver a mi pueblo y reclamarles mis bienes a mis hermanos! ¡si me paraba en Teocaltiche, lo más seguro era que me agarraran como prófugo, con cuentas pendientes! ¡Qué caray! Me dio una corazonada: lo seguro era que anduviera María con alguna de las partidas de sublevados. Ninguno estaba contento. Los que en 1910 le habíamos salido al toro, estábamos arrumbados. Quise dar una vuelta por los Cañones de Tlaltenango y Juchipila. Me hallé con que yo tenía cierto nombre, pues me consideraban un valedor de Pascual Orozco. Me dejé querer. Fui juntando gente y armas. A fines de octubre formalicé lo que se llamó brigada Limón, con doscientos hombres; muy modestamente, no acepté ser más que coronel, aunque mi gente quería dármele de general. Requisamos caballos, armas y pertrechos. Íbamos viviendo más o menos bien. Cuando me preguntaban qué cosa éramos, me veía en apuros; a unos les contestaba que orozquistas; a otros, que maderistas puros, que peleábamos por defender al señor Madero; mis hombres decían que limonistas, no más, y a mí en el fondo me gustaba la

contestación. Entramos en Jalisco por el rumbo de San Cristóbal de la Barranca, que con el paso de arrierías al Teúl, a Bolaños, a Colotlán, era buen punto para refaccionarnos. Luego subimos al camino de Cuquío. Yo quería encontrarme con el Rito Becerra, tener noticias de María. Se nos echaron encima los federales, mandados por un Jarero muy asesino, que quemaba los puntos por donde habíamos pasado. Tuvimos que volver a las barrancas. Comenzaron las deserciones y les puse remedio con unos escarmientos: de mi gente, pocos; más bien de individuos que nos encontrábamos y que me parecían sospechosos. Mis hombres me tuvieron miedo. Otro remedio: no dejarlos inactivos, dar golpes y repartirles botín, dejarles manos libres con mujeres y cosas, empicarlos a matar, a quemar. La guerra tenía que ser así, no como la otra. Los meses pasaban y sin decirlo bien a bien, todos nos desesperábamos, con la Federación y los rurales encima, que no había modo de caer sobre pueblos grandes. No quiero hacerle largo el cuento. Vinieron a buscarme unos enviados de Crispín Robles; otros, de Enrique Estrada; supe por ellos el villano asesinato de don Panchito Madero, la negra traición del general Huerta, con ayuda de los gringos, y el movimiento de Carranza en Coahuila y de Pesqueira en Sonora. Suave. Con precauciones avancé a Teponahuasco, cerca de Cuquío, donde había quedado de verme con Robles. Nos arreglamos. Hicimos planes. Conseguí lo que peleaba: operar en mi cantón, entrar a mi pueblo, pasear en triunfo por las calles de Teocaltiche, quemar la cárcel donde había estado preso, colgar a unos cuantos cristianos que me hicieron mal tercio. Y a ver si hallaba por fin a María... Vea no más, don Pablo, qué aglomeración. Agarremos un campo, aquí, que se domina la entrada de la gente. Ya no ha de tardar.

Juárez y Limón se situaron en la puerta de la capilla. Bien pronto la tropa los retiró; pero conservaron lugar en primera fila, desde donde podían ver la entrada del cortejo. Se acercó un hombre mal vestido.

—General, hace rato que lo estoy viendo; qué ¿ya no me conoce? yo, cuando lo vi entrar, dije: sí, es mi mero general Damián Limón; luego lo conocí, a pesar de los años.

Le faltaba un brazo y se apoyaba en una muleta.

—La verdad, no me acuerdo. Dispénsame.

—Soy Guadalupe Colorado, que por mal nombre me decían...

—La *Pantera de Cuencamé*, ¿no? Pero ¿cómo, si a Guadalupe Colorado lo mataron? Testigos de su muerte me lo contaron. Y usted, usted, no se me hace. Guadalupe Colorado era...

—Liviano como el aire, un gato para trepar lo mismo peñas que paredes lisas, decían que había nacido con la pistola en la mano. Era fornido y nunca se cansaba de nada: ni de andar, ni de pelear; en las juergas no lo rendía nadie, y podía disparar un día seguido sin que le fallara la puntería. No más un rival tuvo con las mujeres; pero era su amigo en esos y en los otros combates, ¿se acuerda?

—Sí, Lucio Blanco.

—Pues aquí tiene al bragado *alacrán duranguense*, que también así me decían desde la toma de Durango, que tanto trabajo nos costó, mandados por mi famoso general Tomás Urbina, el compadre Urbina, con los dos Arrieta y mis dos paisanos, los Pereyra, ese 18 de junio de 1913, a las once de la noche, que no se me puede olvidar, y después, para qué peleamos, ¡manos libres! Yo nunca volví a estar en un saqueo tan en grande, a la luz de los incendios, la noche del 19.

—Allí donde ve, todavía no se lo creo. Ni la voz, ni nada tiene del mentado Guadalupe. Y sobre todo que yo sé bien que lo mataron en Oaxaca, cuando la rebelión delahuertista.

—Sí, pues usted me vio el día que salimos de México ya para rebelarnos, y que Obregón, sabiéndolo, fue a despedirse al tren, y todavía le dijo a mi general Maycott, retándolo medio en guasa, y refiriéndose tanto al dinero, armas y otros recursos que acababa de darle, como a los servicios y amistad que le debía, pues mi general Maycott le salvó la vida cuando el Plan de Agua Prieta, en 1920. Usted se acuerda: el Presidente le dijo cuando el tren iba a arrancar: —*Compadre, adiós, estamos a mano*.

—Ya se lo voy creyendo, amigo. ¿Y cómo se escapó?

—Me jugué la carta de mi general, como siempre supe hacerlo. Yo le debía mi vuelta al ejército y el reconocimiento de mi grado de coronel, después de la muerte de Carranza, en 1921, cuando muchos villistas nos reincorporamos. Tendré todos los defectos. Desleal, nunca. Tocó la de perder. Íbamos ya medio muertos por hambre y desesperación, íbamos

llegando al mar, todavía con la esperanza de huir, cuando el desastre acabó con todo. Por muerto me dejaron en una montonera, de donde me sacó una india compadecida, me escondió, me curó, y entre la vida y la muerte anduve quién sabe cuántos meses. Perdí el brazo y por poco pierdo la pierna. Tengo paralizado el lado izquierdo, y míreme la cabeza —diciendo y haciendo mostró el cráneo con cicatrices tremendas—. Muy abolladita, ¿eh? Aprendí otra vez a hablar, como chiquito, y ya oye cómo arrastro la lengua y tartamudeo. Soy un muerto resucitado. Y lo peor es, con memoria. La memoria es lo que más me hace sufrir. Y me gusta sufrir. Por eso vine aquí. Yo estoy en México desde cuando mi general Cárdenas, en 1935. Casi doce años de vivir en la sierra. Y usted volvió...

—Hasta con el Presidente Ávila Camacho; pero sin conseguir nada más que ser veterano en una lista... ¿Se acuerda dónde nos conocimos?

—¡Ah! ¿todavía duda de mí? ¡Cómo no me había de acordar, pues a quién se le olvidan esos días de nuestra entrada a México, en agosto del 14! Fue como entrar y atrancar la puerta en la casa de una mujer muy bonita y muy catrina, que se nos antojaba siempre y siempre nos despreciaba, sin siquiera vernos, y de pronto, sus vestidos, sus alhajas... y ella toda queda por nuestra cuenta, sin que nada nos detenga. ¿Probó usted el gusto de esculcar el ropero de una mujer rica y después... como en aquella casa preciosa de la colonia Roma, donde nos conocimos una noche de juerga? Estrujar sedas, tirar perfumes y polvos, agarrar zapatillas. Yo era medio raro, según decía Lucio Blanco. Esa noche, ¿se acuerda? usted y yo comenzamos por apostar al tiro al blanco las mujeres que traíamos, y como ninguno de los dos perdió, entonces apostamos a quién tragaba más coñac; ni usted ni yo nos dábamos por perdidos, hasta que se le puso que yo hacía trampa, y si no es por Lucio Blanco, nos agarramos a balazos.

—Sí, de veras es usted mi coronel Colorado. ¡Qué días ésos!

—Eso fue nada en comparación con los días en que mi general Villa y don Emiliano dominaron la capital. No más comparable a la toma de Durango. Pero aquí fue más tiempo y había más recursos para divertirse, sin otro trabajo que estirar la mano. Usted podía ejercitar el tiro al blanco en las calles, a toda hora. Por cierto que se me fue la mano una vez con una rorrita

que me saqué de una tienda en que trabajaba como dependienta, ¡muy bonita! y yo casi estaba enamorado de ella: ¡la de malas!

—Sí, yo me corté de ustedes en la Convención de Aguascalientes. Me tocó ser carrancista.

—¡Hombre, mi general! ¿y qué pasó con aquella muchacha que usted andaba siguiendo; que usted me contaba que sufría por ella; y que por poco nos damos de balazos cuando le dije que no valía la pena eso? ¡Ah, qué mi general!

Damián Limón fue poniéndose sombrío a medida que oía las últimas palabras del paralítico.

—¡Borracheras que se ponía usted por la ingrata, y balazos que disparaba sin ton ni son! ¡Qué mi general tan romántico, le decía no sé si Lucio Blanco!

—¡Cállese!

Hubo un silencio embarazoso. Por la puerta del cementerio seguían entrando personas. Limón mezclaba la inquietud al mirar a los que llegaban y el disgusto que la impertinencia del lisiado le producía. Éste, con mayor esfuerzo de la lengua, casi gimiendo, como si se quejara consigo mismo:

—¡Hasta los compañeros antiguos lo ven a uno como microbio!

Don Pablo Juárez recordaba unas palabras leídas años atrás en quién sabe qué periódico: Obregón mató a su padre: Carranza; luego, a sus hermanos: Murguía y Blanco; después, a sus hijos: Serrano y Gómez. Volvió a pensar en Coatlicue, la diosa decapitada, en cuyo tronco florecen serpientes y cuyo pecho se atavía con collar de calaveras y manos ensangrentadas.

Los clarines anunciaron la llegada del cortejo.

—Mire, Juaritos, ese mozo uniformado de la agencia funeraria trae meritamente la cara que ponen los prójimos cuando van a ser fusilados.

—Lo que trae es cara de muerto de hambre.

—No, le digo que no. Yo sé bien. Cara de miedo. ¿No ve que tiembla como muerte de alambre? A cada paso parece que se cae.

—Vendrá borracho.

—Usted no sabe distinguir. Yo tengo mi mucha experiencia, que ni cuenta llevo de los que vi así cuando los llevábamos a los panteones para

tronarlos. Cuando se daban cuenta a dónde iban... muchos se desmayaban en la puerta... es la misma cara de este cargador de muertos... hasta me rebrinca la sangre, como en mis buenos tiempos.

El silencio se hizo en la muchedumbre. Iban a comenzar los discursos.

Chapultepec

Alzado el Castillo sobre las frondas del Bosque, la perspectiva de Chapultepec cierra la calle dedicada a uno de los cadetes —Agustín Melgar—, muertos por los invasores norteamericanos el año de 1847.

Al entrar en esta calle más angosta la carroza fúnebre, se hizo más lento el paso del cortejo.

La tarde realzaba la magnificencia de Chapultepec, recortado en relieve sobre un cielo intensamente azul, e iluminado por los fulgores otoñales del sol. Enhiestas, las araucarias que dan hacia el patio de honor, hacían guardia a la bandera izada a media asta en el torreón llamado el Caballero Alto. Sereno, el aire acompasaba los vuelos de la enseña nacional, despidiendo al antiguo señor de la mansión. Abajo, las copas de los árboles lucían tonos verdeamarillos, que tocaban la perspectiva con melancólica belleza.

Cargada de significaciones, la contemplación del espectáculo absorbió a los acompañantes de Lizardi, cuando su automóvil entró a la calle de Agustín Melgar. El norteamericano Goldwyn suspendió su relato. En la esquina con la calle de Pachuca, el cortejo se detuvo algún tiempo. El periodista Cumplido rompió la silenciosa contemplación.

—Allí tiene su sueño, y ahora sí es un sueño dorado —dijo al norteamericano, señalando la visión de Chapultepec.

—¡Espléndido!

—Es la roca Tarpeya de México.

—Yo comprender.

Al cabo de un momento añadió Goldwyn:

—Yo comprender eso todo desde muerte *President* Madero. Él me enseñar todo Castillo bien. Allí discutir asuntos. Ser más que sueños míos,

ver paisaje desde terrazas; peligroso, por ideas metidas en cabeza, vivir ese edificio viejo. En claro entender el buena persona de Maximiliano y ambición de Carlota. Edificio reveló a mí mucha historia de país.

—¡Ah! —prorrumpió el periodista—: lo que me ha tocado ver y oír en Chapultepec: entrevistas sensacionales, titubeos de hombres poderosos en momentos comprometidos, grandes resoluciones, órdenes implacables, fiestas de maravilla. Chapultepec es al Palacio Nacional —añadió—, lo que la Basílica de Guadalupe a la Catedral de México.

—México tiene tres cerros —intervino don Santos Munguía—: Chapultepec, Tepeyac y las Campanas.

—Creo estar eso *very good*. Mucho interesante —opinó el norteamericano; y Cumplido, por su parte:

—Bonito asunto para un ensayo, para una novela. Por algo Victoriano Huerta tuvo un horror supersticioso a Chapultepec; ni verlo quería; las paredes le hubieran gritado, sin miedo: ¡usurpador! Y la sombra de su víctima no lo habría dejado ni de día ni de noche, con recriminaciones de felonía.

—Muy bien, te ha salido muy bien la tirada lírico-dramática. Se conoce que te tienes macheteado tu Chaquespeare —bromeó Lizardi en el momento de proseguir la marcha; y dirigiéndose al norteamericano—: de haber podido usted hacerse dueño de Chapultepec, tampoco lo habrían dejado tranquilo las sombras de los Niños Héroes.

Goldwyn guardó silencio. Cumplido continuó, sin hacer caso a Lizardi:

—Una vez el usurpador Huerta vino a visitar el Colegio Militar, y aquí, en Chapultepec, fue silbado por los alumnos; nadie hasta entonces se había atrevido a manifestar en la cara del Huitzilopochtli con charreteras el sentimiento nacional, hostil.

—Tenía delirio de matar, según cuentan —comentó Munguía.

—Pues aquí que lo diga el Emperador *sir* Goldwyn, que ni por ser amigo de sus amigos pudo escapársele —anunció Lizardi, señalando al norteamericano y preguntándole—: ¿no es así?

—Ser verdad. Y haber sido amigo de gentes amigos a general Huerta, contaba yo en mi *story* cuando interrumpir ver este Castillo a Chapultepec.

—Su cerro de las Campanas nos ha dejado con la curiosidad. A ver.

El hombre rubio se reacomodó en el asiento, adoptó un gesto grave y comenzó a decir:

—Conmigo pasa cosa misma que pasara Maximiliano con conservadores si no pasara con Juárez antes: lo mataran ellos con causa ser engañados, por ser hombre liberal, que aprueba ideas enemigas de ellos; dirán que traen a México un herético, no cristiano, que no poder odiar señor Juárez. Hay razón suya. Sentir ellos que para sentimientos de Maximiliano y mujer, cosa repugnante todo que ellos quieren, y aprender que no van a entenderse. Conservadores, primero, aguantar desengaño, por tener enemigo encima, y aguantar mucho también ideas que dice públicamente y hace *the* Emperador en acciones. Pensar que pronto pueden tener cuentas; pero primero adelantan liberales, ganando partida.

El coche, guiado por Lizardi, tomó en esos momentos la Calzada de Tacubaya, itinerario del cortejo. Puestos frente al poniente, la intensidad del sol deslumbraba los ojos y hacía que sirvieran las manos de visera. El fuego de la luz en la cara del narrador, trajo a la memoria del periodista Cumplido los rasgos de los conquistadores, que se dejaban llamar «hijos del sol», y por asociación enlazó las imágenes de Cortés, Alvarado, Iturbide y Maximiliano.

Los claros ojos entrecerrados, Max Goldwyn proseguía el relato: su distanciamiento con el grupo de privilegiados a quienes había servido; la prosecución de trabajos iniciados en el gobierno de Madero para llegar a ser Goldwyn el amo del petróleo mexicano; sus intrigas para revolver el río de la situación; el papel que desempeñó en la caída de Madero como agente del Embajador norteamericano; la reacción que le produjo el desenlace trágico, excesivo, no previsto, y la repugnancia que le causó la catadura de Huerta; su simpatía por la Revolución, en lo que mezclaba cálculos de dominio; los altercados con la representación de su país acerca de la política mexicana; las exigencias de los conservadores, que a cambio de servirle como instrumentos financieros, trataban de convertirlo en instrumento de política exterior, sin escrúpulos para manifestarle la felonía de sus maquinaciones; el paulatino desplazamiento de los insurrectos de la Ciudadela y la rápida manía de omnipotencia que se apoderó de Victoriano Huerta.

—Yo decir ya ser yo sentimentalista. Estar chocado con gentes que dicen ser decentes, tan felices con asesinatos y malas cosas del Huerta. Después llegan por odiarlo (ellos decírmelo); pero piensan que cambie; la verdad, no tienen carta en cara contra enemigos que nada vienen a respetar, ni religión, propiedades, vida de personas. Además de ser yo sentimentalista, planes mi negocio estorbados por ellos. Hablaron a oreja del Huerta contra mí, aprovechando dificultades con Gobierno mío; decir que yo ser espía doble: espía de gringos y espía de revolucionaristas contra Huerta; instrumento para conseguir ayuda para ellos con *the White House*, para revolucionaristas. La verdad, no me di prestado para servir a ellos contra Huerta ni contra revolucionaristas. Y tener envidia terrible por mis éxitos de negocios. Querer echarme fuera de país, con amenazas muchas. Estar día y noche bajo vigilancia. Yo ver bien el mucho peligro, porque *United States* no querían Huerta, decididos; él estar perdido, sin *chance* de recobro; y así por ser hombre desesperado que no importa nada lo que hace, y llevarme, como decir ustedes, entre espuela. Gentes de partido conservativo ya están hablando con Pancho Villa por tener carta contra señor Carranza. Eso, la situación, y yo pensar ser bueno que corporaciones petróleo vivan en acuerdo de dirigir Revolución, en sus intereses; buscar general nuevo, en confianza, por estar detrás él, y en momento al triunfo, recoger cosecha. Yo estuve cuidadoso para escapar al Gobierno que caía. Suceso había tomado lugar, que podía salvarme antes, con llegada John Lind, representante de *President* Wilson, en cargo de arreglar cuestión mexicana, que Huerta lo echa, ¿cómo decir? ¿con cajas destempladas?

—No me negará usted que la misión de Lind fue un cínico acto de intervencionismo muy a lo Wilson. Y a propósito, recuerdo que la forma en que Huerta se condujo con su Presidente, originó la típica expresión de «me viene güilson», por «me viene guango, flojo», es decir: me tiene sin cuidado.

—Otra vez tus interrupciones, calumnista, digo, columnista saboteador. Siga usted, *mister*: ¿qué pasó?

—Sincero con que cuento yo, poder decir: yo estar dentro de Lind, y creer ser único en buscar bueno resultado, que se consiguió: enredar más asuntos. Lind hizo advertencia: mi situación de mucho peligro. Quiere

llevarme fuera, con él; pero yo todavía tener esperanza. Yo leo ahora su pensamiento de ustedes; sí, señor, yo ser muy aventurero y enamorado de peligro, y dije a John Lind, cuando él fue a Veracruz en agosto de 1913, que no entraría con él a Estados Unidos.

—Quemó sus naves, como Cortés.

—Más exactamente: desafió a Huitzilopochtli, como Maximiliano, cuando se retiró el ejército francés.

—*All right*. Yo sé. Pero fui borracho de peligro y ganas de mucha riqueza. El apuesta para ganancias era mucho alta. Por todas partes brota petróleo, ríos en petróleo. Yo pensar es mía la suerte, porque la traigo —al decir esto, en los ojos del norteamericano brilló una luz diabólica—. En ese tiempo sale lo que llaman Faja de Oro: Cerro Azul, Álamo, Naranjo; poco antes, Potrero del Llano. ¿Cómo poder yo dejar tirado todo eso? Mis cálculos encuentran ayuda con anarquía, para tomar dominio del país, que no tiene idea de su riqueza en petróleo. A México entonces faltar leyes en asunto, y yo tengo estudios para poder fácil quedar con todo. Negocio colosal: ni Rockefeller, ni *mister* Morgan soñaron tanto. Yo voy a estar dueño de todo el petróleo en México, que toco ya con mis puntas de dedos. El sueño se voltea en este otro sueño: ser yo dueño de México y guardar en jaque a Estados Unidos. Todo va trabajando bien. Cosa importante, a primeros meses de 1914, quitarme yo del alcance a Huerta, sin ir fuera del país. En combinación entra tener cabecilla que tome de mí las órdenes, una especie de *condottiere*, según viejos días heroicos.

—¿Heroicos?

—No necesitar Nietzsche: yo estar superhombre. Yo echo petróleo por lados, y... lo que usted mejor diga: enredo, sangre; yo, mejor decir: fortuna. Mucho excitante trabajar con imaginación. Ya yo decir: mundo es de gentes imaginativas. México en estado revuelto que había, era campo bueno para jugadas. Yo estar en el saber de cartas diplomáticas y oficiosas de paisanos; yo tomar parte con consejos. Huerta hizo mal paso en conservadores mexicanos: él pensó que puede hallar ayuda con Europa, que lo salve a él. Jugó última carta en Inglaterra, dando mucha publicidad a ser él reconocido por países Europa. Yo saber acción de agentes por *United States* y de muchos filibusteros gringos en país. Summerfelt, Carothers y San Drevend

estaban a Pancho Villa; Hopkins, Bryant, Hale, Browne, Rosenthal, el cónsul Letcher y un estafador llamado Kestel, buscaban señor Carranza; Rath (estaba entonces *administrator* en aduana Brownsville) era en contacto con Lucio Blanco; y con general Obregón, era general Scott y obispo mormones, llamado Brown, pagado por *the Intelligence Service*. Estaban todos con mensajes verdaderos y falsos, ofreciendo *dollares* de ayuda, metidos en negocios de armas y papel de moneda revolucionista; pero siempre guardando vivo la ambición de cada uno por ser presidente de México. ¡Cosa poquita comparada con petróleo de México! Diversión bonita estar en juego, dando cartas conocidas, sabiendo dueños de apuestas que amontonan la mesa... Pero ver otra vez que al señor del periódico no gustar historia.

El sepelio hizo larga parada en las inmediaciones de la rotonda conocida con el nombre de Cambio de Dolores. El público allí estacionado congestionaba el paso. Los motociclistas iban y venían, despejando la circulación. A uno y otro lado de la rotonda, sobre las vías, largas filas de trenes eléctricos permanecían detenidas. Los puestos de flores, a la entrada del Bosque, semejabán altares o cascadas de policromía.

—¡Qué flores mucho bonitas! No hay en mundo como *mexican* flores.

—Pero estas flores de la altiplanicie no tienen el perfume de las del trópico.

—Estos claveles de Xochimilco no huelen como los de mi tierra.

—Pero qué gusto de ver —contestó el gringo—: parecer maquinados de sangre.

—¡Sangre! No se puede hablar en México sin recurrir a esta palabra —exclamó Lizardi.

—Es que seguimos viviendo de sacrificios humanos, y viviremos, hasta que no haya nada indio en México —declamó Cumplido, afectando bromear—: y quién sabe si ni entonces.

El norteamericano trató de hablar; pero el periodista dijo violentamente:

—¡No te dejes ganar el sitio, Lizardi!

Los agentes daban paso a otros coches de la comitiva. Cuando Lizardi maniobró para incorporarse, ya se le habían adelantado cuatro carros, en el último de los cuales iba con solemne soledad, el licenciado Ezequiel

Padilla, candidato a la Presidencia de la República y, hacía poco, Secretario de Relaciones Exteriores.

—El Jehová de Chapultepec. Mal indicio que nadie lo acompañe —comentó el periodista.

—¿Por qué le dice así? —preguntó Munguía.

—Pues, qué, ¿no recuerda su apoteosis en la Conferencia Interamericana de Chapultepec en febrero y marzo de este año? Fue la culminación de una carrera de actitudes y discursos continentales que lo han hecho famoso. En Brasil, por ejemplo, me contaba un amigo, lo aplaudían por la calle, cuando hace dos años hizo el papel principal en la Conferencia de Río de Janeiro. El Hombre de América. Lo adulan con éste, que es el título de uno de sus libros, precisamente el que, con todo y elocuentes dedicatorias, los diplomáticos que vinieron a Chapultepec arrojaron al cesto de papeles inútiles, en varios hoteles, con gran escándalo de prensa.

—Cállate, inoportuno —dijo Lizardi.

—Cálmate, oportuno —respondió el columnista—: ¿no has visto que va sin compañía? Los políticos mexicanos se parecen a ciertas aves que no vuelan sino acompañadas en escuadras. Esta soledad en que marcha el candidato es el mejor pronóstico de su candidatura.

—Ya lo sé; pero la política de México, más que ninguna otra, está hecha de sorpresas. ¡Cómo vivimos en plena democracia de oráculos, según tú llamas a los personajes de la vida pública!

—El inoportuno eres tú ahora.

—*Mister Padilla* ganó de su lado en Chapultepec al *Secretary of State* de mi país, ¿es así?

—¡Cómo no! El platinado Stetinius, como le pusieron los reporteros. Y este ha sido el gran error de Padilla como candidato: presumir que el padrínzgo de la Casa Blanca lo hará Presidente, sin más. Lo que va consiguiendo con esa propaganda es la impopularidad.

—En Chapultepec fue planeada la futura Liga de Naciones.

—Que servirá para maldita la cosa, peor aun que la ideada por Wilson, porque ahora estará Rusia en el guisado, y no tendremos que vivir mucho para verlo; pero sin dejar el tema de Padilla —siguió diciendo el periodista—, su actitud yankófila es la de los conservadores, a que usted se refería

poco antes: buscar apoyos extranjeros, ahora, que Padilla será neoconservador, aleccionado por la historia: no busca a Europa, decadente, sino vuelve sus ojos a Yanquilandia.

—Yo quería decir —intervino con embarazo don Santos Munguía—, digo, cuando el señor hablaba de que los conservadores han buscado, se han equivocado en buscar ayuda en Europa, yo quería decir que la verdad es que han tenido que escoger entre Estados Unidos y Europa; o mejor dicho, han visto el peligro de los Estados Unidos, y por eso voltean a Europa, más en conformidad con nuestro modo de ser, y sobre todo, más lejos, por aquello que de los... digamos, de los vecinos y el sol, mientras más lejos mejor.

El norteamericano prorrumpió en una carcajada:

—Amigo, qué cosa, mí gustar oír todo, que nada molesta a mí. Además que yo soy metido tan mexicano como pulque, ¿no creer eso *mister* Lizardi? Seguir, *please*.

—Estados Unidos son protestantes, son conquistadores, nos robaron mitad del territorio, dominan con su comercio y su industria, intervienen en cuestiones internas, nos traen su música, su cine, sus malas costumbres, nos desunen. Europa es católica... De más a más, hay mexicanos aliados con Estados Unidos, no importándoles más que ganar a cualquier precio.

—¡Ay, don Santos, vuelve usted con la eterna muletilla de los reaccionarios! Y yo que les anuncié a estos señores que usted era un cristero desilusionado.

—Eso se los explicaré después. Yo no he dejado de ser católico, por más que algunos me llamen tráfuga. Yo sigo siendo reaccionario, si a usted le parece. Los señores, como el señor, digo, en particular los norteamericanos, pueden ser muy bellas personas; pero los Estados Unidos, como nación...

—Digna hija de la pérfida Albión. Y salió verso —Cumplido interrumpió a don Santos; éste continuó:

—Digan lo que digan: el pueblo mexicano es incapaz de aceptar la penetración *yankee*.

—Pues la traga, don Santos, la traga, sin sentirla: como dice usted: el cine, las modas, el pochismo, la superstición por lo norteamericano, los

títulos de tiendas y productos, hasta falsificados —dijo con aire cínico el periodista.

—Nos lo hacen tragar. Ustedes.

Lizardi quiso cortar el tema que le producía enfado: mirando a Cumplido preguntó:

—Tú te has contradicho: aceptas la tesis del señor Goldwyn sobre el error de los conservadores y afirmas que a Padilla lo hará fracasar su yankofilia. ¿En qué quedamos?

—Ningún contradecirse —replicó el periodista—; por eso he llamado a Padilla neoconservador con experiencia. En cierto modo estoy de acuerdo con don Santos en que los conservadores no han cometido, desde su punto de vista, un error más que político, relativamente al éxito, que es lo que importa en política.

—No —dijo Munguía—, no estoy de acuerdo con esa idea de la política... creo que se dice maquiavelismo.

—Mucho bien —volvió a prorrumpir en carcajada el norteamericano; inmediatamente continuó Cumplido:

—Con *mister* Goldwyn estoy de acuerdo en que los Estados Unidos han hecho triunfar con su fuerza; pero en contra del sentimiento profundo de los mexicanos...

—Eres un cirquero reaccionario, pareces jesuita —prorrumpió Lizardi, corajudamente.

—Señores, *please*, junto somos a Chapultepec, donde unión América por paz —dijo Goldwyn flemáticamente.

—Lo cierto es que, por su lado, Padilla exagera la nota, provocando sin tino en su contra el sentimiento popular, lo que no podrás contradecirme; por otra parte, no es momento para que los Estados Unidos impongan una candidatura contra viento y marea; lo harían en circunstancias especiales, después de pesar mucho el pro y el contra. Y luego, seguro, que los contrincantes de Padilla no se pondrán de frente al Coloso.

—Denominación malinchista: el Coloso. Vamos mejor cambiando tema —propuso Lizardi—: ¿por qué no acaba la historia de su fusilamiento, *mister* Goldwyn?

—Misma historia: Estados Unidos matando a Maximiliano —adujo el periodista, con gesto de ironía.

—¡Cómo eres cargante! Concluya usted, sin hacer caso a este periodista reaccionario; quiero decir: independiente.

Cumplido y Munguía se adhirieron con las miradas a la invitación.

—*Well*. Yo buscando mi *condottiere* fui por Michoacán. Agentes míos piensan encontrar candidato bueno; él no tener ganas ir a México y yo buscarlo rumbo Uruapan. Ser hombre de mucho cuidado, con él. Saber bien la región a petróleo, donde ser antes trabajador. Los gentes tenían miedo a él. Hombre de grande decisión. Él fue forzado a ir lejos en Veracruz, por matar un hombre, y de Michoacán quiere volver por Veracruz. Nunca más imaginación en agacharme agentes vigilan sobre mí. Hablé con él: ser mi hombre. Él tener preparado buen plan, parecido a lo que yo pensar, yo deber hacer. El punto grande, era coger puerto al Golfo, vecino a región petróleo. Mi hombre promete bien tomar Tuxpan si yo doy ayudas que yo ya pensar necesario, y en mismos lugares que yo pensar: ser fortuna buena un acuerdo de mucha facilidad. Hacer convenio que hombres a confianza lo encuentren donde Tulancingo, quince días, luego. Yo haber tener Tuxpan antes caída Tampico en manos revolucionaristas o posible avance por ellos en sur. Era doce abril. Camino a México, en regreso, yo comprender donde Celaya, grave situación: el 9, hombres Huerta toman presos en Tampico a marinos de *United States*; Contralmirante Mayo pide inmediata reparación a insulto, que Huerta no hace caso. Mi gobierno da *ultimatum*... Yo entender bien: Huerta juega carta desesperada por levantar patriotismo contra gringos odiados, y poner a revolución, así, en papel difícil. No mal carta que jugó Huerta. Yo tomo, entonces, decisión de no meterme a *Mexico City*; escapar yo por norte, camino a Querétaro. Pero diablo decide ser cogido yo en Querétaro.

—Esto parece un invento histórico, a lo Maximiliano.

—Ver. En Querétaro yo hacer intención a comprar libertad y hasta usar amenaza, diciendo yo estar ciudadano de *United States*. Tiro a retache. Todos con odio a gringos, con borrachera patriota. Yo cogido a miedo, que no recibo noticias corresponsales y a certeza que telegramas míos no alcanzan destinación. No ver yo caras amigas; por ser yo gringo, en todos

haber odio en ojos. Sensación horrible, andar por calles en miedo. Yo estar como rata en medio a muchos gatos, con hambre. Vi maquinaciones cerrarse contra mí, estar yo colocado bajo vigilancia de muchos hombres en ejército y secretos de policía; vigilancia de todas gentes en ciudad, como Cortés también cuando antes del Noche Triste. Pierdo buen humor que siempre conmigo está en momentos difíciles. No es ni poco bonito sentir uno estar por primera vez fuera de control. ¿Fiera a estar perseguida? ¿Todavía piensa usted todo esto ser invento en imitación a Emperador?

—No. Esto cobra realidad. Yo recuerdo esos días de exaltación patriótica y el terror que se apoderó de los ciudadanos norteamericanos que residían en Jalapa, mi tierra natal.

—Sí, yo también algo me acuerdo de entonces —agregó Munguía. Goldwyn prosiguió:

—Yo sé quiénes dirigen persecución a mí: agentes por aristócratas unidos a huertistas, amigos ayer; gentes a dinero, que odian criterio libre mío, y no perdonar éxito de negocios. Querétaro es en fuego patriotismo, mucho alimentado por gobierno Huerta; y sentir contra *yankees* crece por cada momento a noticias en periódicos. Con mucho teatro dramático, Huerta hacer declaraciones... ya olvidar... en críticos momentos.

—Sí, las recuerdo perfectamente —dijo Cumplido—; fueron parte de mi *debut* en el periodismo. Más o menos dijo Huerta: «La patria no admite de ningún modo la imposición injusta que los Estados Unidos pretenden para humillar a México. Iremos a donde el destino nos lleve. Ante todo está el honor de la nación».

—Pues ¿qué querían los... Estados Unidos? —preguntó Munguía.

—Como reparación al agravio supuesto, no demostrado, exigían izar su bandera en alguno de los cuarteles o cañoneros mexicanos, y que se le hiciera salva de veintiún cañonazos. Aceptó Huerta, con tal de que las fuerzas norteamericanas hicieran simultáneamente igual saludo a nuestro pabellón, y que al respecto se firmara un protocolo. El Presidente Wilson se negó a esto, y transcurridas las cuarenta y ocho horas del *ultimatum*, ordenó el bombardeo de Veracruz al Almirante Fletcher, y que la infantería de la marina norteamericana ocupara este puerto —informó Cumplido.

—Eso sí lo recuerdo, porque al tener noticia de los hechos, mi padre, ferviente católico, hizo preparativos para salir a luchar contra los invasores.

—Exacto —siguió diciendo Cumplido—: los católicos, cuyo partido político había hecho un acercamiento con Huerta, que por cierto no duró mucho, pues el usurpador les clausuró su periódico *La Nación* y a su presidente lo mandó a San Juan de Ulúa (era un licenciado Somellera), los católicos eran los más enardecidos contra el protestante Wilson y hablaban de organizar una verdadera cruzada para oponerse a los *yankees*.

—Los chicos, en la escuela —recordó Munguía—, no hablábamos de otra cosa en esos días. Nos entusiasmaban los detalles de la resistencia hecha por los cadetes de la Escuela Naval y por la población civil de Veracruz, durante cuarenta y ocho horas, después de la vergonzosa retirada de las tropas de línea.

—Como en los tiempos de Santa-Anna.

—Cuando el maestro nos contó la muerte del teniente Azueta, que había rechazado los servicios médicos norteamericanos, prorrumpimos en ¡vivas!, aplausos y ¡mueras!; algunos lloramos de rabia y entusiasmo. Yo estaba resuelto a marchar con mi padre a Veracruz, y recuerdo que preguntaba a mi madre si levantando la bandera con la santísima Virgen de Guadalupe correrían los invasores y seríamos invulnerables los mexicanos. Me colgué una medalla guadalupana, seguro de sus virtudes patrióticas, y no hubo manifestación que recorriera las calles a la que dejara de juntarme, coreando lo que otros gritaban.

—Yo no decir que ya con terror —volvió a tomar la palabra el norteamericano—; pero sí emocionado yo, puedo recordar esas cosas de indignación en pueblo a México. Era como mar por tempestad. Yo esperar siempre tiempo que perseguidores echaran a mí, gentes de calle, y aquí el gobierno lavara manos a cualquier cosa pase. Fallar gota: manejador hotel, que da esos días mirada fea, pide, a supuesta pena, dejar establecimiento, por amenaza ser apedreado, causa mía. Protesto, amenaza; furioso; con rabia; pero él, que saca bagajes por fuerza de oficiales públicos. Ustedes piensen situación, forzado a caminar en calles, en días, cuando no dejo cuarto a hotel, por en caso. Decido rompimiento, destruyo papeles, tomo el cualquier dinero a tener y, poco en disfraz, salgo de hotel, dejando bagaje,

anunciando voy por encontrar lugar a quedarme. Hago camino en calles de lado a estación, pero no puedo agacharme a vigilancia, que me siguen a risas de burla. En estación, oficial detenerme, diciendo a mí que ser por proteger mi persona contra rabia de pueblo. Muy con cortesía yo ser llevado a Casa del Municipal. Todo que yo decir, inútil. Si alego estar ciudadano *United States*, dicen a mí que son rotas hostilidades a México y por eso protegerme ellos para evitar complicaciones más en interés internacional. Yo soy dado un cuarto con advertirme que no salga por mi riesgo, que ellos no responden ya.

—Estuvo usted a lo mejor detenido en el sitio en que lo fue, allí mismo, doña Josefa Ortiz de Domínguez, mujer del Corregidor de Querétaro, que pudo avisar a Hidalgo la conspiración de independencia descubierta.

—Cumplido, no interrumpas.

—¿Y hubo alguna Princesa de Salm-Salm, un Víctor Hugo que, como en el caso de Maximiliano, intercedieran por usted?

—Situación mía estar en peor. Enemigos eran en sombra. Cuando preguntar por qué se hace conmigo eso, todo decir: —«órdenes superiores». ¿Órdenes a dónde? ¿gobernador o autoridades por ejército? ¿a juez? No cambian música: —«órdenes superiores». Yo reclamo abogado; no éxito. Digo querer entrevista por gobernador; inútil. Llega momento en creer ser abandonado por suerte vieja; pero poner mucha resistencia a idea: no poder dejarme. Imaginación y yo somos los dos mi suerte. Componer firme.

—El señor sabe hacerla de mucho episodio —comentó Munguía.

—Es hombre de cine; se conoce —dijo Cumplido.

Goldwyn lanzó nueva carcajada y continuó:

—Es de agrado contar esa historia ahora, veintiún años tras y sintiendo ya estar mexicano sobre los cuatro... ¡bueno! debo hacer exageraciones: sobre tres costados, como decir aquí —volvió a reír y añadió—: pero esas horas, esos días fueron siglos largos. Uno de policía-agente, gendarme, meter en conversación conmigo; yo, a principio, en mi guardia; pronto yo encontrar ser ese hombre bueno, pobre diablo; avienta en cara culpa política de gringos, que querer, dice, robar territorio dejan última vez, cuando llevan Texas y California. Yo responder a él, cómo yo tener culpa de actos Wilson; yo decir: —«porque usted estar ciudadano mexicano, ¿por eso responder de

matanzas *President* Madero y senador Belisario Domínguez? Porque usted ser mexicano, ¿yo pensar usted responda por actos de general Huerta? *The* amigo bueno entiende y queda con sorpresa. Yo dar a él de fumar, y decir historia mis cigarros *made* por Zar en Rusia. Policía pela ojos y dice fumar cigarros de corrientito; estar *very* contento en cigarro yo le di; echa humo como si fuma nubes de cielo, y dice a mí —“¿a quién no hace placer lo bueno?»

—Es decir: comenzó a dormírselo, como decimos, o a cultivarlo, como dicen los yucatecos.

—*Four in hand*. Entramos a más juntos en confianza, y yo pregunta, y él contar historia suya. Estar antes tallador de piedras, oficio bueno a Querétaro, pero con revolución es ya negocio malo, que lo mete a hombre de policía, por no ser llevado a leva, a pelear contra villistas y otros. Ser oficio bonito tallar ópalos, amatistas. Entonces yo hacer a él muestra de anillo tengo con diamante que abre a él mucho los ojos. Digo a él: —«usted buen conocedor, veo sabe ver piedra buena y apreciar cuando ve». Él fue contento del que digo —«¿Mil pesos?» —pregunta. —«Diez mil *dollares*, hace veinte años, cuando hice compra; hoy día, mucho más, no sé valor: algo mucha estimación por mí, no cuenta moneda». —«¿Y qué? si matan a usted; mi Dios no quiera, pero ¿si hacen eso?» Aquí tomo *chance* y ensarto mentiras más, muchas: —«anillo es con magia; a largo yo lo tenga no matarán a mí; déjeme contar a usted casos de suerte que anillo da en años a mí». Entonces yo inventar historias muchas. —«Si no ser a eso, ¿yo ser como usted verme aquí?» Él hace gesto de creer mucho por esta razón. Dejo plática por no ser sospechoso en otros que pueden ver, y soy con cortesía mucha para ganar a mí todo gendarme; yo dar en su mano moneda de oro y billete para él traiga botella coñac caro, diciendo no regrese cambio, y él conmigo, luego beberemos cosa buena. Ir *very* contento a mi persona.

El coche de Lizardi subía lo más empinado de la calzada de Madereros. Brillaba el bosque, incendiado de sol. El conductor maniobraba las velocidades para normalizar la marcha del vehículo.

—Ahora más usted pensar invento yo parodia, y reír mucho: el hombre de policía que quedó amigo era llamado Tomás López Mejía, nacido indio

en sierra Querétaro.

—Me gusta, me gusta —respondió Cumplido—; *se non é vero, é bene trovato*.

—¿Qué? ¿Por qué? —preguntó Lizardi.

—Andas mal en historia de México, hermano: el indio conquistado por Maximiliano de Boston se llamaba como aquel otro indio de la sierra de Querétaro, defensor de Maximiliano de Austria y su compañero de patíbulo: el general Tomás Mejía.

—Un gran general conservador —exclamó Munguía fervorosamente.

—Pero además, el homónimo del general conservador tiene atravesado en el centro, yo diría: en el corazón, el apellido del hombre que traicionó a Maximiliano en Querétaro: el coronel Miguel López, que la leyenda nos presenta como enamorado de la Emperatriz Carlota. ¿No es mucha fantasía de usted, *mister*?

—Son ustedes a libertad por creer o no. Eso ser así.

Lizardi interrumpió al norteamericano:

—Yo no puedo dejar pasar lo que has dicho, Cumplido: una de las mentiras favoritas del partido reaccionario. No, no hubo traición en Querétaro, si no es por parte del austriaco y de su gente, que cuando se vieron perdidos usaron de instrumento al calumniado coronel.

—No discutamos esto ahora —propuso Cumplido—; vamos a escuchar el final de la novela que nos ha hecho sentir la vía dolorosa que recorreremos. Poco más o menos así sería la novela de que te hablaba, Lizardi.

—Yo sé que sonar eso sí por cuento; pero déjame decir a ustedes que no desear yo a nadie que ustedes tener experiencia pasé yo. Veramente ser eso y pesado. Bueno: cuando comienza noche, amigo de policía viene donde yo era, y él era muy pálido y muy en susto. Él traer cuento de que se maquina en contra de mí. Chusma pagada viene a forzar camino a mi detención por linchar a mí. Guardias con órdenes a resistir en simulación, y dejar vencer, que estarán pocos en hora señalada de asalto.

—Bien, va bien. Muy emocionante. Mucho episodio, como dice don Santos.

—Esperar. No burlar todavía. Mi amigo indio también cuenta que un hombre que quiere agacharse de ser gringo anda tras de mí, para saber

dónde soy, y López dice creer ese hombre es paisano a mis órdenes. Yo enseño a López qué hacer, porque dice querer servir a mí, que se ofrece a mis deseos y él hace lo que yo ordena. También yo doy a él mi anillo de diamante y decir si comprende yo ser en peligro grande frote diamante con madera, siete veces, mirando estrellas: yo así escapar y él estar siempre rico; yo sigo a decir que, caso de asalto a mí, todo dinero mío y cosas mías estarán de él, escondidas en sitio yo digo, y firmo orden a entregar a él mi bagaje de hotel; pero hago amenaza que si él no estar leal conmigo, anillo es a siempre mala suerte, hasta morir. Él protesta ser pobre, pero leal, y tener a mí voluntad.

—Usted repitió entonces la historia de los españoles que rescataban el oro de los indios por cuentas de vidrio.

—¡No eso! Mi anillo ser a gran valor, verimente. Bueno. Un poquito contadas diez en la noche, empezar baile. Llega chusma de linchar; apagan luces; truenan balazos y gritos de «¡el gringo!» «¡mueran gringos!» «agarren ese gringo desgraciado», y llevarlo por matarlo a cuchillas, piedras y balazos en monte de Campanas. *That was the end.*

—No parece final de Hollywood —comentó Cumplido burlonamente.

—Yo no trabajar nunca Hollywood; pero películas mexicanas siempre, yendo de director e productor.

—¿Y cómo resucitó usted? ¿En dónde está el truco si, como pretende, la historia es verídica?

—¿No lo mataron? —preguntó don Santos candorosamente.

—Y sí mataron, mataron bajo estrellas, junto en monte de Campanas —confirmó Goldwyn; rompiendo a carcajadas añadió—: pero gringo no ser yo, ser este otro empleado de mí, que estar en Querétaro por buscar a mí. Con ayuda mi amigo gendarme entró paisano conmigo, sin saber baile preparado: yo dije quedar a mi lugar, un momento, a salir yo por asunto necesario; él quiere; amigo López viste a mí de uniforme por gendarme y yo junto a él, en disimulación, consigo llegar a estación y meter en tren que viene a *Mexico City*; después yo seguir en escondite hasta fin Huerta. Entonces saber todo plan de ruinar a mí: gentes de intereses en petróleo estar con alianza de gentes conservativas y de dinero en México, todos

envidiosos de mí: unos a eliminar competencia, y otros a vengar hombre que no quiere jugar juego que calculan; deciden plan por desaparecer a mí.

—¿Y el condotiero? —preguntó Cumplido.

—Hombre a su palabra. En su cuenta, con independencia de señor Carranza y otros, armó guerrilla, y si él no apoderarse de Tuxpan es por falta de guardar su palabra corporaciones de petróleo, que no producen dinero que yo prometí a él, y yo no estar en posición de hacer algo hasta julio, demasiado tarde para oportunidad que así pasar. Eso sí, envidiosos consiguen de mí; pero contra ellos, también, que pierden *chance*.

—¿Ese hombre de que nos habla fue Manuel Peláez, cabecilla que estuvo a sueldo de las compañías petroleras?

—Usted equivoca en eso. Peláez, hombre de las compañías, con mi plan ya tarde. Señor Carranza ser ya en dominio de los puertos en Golfo. Enemigos de competencia conmigo no supieron ganar por envidia de mí. Eran faltos de mi estrategia de imaginación y suerte. Estaba fácil ganar partida a tiempo; pero envidia fue sin imaginación buena.

—¿Cómo se llamaba su condotiero? —preguntó Cumplido, al mismo tiempo que Munguía interrogaba sobre lo que Goldwyn hizo después.

—Mi hombre *condottiere* era llamado Higinio Loera.

—¡Vaya! Hasta que por fin dejaron de salir los homónimos novelescos.

Sin atender al comentario del periodista, Goldwyn siguió hablando:

—La Revolución está mucho contra Loera solo. Lo come a él, por falta dinero que no dan. Yo, culpable a relativa. Ser peligros, riesgos de negocios grandes —y dirigiéndose a don Santos, el norteamericano añadió—: usted preguntar a mí qué hacer después. Yo, después, lo que, si queda en México, haga Maximiliano: ayudar a país en intereses suyos de verdad, luchar contra gringos lobos, contra capitanes de petróleo; llegar a expropiación que hace *President* Cárdenas.

—Max, con sinceridad, ¿cree usted que Maximiliano hubiera hecho cosa parecida? —preguntó Lizardi. Cumplido se adelantó a responder:

—Yo sí lo creo. Maximiliano era más liberal que muchos liberales. Fue su tragedia, en el sentido clásico del término. Amaba de verdad a México, según dio pruebas abundantes. Entendía los problemas. Por eso chocó contra los conservadores, que siempre han mixtificado nuestra realidad,

conforme a sus prejuicios e intereses. Yo estoy completamente de acuerdo con usted, señor Goldwyn.

—¡Viva el gran editorialista! —exclamó Lizardi burlonamente.

—Ya parece tiempo en oír historia de señor, que mucho a mí interesa —dijo Goldwyn, volviéndose a don Santos Munguía; éste trató de diferir su relato, alegando que pronto llegarían al cementerio.

—No importar a usted —insistió aquél—, hacemos oídos.

—Yo también quise ser dueño de Chapultepec. No para mí, sino para que desde allí reinara Cristo. Yo soy del Estado de Guanajuato.

—¡Claro! De allí era don Santos Degollado —interrumpió Cumplido.

—Nací en Chamacuero.

—Allí nació también el ilustre doctrinario de la Reforma, don José Luis Mora —volvió a decir el periodista.

No obstante que le molestó el sesgo del relato, Lizardi reprochó la impertinencia de Cumplido. Munguía prosiguió:

—Me crié en San Miguel Allende.

Con mueca burlona, el periodista movió los labios; pero calló.

—Mis padres, mis abuelos, y así hasta quién sabe cuántas generaciones, mi familia es de católicos a machamartillo. Nuestra gloria doméstica es el Señor Munguía, don Clemente de Jesús Munguía, obispo de Michoacán, el más grande de los filósofos mexicanos, según he oído decir siempre, y terror de los liberales, a los que pulverizó con sus escritos.

—En tiempos de Comonfort y Juárez fue algo así como en tiempo de Calles el tronante obispo de Huejutla, Manríquez y Zárata. Pero don Santos, usted toma la bola de muy lejos: lo que quieren oírle los señores, con curiosidad, es la parte que tuvo su merced en la guerra de los cristeros y sus diferencias con los masones blancos.

—Es que yo quería que sepan bien por qué yo, un artesano pacífico, tomé las armas. Les daba los antecedentes. Hay un dato curioso: mi abuelo paterno fue también cristero, que así, del mismo modo se llamaron en Michoacán, en Querétaro y en Guanajuato, los levantados en armas contra las leyes antirreligiosas del Presidente Lerdo de Tejada, los años de 1874 y 1875. Es de llamar la atención esta semejanza, ¿verdad?

El relato fue interrumpido por los agentes de tránsito, que a la vista del cementerio desviaban los coches. Lizardi tuvo que resignarse a estacionar el suyo y recorrer a pie la distancia que faltaba.

Las dos historias de María

Doña María Ortega Martínez de Ibarra y Diéguez ocupaba uno de los últimos coches del duelo, a poca distancia de los contingentes motorizados de la tercera División, que cerraban el séquito.

Ampliamente relacionada, era una de las damas mejor conocidas de México, por la variedad y dinamismo de sus actividades en esferas aun encontradas de la vida social. Para quienes la trataban desde veinte o treinta años antes, resultaba sorprendente la conservación física y moral de la señora Ibarra: la misma belleza en madurez, el mismo ánimo inquieto, emprendedor, a la par dominante y servicial; no sólo, sino que con el tiempo, su simpatía, su tacto, su elegancia se refinaban. Tuvo siempre fama de irresistible; ahora lo era por la dulzura, por el aire de alegre simplicidad que ponía en sus cosas. En otros tiempos viajó mucho: fue su mayor placer; ahora sería tormento pensar en un desarraigo de México, por breve que fuese. Abundaban sus malquerientes; lo sabía, los conocía, estaba enterada de sus dichos y hechos, que con donosa intrepidez propalaba ella misma, neutralizándolos graciosamente, y extremando atenciones hacia quienes le mostraban o en los que sospechaba predisposición.

Mientras unos habían querido presentarla como viva imagen de Lady Macbeth por ambiciosa y maquiavélica, para otros era Desdémona: compasiva, fuerte, casta y calumniada. De modo semejante los murmuradores la hicieron encarnar una galería de mujeres famosas, entre las que no faltó Mesalina, que todo lo sacrifica en aras de placeres, caprichos y cálculos. Cuando comenzó a figurar, se habló de turbios antecedentes: había sido soldadera en los primeros años de la Revolución, y algunos la señalaban como la inspiradora de la canción *Adelita*, nombre con

que la malevolencia quiso motejar a doña María; ésta lo aceptó, luciéndolo como distinción, lo aprovechó para sus fines y lo hizo caer en olvido cuando le convino.

Su influencia en las esferas oficiales era proverbial. En el apogeo del militarismo, que siguió al triunfo de la Revolución, ella sabía como nadie moderar el impulsivismo de los caudillos y segundones, que la respetaban. Los favores hechos, gracias a su ascendiente, no impidieron la circulación de cuentos en que aparecía como hembra temible, una María Pistolas —dieron en llamarla también así—, réplica femenina de cabecillas cuyos nombres aún ponían pavor en la memoria de quienes los padecieron o supieron sus fechorías. Bastaba tratarla para desechar la grosera conseja que le atribuía espeluznantes hazañas, propias de los «dorados» de Villa, y contubernios cavernarios, que se tenían por precio de sus influencias.

La fortuna política y financiera de su esposo, el ingeniero Jacobo Ibarra y Diéguez, había sido el más persistente motivo de murmuraciones, que transformaban a María Pistolas o Adelita en Pigmaliota sin escrúpulos, figura digna de Bocaccio. Según crónicas escandalosas, de un don nadie había hecho la doña un personaje, y éste, con tal de serlo, aceptaba que las costas de su engrandecimiento, nada gratuito, fueran pagadas puntualmente por su mujer, cuya fama dejó durante mucho tiempo en segundo plano al cónyuge, identificado entonces como «el marido de la señora... María Pistolas o Adelita»... y aquí el apellido malicioso, en turno, de políticos o militares con mando sumario en los destinos del país. Por tal manera la hechura de Pigmaliota fue ascendiendo y recorriendo puestos públicos de jugosa magnitud, al antojo de su animadora, ya en ramos disímboles del servicio interior: gobernación, industria, educación, agricultura, comunicaciones, hacienda; ya en empleos ordinarios y extraordinarios del servicio exterior, mediante los cuales conocieron todo el mundo: cónsul general aquí, ministro y luego embajador allá, visitador de oficinas en el extranjero, con vía libre; representante extraordinario en este y el otro acontecimiento internacional; miembro de las delegaciones asistentes a conferencias externas de la más variada índole: políticas, hacendarias, culturales, en carrera sin declinación, cualesquiera fueron los cambios de regímenes: carrancismo, y obregonismo, y callismo, hasta trocar la

burocracia de primera fila por la independencia financiera, que lo convirtió en uno de los capitanes poderosos de la economía nacional.

Frente a la versión de la mujer voluntariosa y el dócil manequí no faltaba la de un amor que los unía románticamente desde la adolescencia, en un pueblo remoto, antes de la Revolución. Según esta crónica blanca, el éxito de la pareja se debía a que uno y otra se completaban: él era obcecado en sus resoluciones, inflexible frente a los reveses, trabajador infatigable, introvertido y hermético, lleno de audacia una vez que se trazaba el camino a seguir, desdeñoso de los obstáculos que se le presentaran; su torpeza, su descuido, su mustiedad entraban en sus cálculos; navegaba con esa bandera y la música iba dentro, como afirmaban los que lo conocían; la señora, en cambio, era la gracia, la imaginación ágil, el sentimiento delicado, el instinto del matiz; una mutua confianza, jamás rota, fundaba su armonía, pese a los malos molinos de la insidia, empeñados en triturarla.

Con los años, la hostilidad se había suavizado; cada vez eran más y más remotos los ecos infamantes. La plutocracia de signo bancario, mercantil o industrial, con su aparente independencia del favor político, en la cual el ingeniero Ibarra y Diéguez ha llegado a figurar de modo prominente, despierta menos y más reducidos enconos que el ejercicio del poder público, al que aspira con o sin derecho todo ciudadano.

Abundan ahora los aduladores cuyo primer halago es celebrar al magnate porque se ha retirado a tiempo de la política.

Los más encarnizados difamadores fueron los porfiristas desposeídos, enemigos irreconciliables de todo lo que la marea revolucionaria echó sobre el pasado, y tanto más cuanto se sabían responsables por no haber defendido el antiguo régimen, e impotentes para reivindicarlo; se contentaban con difamar, desdeñar y pronosticar siniestramente; no les cabía en el juicio que pudiera sostenerse una situación de revés a la que disfrutaron; les complacía exagerar el primitivismo, el analfabetismo, la impreparación de todas y cada una de las gentes venidas al gobierno de la República, incapaces para resolver el más pequeño problema doméstico; la Revolución siguió siendo para ellos el dominio del bilimbique; ¿cómo podrían aceptar siquiera oír del engrandecimiento de una María Pistolas, de un Jacobo «quién sabe qué», con ignominiosos antecedentes, verdaderos o

falsos; poco importaba esto? Pero también habían sido encarnizados difamadores los resentidos a quienes la Revolución dejó de cumplir todo lo que ambicionaban, por mucho que les hubiera dado; ¿cómo era posible, para ellos, que alguien sí alcanzara y se sostuviera en perpetua bonanza, cualesquiera fuesen sus méritos? ¿para eso habían peleado? ¿para dejar a otros la mesa servida? ¿y quiénes eran esos otros? los incondicionales, los adulones, los mediastintas, los intrigantes con fortuna, los acomodaticios, las mujeres de ojoalegre, comercializadas, amigas de todos; los girasoles y los hombresbueyes.

Uno y otro tipo de malquerientes habían ido desapareciendo. La sociedad tiene frágil memoria y no es afecta a escarbar recuerdos, si no median poderosos intereses personales; menos aún en México, donde se suceden con rapidez los cambios y es fácil consolidar posiciones en campos de olvido.

Las frecuentes comisiones del ingeniero Ibarra y Diéguez, acompañado siempre por su mujer, fuera del país, alejándolos algunas veces durante largas temporadas, concurren a distraer la atención morbosamente cebada en ellos.

La amistad que de antiguo tenían con el general Calles, permitió que al tiempo del conflicto religioso la señora de Ibarra interviniera, unas veces directa, otras indirectamente, ya con éxito, ya sin él, protegiendo a sacerdotes y monjas, abogando por prisioneros, denunciando abusos, proponiendo soluciones. Tornóse a murmurar de la diablesa, convertida en sacerdotisa. No sólo fueron los émulos del matrimonio; los mismos favorecidos por la actitud de la influyente dama propalaron desconfianzas, afirmando que se trataba de una espía callista.

Ni estos recelos ofensivos, ni la oficiosidad apresurada en malquistarla con el Presidente y los altos funcionarios del Gobierno, contuvieron a María.

Sin discutir con ella, bien que no compartía íntegramente los motivos de su decisión, el ingeniero Ibarra se le solidarizó, según era entre ellos costumbre; amante de no andar con rodeos, antes de todo, muy a principios de agosto de 1926, Jacobo presentó al general Calles la renuncia del alto puesto que ocupaba, expresándole los motivos y adelantándose a las

informaciones que pudieran llegarle. —«Yo respeto las razones de María —dijo— y tengo que estar a su lado, como usted sabe que ha sido mi costumbre». El general estimaba sobre todo esta franqueza de su colaborador, cuya adhesión, por otra parte, conocía bien, así como el temperamento desbordante de María. —«Se le adelantaron, ingeniero: ya tengo informes policiacos de que hay misa en su casa y que viven allí, como dice usted, unas monjas. Yo conozco a María; sé que no es una beata y está lejos de ser una fanática; es una quijota. Dígale que yo no mandé cerrar los templos, ni prohibir el culto; fueron los obispos, para echarnos al pueblo encima. Ya conocen mi resolución: o acatan la ley, o acuden al Congreso, o toman las armas. Dígale a María que no se meta con alacranes... y no hay caso de que usted renuncie por sentimentalismos y caprichos de mujeres».

La primera ocasión en que María pudo conversar con el general en el plano de confianza con que se trataban hacía muchos años, entre veras y bromas comenzó a discutir la conducta del Gobierno. —«Qué se proponen —había dicho—: ¿podar el fanatismo? ¿despertar compasión en personas distanciadas de las sacristías? A mí casi se me había olvidado que mi verdadero padre, con quien me crié, fue un cura, mi tío, muy severo, pero muy bueno. Ahora no voy a dejar que gentes inocentes no hallen dónde meterse, perseguidas peor que si hubieran matado». —«Eso dígaselo a los curas». —«A los curas y a usted, ¿para qué va a servirme haberle hablado siempre como siento, y callarme ahora que mi sinceridad puede serle útil, rodeado, como se halla, de personas incapaces de decirle lo que sienten?» —«¿Lo dice por su marido?» —«Mi marido, ya lo conoce, no habla si no le preguntan; yo no espero esto: me adelanto, y más cuando se trata de hombres nobles y fuertes como usted». —«¿También barbera?» —«Sí; pero de pueblo: descomedida; no le vaya pues a extrañar que mientras esto dure le haga la barba hasta arrancarle favores para unos y justicia contra otros». El general hallaba distracción en conversar con esta mujer, que se permitía regañarlo con cariño familiar y le traía el pulso de las opiniones corrientes, acertando siempre a ser agradable sin chocarrería, servicial sin servilismo, enérgica sin acritud; le celebraba sus razonamientos y desenfados; nunca consiguió hacerla salir de tono, por más lazos que le tendiera. —«Usted es la diplomática» —le dijo más de una vez. Alguien le preguntó cuál era su

secreto para no provocar las destemplanzas o el enfado del general; contestó perogrullescamente: —«Saber tratarlo». El secreto era conocer la circunstancia y virar con gracia en el momento en que pudiese resultar enojosa o impertinente; además, conocía el genio de aquel hombre, a quien admiraba, y cuyas buenas prendas, que unos negaban con obstinación y otros explotaban con egoísmo, sabía ella ejercitar con fines nobles, lo que complacía íntimamente al adusto militar.

La condescendencia del Presidente abría todas las puertas oficiales a la señora, que fue haciéndose más y más popularmente solicitada como madrina de casos difíciles; ella prefirió serlo de casos desvalidos en que mediaran injusticias.

No estuvo de acuerdo con la derivación armada del conflicto religioso. Lo declaró terminantemente y hasta con aspereza a las personas que trataron de sondearla en favor de la «guerra santa»; empleó los medios a su alcance para disuadir a los que supuso influyentes en el partido de la violencia, desengañándolos en los risueños e infundados cálculos que se hacían sobre una rápida sublevación general, sobre la debilidad del régimen, sobre la actitud norteamericana. —«El fracaso del boycott mercantil y de contribuyentes ¿no los ha aleccionado?» —preguntaba. —«Si yo hubiera visto que todos los que se dicen católicos hubieran dejado de asistir a la manifestación de apoyo al general Calles, o por lo menos que obedecieran la consigna de no ir al cine y que las mujeres unánimemente vistieran de luto, yo les daría la razón; pero ustedes van a lanzar al país en una lucha cruel, que se localizará en contadas regiones, cuyos estragos en personas inocentes y en intereses respetables nadie podrá reparar. No, fuera de los Estados vecinos a Jalisco, y acaso Querétaro, Puebla, Oaxaca, el movimiento, si lo hay, no tendrá importancia. Por otra parte será un movimiento aislado, fácil de sofocar; se convertirá en guerrillas crónicas, a lo sumo, que no pondrán en riesgo al Gobierno general, ni siquiera a los de los Estados. Es un sueño pensar que Veracruz y Tabasco, ni el Norte, para no hablar de Yucatán, secunden una guerra religiosa, insensata, y todavía más infantil calcular que parte del ejército acepte su bandera. Ustedes son estrategias de cuarto oscuro». Estas réplicas de sentido común, semejantes a las que María usaba con éxito ante los funcionarios del Gobierno, sin

irritarlos, encolerizaron a los agentes del catolicismo belicoso, que volvieron a difamarla, sin perjuicio de acudir a ella en circunstancias desesperadas.

Enfrentándose a las sospechas de los ultramontanos militantes y de los extremistas del callismo, María hizo propósito de amortiguar el choque, mitigando hasta donde fuese posible la violencia de las pasiones en juego. Trabajó en procurar alojamientos y subsistencias para los sacerdotes de las regiones en rebeldía, concentrados por el Gobierno en la capital de la República; favoreció la atención de servicios estrictamente religiosos: bautizos, confesiones a moribundos, matrimonios; dio avisos para evitar atropellos; reclamó contra injusticias flagrantes; denunció los cada vez mayores abusos de jefes militares que aun en zonas pacíficas desataban el terror, fusilando y robando; cuando pudo, abogó por prisioneros: ella influyó para que no fuera pasado por las armas el estudiante de medicina Miguel Osollo y, después, para liberarlo de las Islas Marías, bien que al saberse las hazañas del joven cuando pasó del presidio a los campos de guerra, la dama confrontó situación difícil.

Sólo en los casos de prisioneros por los atentados contra el general Obregón en Celaya, donde una mujer quiso clavarle un pincho envenenado, y en Chapultepec, cuando estuvo a punto de ser muerto por las bombas arrojadas desde un coche, la señora Ibarra se negó rotundamente a intervenir, solidarizada esta vez en absoluto con su marido, quien manifestó hallarse convicto de la responsabilidad que pesaba sobre los detenidos.

Y es que si los Ibarra tenían para el general Calles un gran afecto, al general Obregón lo veneraban. Su vida estaba ligada con la del caudillo, desde que llegó éste, victorioso, a Guadalajara, en julio de 1914, al frente del Ejército del Noroeste.

Jacobo Ibarra era estudiante de ingeniería en la capital de Jalisco, y desde el Liceo se hallaba vinculado con los jóvenes de aspiraciones revolucionarias, que habían formado un grupo agresivo, en lucha perpetua contra las fuerzas clericales. A la llegada de los constitucionalistas, ofreció sus servicios y quedó incorporado en las oficinas del general en jefe. Al apellido Ibarra, único que venía usando, agregó el materno, Diéguez. —«Cómo eres listo, Jacobo —le dijo uno de sus amigos—; no vas a

decirnos que de la noche a la mañana te salió lo Diéguez por el fraile que pastorea muchachos rotos en la iglesia de San José; la cosa viene ¿no? por el general del mismo apellido, que acaban de nombrar gobernador y comandante de Jalisco. Si te conozco, trompudo: ¡eres más lanza!».

Una mañana el flamante oficinista se quedó como quien ve fantasmas: la novia que hacía cuatro años lo dejó plantado, la ex novia cuyos escándalos estaban frescos y rodaban de boca en boca por la comarca natal de Jacobo, la «marimacho maderista», según en su abominación la denominaban los coterráneos, apareció en la comandancia y, al reconocerlo, dio señales de transitoria turbación; luego avanzó hasta él con intrepidez: —«Usted... ¿eres el “espíritu rudo”, el hijo de don Cirilo, el panadero?» — le preguntó. Desconcertado ahora por el tono impertinente de la muchacha, Jacobo no contestó. «Espíritu rudo» era uno de los apodos que le daban sus condiscípulos. —«Dispensa o dispense: usted era el que me tuteaba, Jacobo Ibarra; ¡qué curioso! en estos momentos recuerdo la última carta que recibí de... usted, como si acabara de leerla: “Inolvidable María: si piensas por qué no voy al pueblo, debes pensar también que no lo hago por mi promesa de triunfar, y seguro de ti, aunque respetando tu libertad: ¿así era? tú que tienes buena memoria dirás qué tal es la mía”». Repitió aquel mohín entre pícaro e ingenuo que años atrás cautivó a Jacobo; éste recobró su habitual calma en la que se diluía la vieja ternura y el rencor sucesivo: —“No me acuerdo ya, ¡tanto hace!” —contestó. —«Lo veo, no tienes que decírmelo; tampoco te acordarás de las palabras con que te despediste la última noche que nos vimos... pero ¡qué zonza! parece que vine a reclamarte, y demasiado sabes que una cosa sí tengo: ser sincera, y todavía más ahora, que he conocido la vida con sus desengaños: créeme que se me habían olvidado aquellas niñerías, y de pronto, al verte, me dio gusto recordarlas —cambiando tono, agregó: —¿qué haces aquí?» —«Trabajo en el Estado Mayor del general Obregón, como gato de oficina».

Jacobo puso énfasis en estas últimas palabras. La muchacha pareció no darles atención, se acercó al joven y en voz baja le dijo: —«Mira Jacobo, yo he venido en busca de alguien que quiera conseguirme un salvoconducto para mi tío, ¿lo recuerdas? don Dionisio, el cura, que se halla muy enfermo aquí, en Guadalajara. No lo he visto, ni a mi hermana Marta, ¿sabes? no

quieren verme desde aquello; es como si les mentaran al diablo, cuando alguien se atreve a nombrarme delante de ellos; eso basta para que corran furiosamente a las personas y no vuelvan a saludarlas. Intenté muchas veces... no viene al caso decírtelo; pero ahora que andan llevándose a la Penitenciaría a todos los padres, quisiera que dejaran en paz al pobre viejo, tan enfermo como se halla». —«Pero tú eres por lo menos coronela, según sé —respondió fríamente Jacobo—, y es fácil que consigas eso y más con tus amigos». Desentendiéndose de la intención que tuvieran estas palabras, la muchacha dijo con sencillez: —«Ando buscando eso y sólo encuentro yaquis en todas partes; no hallo a nadie de los antiguos maderistas: Estrada, Natera, Bañuelos, Medina, los que me conocieron en 1911». —«Pues qué: ¿no andabas ahora con la gente de Damián Limón, incorporada a la de Medina?». María se sorprendió: —«¿Quién te contó eso? Al triunfar el maderismo y no poder volver con mi tío, me fui a trabajar a León. No saqué de mis andanzas revolucionarias otra ventaja que romper los miedos de una vida rutinaria, en aquel pueblo de gentes insoportables. Rito Becerra, con el que siempre anduve y que me cuidó como un hermano, como un padre, me ofrecía conseguirme un empleo del Gobierno, aquí o en México, y quiso llevarme a que me conociera el señor Madero, como a una de las valientes, decía él, que todo lo dejaron para echarse al campo de la lucha. Preferí ganarme honradamente la vida, trabajando. Quería irme a los Estados Unidos, donde nadie me conociera, ni los hipócritas me juzgaran mal; yo por mí tenía la conciencia tranquila y estaba contenta de haber andado en el maderismo, dándoles de comer y curando a los pobres que tomaron las armas; no me resolví a estar lejos de mi tío y de mi hermana, por si alguna vez pudiera servirles de algo, aun contra su consentimiento; como has de saber, los miserables de tus paisanos les hicieron la vida imposible, diz que a causa mía, ¡hipócritas!; tuvieron que abandonar el pueblo y se fueron a vivir a Arandas. Hará dos años, en octubre, supe que mi tío Dionisio se hallaba entre la vida y la muerte, aquí, en Guadalajara, casi desamparado; vine corriendo, hice otro intento para pedirle perdón; Marta no dejó que lo viera, diciéndome que mi presencia lo acabaría de matar y que ni ella misma quería saber de mí; él salió más achacoso de aquella gravedad: casi no puede andar ni ver: parece que tuviera cien años y apenas va a cumplir

sesenta y cuatro; decidí quedarme aquí, cerca de ellos; entré a trabajar en la Fábrica de Atemajac; pero luego, por verlos diariamente, aunque de lejos, conseguí quehacer en una costurería; procuro que nada les falte, haciéndoles llegar lo que pobremente puedo: centavos, comestibles, ropa, por trasmano, que de mí nada recibirían, a la cara me tirarían las cosas. Vieras qué consuelo siento al seguirlos todas las mañanas, ocultándome, cuando Marta lo conduce a decir misa, y él va despacito, arrastrando los pies: porque si su sufrimiento es por mí, por crearme una perdida, como Dios bien sabe que no lo soy, el sacrificio de esas dos almas no se desperdiciará: en vez de servir para levantarme, pues no estoy caída según piensan, servirá para no dejarme caer nunca y para conseguirme la felicidad: la felicidad de los que yo quiero».

Calló bruscamente. Pareciendo ajeno a lo que acababa de oír, Jacobo resultó con estas palabras: —«La última vez que nos vimos, yo no sé si por calarme, o de burla, saliste con que pensabas que iba yo a dejar los estudios para casarnos luego; te respondí que sin dejar los estudios yo me casaría en seguida si tú me quisieras; entonces respondiste con la altanería que tanto me gustaba de ti: —“Es verdad: no te quiero, ni nunca te podré querer”; agradecí la franqueza y dije que yo sí quedaría comprometido contigo, como un perro». —«¿Para qué te acuerdas de boberías?» Cambiando tema otra vez, Jacobo dijo con su característico tono de resolución: —«Ya sabes que a mí nada se me hace difícil; apenas conozco a los jefes; pero no tengas cuidado: arreglaré que no molesten a tu tío; dime su domicilio y yo me encargaré de todo». Se despidieron sin más palabras.

Aun cuando no habían convenido en verse, de allí a tres días Jacobo dio con ella. —«Está todo arreglado como querías —le dijo—; además hablé con tu tío y con Marta; ¿deseas verlos?» La muchacha se asombró. —«Sí —continuó Jacobo—, me tomé la libertad de pedir tu mano a don Dionisio, como la mejor prueba de que María Ortega es una mujer digna. ¡Bueno! pedí la mano con la reserva de comunicarlo antes a la interesada y de conseguir su consentimiento». —«Jacobo, tú estás loco, tú no sabes»... —«Yo no quiero saber más que sí o no» —dijo el muchacho categóricamente, con seriedad rotunda. —«Pues ¡no! No puede ser» —prorrumpió ella en tono áspero. —«Sigues siendo la misma muchacha

caprichuda: ¡qué bueno!» —«Sí, bendito sea Dios» —respondió con dejo de ironía. —«De todas maneras, creo que podrás buscar a tu tío y a tu hermana, sin miedo de que vuelvan a humillarte».

Por primera vez Jacobo miró que los ojos de la mujer enérgica se humedecían y que sus manos, temblando, hacían ademán de agradecimiento y despedida; sus labios no articularon palabra; toda ella, sin embargo, hablaba de ternura y, al mismo tiempo, de renuncia a la dicha.

El hombre rompió el silencio: —«Me gustaría que conocieras al general Obregón; le he contado de ti, anticipándole la posibilidad de que casada conmigo pudieras acompañarme; hizo burla de los amores del estudiante y ofreció, vista mi formalidad, ser, en dado caso, padrino». —«No, Jacobo; tú sabes que yo nunca podré pagarte tu gesto; yo haré todo lo que quieras hacer de mí; pero ahora más que nunca veo que tienes derecho a la felicidad, al éxito, y yo no seré un estorbo». —«Dejemos esto; si quieres, yo te acompaño ahora mismo a la casa de tu tío; arréglalo todo, porque lo seguro es que ya no te dejarán salir. Qué: ¿no eras tú la consentida de don Dionisio?»

La muchacha fuerte, voluntariosa, no pudo contener el llanto. —«Sí, yo era; por eso lo maté moralmente y fui causa»... —«¿Lloras en presencia del hijo del panadero, del trompudo, del “espíritu rudo”, del “buenoparanada”? ¡qué vergüenza: toda una María Ortega llorando delante de Jacobo Ibarra!»

Cuando la muchacha estuvo lista para ir en busca de la reconciliación tan deseada, se sorprendió al sentir que la compañía de Jacobo le comunicaba dominio de sí misma y bienestar, hasta olvidarse de los contratiempos que pudieran sobrevenir en el encuentro tantas veces temido; una tranquilidad, una seguridad absoluta se apoderó de su ánimo: con Jacobo todo resultaría bien.

Y todo resultó bien, gracias a las habilidades de Jacobo, el único que conservó serenidad ante aquella tormenta de corazones. Restablecida la calma, transcurrida la conversación, el anciano cura Martínez preguntó: —«¿Cuándo se casan?» —«Cuando usted ordene» —respondió Jacobo con firmeza. —«Pues a ver si podemos arreglar las dispensas para la otra semana» —dijo el cura. En el rostro de María se posó amarga sombra de martirio. Su ánimo estaba resuelto a rechazar lo que juzgaba generosidad de

aquel muchacho al que tanto había despreciado en lo profundo de su resentimiento, cuando era para ella insoportable la vida pueblerina, que le tronchaba los ímpetus de su adolescencia y la extraversion de su carácter alegre.

No fue fácil obtener su consentimiento para lo que llamaba descabellada idea. Jacobo tuvo que tocar el amor propio de la muchacha. —«¿Es que tienes miedo de seguirme en la aventura en que me hallo metido? ¿Es que crees que yo tenga miedo de tus recuerdos? A mí nada me importan. ¿O es que desconfías de que yo pueda defenderte de ti misma y de las pasiones, de los peligros que nos van a rodear si me sigues?» Ella no salía de la razón única que alegaba: —«Tú mereces otra cosa mejor».

Jacobo salió de Guadalajara, rumbo a Colima y Manzanillo, donde permaneció hasta el 23 de julio: —«Me gusta esta vida —le dijo a María cuando regresó—; estas gentes de mentalidad primitiva, estos jefes impetuosos, estos indios yaquis idólatras, fieros como panteras, tienen mucho que enseñarme. Ahora sí más que nunca, más que cuando te lo juré hace cuatro años, no me cabe ninguna duda de mi triunfo. El general Obregón ha seguido dándome muestras de confianza y aprecio: me llama ingeniero y parece que se halla satisfecho de mi trabajo; sobre la marcha hice unos levantamientos topográficos que sirvieron mucho para realizar el hábil plan del general en defensa de los puentes y tímeles, más allá de Tuxpan, que los federales hubieran dinamitado en su retirada, de no haberles madrugado la estrategia de mi jefe, como les madrugó en su pretendida evacuación de Colima y en el avance de las tropas que acababan de desembarcar en Manzanillo. Me tocó ir en el tren explorador y creo haber sorprendido a los que me tenían por pazguato, lo que siempre me ha servido, porque la prueba en contra sale mejor. Tú sabes que no me gusta platicar de mí; pero es que yo he pensado estos días, a cada momento, que contigo mi triunfo sería más rápido: tienes lo que me falta: simpatía, destreza»... La muchacha lo interrumpió: —«¿Sigues con tu demencia? Yo soy una pobre mujer afrentada». —«En estos días he aprendido que no existe el pasado: todo es presente y futuro; además, déjame creer que yo soy tu pasado, como es de algún modo cierto». —«Te ruego que no seas terco». —«La terquedad es mi única virtud. Por otra parte, ¿has pensado qué vamos

a decirle a tu tío si no nos casamos? Pensará que todo fue una farsa. Yo diría que no está bien eso». El razonamiento causó gran efecto en la muchacha. —«Por favor, déjame sola, Jacobo; me da vueltas la cabeza».

El 27 de julio, temprano, Jacobo la buscó y le dijo: —«El primer jefe don Venustiano Carranza comisionó ayer por teléfono a mi general Obregón para tratar el fin de las hostilidades, mediante la rendición y disolución del antiguo ejército. ¿Ves cómo el sol nos da de cara? ¿Entiendes lo que significa estar con el general escogido sobre otros, como Francisco Villa y Pablo González, para ser el que tenga el honor de recibir la capitulación del enemigo? Mi general se lo merece. Yo estoy admirado de su genio militar y de su carácter personal. Estoy seguro de que te caerá bien. Por cierto, anoche, al decirnos que saldríamos mañana o pasado rumbo a México, me preguntó si al fin yo iría con o sin mancuerna. Es de mucho humor y el cuentista más divertido, más oportuno que conozco. Hazme al menos el favor de que te presente con él».

No de muy buena gana María le cumplió el gusto. Don Álvaro estaba en uno de sus grandes momentos: efusivo, ingenioso, espléndido, rebosante de satisfacción. —«Me rindo ante usted, señorita —dijo a María—, porque usted tiene derechos de antigüedad en el ejército de la Revolución, sobre mí. Usted es veterana de la clase 1910. Me gustan las valientes: tome mi pistola, como un homenaje». María se sintió fascinada por aquel hombre. —«No más con verlo —le dijo ella entre otras cosas— me basta para saber que usted llevará la Revolución hasta el fin, y que no sucederá lo que sucedió en 1911»... El general, dirigiéndose a Jacobo: —«Buena pareja, ingeniero; por supuesto, estoy en lo dicho: lo apadrino; ¿y por qué no en seguida? Traigan al del Registro Civil».

Cuando poco después de la súbita ceremonia Jacobo aseguraba: —«Con mi palabra debe bastarte para creerme que no fue plan ranchero», María respondió: —«Lo creo. Tú bien sabes que si yo no hubiera querido, nadie ni nada me habría obligado». —«Demasiado lo sé y por esto te quiero». —«¿No te arrepentirás de esta locura?» —«Yo nunca me arrepiento de nada: para eso pienso las cosas antes». —«Por eso te quiero» —concluyó María.

Don Dionisio los casó y veló a la mañana siguiente.

De allí en adelante la estrella del general Obregón fue la estrella de Jacobo y María. Ésta supo ser la dama blanca entre las piezas rojas y negras de aquel tablero en que se debatió la Revolución cuando a su triunfo chocaron los caudillos, los intereses, los apetitos, las pasiones.

Jacobo estuvo con Obregón en las conferencias de Teoloyucan, en la entrada a la capital de la República, en la Convención de Aguascalientes, en las nuevas campañas, evacuaciones y recuperaciones de plazas: Puebla, México, Querétaro, hasta los encuentros decisivos contra el villismo en Celaya y León. María no siempre lo acompañaba; pero cuando supo que habían herido al general Obregón en Santa Ana del Conde, pudo llegar a tiempo de prestar servicios como enfermera, al ser amputado el brazo derecho del caudillo; y darle compañía durante su rápida convalecencia.

En ese mes de junio de 1915 quedaron selladas la estimación y confianza mutuas; por una parte, las cualidades de Jacobo y de su mujer habían ido sorprendiendo de más en más al general, hasta el descubrimiento del cariño doméstico que le demostraron entonces; el carácter de María le recordaba el temple de la mujer sonoreense: reciedumbre moral sin gazmoñería, independencia en los juicios y en la conducta, pero sin que la franqueza pueda confundirse con licenciosa vulgaridad, ni permitir exceso alguno; además, descubría en ella las prendas de la mujer jalisciense: feminidad e intrepidez, austeridad y exquisitez, maleabilidad y rigidez, todo a compás de gentes y momentos, con gracioso ritmo; si alguna vez el general jugó a propasarse y a que otros trataran de hacerlo, por ver la estrategia defensiva y ofensiva de la muchacha, su tino en las palabras y los actos, desde aquellos días en que su mutilación fue sentida por Jacobo y María como en carne propia, y eran evidentemente sinceros al decir que preferían ser ellos las víctimas del desastre —su adhesión así calificaba la pérdida del brazo—, no solo se abstuvo de aquellos escarceos, nunca llevados más allá de los límites que a sí mismo se imponía por el afecto hacia su leal colaborador, sino que hizo en adelante causa propia el respeto que debía tenerse a la señora de Ibarra.

Por su parte, Jacobo y María encontraban en cada ocurrencia, palabra, gesto, actitud y arbitrio del caudillo, nuevos motivos de admiración; a la deslumbrante prueba de su genio en las batallas recientes, ahora se unía la

de su dimensión humana, más fuerte que la adversidad: al mes de ser herido y mutilado, tomaba la plaza de Aguascalientes y hacía suyos cuatro millones de cartuchos y dos mil prisioneros.

Ni María ni Jacobo eran de los que se ofuscan y desatinan en la prosperidad. Nunca dejaron puentes rotos a su retaguardia. Nunca se jactaban del éxito ni de sus relaciones con los poderosos. Avanzaban siempre sobre seguro, cautelosamente. Sabían sortear distanciamientos y mantener afectos.

¿Qué necesidad tenía Jacobo de someterse al formulismo de un examen profesional, si en todo caso nadie podía negarse a expedirle título, cosa que tampoco le hacía falta? Sin embargo, desoyendo los consejos de la imprevisión, Jacobo cumplió los requisitos para obtener su título legal de ingeniero, en Guadalajara, una vez que la situación del país comenzó a normalizarse.

Cuando con la llegada del general Obregón a la Presidencia de la República se les abrieron de par en par las puertas del poder, Jacobo y María siguieron observando de consuno la misma línea de conducta: previsores, prudentes, llanos, reservados. Jamás abusaron de la confianza que les dispensaba el mandatario, con disfrutar ese tipo de confianza que une a los que han compartido el sufrimiento; ni en el trato privado ni en el oficial fueron impertinentes. Todo esto pasaba inadvertido a los que contando el número de revolucionarios caídos en desgracia y sacrificados, no sabían explicar la fortuna sin ocaso de Jacobo y su mujer. En épocas de trastornos violentos y de situaciones inesperadas, tampoco el éxito final es de los impulsivos e impreparados, que suelen ser los primeros en sucumbir al torbellino, por la fuerza misma de los hechos.

El asesinato del general Obregón, cuando había sido de nuevo electo para ocupar la Presidencia de México, produjo en Jacobo y María una consternación distinta de la experimentada por la mayoría de correligionarios y amigos, que calculaban la quiebra de sus esperanzas; en cambio, para Jacobo y María era la quiebra de un cariño familiar, desinteresado, semejante al de un padre o un hermano mayor, cuyo duelo se hallaba exento de cuestiones hereditarias. La rudeza del golpe no les impidió ver sin pasión el suceso, que para ellos era el final de la obstinada

conjura religiosa, varios de cuyos intentos anteriores habían fracasado; por esto no se dejaron arrastrar contra Calles, a quien buena fracción del obregonismo señalaba como factor del crimen.

Jacobo había sido uno de los más activos colaboradores del régimen callista en las grandes empresas materiales: vías de comunicación, presas y sistemas de riego, fomento industrial, inversiones bursátiles, créditos populares. Al terminar la investidura presidencial de don Plutarco Elías Calles, el ingeniero Ibarra y Diéguez rehusó aceptar los puestos públicos que con insistencia se le ofrecieron, y emprendió negocios particulares, en escala creciente. Su amistad y la de María con el general Calles fue más asidua, más cordial, más fuerte. Asiduidad, cordialidad y fortaleza que aumentaron al sobrevenir, en 1935, el término de la hegemonía de don Plutarco, su destierro y la múltiple ingratitud en la desbandada del callismo.

La dinámica revolucionaria del régimen cardenista consolidó la opinión corriente de mirar en personas como los Ibarra y Diéguez a una especie de aristocracia fijada en el pasado, limpia de los errores que los descontentos descubren, amplifican y condenan en los hombres del presente.

La historia de doña María Ortega Martínez de Ibarra y Diéguez ya no se remontaba en la memoria social más allá de la época de sus caridades y servicios en el conflicto religioso; y aun estos recuerdos tenían mucho de confusamente legendarios. Para la generalidad, sólo era una de las mujeres más ricas, filantrópicas y simpáticas de México, popularizada por noticias y retratos a granel en los periódicos, y más desde que habían dado éstos en insertar secciones de chismorreo, entablado competencias de indiscreción y abundancia de servicios, ufanos por no dejarse ganar el chiste de Fulano sobre Mengano, las conversaciones íntimas, los actos privados, los rumores, las miserias; en fin: la comedia social vista entre bastidores, o como en casa de vecindad.

La residencia de los Ibarra y Diéguez fue uno de los refugios predilectos del general Calles desde que regresó del destierro en 1941: esmerábase doña María en complacerlo, preparándole comidas de su gusto, reuniendo a los amigos fieles, organizando partidas de juego, animando la conversación. En la última enfermedad, montó guardia en el grupo íntimo que rodeó al general en su lecho de muerte, oyó sus postreras palabras, lo vio expirar y

acompañó al cadáver, hasta cuando poco antes del sepelio, el tumulto y las conversaciones faltas de delicadeza le hicieron insoportable la presencia de curiosos e ingratos; dijo entonces a su marido que se adelantaría y lo esperaría en el coche.

Fue así cuando al ver pasar a Damián Limón y hablarle, despertaron algunos episodios de historia terciaria, que la dama reconstruyó en los momentos anteriores a la llegada de su marido.

—*Curioso pensar que por este hombre acepté la relación informal con Jacobo en aquellos días de septiembre de 1909* —comenzó a recordar. Jacobo Ibarra, el hijo del panadero Cirilo, era el más insignificante muchacho del pueblo, el hazmerreír de sus compañeros: chaparro, chato, cara cuadrada, mal vestido con trajes de desperdicio que le regalaban, torpe de palabra y de movimientos; a María le sorprendió la simplicidad y audacia de su declaración, sin cortejo previo; —«Usted me simpatiza y quisiera que fuéramos novios». ¡Cómo le chocó verlo cerca, oírlo! ¡Cómo era diametralmente opuesto, la negación misma del tipo de hombre que las muchas novelas leídas forjaron en su imaginación! ¡Cuánto le repugnaba! Sin embargo sentía que Jacobo era, como ella, víctima de menosprecio, y que, también como ella, desdeñaba todo lo que lo rodeaba: las gentes, el pueblo, la hostilidad mojigata. Damián Limón acababa de asesinar a su padre y a su novia, Micaela Rodríguez, la única amiga comprensiva de María; en lugar de sumarse a las execraciones unánimes, vio en el sacrificio de Micaela y en el acto de Damián una protesta contra la situación asfixiante de la vida en aquel villorrio; Damián se le transformó en héroe, víctima y mártir; quiso emprender algo para secundar su protesta, para vengarse del pueblo fariseo e irritarlo: ¿qué medio mejor que hacerse novia del más vulgar estudiante y presumir sus absurdas relaciones, precisamente cuando con asiduidad la cortejaba un muchacho de Teocaltiche muy distinguido, pasante de Medicina, que traía embobado al vecindario? Cuatro días después de su torpe declaración, Jacobo le preguntó a quemarropa: —«¿Qué me resuelve de lo que le dije?»; María respondió secamente: —«Que sí». Deseaba salir escandalizando al grito de —«¡Jacobo es mi novio!», mientras consigo misma decía: —«¡cómo me repugna!»; en los tres o cuatro rápidos, vulgares encuentros a que se redujo el noviazgo, no

disimuló el desapego que sentía por «el espíritu rudo», a quien francamente declaraba que nunca podría querer. En secreto lo comparaba con Damián, el impetuoso, el parricida, el matamujeres. Jacobo era incapaz de abofetear a la desdeñosa. Jacobo era un esclavo, un perro sumiso. María quiso pegarle varias veces. El pobre se marchó protestando fidelidad, sin pedir, sin esperar nada en cambio. El año de 1910 no volvió Jacobo a vacaciones; pero mandó un recado a la «inolvidable María», reiterando su compromiso sin esperanza. María no se acordó más del «enconchado». Damián la cercaba con su fama siniestra: que lo van a fusilar, que lo van a absolver, que se fugó, que vuelve al pueblo. María tuvo seguridad: el asesino regresaría, la buscaría, quizá la mataría; doble presentimiento: ella ocupaba el sitio de Micaela en el corazón de Damián; éste regresaría la noche de difuntos. Lo esperó. No falló a la cita. No tembló el ánimo ni la voz de la muchacha en el encuentro nocturno. Procuró disimular la ansiedad que le inspiraba el desafío de Damián al rencor del pueblo. Angustia mezclada con una sensación hasta entonces desconocida: el entusiasmo, el arrebatado heroico, cuando a la tarde siguiente, Damián, lleno de serenidad, sin armas en la mano, se presentó al pueblo entero que llegaba en procesión al camposanto, y aun el pregonado tuvo calma de quitarse con respeto el sombrero y seguir su camino tranquilamente; Francisco Limón, su hermano, desenfundó la pistola y trató de seguirlo; enardecida, María se le interpuso y lo desarmó...

En este punto de su olvidada historia, la dama respiró a plenos pulmones; miró su reloj: eran las tres y diez minutos de la tarde; su marido llegaría de un momento a otro; la salida del sepelio estaba anunciada para las tres.

Como sueño terco, que vuelve a pesar de las interrupciones y de los esfuerzos para desecharlo —*terco, a la manera de Jacobo*—, el pretérito pluscuamperfecto persistía con el surtido de imágenes, como anchetero lleno de terquedad. La presencia, la voz de Damián Limón, encontrado tan inesperadamente, después de tanto tiempo, en fachas tan lastimosas, habían descubierto el depósito de sensaciones intactas: los calosfríos de zozobra cuando aceptó María participar en la conspiración maderista; cuando se deslizaba entre sombras para concurrir a las juntas; el tiembre sordo de las

voces, el aire sofocado en las piezas donde se reunían con el mayor sigilo; cómo le sonaban huecas las risas y conversaciones con que trataban de ocultar el secreto; miedosa porque un gesto, una palabra, la falsedad misma de su despreocupación pudieran denunciarla; el sabor de los alimentos y las lágrimas en las vísperas de la sublevación; el color extraño de las cosas familiares el día que corrió la noticia por el pueblo; Rito Becerra, Pascual Aguilera, Dimas Gómez y otros vecinos acaban de levantarse en armas: pronto vendrán a pedir la plaza: diz que los encabeza Damián Limón; ¡qué horas esas de lucha interior! ¡qué sufrimiento físico el mirar a la cara del buen tío cura, de la buena hermana generosa! ¡no decidirse del todo a dejarlos, a echar en ellos el vilipendio de su escapatoria, la saña implacable del pueblo! ¡sensación de descoyuntamiento en aquellas noches de insomnio! ¡y las mil sensaciones auditivas, visuales, táctiles, olfativas, gustativas, del día en que ocuparon el pueblo sus amigos, de los momentos en que decidió seguirlos, en que arrojó su eterno traje negro y se vistió de colores, y se terció unas carrilleras, y tomó una carabina, y montó, y salió a la noche, por caminos desconocidos, imaginando el golpe que con la noticia recibirían su tío, su hermana, y el escándalo interminable del vecindario, de la comarca, de los ranchos y pueblos a donde llegara con la tropa improvisada de maderistas!

La dama volvió a respirar como si le faltara el aire; volvió a mirar el reloj: eran las tres y once. —*Qué rápidos recuerdos o qué tiempo tan lento*—suspiró. Tuvo intención de abandonar el automóvil e ir en busca de su marido. No es que le molestara o le arrepintiera su antigua historia; le molestaba la pertinacia con que se imponían las imágenes de aquellos meses hasta el triunfo del maderismo, las caminatas fatigosas, el hambre y la sed sufridas, la defensa contra los instintos de los hombres que la juzgaban mal, el sonido de las balas recordado ahora con perfección, los lamentos de los heridos, la cara de los muertos en campaña y de los ajusticiados, el tono de los incendios, la fiereza humana desbocada por la Revolución, el desen canto, en fin, al probar la vida en libertad.

María supo que Damián la buscaba después del triunfo maderista. La realidad brutal que acababa de vivir había desvanecido la caprichosa imagen del héroe asesino. Damián estaba olvidado afectivamente. Rehuyó

su encuentro. Y con mayor tenacidad cuando en la nueva sublevación contra Victoriano Huerta, María sintió cerca los obstinados pasos del cada vez más famoso y cruel cabecilla. No es que le temiera; pero la Revolución le había enseñado que no debe darse frente sino cuando hay necesidad.

Necesario fue arriesgarse a encontrarlo cuando a la llegada de los revolucionarios a Guadalajara, María trató de prevenir un atentado contra su tío, el cura Martínez. Fue cuando encontró a Jacobo. *No es del todo exacto* —monologó ahora en su interior la dama—, *que cinco años antes Jacobo sólo me inspirara desprecio; me interesó desde luego la confianza que tenía en sí mismo, la reserva y exactitud con que obraba, sirviéndose precisamente de la insignificancia que representaba; una noche me conmovió su desinterés al dejarme libre para entrar en relaciones con el joven de Teocaltiche que me pretendía, ofreciendo las perlas de la Virgen; ¡qué comparación entre la seriedad ruda de Jacobo y el amaneramiento de aquel fatuo! Y cuando mi «enconchado» supo que lo prefería, lo vi llorar, se atrevió a besarme la mano, lo arañé fieramente, casi amorosamente, porque me había hecho sentir por primera vez la sensación de amor. Y cuando me mandó aquella carta, en septiembre de 1910, la guardé con deleite, la leí muchas veces, la supe de memoria.*

La persecución de Damián continuó encarnizada, cuando el flamante coronel supo que María se había casado con un falso ingenierillo metido a revolucionario de última hora. Se desataba en amenazas contra marido y mujer: ¿para qué venía peleando si no era para conseguir a esa ingrata, por las buenas o por las malas? el nombre se quitaría si no la encontraba, le quitaba los humos a cintarazos y bailaba en el cadáver despedazado de su marido. María tuvo temores cuando supo que Jacobo y Damián se habían encontrado en la Convención de Aguascalientes. Afortunadamente no se reconocieron.

Damián Limón dio al fin con María.

El recuerdo hace sonreír a la elegante señora de Ibarra y Diéguez, que reconstruye la escena.

Fue a fines de junio de 1915. Por su comportamiento en las batallas de Celaya, Damián Limón acababa de ser ascendido a brigadier y venía en busca del general Obregón para darle las gracias e informarse de su salud.

—«¿Usted?» —exclamó el flamante brigadier al mirar con ojos espantados a la mujer tanto tiempo buscada. —«Sí, mi general, yo soy la mentada María Ortega, digo la señora Ortega de Ibarra; ¿por qué hasta ahora nos vemos? ¿no hemos sido compañeros de lucha y casi de cuartel?» —«¿Pero qué hace aquí?» —«Mi marido y yo asistimos en su enfermedad a mi general Obregón. Permítame usted felicitarlo por su merecido ascenso». —«Qué: ¿lo sabía? ¿sabía que yo andaba con ustedes?» —«Y sabía —dijo la señora con tranquilo desenfado—, sé que usted nos tiene sentenciados: a mi marido, de muerte; a mí, de raptó y cintarazos». Echó a reír. Brilló siniestra luz en la mirada de Damián. Salió en esos momentos un ayudante del general en jefe, que hizo pasar al brigadier. —«Pase usted, y no deje de reclamarle a mi general el botín de guerra que le pertenece» —dijo la señora en tono burlesco de reto, que Limón sintió como un fuetazo en el rostro. —«A poco no. Ya verán quién es Damián Limón» —masculló con rabia. En efecto, María escuchó voces de altercado. El ayudante de guardia se lo contó: —«El amigo ése, a las primeras de cambio, se quiso poner altanero y hablarle de tú a tú a mi general, como si fueran compañeros de pandilla; estos guerrilleros no quieren entender más que a golpes la diferencia que hay entre un ejército y sus antiguas gavillas, donde no había más ley ni más disciplina que su antojo. ¿Sabe lo que quería? Que usted y el ingeniero le fueran entregados para formarles juicio. Mi general se echó a reír. —“A usted es al que voy a formarle consejo de guerra —le dijo todavía en broma—, porque ahora comprendo que usted es villista o se cree que anda con los villistas”. Pero el individuo se puso necio. —“¿Sabe que el ingeniero Ibarra y su señora son mis ahijados y los estimo?” —le preguntó mi general, todavía sin encolerizarse. —“Pues aunque. Son unos reaccionarios, clericales, y hay que tronarlos”. —“Márchese de aquí si no quiere que lo truene” —gritó mi general, rojo de coraje. Quise yo darle un bofetón al insolente. Desenfundé la pistola. Lo tomé del hombro: —“¿No ve que le hacen daño los corajes a mi general, convaleciente como se halla?” —le dije, empujándolo hasta la puerta, desde donde todavía se quiso comer con los ojos al jefe». —«¿Con que se echó de enemigo al general Limón porque no le quiso entregar el justo botín que reclamaba? Poca cosa: una mujer que ha venido codiciando, y la vida de un pobre muchacho» —

María se adelantó en decir al general Obregón, cuando la llamó. —«¿Enemigo ése? Ni a buscapiés llega»; luego, bromeando: —«¿Con que clericales? Los mandaré a confesar para cuando caigan en manos del parricida». —«Entonces ¿usted sabe la historia de Damián Limón?» —«Con todo y la pasión que siente por usted, a quien persigue desde hace años. En esta vida no están por demás las precauciones para que no le madruguen a uno»...

La llegada del ingeniero interrumpió los recuerdos de la señora, quien miró el reloj: eran las tres y treinta y nueve minutos. El doctor Benavides y Virginia de Asbaje venían con Jacobo. Éste dijo a su mujer:

—¡Qué bien hiciste saliéndote a tiempo! Vasconcelos y el general Amaro, juntos, dieron una de las últimas guardias, ¡imagínate!

—¡Con los horrores que Vasconcelos ha puesto en letras de molde contra don Plutarco! —exclamó la señora Asbaje.

—Afortunadamente ninguno de los judas se atrevió a querer cargar el féretro, como yo temía —terció el doctor Benavides.

—¿Quiénes lo cargaron?

—Aparte de los muchachos, Aarón, Riva Palacio, Almada, Bernardo, Carlos Herrera, Melchor Ortega y, por supuesto, Fernando.

El ingeniero al volante, comenzó a caminar el coche.

—¿Sabes a quién saludé? A Damián Limón. ¡Anda en unas trazas el pobre!

—No sabía que anduviera en México. Lo que ya me parece raro es que haya venido, con la enemistad que siempre tuvo por el general Calles. ¿Qué cuenta?

—Eso quisiera saber. Lo invité a venir en el coche; pero se rehusó. Al reconocirme se quedó de una pieza.

—Ignorará que te debe la vida.

—Que nos la debe. Más a ti que a mí.

—¿De quién hablan? —preguntó Virginia.

—De un viejo revolucionario —contestó Jacobo—; el general Damián Limón, uno de los pocos que pueden contar el chiste de haber sido delahuertistas y que habiendo caído prisionero, aquí mi señora doña María consiguió salvarlo. Es toda una historia.

—Sí, toda una historia; pero, Jacobo, ¿por qué quieres atribuirme los méritos de tus buenas acciones?

—Ustedes dirán: ¿quién era la que obtenía lo posible y lo imposible de mi general Obregón, tanto como del señor Calles? Con esto de más: mucho tiempo anduvo tratando de matarnos el hombre a quien María salvó. Cuéntales.

—Ahora precisamente recordaba todo eso. Cuando el general Obregón, furioso contra Damián, lo alejó del Bajío, mandándolo a las órdenes de Pablo González, y todavía estuvo acechándonos, para venir finalmente a rendírsele a Jacobo, pidiéndole que lo ayudara a ser Gobernador de Zacatecas.

—Es un tipo pintoresco. Había equivocado la banda: él era villista por temperamento. Me gustará encontrarlo.

—¡Ah! sí, parece que recuerdo a ese hombre —dijo Virginia—; ¿no es uno que mató a su padre? ¿no se juntaba mucho con Lucio Blanco, allá en 1914?

—Exacto —contestó Jacobo. María se dirigió a su marido:

—Tendremos ahora que ayudarle otra vez; parece que anda en la peor miseria.

—Si Limón erró siempre de partido, tú erraste la vocación: debiste ser madre de la caridad.

—María es madre de la caridad, y de la fe, y de la esperanza —declamó teatralmente la Asbaje, con acento cariñoso.

—Cambiemos de onda —propuso María—; díganos, doctor: ¿no pudo hacerse algo más efectivo para salvarle la vida al general Calles?

El médico inició su disquisición, que fue interrumpida en la rotonda del Cambio de Dolores. Virginia exclamó:

—Miren qué bonito da el sol sobre los árboles: parece una pirotecnia de maravilla; es un ensueño. No hay nada comparable con este bosque de Chapultepec.

Tomaron la calzada de Madereros. Desahuciado en su anterior conversación, el médico Benavides inició nuevo tema, señalando a la izquierda:

—En esta esquina estuvo la placita de toros en que comenzó su carrera Pepe Ortiz. ¿La recuerdan? ¡Qué gran artista el paisano de ustedes! Tapado, al fin y al cabo. Era una placita muy torera. ¡Oh! pero si a usted no le gustan los toros, Jacobo...

La discusión en pro y en contra del espectáculo taurómico les llevó el resto del camino.

Los agentes de tránsito dieron vía libre al coche del ingeniero hasta penetrar al panteón, lo que fue observado por el periodista Eugenio Cumplido:

—¿Ya ves —dijo éste al oído del licenciado Lizardi— lo que vale manejar finanzas y ser un procer de la economía?

—Por supuesto. Fíjate cómo lo rodean personas importantes, con aire de sumisión.

—Y ¿qué esperas?

—Una oportunidad para acercármele yo también. Lo andaba buscando y es difícil hacerse recibir en su despacho. Tengo con él un asunto gordo, y aquí lo cazo. A propósito, en tu novela no dejes de incluir un capítulo que se llame: «La fortuna de los Ibarra y Diéguez».

—¿Capítulo? Una novela entera. Claro que sin ese título, que me recuerda otra de Zola.

—¿Eres de los escandalizados con Zola?

—Con la idea de ser plagiario.

La voz de Bernardo Bandala impuso silencio a ésta y a otras mil conversaciones no menos impertinentes. Eran las cuatro y media de la tarde. Bandala indicaba el nombre de los oradores que harían uso de la palabra, en seguida.

Don Pablo Juárez tocó por el codo a Damián Limón, señalándole a lo lejos el sitio en que se hallaba María. Limón contrajo la cara nerviosamente. Luego reconoció a Jacobo. El veterano tragó saliva. —*Diz que muy ricos* —pensó con mezcla de rencor y de admiración—. *Y yo, ni mi herencia.*

La tarde arreciaba su claridad.

La última morada

A las cinco en punto de la tarde. Oídas las oraciones fúnebres. Los clarines ordenaron atención. Las bandas militares, después de la marcha dragona, izaron el Himno Nacional. Momentos de intensa revulsión. Asediadas, asaltadas por la música explosiva, las fuentes de la emoción, las gargantas de los circunstantes. Entre salvas de artillería. El hombre fuerte iba entrando en su morada final. Apuntaron los reporteros la hora: pasaban cinco minutos de las cinco de la tarde.

De las cinco en punto a las cinco y cinco de la tarde, durante las maniobras fúnebres finales, con los honores de Presidente de la República y General de División, en alas de la música solemne, se aglomeraron las imágenes de aquel hombre.

Pocos lo recordaban ya manejando el «baquetómetro» —regla escolar con aristas de fierro—, cuando siendo ayudante de maestro, en el puerto de Guaymas, infundía respeto a los alumnos. La imagen dominante lo representaba en el Congreso, mes y medio después del asesinato del general Obregón, rebasando la crisis política con el anuncio del gobierno institucional, que haría imposible la vuelta del caudillaje. Muchos lo recordaban en el acto de protestar como Presidente de México, tras el fracaso de la oposición armada. Muchos, en Chapultepec, o en su despacho del Palacio Nacional, o en sus casas de campo: Soledad de la Mota, el Tambor, Cuernavaca, Santa Bárbara; o en su residencia de Anzures. El poder iba consigo, avasallador. Quiénes lo evocaban en traje de campaña; quiénes, en algún momento de la jira como candidato presidencial: estrechando la mano del torero Juan Silveti, que lo declaró su par en valentía; desafiando con discursos la ira y suscitando el temor de

reaccionarios. Acá unas memorias lo hacían aparecer en jira por Europa y Estados Unidos, como Presidente electo, recibido y agasajado por el Presidente norteamericano, Calvin Coolidge; por el Presidente de la República Alemana, Friedrich Ebert. Interminable presencia de los desafectos. Diez, quince años de llenar la vida mexicana. Cincuenta años y más de la vida de un hombre de acción, compendiados en cinco minutos de intensa, múltiple recordación. De las cinco a las cinco y cinco de la tarde. Una tarde llena de sol. Estadista de la Revolución. Comparable sólo a Juárez y a Cárdenas: ejecutivos eminentes de la República, los tres.

Y el señor Carranza... Con las imágenes públicas, aglomeradas, las domésticas y las del reciente destierro. Figura impasible del que habiendo sido jefe máximo, aceptó el oscuro destino que podía depararle la llegada de tropas federales a su casa, la madrugada del 16 de abril de 1936, y la intromisión hasta su alcoba del general Navarro Cortina, que lo aprehendió a las tres y media de la mañana. La sonrisa de amarga ironía, en el aeropuerto de Tampico, al tomar el deportado una taza de café. Luego, las imágenes del abuelo jugando con sus nietos, en paisajes de fondo inconfundiblemente norteamericano, los ojos de tigre suavizados por la ternura y por el tiempo; las imágenes del hombre solitario, que pasea sus días, lejos de la patria. En Chapultepec, Anzures, Cuernavaca, sitios de antigua grandeza, de pasada dominación.

En cinco intensos minutos de adioses fueron recordadas muchas palabras: —*Pujidos de beatas. —O el Congreso o las armas. —Al Gobierno le toca protegerme, no a mí cuidarme; nada podrán hacerme, porque los conozco bien a todos; mi archivo es mi mejor coraza.* Periodistas que lo habían entrevistado en el poder y en el peligro: cuando la manifestación de junio de 1935, en que cien mil gentes encabezadas por Lombardo Toledano y Manlio Fabio Altamirano pidieron su destierro, mientras despreocupadamente jugaba golf en el *Country Club*; cuando en febrero de 1936, al regresar de un viaje voluntario a Los Ángeles, los altos jefes del ejército que habían ido a recibirlo fueron relevados de sus comisiones con rapidez admonitoria; personas que lo habían tratado en la intimidad; los que le oyeron declarar: —*No saldré de México más*; cuando los médicos recomendaban un tratamiento en Rochester; los que le oyeron bromear: —

Me tratan como a estrella de cine, cuando el último 25 de septiembre, día de su cumpleaños, recibió flores a millares; los que le oyeron las últimas palabras: —*No hagan nada; es inútil.*

Ahora, sí, Heliodoro Camacho, el mozo de la funeraria, tuvo que levantar el féretro y llevarlo con cuidado al sitio definitivo. Era un peso insoportable, que lo asfixiaba. Un dolor como dicen que es el que sufren los que mueren fulminados por el corazón. Parecía que se le arrancaban los brazos al sostener el féretro. Se le nubló la vista con descargas de luz intensísimas y absolutas tinieblas, en cuyo centro giraban rápidamente cien mil imágenes, resonando cien mil acentos, durante aquellos eternos minutos de angustia: la cara del muerto, el cadáver indefenso, la figura odiada por años y años, el padre ahorcado, la madre muerta de hambre, la hermana perdida, la mujer insoportable, los hijos calamitosos, los patrones exigentes, la miseria como herencia del hombre que baja entre honores a su morada postrera, y el gruñido del ahorcado, y los lloros a gritos de la madre, y las malas palabras de la cónyuge, y los cantos procaces de las hijas, y el murmullo de las muchedumbres, y el estruendo de músicas marciales, y los suspiros, y las palabras en voz baja, que alcanzan resonancias gigantescas, aturdiendo, reventando los oídos, a golpes del corazón descompensado, en cinco mortales minutos.

Cuando levantaron por última vez el féretro, la señora de Ibarra y Diéguez, mirándolo entrar a la tumba, recordó el primer encuentro con el general, veintiocho años atrás; venía de Sonora: enigmático, vigoroso, cortante, habitualmente despeinado, descuidado en el vestir; le halló cierta semejanza con Jacobo, a quien dijo: —«Es otro como tú, según decían los del pueblo: lleva la música encerrada; te entenderás bien y pronto con él»; recordó luego la primera broma que le dio: —«General, ahora sí voy viendo en usted al futuro Presidente de México: por ese peinado rígido», broma que al cabo de los años, al volver del destierro, le retornó entre galante y melancólico: —«María, en su frondoso peinado veo que usted es la mujer inmortal de México»; la dama no comprendió la alusión hasta que, llevándose la mano a la cabeza, el general agregó: —«Yo, en cambio, si quisiera ser Presidente, no tendría la maleza que asustaba y que había que domesticar: ¿se acuerda?»...

Jacobo en esos momentos recordaba la satisfacción del Viejo por su descendencia: doce hijos, treinta nietos. —«Al fin de cuentas en eso se conoce a los hombres, a los hombres fuertes y valientes». Varias veces, en broma o con amable seriedad, preguntaba: —«¿Y ustedes? ¿qué pasa? Ya he dicho a María que les falta probar lo mejor de la vida, conseguir el único poder que no falla, la riqueza que no se pierde». Y María proclamaba esto en defensa del general: —«¿Cómo puede ser malo, cómo pueden calificar de inmoral a un hombre que tiene ese sentido de la familia?».

En cinco minutos María recordó la ocasión en que fue a pedirle que cesara o se mitigara la inhumanidad con que poblaciones enteras y rancherías de Jalisco eran concentradas en unos cuantos puntos estratégicos, durante lo más enconado de la guerra religiosa; le describió las penalidades del éxodo de millares y millares de familias humildes; lo que significaba para esas gentes arraigadas a la tierra, el dejar sus casas, labores, animales domésticos y de trabajo; la sevicia de militares encargados de cumplir la orden; su voracidad, que arrasaba comarcas enteras; la situación de los pueblos escogidos para el acomodo imposible de las concentraciones; la miseria de los que súbitamente se hallaban en lugares desconocidos, careciendo de trabajo, de pan, de alojamiento; el peligro de tantas mujeres acosadas por la necesidad, por el miedo, por los vicios de los grandes centros de población. —«La medida está siendo contraproducente por drástica y bárbara —le había dicho—; parece proponerse arrojar leña en la hoguera; si lo informan bien, sabrá que los rebeldes aumentan, y es natural; pero sobre todo debe preocuparle la destrucción de la familia, precisamente allí donde la familia conserva el más puro sentido de lo mexicano». La oyó sin enfado. Caviló. Le dio en parte la razón, aunque defendiendo los puntos militares que motivaron la medida: —«Es que mujeres, viejos y niños ayudan a la sedición». María replicó: —«Y ahora, el ver que mujeres, viejos y niños no tienen qué comer y a veces ni dónde recogerse, hace que los hombres desesperadamente se vayan a pelear». Después de decirle con tono benigno: —«Usted es también sediciosa», le ofreció estudiar la manera de resolver el caso sin menoscabo de autoridad, o como dijo: —«Sin dar a torcer la muñeca».

El general se le apareció a María en ese momento —cinco y cinco de la tarde—, con gesto triste, que pocos le conocieron.

A Jacobo, en tanto, le aparecía con gesto de audacia, ávido de ver precipitarse los acontecimientos comprometedores.

El periodista Eugenio Cumplido lo recordaba a las seis de la tarde, el 17 de julio de 1928, cuando en la residencia de Anzures dio personalmente a la prensa la noticia de que acababa de ser asesinado el general Obregón. Mas al iniciar las bandas el Himno Nacional, surgieron los reflejos condicionados y, como un caleidoscopio, la memoria de Cumplido sobrepuso rostros presidenciales: Obregón, De la Huerta, Carranza, Portes Gil, Ortiz Rubio, Abelardo Rodríguez, Cárdenas, con loca rapidez; los rostros inertes en trágica velocidad —grandeza y vértigo del Himno—: la víctima de la Bombilla, la víctima de Tlaxcalantongo y los rostros macabros de Francisco Serrano, de Manuel M. Diéguez, de Salvador Alvarado, de Marcial Cavazos, de Rafael Buelna, de Manuel Chao, de Francisco Murguía, de Lucio Blanco, de Emiliano Zapata, de Francisco Villa. Embriaguez del Himno, en cuyo coro se juntan los arcángeles y las brujas para exaltar el heroísmo y, en contrapunto, la ambición. El Himno con el que paseaba Victoriano Huerta su figura de ídolo, y Francisco León de la Barra su apariencia de alfeñique —aquél, piedra; éste, azúcar engañoso—, al sueño de una restauración conservadora. Redobles persistentes de tambor en el fondo de la melodía. Chapultepec sobre un despeñadero. A espaldas del Palacio Nacional, el Hospital de Sangre y la Penitenciaría. Sórdidos barrios a un paso de la Plaza de la Constitución. Los presidentes desterrados. Los presidentes fusilados. Y los presidenciables. Y los caudillos. Grandeza y miseria de Maximiliano. Tras el abrazo de Acatémpam, el abrazo en la muerte de Vicente Guerrero y Agustín de Iturbide. Grandeza y miseria del poder. El viento arrastra las hojas de los altos árboles en el cementerio. Grandeza y miseria del hombre. Las hojas crujen al ser pisadas y se desmenuzan. Miseria de la grandeza. El viento se lleva la música, lo mismo del Himno que de la canción. Baja el sol a la sombra. Los postumos honores duran cinco minutos y hay ansiedad, necesidad de romper el silencio.

—¿Cuándo lo vio usted por última vez? —preguntó Cumplido a Goldwyn en voz baja.

—Qué ¿general Calles?

Cumplido hizo gesto afirmativo.

—Mucho tiempo. En día que son reunidos antiguos presidentes, por *President Ávila Camacho*, en Zócalo.

—Sí, ya sé: impresionante verlo en público cerca de Cárdenas y De la Huerta...

El diálogo en voz baja provocó miradas de reconvención. Goldwyn y Cumplido volvieron a guardar silencio. El periodista paseó una vez más la vista sobre los concurrentes. —*Cómo se le fue de las manos la presidencia* —pensó mirando a Sáenz; el monólogo prosiguió—: *Cuando Vasconcelos, candidato, llegó a Guadalajara, sus partidarios fueron atacados por los que levantaban carteles con el retrato de don Aarón: los mismos que sin saber cómo, de un momento a otro, fueron ortizrubistas*. Cumplido recordó la convención de Querétaro, la confusión de Querétaro, para elegir dentro de «la familia revolucionaria» al sucesor constitucional de Obregón; *de la mano a la boca, se cayó la sopa*, y hubo disciplina general. ¡La política!

Cumplido salió de sus recuerdos para buscar al licenciado Lizardi; pero éste, impaciente, había ido deslizándose por entre la concurrencia. Cumplido lo descubrió cerca del ingeniero Ibarra y Diéguez. El periodista tocó con el brazo a *mister* Goldwyn y le señaló con los ojos y la cabeza, irónicamente, al aprovechado, mientras recordaba dos refranes: —*Al que se duerme, se lo lleva la corriente. Al que madruga, Dios lo ayuda*. No pudo contenerse, y en voz baja dijo al oído del norteamericano:

—¡Qué madrugador, nuestro amigo! A lo que vino, vino.

Goldwyn esbozó una sonrisa de asentimiento.

Don Santos Munguía, que se había dado cuenta de las ansias y maniobras de Lizardi por acercarse al magnate, sonrió también. Don Santos estaba gastando los cinco minutos de silencio en considerar las vueltas del tiempo; él, aquí, ahora, estaba sumándose a los honores de aquél cuyo nombre, hacía veinticinco años, escuchaba con horror, porque don Santos, empedernidamente afecto a leer periódicos de oposición obsesiva como *El Hombre Libre* y *Omega*, era de los ciudadanos a quienes no les cabía en la

cabeza que fuera posible hablar siquiera del triunviro de Agua Prieta como futuro aspirante a la Presidencia; en todo caso, el otro triunviro, De la Huerta, era menos malo, y había que convencerlo para enfrentarse a su colega. Por eso expulsaron a Monseñor Filipi, delegado apostólico, que se hallaba en el teje maneje del futurismo delahuertista. Y madrugaron a Pancho Villa. El error incorregible de las cábalas conservadoras. O bien, hallar un revolucionario fuerte, sin cáscara amarga, respetuoso de la propiedad y de la religión: el general Ángel Flores, por ejemplo, que había hecho un gobierno discreto en Sinaloa. Los incorregibles, incautos, que no hallan gente dentro de su gente. Todo, menos el amago bolchevique del que sin duda sería zar rojo de México, turco por añadidura, según afirmaba la oposición. El peligro tomaba fuerza, se convertía en pavor. Hubo ancho respiro cuando la tercera parte del ejército, con los generales de mayor fuerza, ocupando las dos terceras partes del país, opuso las armas a la candidatura del radical. Ilusión pasajera. El estruendo fue humo. Los rebeldes no tenían cabeza, o tenían muchas cabezas; el Gobierno, diligentemente, implacablemente, rápidamente, las fue cortando una a una. Ya no era posible contener el desquiciamiento social. Inútil forjarse nuevas esperanzas. Lo que parecía un absurdo, se hizo realidad. El nombre temido se hizo pronto el nombre odiado, al echarse sobre la religión. Don Santos recordó el delirio rabioso de aquellos días; a medida que los atropellos menudeaban, subía la fiebre, se hacía incontenible la resistencia. El 7 de enero de 1926 vino el hecho que derramó la última gota: el Código Penal fue reformado, para introducir sanciones hasta de seis años de prisión y multas excesivas a eclesiásticos que violaran una serie de disposiciones que allí quedaban establecidas. Se reprimió, frente a la Secretaría de Gobernación, a un grupo de damas que solicitaban el retiro de la nueva ley. Fueron aprehendidos y deportados arzobispos y obispos. Procedióse a la clausura de seminarios, conventos, escuelas y domicilios de instituciones católicas. El 24 de septiembre fue desechado por la Cámara de Diputados el memorial en que los jefes de la Iglesia pedían la reforma de los artículos constitucionales que juzgaban lesivos al derecho de los católicos. El 5 de octubre se hizo más drástico el artículo 130 de la Constitución, en materia de cultos. No quedaba otro camino: para unos, las armas; para otros, el

martirio, en aquella psicosis persecutoria. Como muchos creyentes, el entusiasmo de Santos Munguía revivió las emociones de lecturas gustadas desde la niñez: vidas de santos que murieron por la fe; relatos heroicos en los años de jacobinismo francés, en la lucha de los católicos alemanes contra Bismarck. Pero el mayor acicate: la figura del sonoreense y su altanera contumacia. Don Santos abandonó su sastre ría y fue de los primeros en empuñar las armas y de los últimos en dejarlas. Ahora estaba en los funerales del enemigo. Comenzó a pensar en el camino de desengaños que lo hicieron cambiar desde la componenda con el Gobierno, sin que fuese tomada la opinión de los que sostenían el movimiento armado, sin siquiera avisarles de lo que se tramaba, ni decirles las garantías reales con que pudieran contar. Todo esto pasó por la memoria de Munguía en aquellos cinco minutos, a los compases del Himno Nacional.

A los compases del Himno, en aquellos cinco minutos —de las cinco en punto a las cinco y cinco de la tarde, sábado 20 de octubre—, segregados de la concurrencia principal por triple valla que formaban las tropas, Damián Limón, el revolucionario veterano, y sus dos acompañantes: don Pablo Juárez, burócrata, estadista frustrado; y Guadalupe Colorado, la vieja pantera de Cuencamé, no cambiaron una sola palabra.

Damián Limón se arrepentía de haber asistido a los honores rendidos al hombre que fue su mala sombra; y más rabia le producía el haberse dejado arrastrar por una curiosidad, por un deseo; la curiosidad y el deseo de hallar otra vez a María, de verla. Verla ¿para qué? Y tenía que confesar: ¡para nada! No más por verla. Pero este *no más por verla* era, sí, más poderoso que su orgullo y rencor de derrotado; arrastraba más que dos carretas, como dice el dicho; y no es que Damián sintiera torpes apetitos, ni le llamaba la atención admirar cómo se conservaba hermosa y atractiva esa mujer, cómo sabía ser elegante sin petulancia; más bien era el sentimiento del viejo que un día encuentra retratos que le hacen volver a vivir con intensidad los agrados, las ansias, las penas, todo hecho ya gozo de mejores tiempos. Y luego, al transcurrir los cinco minutos, había desaparecido el pensamiento en María, porque la hierática figura de los soldados que presentaban armas, de los oficiales en posición de cuadrarse, trajo a Damián la sensación de ahogo experimentada el día en que por primera vez usó el uniforme militar:

chaquetín estrecho, abotonado hasta el cuello, como si lo fueran a ahorcar; las mangas estorbosas, como si lo hubieran entablillado; ceñidos el pantalón y los zapatos, como si anduviera pielado; ¡se pagaba cara la presunción! Él había querido presumir el reconocimiento carrancista de su autocoronelato al entrar en Teocaltiche y unir su fuerza con las de Julián Medina y Félix Bañuelos. Teocaltiche —de amargos recuerdos por su cárcel, por su juzgado— se capturó a sangre y fuego el 17 de junio de 1913. Damián se dio el gusto de quemar la cárcel; y el juzgado ¡cómo se le había de escapar, aunque ya no fuera el eje superior de los vencedores! Luego cayó sobre su pueblo, lo tomó sin resistencia, se paseó como amo y señor; pero ¡qué diferencia entre sus coterráneos y los teocaltichenses!; lo que habían sido halagos, obsequios, adulaciones en la cabecera del cantón, lugar de su proceso, en su pueblo fue reserva, desprecio pasivo, a lo sumo temor; pueblo frío, duro, su pueblo natal; a nadie sorprendió, nadie pareció sorprenderse con el poder, el grado ni el uniforme de Damián; parecían decirle: *¡asesino! ¡matamujeres! ¡parricida!*, como hacía tres años; pueblo de memoria terca; tuvo ganas de colgar a media docena de coterráneos; por más que les buscó, no le dieron pretexto; y los vecinos que allí quedaban, los que no habían huido, eran personas de las que nada tenía qué sentir, vengar o castigar; ninguno de sus actos fue francamente hostil; bien se cuidaban; su actitud fue de pazguatos, que a todo decían que sí, que todo lo de Damián les parecía bien; pero como a piedras, incapaces, no se diga de admiración y entusiasmo, ni siquiera de interés por tener contento al poderoso coterráneo. Hasta sus hermanos habían huido, dejándole la casa y el rancho vacíos; preguntó por aquel cura Martínez, y le dijeron que desde fines de 1910 abandonó el pueblo; las familias principales, los riquillos y los habladores, los más beatos, los que tenían algo que perder o que temer, todos emigraron; el saqueo de sus casas y tiendas entregó un ridículo botín; Damián se contentó con quemar el curato, la presidencia municipal, donde lo tuvieron preso seis días con sus noches; algunos comercios de reaccionarios; media docena de casas; le quedaron las ganas de dar a sus paisanos el espectáculo de algún fusilamiento, de algunos colgados en la plaza; no halló manera y, además, quiso dejar fama de magnánimo, para taparles la boca a los que lo trataban de asesino, para poder presumir con

María, cuando la encontrara. ¡Qué humillación el día que la encontró! ¡Pensar que a ese Jacobo lo tuvo a tiro en Aguascalientes, cuando la Convención! ¡Haber sabido! Lo que sacó fue la enemistad, para siempre, del manco Álvaro Obregón; luego, la mala voluntad del turco bolchevique; a punto estuvo Damián de irse con Villa: era más de su modo y, sobre todo, enemigo a muerte de Obregón; las cosas fueron yendo mal y se aguantó, esperando salir al paso de sus enemigos; al fin, éstos ganaron, y Damián malicia que anduvo la mano de María en salvarlo del paredón cuando el delahuertismo. Sí, le gustaría saberlo de fijo. Recordada de pronto esta idea, el ex general halló justificación a su presencia en aquel sitio; él no era desagradecido, caso de que a María le debiera la vida. Tornó a pensar en el estreno del uniforme: sofocación del pecho, dolor de la espalda tiesa, el no poder doblar la rodilla, ni mover a gusto el brazo para disparar la pistola o la carabina; ya no se diga montar. ¡Sacrificio, el codiciado uniforme, hasta en abrochar la botonadura! ¡tormento, abrochar el cuello! ¡más fácil echarse una soga! Luego, con uniforme y confirmación del grado, haber tenido que subordinarse y reconocer autoridad ajena: el Medina, el Bañuelos, el Dávila Sánchez, el Obregón, el Carranza, y tantos otros que se le fueron adelantando en ascensos, en puestos militares y políticos; tascar el freno; ser ninguneado de año en año, hasta el destierro y, por poco, el paredón. ¡Ninguneado por ese hijo del panadero, el Jacobo Ibarra, cuando le hizo mil promesas falsas de ayudarlo a conseguir el gobierno de Zacatecas, que muy su trabajo le había costado el derecho de serlo! ¡Meloso ese Jacobo, a hechura y semejanza de todo político! Por algo había medrado, siendo achichinque de Obregón, de Carranza, de Cándido Aguilar, del jefe máximo, que ahora enterraban con el Himno Nacional y salvas de artillería. Los honores iban a concluir; pronto sería roto el silencio; comenzaría, recomenzaría la feria de intereses, por la que muchos habían venido. Iban a ser las cinco y cinco de la tarde. Y dónde a este indio tarugo le da por igualarse con el gran Juárez ¿no más que quién sabe si por chiripada lleva su apellido? Indio marihuano, lunático.

Los pensamientos de Pablo Juárez, estadista frustrado, habían ido por distinto rumbo, desde las cinco en punto de la tarde. Las notas del Himno Nacional, que para don Pablo era el *tedium* laico, la música sagrada de la

patria —con ser un convencionalismo criollo y concurrir estos agravantes: haber sido compuesta por un gachupín, que originalmente concursó con ella en un certamen confesional católico, para una letra de iglesia, según de buena fuente sabía Juárez; haber sido adoptada para Himno de México por el gobierno de Santa-Anna, *el cojo traidor*, como indefectiblemente lo calificaba don Pablo: *a pesar de todo esto*, concedía el burócrata, *las costumbres hacen leyes* y el Himno ha recibido la sanción del pueblo, la sanción de las balas, de la sangre, de la muerte y de las luchas contra invasores extranjeros—, las notas del Himno patrio enardecían los ímpetus desaprovechados del estadista en potencia, condenado a empleomanía perpetua, sin oportunidad para demostrar su genio político, que había terminado por ser motivo de chacota entre los pobres diablos, compañeros de oficina, y los amigos del teorizante indigenista; el Himno hacía sangrar las heridas de don Pablo, porque ninguna otra cosa le presentaba tan a lo vivo, por asociación de imágenes, la grandeza del poder; oír el Himno era recordar a tantos personajes que sólo supieron lucir su audacia o su vanidad al son de aquella música, profanada por tantos, mientras quedaban relegados a olvido los capaces de dirigir los destinos de México; relegados y, como en esa ocasión, segregados de la clase voraz, extranjerizante, por triple valla, como parias o más bien como lazarinos. Igual había sido en tiempos de don Porfirio Díaz, *otro de los grandes claudicantes*: de un lado los científicos privilegiados, que se burlaban de aquella charanga populachera, pues no era para ellos otra cosa el Himno: una droga útil a la fácil patriotería de las masas; en otro lado, bayonetas de por medio, el pueblo, la indiada, los de abajo, los despreciados, los encuerados y hambreados, los obligados a todo: leva, contribuciones, trabajos forzados, tiendas de raya, sin derecho a nada, ni a la esperanza. Y éste, por quien ahora se toca el Himno, éste por quien se forjaron tantas ilusiones nacionalistas, autóctonas, ¿no había también claudicado hasta en la crueldad bienhechora, con que pudo sanear a México? ¿no había renegado en su radicalismo indigenista, obrerista y anticlerical? ¿no se dejó enredar por el imperialismo yanqui y tragó la diplomacia de *huevos con jamón* que le brindó el Embajador Morrow, quien lo indujo a ceder en las cuestiones del petróleo y de los fanáticos, prestándose a los arreglos con las compañías y

con los obispos? ¿no contaron los periodistas que tenía en su recámara de Santa Bárbara, donde Cárdenas lo hizo aprehender, un Crucifijo de plata en la cabecera de la cama y una Virgen de Guadalupe, con una veladora encendida, cosa que repetía esa misma mañana un periódico, mismo que aseguraba el arrepentimiento del general por la lucha religiosa y su reciente amistad con un jesuita de apellido Heredia, al que había ofrecido ir de peregrino a la Basílica de Guadalupe? ¡No! Francamente parecía esto increíble a Juárez: calumnias de la prensa reaccionaria: —*¡por poco dicen que hasta se confesó!* Y sin embargo, la lectura del periódico le había producido molestia esa mañana y le hizo pensar en las flaquezas a que conducen los compromisos del poder. Verdaderamente sabios eran los antiguos mexicanos cuando al designar en alguno el mando, le amonestaban diciéndole: «por ventura os atajará la muerte y será como sueño vuestro poderío y nuestros dioses os echarán al estiércol... mirad que no digáis: yo soy el señor, yo haré y tornaré a mi antojo... humillaos e inclinaos: el sitio a donde llegáis es muy alto, y si no cumpliéreis con el deber del mando, la caída será peligrosa». Una vez más don Pablo Juárez pensó en los dioses antiguos: Hitzilopochtli, Tezcatlipoca, los Tlaloques, Coatlicue, grandes y terribles, presentes todavía en la venganza de su olvido. Juárez alzó los ojos al cielo, buscó al sol en poniente. Los cinco minutos estaban por expirar.

Ojos le faltaban al inválido de la Revolución, Guadalupe Colorado, la pantera de Cuencamé, para devorar la vista de tantas mujeres chulas, de bonitos vestidos, lástima que anduvieran como las gringas: tapados los ojos con antiparras, y más lástima que fuera él un paralítico y, detrás de la valla militar, se sintiera como perro de carnicería; un lado inútil: pero en el otro le brincaba la sangre, hirviente como antes, o más que antes. Y este pedazo de individuo, que asegura ser la «pantera de Cuencamé», ¿a qué le tira hoy en día?

Virginia de Asbaje, la ex actriz, pensó en la pijama color de vino que, según los periódicos, vestía el general cuando sus aprehensores llegaron a su alcoba la noche del 16 de abril de 1936. Virginia imaginaba la escena, recordando un reportaje: primero, la violencia del hasta entonces intocado e intocable patricio de la Revolución, sus injurias al Presidente que se atrevía a dar ese paso: —«¿Qué quiere ése?... ¡díganle a ése!»... luego las palabras

presagiosas: —«A los dinamiteros se les fusila», dichas con trágica convicción; vanamente pidió entonces comunicarse con su familia; subrepticamente se comunicó con un periodista norteamericano, Clark Lee, corresponsal en México de la Prensa Asociada; riesgosa inflexibilidad y sostenida mesura del aprehensor en jefe, que rechaza las injurias al Presidente y, con guante blanco, asesta un bofetón al asegurar que los procedimientos de sangre, antiguos, no se aplicarán ahora, pues el Ejecutivo es respetuoso de la vida humana y está dispuesto a romper la tradición terrible. No hay deuda que no se pague, ni plazo que no se llegue. Ha llegado el momento de ocupar la última morada. Era una pijama color de vino, según los periódicos. Virginia paseó la vista por entre la concurrencia: el Presidente, los Secretarios de Estado, los poderosos de ayer y de hoy, los eternos, incansables pretendientes. Virginia examinó a las damas. Quería charlar, criticar, comunicar sus impresiones acerca de vestidos y maquillajes. La solemnidad se lo impedía. Pronto pasarían los minutos del postrer homenaje.

Lejos del espectáculo mortuario, en una casa de la avenida Veracruz, en la biblioteca de los Fernández Roa y Esteva, se iniciaba el negocio de amor entre Luz y Francisco Javier:

—Me gustaría saber si eres tan elocuente, como ahora que hablabas de tu encuentro con el general Calles, elogiándolo, cuando haces el oso a las mujeres. Creo que muchas ni entenderán lo que les digas, y se reirán de ti, Paco.

—Como te has burlado tú...

—¿Me has hecho el oso?

—Sí, con tu famosa historia, con tu elocuente admiración para ese jesuita.

—¿Celos?

—Me haces poco favor.

El joven trató de cambiar la conversación:

—El entierro habrá terminado.

—¿El entierro de tus ilusiones? ¿Tan pronto?

—¿Sigues burlándote? (*—Sin duda era un gran hombre, un gran carácter, un gran estadista, lo quiera o no esta gente*).

—Pero no de tu elocuencia... callista.

—Yo soy liberal, casi comunista, según tu mamá. (—*Varón fuerte*).

—¿Complotista? ¿Dinamitero?

—Los aprendices de terroristas, los cristeros me chocaron siempre. Sobre todo esos muchachos finos que se sentían elegidos de Dios para cometer fechorías. (—*Hombre de una pieza*).

—Como poeta, eres hombre de rodeos: ¿metáforas se llaman?

—Pues quitémonos de rodeos. (—*Hablemos del callismo*).

—No hace falta, porque tus rodeos son fáciles de comprender; no se parecen a las metáforas modernas, tan abstrusas.

—Se parecen a ti, que me desconciertas; en serio: hay momentos en que no te descifro, bella metáfora. (—*Si supieras...*).

—¿Ves? Para tenerte miedo las chicas. ¿Quieres hablar en serio? Mira: cuando hablas del general Calles...

—No hablemos del general Calles. Hablemos de nosotros. (—*Y sin embargo...*).

Guardaron silencio. Francisco Javier miró el reloj sin atender a la hora. Guardaron silencio como si escucharan el toque de lejano clarín.

En el cementerio, las bandas militares acababan de tocar el Himno Nacional. Había desaparecido el ataúd a los ojos de dolientes y curiosos. Estaba por desbordarse la impaciencia de los que deseaban hablar, negociar, fumar; pero el clarín tocó a silencio con largas notas lúgubres. Pudo escucharse la ondulación de los árboles meneados por suave viento.

El licenciado Ramón Lizardi había preparado en los cinco minutos anteriores el plan de abordaje sobre Ibarra y Diéguez, dispensador de la fortuna.

Ibarra y Diéguez, el magnate, se había dado cuenta del asedio que los pretendientes como Lizardi perpetraban y cuyo crecido número facilitaría el plan de defensa ideado por el ingeniero en aquel último minuto.

Eran las cinco y cinco de la tarde.

Al toque de silencio sucedió la descarga cerrada hecha por el batallón de zapadores, que puso fin al acto.

Todavía en voz baja se desataron las conversaciones.

—Qué extravagancias de la Montoya —fueron las primeras palabras de Virginia de Asbaje.

Y Eugenio Cumplido:

—Este capítulo de historia se había cerrado hace mucho tiempo.

—¿Querer decir usted: tumba? —observó Max Goldwyn.

—¡Qué bola de viejas chulas! —dijo Guadalupe Colorado, la pantera paralítica de Cuencamé.

—¿Ustedes han leído la muerte de Nerón, en *Quo Vadis*? —preguntó Santos Munguía.

—Señor ingeniero, qué honor de poder saludarlo —fueron las palabras iniciales de Ramón Lizardi, casi como un eco repetidas por una docena o más de saltantes contra Jacobo Ibarra y Diéguez.

—Jacobo, con perdón de los señores, tenemos que acompañar a las muchachas; con permiso de ustedes —dijo María en oportuno quite.

—Bueno, y yo ultimadamente ¿a qué vine? No más a mortificarme —prorrumpió Damián Limón.

—¿Y ese hombre que acompaña a la señora es el marido? Como que quiero conocerlo —habló Pablo Juárez.

Sólo Heliodoro Camacho, el mozo de la funeraria, no dijo nada.

El ingeniero Ibarra y Diéguez repartió muchos «¡cuánto gusto! ¡cuánto gusto!», llenos de cortesía precipitada: sobrepuesto el uno al otro, sin anclar la atención en ninguno, marchando hasta la comitiva presidencial, donde lo dejaron en paz los inoportunos, remachando la cortesía con repetidos: «ya nos veremos», «tendré mucho gusto en que hablemos», «no deje de verme», «tengo necesidad de platicar largo con usted», «lo espero sin falta», «búsqueme pronto»...

—Adiós, señor Gobernador.

—Adiós, general.

—Adiós, senador.

—Adiós, diputado.

En segundo plano, las voces de los que conseguían los encuentros deseados: —«¡Qué milagro de poder saludarlo, señor Gobernador!» —«¡Cuánto gusto en verlo, senador!» —«¡Cómo le va, diputado, déjeme darle un abrazo!» —«¡Tanto tiempo sin verlo, licenciado!».

A las primeras de cambio y exclamando —«¡rompan filas: a pescar se ha dicho!»—, el periodista Eugenio Cumplido abandonó a sus acompañantes, «por atender necesidades del servicio», como dijo, bromeando: «Sólo que yo voy sobre seguro, porque a mí me buscan, o hago como que no quiero la cosa de hallar a los que necesito, más bien a los que me necesitan», añadió con cinismo risueño: —«Dios dirá si podremos encontrarnos después, entre tanta gente».

—No use así el nombre de Dios —había dicho don Santos Munguía.

Los intereses en pugna, las esperanzas de logro, las críticas mutuas, las peticiones y regateos congestionaban la salida del cementerio.

—¡Qué modo de vestirse y maquillarse ha dado en usar la Asbaje! Parece que no se halla en sus cabales —comentaba una dama, y otra respondió:

—Ni tanto: se ha hecho uña y carne de doña María, la millonaria. No hay loco que coma lumbré.

—Bien decía yo —afirmó Damián Limón—, que iba esto a ser una feria.

—Feria y comedia —glosó Juárez.

—Parece la hora en que se rompe la piñata. Bien dice el dicho que acaba con aquello del «vivo a la travesura».

—Bueno, mi general, ¿y se fijó en que la... ex dueña de sus sueños anda con Virginia de Asbaje, la ex cómica?

—Sí, esa cuerpo de lombriz, con cara de muerto que usted me enseñó en la casa mortuoria. Aunque todavía no creo que sea la cómica tan cuero, que conocí en los años de la Revolución.

—La mismísima es.

—Bueno, mi general, ¿y usted no quería encontrarse otra vez con la elegante dama y hablarle?

Después de un momento en que se le sombreó el rostro, Limón desvió la plática:

—¡Qué bueno que en la bola nos quitamos de encima a ese molesto parálítico que dice ser la pantera de Cuencamé y ojalá que ya no nos encuentre! —luego recapacitó—: Sí, ¿sabe? quería encontrarme otra vez a la señora porque malicio que le debo un favor, y lo que no tengo es

desagradecido. Malicio que por ella no me tronaron cuando la revuelta delahuertista; de otro modo no puedo explicarme que haya sido el único general que agarraron y no más me desterraron.

—Bueno, ¿y por qué no la busca? Entrada le dio y mucha, cuando nos la encontramos. ¿No y hasta lo invitaba a venirse con ella en el cochezazo?

—Usted no me conoce. Yo les tengo reconcomio a esos ricos. Me dan garrero. Y a lo bueno le quieren hacer a uno un desprecio. Yo quería, sólo que hubiera habido una oportunidad.

—Las oportunidades se buscan, mi general.

—No, ¿y usted? ¡tanto esperar la oportunidad de hacerse amo de México para imponer sus ideas y escabechar a los blancos!

—Las oportunidades se han de buscar aunque no se hallen.

La multitud los había empujado fuera del cementerio. Abajo, dorada por el sol, espléndida en su vasta extensión, se veía la gran ciudad.

—¡Tenochtitlan! —exclamó Juárez.

En un lugar de México

En un lugar de México, a las cinco en punto, ese sábado 20 de octubre, a las cinco de la tarde, terminó de rezar *Laudes* el padre Miguel Osollo. Dejaba el resto del Oficio para la noche. Se santiguó. Miró el reloj. Eran las cinco en punto de la tarde. —*Dios haya perdonado a ese hombre* —invocó mentalmente. Quedaba flotando en la memoria y en la lengua una estrofa del himno al santo del día, el polaco Juan Cando, maestro de jurisprudencia y hombre de sencillez campesina:

*Te deprecante, tumido
Merces abactae flumine,
Tractae Dei potentia
Sursum fluunt retrogradae.*

—*¡Sursum fluunt retrogradae!* Y la mano de Dios ha hecho que se pierda en el mar el hinchado río rugiente. —*Dios lo haya perdonado.* Mientras por el poder de Dios, traídos contra la corriente, los bienes que se llevaba el río surgen, se levantan, flotan en lo más alto. Los bienes caídos, abatidos, arrastrados por las furiosas aguas en la hora de las tinieblas. Arriba otra vez, inmarcesibles, por divina potencia preservados, arrebatados al poder del abismo. —*Dios lo haya perdonado. ¡Sursum fluunt retrogradae!*

Guardó el padre su breviario y, una vez más en el día, tomó de su mesa el fascículo cuya portada reza: «Sermón fúnebre que en el sufragio de honras por el alma del Exmo. Sr. D. Luis G. Osollo pronunció en esta Santa Iglesia Catedral el día 14 de agosto de 1858, el Sr. Lie. D. Miguel G. Martínez, Catedrático antiguo del C. Seminario y Cura actual de la Parroquia del Señor San José de esta Ciudad. Puebla. Imp. de José M.

Rivera, calle de Molina núm. 1. 1858»; una bella muestra de la tipografía romántica mexicana: viñetas, orlas, juego de caracteres, composición. Las primeras páginas contienen una reseña del homenaje a Osollo: «El día 13 del corriente, día en que debía empezar el sufragio, fue de verdadero luto para la población. Desde el medio día empezaron a cubrirse los balcones de cortinas enlutadas: y esta espontánea y general muestra de dolor y de respeto, es bastante a manifestar que aquel a quien se tributa ha sabido conquistarse el afecto de los verdaderos mexicanos. El pabellón nacional se puso a media asta, como en día de nacional tristeza, y los soldados llevaban sus armas a la funerala. Se cerró el comercio sin excepción, y pronto la multitud empezó a llenar la plaza y el atrio de la Catedral, esperando a la comitiva. A las cuatro de la tarde, y cuando el vasto templo estaba ya lleno de gentes, empezó aquélla a salir del palacio de Gobierno entre dos filas formadas por el batallón Ligero de Osollo, y en el orden siguiente: marchaban a su cabeza todos los señores concejales, ministros del tribunal superior y jueces de primera instancia, individuos del consejo de Gobierno, Venerable Clero secular y regular, colegios, empleados de las diversas oficinas, jefes y oficiales de la guarnición, y un gran número de particulares. Presidía la comitiva el Exmo. Sr. Gobernador y Comandante General, acompañado del Sr. Prefecto. Empezó la vigilia que fue cantada con solemnidad y acompañada por una magnífica orquesta, compuesta de los mejores profesores de la capital, quienes rivalizaron en deseos de dar a la función el mayor lucimiento»... «En la mañana del día 14, el estruendo del cañón y los dobles de las campanas de todas las iglesias, el inmenso gentío que coronaba la plaza y los balcones, en muchos de los cuales se ostentaba el retrato del joven, a cuya memoria se iban a dirigir tantas y tan fervientes oraciones: todo contribuía a dar a la ciudad un aspecto de melancolía igual a la que sentían sus habitantes. Ni un traje de color se veía entre las personas de la muchedumbre, porque el luto era general en la población. Cuando la comitiva llegó a la Catedral, el templo estaba ya lleno de fieles, y llenas las vastas naves de la Iglesia de las hermosas poblanas que habían concurrido a la lúgubre ceremonia. Las jóvenes esposas, las futuras madres de familia, iban a pagar su tributo al mérito y al patriotismo; y su propio llanto y el llanto general habrán contribuido sin duda a que cada

una de ellas estimule a sus deudos para que la patria encuentre en ellos otros tantos defensores de la buena causa, a quien consagró su vida el invicto soldado».

Se describe después el catafalco y se habla de «los elogios que con este motivo se han dirigido a su autor el Sr. Manso». Insignias, trofeos militares, versos e inscripciones. «No parecía sino que en cada uno de los versos veíamos a la nación mexicana llorando la pérdida que acababa de sufrir»... «En el frente que miraba al altar mayor estaba colocado un retrato del Sr. Osollo, de medio cuerpo de tamaño natural»...

El padre Miguel recordó la fisonomía del célebre general conservador: el mocho, de quien posiblemente se origina el apodo que se da en México a los católicos; le faltaba el brazo derecho, que se le amputó a consecuencia de una herida por bala de cañón en la batalla de la Magdalena, entre Querétaro y San Luis Potosí, el 6 de febrero de 1857, o sea: el día siguiente de haber sido promulgada la Constitución liberal. Sus retratos lo representan severo y bondadoso a la vez; enérgicas las líneas del rostro, sobre todo el entrecejo, la nariz y el mentón: enérgicas y finas al mismo tiempo; aguda, vigilante y serena la mirada; noble la frente; rubio, de ojos azules, vigoroso. El padre lo revive a imagen y semejanza de los hombres de la región alteña de Jalisco, que tanto y tan a fondo conoce: criollos blancos, fuertes, diestros, valientes, arrojados, discretos, caballeros, cristianos a carta cabal, sin contemporizaciones.

Casi desde niño, desde sus primeras lecturas en la biblioteca del obispo de León, desde las primeras luchas por sus convicciones, cuando cursaba la preparatoria en Guanajuato, el padre Osollo sintió admiración por su homónimo. Las consejas familiares hicieron creer por algún tiempo a Miguel en su parentesco directo con el general; pronto se convenció de que aquello era una invención como la de situar al Pipila en su árbol genealógico; afán curioso de prosapia en una familia de mineros. Lo único cierto es que unos Osollo se unieron al jefe conservador cuando éste como rayo de guerra venía contra Juárez y el constitucionalismo, que habían hecho de Guanajuato su primera capital ambulante; por dos generaciones de Osollo persistieron los relatos de hazañas en los que la figura central era el «gran pariente», como pretendía el orgullo de la casa. Miguel sabía de

memoria muchos detalles de la batalla de Salamanca, en la que Osollo, teniendo por subordinados a los generales Miguel Miramón, Tomás Mejía, Liceaga y Casanova, destruyó a las fuerzas de la coalición liberal, el 10 de marzo de 1858; el general en jefe tuvo entonces que imponer su autoridad sobre el cura de Salamanca para obligarlo a dar cristiana sepultura al cadáver del coronel liberal José María Calderón, muerto en el combate; la renuencia eclesiástica, vencida por mandato militar, originó el pasquín, fijado en la puerta de la parroquia, y que conserva en la memoria el jesuita Osollo:

*De esta misa hago intención,
aunque de ornamento blanco,
en honras de Calderón,
para contestar al manco.*

Y firmaba «*El Cura Saavedra*».

Los relatos familiares afirmaban que la sátira llegó a oídos del general Osollo, quien con enfado hizo que se indagara el nombre del autor, y resultó ser un fraile agustino, poco amigo del cura, lo que le costó el extrañamiento de la provincia.

Los tíos de Miguel siguieron al general Osollo hasta su muerte, por un ataque de tifo, el 18 de junio del mismo primer año de la guerra de Reforma y de la victoria de Salamanca, exactamente a las cinco y cuarto de la tarde, cuando dirigiéndose a una imagen de la Purísima, pronunció estas últimas palabras: «Madre mía, sin ningún interés ni aspiración, he defendido los derechos de mi patria y los de tu Hijo, Nuestro Señor; ahora a ti te corresponde pedirle que me lleve a su reino». Bien grabadas quedaron en la memoria las postreras palabras de su héroe.

Y las que pronunció cuando a la pérdida de su brazo, siendo prisionero del general Antonio Parrodi, éste se lamentaba de la desgracia: —«Me queda el otro brazo» —contestó Luis Gonzaga Osollo, quien al ser indultado por el Presidente Comonfort y puesto en libertad bajo palabra de honor, terminantemente aclaró: —«Yo a nada me comprometo y harán bien con guardarme muy vigilado». Igual actitud asumió un año antes, al

fracasar la revolución de Zacapoaxtla contra el gobierno emanado del Plan de Ayutla: Osollo no quiso participar en la capitulación de Puebla, para disponer a su arbitrio de su espada; desterrado entonces, el Presidente Comonfort, sabiendo las privaciones que padecía en Nueva Orleans, le situó mil pesos, que Osollo rehusó, contestando agradecido, pero diciendo que era hombre que tenía brazos y buena salud para trabajar, que no estaba de acuerdo con las ideas del Presidente y que hallándose resuelto a combatirlo, no quería serle ingrato; del mismo terminante modo rechazó los ahorros que con gran sacrificio le mandaron su anciana madre y sus hermanas.

Al morir, el general Luis Gonzaga Osollo les dejó por herencia tres caballos, el reloj, las armas y una paga, de la cual debían descontarse cien pesos que debía.

Recordados estos rasgos por el padre Osollo ese sábado 20 de octubre de 1945, vinieron a su memoria las palabras del Oficio que acababa de rezar, en el capítulo de las Vísperas: «Bienaventurado el varón que es hallado sin mancha, y que después de haber pasado el oro por sus manos, nada tiene, ni espera nada del dinero y los tesoros. ¿Quién es éste, y lo alabaremos? Porque hizo milagros en su vida».

Los años y las reflexiones han afirmado en el jesuita las creencias profesadas por los relatos de familia: otra hubiera sido acaso la suerte de México si Osollo no hubiera desaparecido prematuramente; los mismos liberales deploraron el deceso y reconocieron las prendas del inquebrantable varón, respetado, querido por unos y otros. «En efecto —piensa el padre—, Osollo excedía a Miramón en templanza; y a Leonardo Márquez, en generosidad, nobleza y humanidad; y a Tomás Mejía, en don de gentes; a todos los otros conservadores, en perspicacia; y a muchos, en rectitud y lealtad. Él hubiera seguido siendo el jefe indiscutible. Con él habría resultado innecesario el advenimiento contraproducente de Maximiliano y la aventura peligrosa del Imperio».

El padre releyó algunos pasajes de la oración fúnebre que tenía en las manos. «—Nació el señor Osollo en el mes de junio de ochocientos veintiocho: año en que precisamente el espíritu de vértigo (*—el gobierno del general Vicente Guerrero, tildado de anarquista,* piensa el padre) preparaba a la sociedad para recibir un golpe en el cerebro y una horrible

sangría en la arteria magna, de cuyas resultas difícilmente podría convalecer»... «En la Angostura, en esos apartados desiertos, donde no había más murallas que los pechos, ni más refugio que el valor; allí donde nuestras tropas, bravas como leones enojados, se arrojaron sobre el enemigo hasta reducirlo a su última línea: allí, entre los soldados de un ejército hambriento, desnudo y cansado, pero sufrido, valiente y vencedor, allí brilló la espada del señor Osollo... y en la defensa de la capital»... «En medio de las trepidaciones sociales, estalló el movimiento de Zacapoaxtla»..., «Firme y constante en sus principios, siempre se presentó en un mismo campo, siempre enarboló una misma bandera. Ni se deslumbró al brillo de los honores, ni se inclinó al peso de los intereses». El texto escogido para el sermón, un versículo del Libro primero de los Reyes, era historia viva para el jesuita Osollo: «Fue puesto a la cabeza de alguna gente de guerra y se ganó la afición de todo el pueblo».

El padre recordó las tradiciones de su casa sobre la magnificencia con que Osollo, al día siguiente de la victoria de Salamanca, fue recibido en Guanajuato, y sobre las espléndidas honras fúnebres que allí se le hicieron, en el templo de la Compañía, luego que se recibió la noticia de su muerte. En Guanajuato, como en Puebla, como en la capital de la República, como en todas las villas y ciudades dominadas por los conservadores. Había caído el primero y más grande de los macabeos levantados por Dios para defender a su Iglesia...

... tumido
merces abactae flumine...

Y cuando un río más furioso que aquél quiso abatir la fe, Miguel había hecho del general Osollo un ejemplo.

Surgió en la memoria del jesuita el recuerdo de uno de los primeros contactos que tuvo con la Revolución. Miguel tenía doce años, aún vivía en León, había visto la entrada de los carrancistas, había andado entre aquellas gentes, oído sus conversaciones, presenciado sus excesos; la biblioteca particular del obispo había sido saqueada y vendida en las calles, por montones de libros, como papel de desperdicio; pero el amago de un

enemigo temible: Pascual Orozco, hacía precaria la situación de los carrancistas, quienes el día primero de agosto de 1914, evacuaron la ciudad, por sólo el anuncio telefónico que, con toda llaneza, Orozco hizo desde San Francisco del Rincón, a las dos de la tarde, previniendo su llegada dentro de pocas horas, al frente de trescientos hombres, mientras los carrancistas, mandados por Alberto Carrera Torres, eran seiscientos. Un grupo de civiles decide resistir. A las cinco de la tarde comienza el asalto. Los orozquistas quebrantan fácilmente la improvisada defensa y uniéndoseles el populacho principian el desenfrenado saqueo, que dura toda la noche, y rematan con incendios numerosos. A la mañana siguiente vuelven los carrancistas y huyen los orozquistas; con éstos había venido un famoso guerrillero, José Pérez Castro, que se hizo notable al vulgo porque traía sobre la grupa del caballo a una hermosa mujer: disparando contra las puertas, obligó a que les abrieran el Hotel México, pidió una botella de coñac, y como el cantinero tardó en volver, lo mató de un balazo; el regreso de los carrancistas lo sorprendió dormido; pero aún pudo escapar si en el momento de subir a la grupa su compañera, el caballo no se hubiera encabritado, y Pérez Castro no gastara el tiempo en luchar con la bestia para no abandonar a la mujer; la galantería lo perdió; cuando tuvo consigo a su enamorada e intentó correr, se vio entre fusiles enemigos, y todavía por no exponer la vida de su compañera, prefirió rendirse a defenderse; sujeto a juicio sumario, su empeño principal fue alegar la inocencia de su amiga y pedir que fuera puesta en libertad; condenado a muerte, oye tranquilamente la sentencia; tranquilamente almuerza, bebe dos cervezas y solicita que la música le toque «La viuda alegre» y «Sobre las olas»; el sitio escogido para el fusilamiento es la plaza principal, a la una de la tarde; las chusmas, que a la hora del saqueo alternaban los gritos de «¡viva Pérez Castro! ¡viva la Madre Santísima de la Luz! ¡viva el santo saqueo!», ahora gritan unánimemente: «¡muera el bandido Pérez Castro!» Entre la muchedumbre que llenaba la plaza, Miguel presenció la ejecución; era la primera vez que veía morir a un hombre, la historia de cuya galantería lo impresionó. Hubiera querido defenderlo, quizá por esa historia que hacía héroe al bandido, quizá por ver a un hombre joven, inerme ante sus matadores, tranquilo ante la multitud que lo injuriaba y a la que arengó con valentía; quizá por los odios del

muchacho, o por todo eso a la vez. La cólera fue lo que dominó en los sentimientos violentos de Miguel al asistir, al recordar la ejecución del guerrillero. Nunca Osollo ha olvidado la escena: los rostros descompuestos de la multitud, borracha con el espectáculo; las notas de la música en los momentos macabros; el ademán de Pérez Castro reclamando silencio para hacerse oír de los espectadores; el gesto que hizo señalando el pecho para recibir allí la descarga; el paso atrás que dio al sentir los disparos y la mueca de dolor: el tiro de gracia; la imagen obstinada del hombre que trata de salvar a su compañera, en momentos comprometidos; la imagen del caballo encabritado, de los enemigos que llegan, de la mujer que no consigue subir a la grupa, de los minutos que corren...

Río de pasiones, la Revolución. El padre Miguel piensa que hubiera sucumbido a las tentaciones de aquella vida voluntariosa, propicia para la explosión de su carácter impulsivo y audaz —por todas partes, a todas horas, no se veía otra cosa: la fortuna hecha fácil presa de audaces e impulsivos—; hubiera caído en la corriente, lo hubieran asfixiado sus gases con la euforia de su seducción, si Dios no lo hubiera contenido de antemano, neutralizando la herencia paterna con la orfandad y con la piedad materna, deparándole la tutela del padre Manríquez y la curatela del obispo de León. Aunque a la hora de la creciente se vio desamparado por éstos, y perdió a la madre pía, y se refugió con sus parientes por la línea paterna —sangre de aventureros y derrochadores—, la Cruz de Cristo era firme ancla de su adolescencia, de su temperamento borrascoso, en la tempestad. Y fue la iconoclasia revolucionaria lo que definitivamente lo situó en la oposición radical contra el alud.

Los ejemplos diarios de audacias, de apetitos fácilmente satisfechos, excitando la concupiscencia de Miguel, quedaban anulados en su conciencia, su carácter, por los espectáculos antirreligiosos y por gestos populares de piedad, como el del vecindario de León, que al ser saqueada y rematada la biblioteca de su obispo, la readquirió volumen a volumen, papel a papel, guardándola luego para su devolución.

El entusiasmo que le producían ejemplos como éste, la irritación de ver a las iglesias convertidas en muladares por ebrios cuyos pechos y sombreros iban tapizados de imágenes: la Virgen de Guadalupe, la de San Juan de los

Lagos, el Santo Niño de Atocha, el Sagrado Corazón, San Miguel, San Benito de Palermo... despertaban en el adolescente vivos anhelos de acaudillar al pueblo en un movimiento de reacción. Miguel era casi niño. El recuerdo de David lo animaba. David era niño cuando derribó a Goliat. Y Miguel había sido el niño terrible del barrio por su habilidad para tirar piedras con honda, el jefe de la pandilla del Coecillo, por su arrojo en las guerras contra los chicos de otros barrios. Formaría un ejército de mozalbetes al que se unirían los obreros, los campesinos de la región, los mineros devotos de la Virgen de Guanajuato. Él sería Macabeo. ¿No se apellidaba Osollo, como el vencedor de Salamanca? ¿no se llamaba Miguel, como el príncipe de las milicias celestes, como el general Miramón?

Releyó en aquellos meses la historia del pueblo escogido y de sus caudillos: Moisés, Josué, Sansón, los Macabeos. El tono belicoso del Antiguo Testamento, la confianza de aquel pueblo en su destino victorioso, a pesar de saberse débil y menospreciado, entusiasmaban a Miguel. Esa vez, un versículo del profeta Daniel excitó sus ansias heroicas: —«Y en aquel tiempo se levantará Miguel, príncipe grande, paladín de los hijos de tu pueblo, y vendrán días que las naciones nunca vieron»... Después, muchas veces, el padre Osollo ha vuelto a este pasaje, lo ha estudiado con ahínco, tratando de desentrañar sus misterios: el varón de vestiduras de lino, puesto de pie sobre las aguas de un río; su respuesta sobre cuándo se cumplirán los portentos que anuncia: —«En un tiempo y en dos tiempos y en la mitad de un tiempo»... «muchos serán escogidos y blanqueados y purificados como por fuego»... «y será entronizada la abominación de la desolación», que la exégesis de San Jerónimo refiere a la venida y muerte del Anticristo.

El día del juicio final pareció a los habitantes del Bajío, desde León hasta Celaya, esos meses en que sus campos fueron teatro de batallas terribles, incesantes movilizaciones de trenes, tropes de caballería, ríos de gentes parecidas e irreconciliables, desprecio total por la vida, siniestros nombres en los rumores populares: Villa, Fierro, Urbina, y su presencia sanguinaria en la estación, en la plaza, en el terror de los ánimos. —*Esto es la Revolución: un río; pero sus hombres no ven a lo alto al varón de vestiduras de lino.*

Los combates de Celaya y de León, ganados por el hombre que allí perdió el brazo derecho, avivaron en Miguel la memoria del general Osollo, con los prestigios de que la rodeaban las tradiciones y leyendas oídas desde la niñez. En los mismos campos en donde un manco había defendido la causa de la Iglesia, otro manco —del brazo derecho, como aquél— afianzaba el dominio adverso. —*Oscuros designios de Dios* —como decía entonces el padre Manríquez. Miguel pensaba que allí en esos campos del Bajío, en Celaya, en Salamanca, en León, debería darse una nueva batalla, por un caudillo: brazo del Dios de los ejércitos. Acaso sería él, muchacho enclenque, pero valeroso. Oscuro sentimiento lo hacía temblar con fervor, queriendo escudriñar los mudos horizontes del destino. Se le subió la sangre a la cabeza, cargada de odio súbito. ¿Por qué?

Cuando, repuesto de la pérdida del brazo, el general Obregón se disponía a marchar sobre Aguascalientes, Osollo lo vio de cerca, en la plaza de León. Toda la fama de aquel hombre se agolpó en la sangre impulsiva del joven, quien se representó a Goliath en el hercúleo militar, y sintió deseos de matarlo con una pedrada; el rápido encuentro cogió desprevenido al muchacho. La consideración de sucesos hasta la muerte de Obregón, ha revivido muchas veces el recuerdo de aquel impulso, que hace cavilar al padre Osollo, sin conseguir explicárselo satisfactoriamente: ¿fue premonición, que no supo entender? ¿inspiración que no atendió? ¿simple ocurrencia de muchacho fogoso? Si no hubiera posteriores vínculos de identificación y de trato personal, bastaría ese recuerdo para que Miguel Osollo se sintiera solidario y mancomunado con los jóvenes que, al servicio de una idea, fueron instrumento de castigo.

En aquellos días terribles, a la guerra y el hambre se sumó la peste, llamada *el carranzazo* por el pueblo, que veía en todo mal una y la misma causa. Muerta en la epidemia su madre, Miguel fue a vivir a Guanajuato, a casa de su tío Manuel Osollo, que labraba prosperidad en el río revuelto de la Revolución. El mundo de los negocios fulminantes, el ambiente liberal de la ciudad, tan diverso al de León, y el carácter típicamente Osollo del tío Manuel, pusieron a nueva prueba las convicciones del muchacho y su conducta.

Recién llegado a Guanajuato tuvo una experiencia directa del atavismo paterno, que lo excitó placenteramente a tomar ejemplo y le recordó las leyendas de aquellos Osóllo mineros que habiendo llegado un día para participar en las faenas populares cuando se construyó el templo de la Compañía, el sacerdote director los amonestó por el despilfarro que significaba llevar bolsas de terciopelo con cordones de oro para el acarreo de arena y piedras, gasto que mejor estaría en limosna directa, y le respondieron que o hacían la faena en esas bolsas o se retiraban; y aquellos otros parientes, más inmediatos en el tiempo, que al presenciar la subida de una campana nueva de la parroquia, súbitamente promovieron una colecta entre los circunstantes para comprar telas de seda, con cuyos girones formaron un lazo, que suplió a las cuerdas corrientes en la maniobra.

El hecho que conmovió al recién llegado fue éste: caminando con su tío por las inmediaciones del Baratillo, encontraron a un hombre, que había hecho algún servicio a Manuel Osollo; éste lo abrazó con efusión y lo invitó a tomar una copa; el otro se rehusaba, diciendo que la hora no era apropiada, que acababa de desayunar, que no acostumbraba tomar; con la insistencia obsequiosa de Osollo, aceptó al fin; se dirigieron al Canastillo, uno de los sitios elegantes de la ciudad; el tío pidió una botella del mejor coñac que hubiera; el amigo aclaró que sólo por cortesía iba a tomar una copita, Manuel estuvo de acuerdo, insistió en la orden, y al serle traída la botella, después de servir su propia copa, derramó el resto sobre la del invitado, brindó por su salud, hablaron de diversas cosas y se despidieron, sin que Manuel Osollo cayera en mínimo gesto de ostentación, cuino si aquel desperdicio hubiera sido lo más natural para demostrar su agradecimiento.

Nunca el tío se recató de hablar y obrar ante Miguel con franqueza, que rayaba en cinismo. Así era él. Su sobrino debía saberlo, vivirlo todo, conocer la vida «tal cual», como decía. Si se trata de trabajar, a trabajar duro; si de divertirse, a divertirse macizo. Y lo mismo que del trabajo, hacía partícipe al muchacho de sus diversiones, no siempre honestas.

Otra causa de perturbación fue descubrir que su padre había sido socialista, que había muerto en la huelga de Cananea, víctima del capitalismo y de la dictadura, sacrificado por la causa del proletariado; era,

pues, hijo de un protomártir de la Revolución, a la que debía reclamarle derechos; con sólo quererlo, todo lo tendría: empleos, distinciones, pensión, viajes al extranjero; su padre había sido compañero de hombres prominentes en el nuevo régimen, como los generales Manuel M. Diéguez y Esteban Baca Calderón. El orgullo de los Osollo fue primer móvil de reacción para desechar las halagüeñas perspectivas: —*los hombres, para valer, no tienen que atenerse sino a sí mismos, a su propio esfuerzo*; había leído que la aristocracia china no se funda en los méritos de los antepasados: éstos la reciben de sus pósteros. —«Me gusta, en parte, tu modo de pensar —le dijo su tío—; pero en parte no, porque hay que aprovecharse de todo, en esta vida».

Luego ingresó al Colegio del Estado. Las insinuaciones y los ofrecimientos concretos estrecharon más y más los apetitos del muchacho. La tradición liberal del plantel y el nivel moral medio del alumno eran propicios para que se desbordara el temperamento pasional del joven. Una circunstancia fortuita concurrió a definirlo categóricamente.

Una mañana, en clase de biología, sin premeditarlo, rebatió las tesis del transformismo darwinista; el profesor, molesto, acumuló razones; la réplica de Osollo se hizo más enérgica y llegó al sarcasmo; en este mismo terreno vino a situarse al fin el maestro. Los condiscípulos católicos que habían permanecido ocultos, rodearon a Miguel.

Sus controversias en las clases de cosmografía, de psicología, de historia, fueron haciéndose famosas, por brillantes, por mordaces.

Intervino el tío Manuel: su norma era respetar lo que pensara cada quien: el sobrino tenía edad suficiente para obrar como le pegara la gana; pero lo prevenía contra todo fanatismo, que deforma el carácter, y más tratándose de un joven que comienza su vida: el fanatismo lo hará viejo prematuro, lo privará de las mejores satisfacciones del mundo, que sólo consigue la tolerancia, la comprensión de cuanto nos rodea; por otra parte, las salidas de tono del sobrino estaban comprometiendo al tío, sus negocios hallaban tropiezo en las esferas oficiales, que amenazaban serle resueltamente hostiles; creía que no valía la pena sacrificar una posición lograda con tantos esfuerzos, por pueril afán de sobresalir, de llevar la contra, de poner en evidencia y burlarse de los profesores, mezclando en

esto cuestiones de religión, que a lo sumo debe ser cosa de la vida privada, sobre todo en un muchacho que lleva sangre de hombres independientes, y es hijo de un socialista, de un revolucionario verdadero, puro.

La respuesta de Miguel fue dejar la casa del tío para no comprometerlo, sin destruir la cordialidad familiar. Buscó humildes oficios en comercios, en consultorios de médicos, en oficinas, particulares, que le permitieron seguir sus estudios, respetándole su independencia de criterio, cada vez más firme, más combativo, más en guardia contra las tentaciones de la pubertad, que tardíamente había comenzado, y con las luchas externas, que le planteaban otra tremenda, interior, al sublevársele los instintos en campo propicio al desenfreno.

Nueva circunstancia lo ayudó a defenderse de sí mismo, en aquella crisis pasional. Reunidos los revolucionarios en Querétaro, se lanzaban a discutir otra Constitución. El joven Osollo y su grupo siguieron con atención los debates; su sesgo fue sublevándolos; apenas podían creer que un pueblo libre y soberano aceptara el proyecto y lo exacerbara. Había que destruirlo a toda costa. Miguel vio en esto un destino, una razón de vivir. Con fuerza definitiva surgió la figura del general Osollo, entregado por completo a luchar contra la Constitución de 1857. La que se preparaba era peor que aquélla. Osollo fue paradigma de Osollo, el joven. La organización de la A. C. J. M. fue coyuntura para sus fines; allí se formarían las legiones antirrevolucionarias; lo agresivo de Miguel y el culto que rendía al mocho, vencedor de Salamanca, le granjearon entre amigos y enemigos el mote de «general Osollo», que aceptó como clarinada del destino: el destino de acabar con la Constitución; valía decir: con la Revolución.

A las numerosas personas que después le han preguntado lo que los católicos harían en el poder, invariablemente les ha respondido: —«Hacer una Constitución digna de un pueblo libre».

Bien que a solas, a través de los años, del aquilataamiento de las gentes disponibles entonces, dude, muy en lo interno, si hubieran conseguido el designio; si hubieran caído en anacronismos, que chocaran con la realidad inevitable y el ansia general de progreso, de nuevas formas de convivencia. Cuántos vetustos intereses, que trataban de revertir y vengarse, de obligar el desinteresado anhelo religioso de los combatientes; tantas intrigas

dirigentes; tantos desvencijados, desdeñables, injustos, ridículamente pomposos apremios de los que, ocultándose, reclamaban, sin derecho, privilegios, a costa del sacrificio popular. Hasta el general llamado a dirigir el movimiento, puso por condición adoptar, con ligeras modificaciones, el texto constitucional de 1857; juarismo puro. —*Reconozco, ahora, que no estábamos en condiciones, ni contábamos con elementos para dictar una Constitución viable, ni menos para asumir el poder, con tantas miras e intereses en lucha implacable. Yo mismo, ¿qué papel hubiera podido desempeñar? Acaso, no más, jefe de brigada sanitaria o, a lo sumo, director de unidad neurológica*—. Para no escandalizar más; para no restar energías restauradoras, Osollo recata estas y otras muchas desengañadas reflexiones.

Los recuerdos del padre Osollo saltaron de la época en que fue despedido del Colegio de Guanajuato; pasaron rápidamente por los días estudiantiles en la capital de la República; por los viajes de propaganda y organización que lo hicieron conocer el país, por el recrudecimiento del jacobinismo al posesionarse Obregón del Gobierno: estallan bombas en la Basílica de Guadalupe y en las residencias de los arzobispos de México y de Guadalajara; este último es detenido por la policía; se aplica el artículo 33 al delegado pontificio; son incautados templos, seminarios y otros edificios religiosos; luego, el advenimiento del general Calles a la presidencia, el intento de un cisma, el abierto desafío... Alguien, esa vez le dijo: —«Pero el delegado y el clero maquinaban en favor de Adolfo de la Huerta. Por eso lo echaron del país».

—*Dios lo haya perdonado* —repitió el jesuita, dejando sobre su mesa el fascículo con el sermón de honras al alma del general Luis G. Osollo.

El padre no se levantó de su asiento. Entrecruzó los brazos. Entrecerró los ojos. Reanudó sus recuerdos.

Pasó por su memoria el entusiasmo inerme de campesinos y obreros que formaron los núcleos iniciales del ejército libertador. ¡Qué admirable fe candorosa de aquellos hombres! ¡Qué fe ciega en la Providencia! ¡Qué buena fe del primer impulso, sin plan militar alguno, sin medios adecuados y sin previsiones mínimas! ¡Cuánta imprudencia por el celo de la libertad religiosa! Le duele al padre Osollo recordar la sublevación de Salamanca, el

5 de enero de 1927: en su inmensa mayoría desarmados, fueron concentrándose al atardecer cientos de campesinos, que trataban de tomar la plaza con gritos de *¡Viva Cristo Rey!*, con cantos piadosos y con rezos; se les había dicho que allí quedarían provistos de carabinas y parque; poco les importó no recibirlas; continuaron adelante, bajo las descargas de la guarnición que se había posesionado de las alturas y acribillaba impunemente a la masa indefensa, hasta hacerla retroceder, bien entrada la noche; luego continuó la matanza de sospechosos, que se hizo cruel a la mañana siguiente, con la llegada del general Palomera López, jefe de la policía montada de la capital, que se ufanaba por su ejecutoria de asesino: en Salamanca, esa mañana del día de Reyes, multiplicó sus hazañas; a los hombres de campo que le salían al paso, —«¿qué andas haciendo? ¿a dónde vas?» —les preguntaba; —«Voy a mi labor», «voy en busca de mis animales», «vengo de dejar leche» —contestaban; les tiraba del pecho, les descubría escapularios o rosarios; —«¡bueno, vete!» —les decía, sacaba la pistola y por la espalda los acribillaba.

Otras escenas desfilaron por la memoria del padre Osollo: su detención e inminente fusilamiento en abril de ese año, su cautiverio en las Islas Marías, su reincorporación al ejército libertador, sus locuras durante la campaña, sus excesos pasionales, su insatisfacción por aquella vida, su rebeldía contra los arreglos religiosos de 1929, la resignación de los hombres que habían soportado casi tres años de lucha y entonces veían lo inútil de su sacrificio, el riesgo en que iban a quedar sus vidas y sus familias; obedecían, sin embargo, y entregaban sus armas; muchos lloraban a su máuser, le platicaban sus cuitas, y temblaban de dolor y de rabia en el momento de recibir el salvoconducto, engañoso para tantos de ellos, que luego fueron muertos, o perseguidos, al regresar a sus pueblos. Estas escenas oprimen el ánimo del jesuita. Su memoria recorre los años de ejercicio profesional como médico, en San Luis Potosí; sus ligas con el general Saturnino Cedillo; sus disipaciones contraídas en los años de lucha; sus amores mundanos; la insatisfacción creciente por aquella vida; el gran vacío experimentado; el ansia por cumplir la milicia de su destino y el saberse atrapado por el mal mismo en las flaquezas de su carne. ¡Milicia contra malicia! Resolución suprema: tocar a las puertas de la Compañía de

Jesús. Conturbación intensa: ¿era digno? ¿lo admitirían? ¿daría la medida rigurosa para pertenecer al ejército de Loyola? ¿sus cavilaciones eran acechanzas del demonio?

El noviciado. El antiguo cristero y ahora médico pasó a recordar esos años de prueba, los duros principios de su nuevo estado, en que los superiores parecían propuestos a aniquilar, primero su resolución de abandonarlo todo por pertenecer a la Compañía; después, hasta los más pequeños movimientos de su voluntad. El duro principio de hacerlo *como cadáver*, en cuanto a la «santa indiferencia», según prescribe la regla de la Orden. Prescindir de sí mismo, dejarse mandar, llevar, hasta destruir las raíces del propio querer. Saber aniquilarse a sí mismo, al hombre antiguo: voluntarioso, cruel, disipado, carnal.

Aquellos días, en la casa de novicios de Isleta. Territorio norteamericano. A la vista de la patria. En un sitio antes rodeado por el río que fue militarmente impuesto como línea divisoria entre México y Yanquilandia, y que había retrocedido al sur, dilatando la posesión invasora. Meditaciones patrióticas en la Isleta extranjera, que un día fue territorio mexicano. Sentimientos de derrota. Tristeza de la derrota que se acaba de sufrir, y que los superiores quieren hacer olvidar, aun cuando aparentemente haya sido la Iglesia de Cristo la derrotada. Tentadora tristeza por lo que se dejó: posición profesional, fama, dinero, admiraciones, placeres, odios, esperanzas. Contra todo esto, la humilde obediencia, los humildes menesteres de criado por quien fue dueño, la contradicción sistemática de lo que se amó, de lo que se odió.

Fue primero la prueba del desprecio. Pudiendo servir en la enfermería, siempre se le alejó de ella; se le negó beligerancia para conferirle cargos de la más insignificante distinción o responsabilidad; se le postergó a los más jóvenes y a los menos despiertos novicios; quedó arrinconado en tareas rutinarias, posiblemente inútiles: cargar agua y basura, para en seguida tirarlas; y repetir la humillante tarea.

En virtud de santa obediencia se le mandó someterse a consultas médicas frecuentes, dándosele a entender que se le juzgaba de naturaleza raquítica, enfermiza, lo cual fue como si superiores, médicos consultantes y compañeros de noviciado vinieran a repetirle aquellos apodos de

sietemesino y *feto*, que lo sacaban de quicio y lo enredaban a golpes con quienes los proferían.

Más tarde se le puso a estudiar anatomía en textos ridículamente primarios, que con otras materias elementales ejercitaron su paciencia.

Ninguna de tales pruebas le provocó un tan fuerte impulso de rebeldía y deserción, como lo que sintió al encontrar en su cuarto, una noche, la fotografía del general Plutarco Elías Calles, colgada sobre otra del padre Miguel Agustín Pro en el momento de caer fusilado. El novicio llegó a tender la mano para arrancar la efigie aborrecida y pisotearla. Se contuvo. A la mañana siguiente se le mandó que durante un año todas las intenciones de sus actos fueran ofrecidas a Dios por aquel hombre.

La doma de soberbia, orgullo e ira ofreció resistencia menor que la sensualidad y tuvo procedimientos distintos. No es que la fomentara; pero tampoco se la ocultaba. Diéronsele a leer libros de imaginación, sentimentales; él nunca fue muy afecto ni a poesías ni a novelas; pero en el noviciado, esas lecturas, a pesar de su fina espiritualidad, lo mismo que otras obras clásicas entonces leídas, despertaban experiencias y anhelos; recordaban lo que siempre para Osollo fue atracción deliciosa y casi quimera inasible: los misterios de la mujer; había entrevisto al ángel en ella; después, la bestia; inhibido en su niñez, la identificó con el pecado: era el fruto prohibido y peligroso; en la juventud, al tiempo de los ensueños caballerescos, cuando descubrió la belleza del emblema: «Por Dios y por mi dama», la idealizó, le rindió culto, halló en ella estímulos bélicos al acometer la cruzada contrarrevolucionaria; mas persistía la inhibición: jamás estuvo satisfecho al pasar de la idealidad a la realidad: o se sentía torpe o desencantado en el trato con mujeres de carne y hueso; jamás consiguió que correspondieran sus modos con sus intenciones: brusco, hasta grosero, cuando buscaba ternuras que nunca tuvo, que siempre deseó; tímido, al pretender ensayar su vigor; atrevido hasta el exceso, cuando se sentía débil, deforme, incapaz de inspirar afectos. En la mujer sólo probó amarguras o banalidades; pero seguía inquietándolo el mito de la perfección femenina. ¡Ah! Cecilia mártir.

Sólo en el ejercicio estricto de su profesión tuvo tino para tratar mujeres, combinando la frialdad adusta, inflexible, con cierta discreta

amabilidad, hecha de comprensión y compasión, cuidando severamente de nunca confundir la confianza necesaria para las relaciones entre médico y paciente, con familiaridades personales. El éxito que así consiguió no era lo que buscaba en la mujer, deseada no como caso clínico, sino como mitad humana y reactivo noble de hombría.

Esta experiencia profesional, que lo hacía buscar escapes desgraciados, donde apuraba hez apestoso de tristeza, lo convenció de su incapacidad para hacer feliz a una mujer; vio también el espanto que sus instintos violentos le deparaban por el camino de los desahogos. No, no sería esclavo de sus pasiones; no quería ser un resentido vicioso, ni un vicioso vergonzante y, pronto, un viejo empedernido en el disimulo de sus concupiscencias.

Las lecturas del noviciado surtieron al fin su efecto de vacunación contra la sensualidad, a precio de calosfríos y fiebres, durante horas interminables, cosa propia de tal medicamento.

El padre Osollo se puso de pie. Buscó el reloj: eran las cinco y veinte minutos de la tarde. Otra vez lo asaltó el verso del himno a San Juan Cancio:

Sursum fluunt retrogradae...

—Sí, la divina potencia hizo retroceder y levantar los bienes que arrastraba el río; pero en los planes de Dios, por su misericordia, entran siempre los esfuerzos de los hombres, que deben rogar y confiarse a la Providencia, sin dejar de la mano el mazo, con golpes firmes.

Rehecho, fortalecido por la disciplina loyolense, triunfante de las pruebas, Miguel Osollo había encontrado el exacto sentido de su vocación militar como legionario de Jesús, y tanto, que pronto se le hizo decurión. Había visto también con ojos nuevos la manera eficaz de mover y sostener los impulsos nobles, pero intermitentes, de un pueblo como el de México, heterogéneo en su formación, en sus juicios, en sus procedimientos acerca del mismo fin; pueblo pagado de exterioridades y novelería, de gritos y sátiras inoperantes, de ir contra la corriente y empecinarse sin plan en actitudes caprichosas; pueblo entorpecido por apetitos de clases rencorosas, empeñadas en hacerlo *mano de gato, carne de cañón*. Hábitos inveterados

demandan reformas pacientes. No ir de prisa, no querer llegar pronto, no asirse a tablas arrastradas por la deriva. Esperar. Gastar todo el tiempo necesario —dos, tres, cuatro generaciones— para forjar en acero la conciencia pública, responsable. Adoptar a largo plazo un programa y perseguirlo sin saltos, titubeos ni abandonos. Nunca dejar el camino por las veredas. No perder el tiempo en lamentar lo irremediable, ni suspirar por el pasado, gravando con esto el presente y el porvenir. Éstos son los fundamentos de la táctica predicada y practicada por el jesuita Osollo. Del joven irascible, impetuoso e irrespetuoso, han quedado sólo las apariencias.

Hay quienes le toman a mal su espíritu de conciliación, el que reconozca méritos en los contrarios, el que critique con libertad excesiva errores viejos y nuevos de correligionarios.

Acostumbra externar opiniones tajantes: —*Maximiliano en México fue un pobre diablo. —Los conservadores mexicanos han sido una mezcla de Jeremías y de la mujer de Lot. —A Miguel Miramón le faltó igualar la vida íntima con el ideal. —El catolicismo social se ha dejado arrebatarse su bandera por la Revolución. —A Carranza, Obregón y Calles no se les puede negar personalidad. —Don Plutarco ha sido uno de los contados buenos administradores de México. —¿El sinarquismo? Dios, qué buen vasallo si hubiese buen señor. —Los católicos ricos son los peores enemigos de la Iglesia en México. —No saldremos del mismo punto de inercia si seguimos entendiendo como un deber la táctica del avestruz y la guerra de gritos y sombrerazos. —El ultramontano, viendo lazarinos, digo: comunistas, liberales, masones, enemigos, en todas partes, no puede salir de su agujero, como lazarino. —Nuestras casas y empresas deben superar ahora lo que fueron para la sociedad del siglo dieciocho, de tal manera que nuestro vacío sea mucho más sensible que cuando la expulsión de Carlos tercero. —El último gran error de los católicos en México ha sido el de querer buscar bules para nadar: es decir, alianzas con enemigos arrepentidos.*

Y como al explicar esta última opinión cita el caso concreto del general Cedillo, en quien grupos confesionales vieron una esperanza, no han faltado personas que recuerden al padre Osollo sus relaciones con el militar potosino.

—Precisamente porque lo conocí, lo digo: era un hombre de pasiones primarias; el talento político de Calles, primero, y de Cárdenas, después, quedó demostrado cuando conociendo la labor de atracción a la que sucumbía el dueño de Palomas, le dieron puestos importantes para exhibirlo en toda su incapacidad; luego éste se dejó encantar por los halagos de las Compañías Petroleras; ¿qué tienen ellas de común con nosotros? Y sin embargo, de buena fe, pero con absoluta miopía, los estudiantes católicos fueron lanzados a organizar manifestaciones de homenaje al general Cedillo. Fue la misma historia de Ángel Flores, de Robles Domínguez, de Villa, de Federico Gamboa, de Victoriano Huerta, de Maximiliano. La experiencia no parece contar para nada. Mientras no tengamos cartas propias, no debemos recurrir a cartas marcadas.

—¿De manera que usted cree que debemos seguir interviniendo en política? —se le ha preguntado sincera o capciosamente. Y ha respondido sin titubear:

—Sí, claro, resueltamente. Lo contrario sería legitimar, por aceptación o mudo consentimiento, la injusticia de la ley que lo prohíbe contra todo derecho. Y ha de ser una intervención abierta, no vergonzante, no clandestina ni tortuosa, como lo han querido y practicado ciertos grupos y personas. Mientras esto sea, no rebasaremos el círculo vicioso de la minoridad y opresión en que vive la mayoría ciudadana, porque no hacemos política. El clandestinaje que muchos han aceptado, impide la formulación de programas definidos y, sobre todo, la creación de un partido, que sea lento producto de una conciencia pública; faltando esto, los trabajos políticos adolecerán de aventuras intermitentes, resueltas en desilusiones que acrezcan el pesimismo nacional.

Se le ha objetado que plantea otro círculo vicioso.

—No —contesta—: el programa debe desarrollarse desde sus principios: una labor de educación popular, antes de inútiles escaramuzas de política militante, que deben posponerse hasta que dentro de veinte, cincuenta, cien o más años, resolvamos el primer punto de esta política. Educación escolar y extraescolar; principalmente la última, entendida como atmósfera social: costumbres, opiniones, conversaciones cotidianas, modos de hablar, prensa, radio, teatro, cine, vida de familia y de grupos. Ésta debe

ser nuestra política. El general Calles, en el grito de Guadalajara, señalando la educación como el campo del combate decisivo, inició la reforma del artículo tercero constitucional, en sentido socialista; fue más peligroso que el Calles reformador del Código penal.

Amigos que conocieron a Miguel Osollo en la vida seglar, en el fuego de la juventud, le reprochan su cambio al partido moderado.

—¿Qué pasó con el Anticalles? —le preguntan— ¿qué se hizo del rebelde contra los arreglos episcopales que pusieron fin al sacrificio de tantos hombres de buena fe?

Con viveza, el jesuita rechaza las acusaciones de sus antiguos compañeros.

—En México no hay nada más triste que la historia del partido moderado: sus gentes pertenecen al círculo que ocupan en el infierno los que no merecieron alabanza ni vituperio. A mí me repugna; pero si a ustedes les gusta llamarme así, el Anticalles personal, subsistió hasta la retirada del enemigo; no es bueno hacer leña del árbol caído; pero una cosa es el radicalismo y otra el esfuerzo tesonero, la línea recta; el radicalismo es por naturaleza efímero e infecundo; en esto sí he cambiado: la violencia es útil en ciertos momentos, mas no puede sostenerse como régimen permanente. No he cambiado en desconocer la identificación entre la contrarrevolución y la defensa de los privilegios; yo siempre sostuve y sostengo, con escándalo de muchos, que ha sido el error máximo de ciertos católicos esa identificación imposible, sin que me importe oír el dictado de socialista, comunista o sacerdote rojillo. ¿Qué ha hecho por la buena causa nuestra pretendida aristocracia? Comprometerla con sus exigencias injustificadas, hacerla odiosa con sus egoísmos, y ridícula con sus aspavientos. Muchos de los llamados aristócratas ¿qué son sino familias enriquecidas con los bienes de la Iglesia? ricos ausentistas y explotadores que para nada contribuyen a la sana economía del país; amantes de lujos y derroches; consumidores de artículos extranjeros, que desdeñan lo nacional; malas entrañas, sin caridad para el prójimo. Sí, mi padre fue socialista. No me avergüenzo en proclamarlo. Pero ni mi doctrina ni yo lo somos, en cuanto el socialismo es ateísmo e injusticia sobre injusticia. Mi doctrina es la doctrina social de la Iglesia, que se cifra en este lema: Justicia y Caridad.

No la caridad que practican muchos católicos: ostentación del desperdicio, sadismo con la miseria de otros, filantropía; sino el amor, que suple las insuficiencias de la justicia, la con-pasión que da con la mano derecha, sin que la izquierda lo sepa. Yo no he cambiado. Como hace veinticinco años, pienso que debemos abatir los reductos no en beneficio de clases parásitas, plañideras del pasado, sólo porque fueron entonces poderosas; sino en beneficio del bien y de la justicia comunes.

La persona que había llevado al padre Osollo la noticia de la muerte del general Calles, trató de hacerlo estallar, lanzando comentarios que podrían remover las pasiones del jesuita: —«El que anunció la descatolización de México, ha pagado al fin su tributo mortal; y precisamente cuando alcanzó a ser testigo del renacimiento pujante del catolicismo mexicano, demostrado hace ocho días en las fiestas del cincuentenario de la coronación guadalupana; usted, al que tanto hizo padecer»...

El padre cortó en seco al interlocutor: —«Yo, usted, todos debemos rogar por el alma del señor general Calles».

Y como advirtiera sorpresa, incredulidad e ironía en el oficioso, el jesuita pensó acabar de desconcertarlo, diciéndole lo que juzgaba sobre la falsa piedad exhibida en muchos aspectos de las fiestas recientes: algaradas, en vez de auténtica oración y espíritu devoto; curiosidad por conocer a un cardenal, no con ánimo reverente a la jerarquía, sino como se asiste al espectáculo de artistas famosos; hacer de la solemnidad religiosa un acontecimiento social, exclusivo, en que se disputan los lugares por vanidad y para lucimiento personal; —*¿Cuántos de los que formaron esas multitudes entienden la oración como rezo mecánico de palabras, y cuántos otros ni siquiera eso saben? ¿cuántos hicieron propósito de reformar su conducta, y se abstuvieron, siquiera esos días, de violar los mandamientos?* El padre pensó aludir al rico caballero que regaló al cardenal un servicio de plata costosísimo, y pocos días antes negó toda cooperación para una obra misional; con un porcentaje irrisorio del precio alcanzado por las joyas que las damas lucieron en la Basílica, el pasado día doce, podrían remediarse las urgencias de la acción católica. —«Seguimos siendo indios: nos gusta gastar la pólvora en infiernitos» —dijo; pero se contuvo, temeroso de provocar escándalo innecesario. En la lengua se le quedaron estas palabras:

«Eso no es el verdadero renacimiento católico, que debe tener por base una vigorosa vida interior».

Sursum fluunt retrogradae.

La última palabra le hizo recordar uno de sus temas predilectos, principalmente cuando habla con jóvenes y con obreros: —*No somos retrógrados. No queremos volver atrás. Vamos adelante. No queremos rehacer el pasado con sus defectos. Construimos el futuro, lleno de aspiraciones perfectas. Pudiéramos llamarnos «progresistas»; pero el término ha sido manchado por la hipocresía de los que rehusan confesarse comunistas. Acaso puede llamársenos «reaccionarios», entendida la palabreja en estricto sentido biológico de oposición, de defensa del organismo sano contra los microbios patógenos, pero no en el sentido de retroceso. Somos contrarrevolucionarios; no retrógrados. Y al ser contrarrevolucionarios, hacemos un concepto positivo. Los «anti» son conceptos negativos. Por eso rehusé siempre que me llamaran el Anticalles, y que se hablara de anticallismo. Banderas mezquinas, cuando hay anchos campos de luchas permanentes, impersonales.*

Entonces lo asaltó el recuerdo de sus odios juveniles. ¡Vanas tentaciones del hombre antiguo! Las rechazó. Con espíritu sincero volvió mentalmente a orar por ese hombre. Quizá instrumento de Dios. *Requiem*. Descanso eterno le dé Dios. La Misericordia le haya dicho: *ingrede in requiem meam*. Y de los que oímos la voz de Dios por aquellas rudezas, pueda decirse la antífona de hoy a San Juan Cancio: *Hic vir dispiciens mundum et terrena, triumphans, divitias caelo condidit ore, manu*. Triunfantes, despreciando lo mundano y terreno. La vanagloria.

El jesuita se puso en pie con movimiento enérgico. Sonaban en el reloj de la iglesia vecina, las seis de la tarde. Una serie continua de actividades reclamaban al padre. Su jornada se prolongaría durante las altas horas de la noche. A las seis y media, reunión y conferencia con jóvenes universitarios. A las siete y media consultas con las dirigentes de la acción femenina. Luego, un largo recorrido por centros de trabajo nocturno para impartir asistencia espiritual a los obreros. En los intervalos, algunas visitas

encaminadas al arbitrio de fondos para servicios en favor de los jóvenes conscriptos. Finalmente, preparar dos conferencias para el día de mañana, terminar el rezo del Oficio y redactar el instructivo para la formación de grupos de profesionistas católicos. El padre repasó su libreta de atenciones, en la cual, con señas a lápiz rojo, figuraba el nombre de la señora Esteva de Fernández: asunto cooperación ingeniero Ibarra y Diéguez, casino conscriptos, urgente. Se santiguó el jesuita, tomó su sombrero y salió con pasos diligentes.

De bajada

Fue necesario que Damián Limón repitiera: —*¿Nos vamos, ya?*, y puesta la mano en el hombro de su acompañante lo sacudiera, para poner fin a la contemplación cataléptica de Juárez.

La gran ciudad, señora de los lagos, antaño, se volvía lago de luz. Inmutables, al fondo, los colosos de nieve, mitológicos, teñidos de rojo; translúcidas, las cumbres. Cumbre de cuerpo presente, cuerpo de mujer, preservada en su muerte o su sueño por manto de hielo a perpetuidad, la una. Incensario de leves fumarolas, la otra. Guardianes. Testigos. Inmutables. A sus pies, el apetito de los hombres, mudable; la transformación expansiva de la ciudad, incontenible.

—Vamos —era el registro de la voz aún en sueño.

—Si le parece, nos vamos a pie, cruzamos el Bosque y tomamos un tranvía en la Reja o en la Fuente de Chapultepec.

Juárez no respondió. Había descendido la escalinata del cementerio, con las manos en puño. Se detuvo, la vista imperturbable sobre la ciudad. Alzó la mano derecha. Hizo una mueca. Prorrumpió palabras imperceptibles. Con pasos de autómatas echó a caminar, ajeno a la compañía de Limón.

—Usted, ahora, señor Juárez, me hizo acordar de una cosa que contaba el cura de mi pueblo: una vez el diablo tentó a Cristo y se lo llevó a un monte desde donde se veía un mundo de ciudades... ¿me va oyendo o es que no le cuadra lo que?...

—Me molestan las historias de iglesia, como a usted lo que le dije de los cristeros en armas.

Tono sin réplica. Los dos hombres caminaron en silencio sobre sus alargadas sombras. El sol doraba el polvo alzado por el tránsito de los que

volvían del entierro. Gente de pueblo, a pie, iba comentando lo que había visto, enumerando los personajes que había reconocido, soltando aporósitos políticos que le sugería el espectáculo. Arrapiezos, a uno y otro lado del asfalto, jugaban corriendo, levantando tierra, gritando. De cantinas y pulquerías, que pueblan las inmediaciones del cementerio hasta la barriada del Chorrito, salían voces y cantos destemplados, estridencias de radios y sinfonolas. Arrabal de obreros, en sábado: puertas, ventanas y esquinas lo denotaban. La vida vulgar, la embriaguez vulgar seguían su curso vulgar, ajeno al movimiento de coches, tropas y muchedumbres, o acaso transitoriamente sorprendido: —¿de qué se trata?; sin esperar la respuesta o al instante olvidándola, el sábado del arrabal proseguía su ritmo de felicidad primaria, naturalizada con el paso de cortejos fúnebres a toda hora, todos los días: cortejos humildes y suntuosos, iguales todos para el vecindario que puebla el camino al panteón civil.

—Mejor hubiéramos tomado el camino de las Lomas. No que aquí, ¡tanta tierra! ¡tanto coche! —dijo Juárez con mal humor.

Estridencias de motores encarrerados, de sirenas y silbatos. Los reflejos del sol sobre parabrisas y carrocerías dificultaban el paso con encandilamientos continuos.

—¡Tanto ruido! —agregó Juárez al cabo de varios minutos. Limón guardaba silencio.

El regreso de las tropas vino a entorpecer más el tránsito. Damián Limón comenzó a sentir fastidio y cansancio: —*Esto me saco por haber venido a la curiosidad* —pensaba—, *sin tener vela en el entierro, como dice el dicho; eso es, en el entierro, exactamente.* Aumentaba el mal humor de Juárez en forma ostensible. Continuaron caminando en silencio, roto de súbito por don Pablo:

—Ya sé a dónde iba usted con esa historia de iglesia; pero a mí no hay diablo que me tiente, ni menos con riquezas, placeres y vicios de una ciudad. Son mis dioses, que a la vista del sitio escogido por ellos para establecer a su pueblo, darle poder sobre otros pueblos y exigirle sacrificios de corazones, nos hacen cargos porque no hemos podido reconquistar nuestra tierra, olvidándolos...

(—*Y dale con la misma tonada de marihuano* —pensaba Limón).

—Destruirles los templos a europeos y europeizantes, obligándolos a hacer lo que con los indios hicieron: reconstruir los *teocallis* con las mismas piedras...

—¡Ya! —exclamó el ex general exasperado— ¿y los templos que son de cemento? ¡A poco servirían!

—Y los templos de cemento, y los palacios de mármoles, y todo lo extranjero, arrasarlo sin miramiento, como ellos hicieron con toda nuestra riqueza.

—Con el monumento a la Revolución, por ejemplo, ¿qué harían?

—Arrasarlo. Y el Palacio Nacional, y el Castillo de Chapultepec, y el monumento a la Independencia.

(—*Ahora si se las tronó, y fuerte; ¿pero a qué horas que ni cuenta me di? Seria cuando acabó el entierro*).

—Porque desde la Independencia y con la Revolución fue para nosotros peor. Siquiera los virreyes no andaban con hipocresías.

—Don Pablo, don Pablo, ahora sí se me hace que usted o está loco de remate o es un mexicano renegado...

—¿Usted es capaz de decir esto? —Juárez tenía el rostro congestionado, la mirada eléctrica, cerrados los puños, como en acecho de golpear. Damián Limón se puso en guardia. Quedaron ambos frente a frente.

—¿Y usted ha vivido en destierro? ¿No dice usted que se siente todavía desterrado en su patria? ¿Cómo pues quiere defender este cúmulo de injusticias que hinchan y falsifican a la vieja ciudad sagrada? ¿Cómo no siente la indignación de todos los que somos desterrados?

Estas palabras hicieron probar a Limón el amargo recuerdo de su destierro, las humillaciones que sufrió durante veinte años en el extranjero, las hambres que padeció, las humillaciones y hambres que padece aún. Reanudó la marcha, cabizbajo, en silencio. Juárez lo siguió. Al cabo de un rato, éste volvió a hablar:

—Nos dominan los extranjeros. En dinero, en política, en religión, en costumbres. Los extranjeros, al fin, quebrantaron a Vicente Guerrero, a Benito Juárez, a Porfirio Díaz, a Victoriano Huerta...

Limón volvió a detenerse, fijando una mirada de perplejidad en su acompañante.

—Sí. Victoriano Huerta. Fue uno de los pocos —ya los conté y sólo podría agregárseles Lázaro Cárdenas—, uno de los pocos que pudieron sentir las voces de nuestra tierra. Férreo, agudo, enigmático para el terror de los blancos. Por eso lo seguí, lo serví. Hasta que cayó en las trampas de la reacción. Cercado, desesperado, hizo como que creyera o creyó que los católicos y Europa lo ayudarían contra Estados Unidos y contra los anarquistas, en vez de seguir siendo fiel a su destino profundo. Ya se lo he dicho, general...

Pasaban por una cantina en cuya puerta se hacinaban hombres del pueblo, borrachos. Limón interrumpió a Juárez:

—Pero cómo, con esta clase de hombres...

—La ciudad, lo que ustedes llaman la civilización los ha echado a perder; pero en el campo, cerca de la tierra...

—¿Zapata? Si oí bien, usted no lo mencionó.

—Era un criollo, pagado de sí mismo, enredado por maestros y licenciados, que lo envenenaban contra sus mejores gentes, y no cumplió...

—A nadie perdona usted. Es como esos, quién sabe cómo he oído llamarlos, que no dejan santo con cabeza, pues a todos los destruyen, los queman. Dígame, si se pude, lo que pensaba en la puerta del panteón, viendo la ciudad.

—No me entendería. No puede usted entenderme. Imagínese, por lo que sentía lejos de México, en el extranjero; por lo que siente, digamos, al ver a estos encumbrados de hoy, que deben su fortuna a los veteranos de la Revolución. Pero es más que la pena del destierro y de la del que ha sido robado. Es la pena del que tiene pies y no puede andar, tiene manos y no puede pegar, tiene secretos y nada puede remediar. La pena del muerto en vida. México, yo tengo el secreto de tu salud y me desprecias, me desconoces, te burlas de mí. Un día, yo, quién sabe, o algún otro como yo, te salvaremos de ti misma y de tus enemigos.

—Eso parece tono de iglesia. ¿No quiere que nos vayamos por adentro del Bosque, aquí, por esta puerta?

Dejaron la calzada de Madereros y penetraron en Chapultepec. La frescura y el sosiego del sitio serenaron a los dos hombres.

—Si no estuviera cansado —dijo Limón—, le propondría subir al cerro para ver desde las terrazas del Castillo a la ciudad, con este sol.

—No. Es lugar profanado, ultrajado por los extranjeros y los malos mexicanos, que parecen emperrarse contra los lugares que fueron de más veneración. Sólo el cerro de la Estrella, en Ixtapalapa, se les ha escapado, y muy relativamente, pues abajo hay un santuario de fanatismo; milagro que arriba no hagan una fortaleza del imperialismo, una casa de recreo para políticos enriquecidos, como este Castillo, hechura de virreyes y capricho del Hapsburgo.

—Yo no sé de historia gran cosa; pero ¿y los niños héroes?

—No quiero discutir. Yo también ando, no cansado, yo nunca me canso; pero fastidiado. ¿Ha visto los dioses rotos en las peñas del cerro, donde los grabó la sabiduría de nuestros artífices? Aquí era el sitio de retiro en que hablaban a nuestros señores.

Buscaron asiento y guardaron silencio. Limón fue otra vez el primero en hablar:

—¿Quiere que le hable con franqueza? Yo no entiendo su canción de siempre: reconquistar a México, mandarlo, hacerlo grande; si no se le caen de la boca las amenazas de acabar con todo. ¿Andaríamos de taparrabos? ¿Mataríamos prójimos? ¿Y el progreso en los años que han pasado?

—No, usted no es capaz de comprender. Se lo diré, sin embargo: se trata de tener el dominio de la tierra y hacer leyes propias, no copiadas de otros países. Todo lo que se oponga, tirarlo. Y lo que se someta, tolerarlo, vigilándolo sin descanso. Hay cosas que desde luego sabemos que no se someterán de veras, aunque lo aparenten: la religión católica, por ejemplo: ¿qué pasó después de Juárez y de Calles? Otra cosa: el imperialismo. Las tentativas de revolución han terminado vergonzosamente: la de Independencia, con los Tratados de Córdoba, llamando a un príncipe, que si no fue borbónico, resultó peor: un criollo; la de Reforma, con los agasajos al Secretario de Estado norteamericano, y si no con la letra, con el espíritu del Tratado MacLane.

—Protesto enérgicamente, por el dolo de su afirmación.

—La de Madero, con los Tratados de Ciudad Juárez; la Constitucionalista, con los Tratados de Bucareli; la Callista, con la

diplomacia de huevos y jamón dirigida por Morrow; la Cardenista, con el Nuevo Trato del Buen Vecino y... ¿cierto?

—No, no; usted es un embaucador...

—Todas comienzan bien, destruyendo lo que se les opone. Usted lo sabe mejor que yo. Luego...

—Allí está. No es posible.

—Sí es posible. Lo que ha hecho falta es el hombre o los hombres que no se doblen, que no se quiebren. Pero usted no puede comprender, porque su espíritu está hecho por lo que se llama progreso.

—¿Acabarían ustedes con las máquinas, con los teléfonos, por ejemplo?

—Esto es de lo que puede someterse a nuestro dominio, a nuestro plan de Gobierno. Es inútil: usted no entenderá. Mejor es que cambiemos la plática. Cuénteme su destierro.

—Y usted ¿por qué mejor no me cuenta algo de su historia? Casi nada sé de lo que le haya sucedido en la vida.

—Yo no tengo pasado personal. Yo soy sólo futuro. Mi pasado es mi gente...

—Sus ídolos ¿no? ¿ve cómo aprendí ya?

—No estoy ahora para tolerar burlas.

El estadista latente se puso en pie, resuelto a separarse de su acompañante.

—Señor Juárez, no se sulfure. Soy su amigo. Lástima que no pueda ofrecerle una copa en la primer cantina, para que brindáramos por sus planes. En serio. Yo como que lo comprendo; pero cuando a uno lo aporrea la vida, se vuelve incrédulo al imaginar cosas grandes, al estilo de las que dice usted. Yo ¿qué más quisiera? Yo sigo siendo revolucionario de verdad: quitarles las tierras a los extranjeros, a los que las han mal habido; hacer nuestro el comercio; desterrar el fanatismo romano y también el gringo protestante; gobernar para nosotros mismos, de acuerdo con lo que somos, y hacer que nos respeten las naciones extranjeras, como dicen los discursos.

—Pues eso es.

—Pero es que los mismos mexicanos ayudamos a echar zancadilla.

—Lo que yo digo: desde Cortés y los españoles ha sido la misma historia; no faltan malinchistas que les hagan el juego a los conquistadores.

Lo estamos viendo: abogados a sueldo de las empresas extranjeras; periodistas vendidos a los intereses ajenos, que no se timentan en desprestigiar a los hombres capaces de acaudillar la reconquista; chusmas que gritan conforme les pagan; indolentes que se dejan arrastrar...

—Estamos amolados.

—No hay que dejarse caer. Hay que levantar cabeza y hacer conciencia.

—Es bonito lo que acaba de decir. Usted hubiera sido mi secretario...

—¿Secretario yo?

—Mi consejero, pues. Quise alabarle la frase. No se fije, si me salió mal.

—Ni secretario, ni consejero. Cuando llegue mi hora, sólo seré jefe. ¿Por qué aguanto una vida como la mía? ¿cree usted que no he podido ser segundón de cierta importancia? Así es como los hombres comienzan a quebrarse o doblarse. Yo me reservo a ser primera figura, o nada.

—Bien dicho: hacer conciencia. Me gusta de veras la frase.

—No es una frase, sino una necesidad, un programa. Pero cuénteme cómo van sus negocios.

—Sin esperanza. Como la última vez que nos vimos en Palacio. Vueltas y vueltas, no más.

—Pero amigo; haberme dicho que tenía una palanca como la de la señora del coche...

—¿Cree que puede conseguirme la pensión con mi grado de general y mi antigüedad?

—Hombre, ¡claro! Por lo que vi. ¿Se fijó cómo la saludaban el Presidente y los Ministros?

—No. El orgullo, primero. Hasta preferiría ponerme a trabajar aunque sea de cuidador de coches, o lo primero que saliera. Ya no hay ni a quién seguir sableando. Todo antes que irle a pedir frías a... ¡Eso no!

—Pero si se las ofrecen. Digo: no las frías. Bien se ve que la señora quiere ayudarlo.

—Limosnero yo, si usted quiere; pero con garrote, como dice el dicho.

—Por eso me simpatiza y por eso conozco que usted es mexicano de los buenos. Muriéndose de hambre, pero sin que les quiten su orgullo. Lo invito a tomarnos unas cervezas y a jugar dominó; es mi costumbre de todos los

sábados al salir de la oficina; no más que ahora, por tener que venir... Ya se lo dije: yo no tengo vicios; ésta es una costumbre higiénica: la malta y el lúpulo de la cerveza son estomacales, regulan el organismo; y juegos como el dominó despejan y ejercitan el cerebro. De más a más es la única distracción que tengo cada ocho días. ¿Comprende?

—Pero qué: ¿la cerveza no es extranjera? ¿y el dominó? ¿Por qué no mejor el pulque y el timbirichi, o tequila, mezcal, comiteco? —preguntó Limón en tono irónico.

—Acabo de decírselo: hay cosas extranjeras que podemos hacer nuestras, como la cerveza y el juego del dominó, que no pueden poner en peligro nuestro poderío. El dominó es también una práctica de estrategia, útil.

—Por mí, vamos a entrarle a la cerveza; pero que conste: le quedo debiendo estas paradas que me ofrezca. No me gusta dejar de corresponder a los amigos. Es lo que más me mortifica de mi situación: yo, un general veterano, parecer y andar de colero.

—No ande con esas cosas, mi general. ¿Para cuándo son los amigos?

—No más me cambie la suerte, verá qué bola de gusto, y cómo me voy a desquitar de la perra vida.

—A propósito de lo que hace rato dijo: desterrar el fanatismo romano, mi general, una curiosidad: qué, los reaccionarios, la mochtanga ¿no lo invitaron a juntárseles contra Calles cuando se le sublevaron en el llamado conflicto religioso? porque siempre han querido nadar con bules ajenos.

—Óigame, amigo, ¿por quién me tiene otra vez? ¿a quién se le puede ocurrir tamaño disparate?

—Bueno: es que, según su costumbre, ocurrieron y consiguieron la junta de antiguos militares, picándoles despechos. Y creo natural que alguien desterrado, ninguneado, quiera brincar las trancas; para desquitarse a cualquier precio.

—Sigue ofendiéndome, señor. Yo no tengo precio. Si por algo vine, por mi admiración a Calles, que tuvo mano dura contra los fanáticos, a pesar de todos los pesares. Después de todo, ¿a qué viene la pregunta? ¿quiere calarme, usted, tan antimocho, diz que tragacuras? Yo sí que soy, y usted lo sabe, de sobra, yo soy anticlerical de los que no se quiebran.

—Es que les hicieron tanto la lucha...

—¡Pobres! No tenían esperanzas cual ningunas. Y en el imposible caso de que hubieran ganado (pero qué imposible de imposibles), que hubieran llegado al poder, újule, hubiera sido un desgarrate de todos los judas, no tanto por volver detrás de Juárez, pero más, porque no estaban hechos para entender al pueblo y poderlo mandar. Habría sido peor de lo que llaman la Inquisición.

—Le concedo toda la razón. Criollos. Ni para insignificantes trámites administrativos podrían servir; porque a nosotros, los de base y con experiencia, pero de hueso colorado, a las primeras de cambio nos hubieran cesado, torcido, fusilado. Perfumados. Divididos entre ellos mismos por ambiciones. Resentidos desde Maximiliano y don Porfi...

—No lo dice ni por usted ni por mí.

—Ora es usted el que me trata de fregar.

—No, ya, punto y aparte. Vámonos a la cervecita y al dominó.

—Pero, no hable de ceses ni fusilamientos. Casi lo mismo. Usted, como en la canción que dice: —*Juárez, no debió de morir, no debió de morir...*

Buscaron la salida del Bosque por el Cambio de Dolores, y allí subieron a un tranvía, que los condujo al centro de la ciudad.

Por nada Juárez quebrantaría su costumbre de ir a la misma cantina, como todos los sábados, aunque tuviera que recorrer el aborrecido camino de todos los días, y se acercara, como todos los días, al sitio de su confinación burocrática.

La catadura de poseso que revistió Juárez cuando desde la puerta del cementerio contemplaba el panorama de la ciudad y del valle, había sorprendido al cinematografista Max Goldwyn, quien empujado por la multitud, topó con aquel sujeto inmóvil, en medio del bullicio, como árbol o poste; volvió los ojos el norteamericano y la expresión del indígena lo llenó de pasmo: era una máscara satánica, la terrible figura de dios antiguo, ídolo de piedra y de sangre, congestionado el rostro bronceado, cenizo, a punto de romperse las venas, y los ojos de obsidiana, centelleantes.

—¿Qué pasa? —preguntó don Santos Munguía al ver que su acompañante se retrasaba; siguió el rumbo de sus miradas y halló la cara demoniaca:

—La estatua que ahora nadie se atreve a fabricar. Horrible. Admirable. Da miedo y respeto. Usted tiene razón. Así es como imagino a Huitzilopochtli.

Goldwyn y Munguía vieron la terminación del rapto, el ademán amenazante del sujeto con los puños cerrados, contra la ciudad, y el modo de sonámbulo con que bajó las gradas del pórtico, acompañado por otro sujeto mal vestido. Iban a proseguir hipótesis acerca del caso, cuando escucharon las voces del licenciado Joaquín Lizardi, que los llamaba:

—*Mister* Goldwyn, se me había perdido entre la bola; los busco hace rato. Y Cumplido ¿nos dejó plantados?

El norteamericano soltó la carcajada (—*éste nos busca porque lo dejaron plantado*); dijo que fiel a su apellido, el periodista, cumpliendo su oficio de cazador de... opiniones, había hecho caza mayor, sin mucho premeditarlo, haciéndose invitar por el ingeniero Ibarra y Diéguez, en cuyo coche lo vio subir. Goldwyn añadió con sorna:

—Robó partido. ¿Veramente usted no ver? Yo pensar. Yo decir aquí al *mister*, nos dejan a obstetras: llevarlas con coche, devolverlas a pie.

Imperceptiblemente Lizardi se mordió los labios, echó a broma el dicho de su amigo y los invitó a seguirlo en busca del automóvil. Munguía quiso allí despedirse. Goldwyn se opuso, secundado fríamente por Lizardi.

—Soy curioso por oír historia prometida; o venir aquí, o yo acompañar a usted; pero no dejamos a *mister* licenciado, suba, suba, yo querer.

Ya dentro del automóvil, el norteamericano siguió en el uso de la palabra:

—Si permiten, yo invitar a ustedes a tomar algo por platicar. Tomar té juntos. Y comenzar usted, *mister*, historia suya.

Lizardi se disculpó de acompañarlos y convinieron en que los dejaría en algún restaurante del centro. A la insistencia de Goldwyn, don Santos Munguía reanudó su relato:

—El señor Cumplido juega llamándome Degollado, porque primero me llamo Santos, como aquél, y después porque yo también fui siempre derrotado, y siempre volví a rehacer mi gente para seguir en la lucha, cuando decían que Calles trataba de acabar con la religión. Yo tenía en Irapuato una sastrería bien acreditada, que tiempo me faltaba para dar

atención a la clientela. Comencé a descuidar el negocio, a dejarlo en segundas manos, a medida que la situación se agravaba y mis deberes de católico militante me reclamaban en otras actividades; con frecuencia salía de Irapuato para cumplir comisiones o recibir instrucciones; acepté hacerme cargo del movimiento en la región comprendida entre La Piedad y Celaya, por un lado, y hasta Yuriria por el otro; me relacioné personalmente con los directores de la Liga Defensora de la Libertad Religiosa, que trabajaban en Guadalajara; mi amigo de más confianza era un muchacho muy simpático, muy ladino: Miguel Osollo se llamaba; no, se llama, y quién sabe si ustedes lo conozcan, porque ahora es un jesuita famoso; yo lo conocí desde 1924, que fue a Irapuato a reanimar la A. C. J. M. y desde un principio simpatizamos; yo lo admiraba cada vez más por su carácter alegre, por su agudeza, por su actividad incansable. Ya decidida la sublevación, me acompañó a prepararla en varios puntos del Bajío; yo lo acompañé a León, a Lagos, y luego estuve con él en Guadalajara, cuando se decidió la fecha del levantamiento y en un momento solemne juramos luchar hasta morir en defensa de nuestra causa, invocando a Cristo Rey y a la Reina de los Mártires. Fue a fines de diciembre de 1926. Osollo quiso que antes de ponerme al frente de los que se sublevarían en Salamanca, sitio convenido para concentrar a la gente de la región que se me había encomendado, estuviera yo en el alzamiento de León, señalado para el día tres de enero; una primera traición descubrió la conjura y, antes de pelear, fuimos derrotados, más que por otra cosa, por nuestra ingenuidad, a resultas de lo cual cayeron en una trampa y sin juicio previo fueron muertos bajo la «ley fuga» seis de los mejores muchachos con que la causa contaba en León. Sin asustarme ni desalentarme, partí esa madrugada misma a Valle de Santiago y no tuve reposo en los preparativos de la nueva sublevación. Los de México no habían cumplido la promesa de hacer llegar a puntos convenidos las armas y el parque para dotar a dos mil hombres; unos cuantos cartuchos mandados entre costales de papas —eso sí: en carrilleras de manta, primorosamente cosidas, que daban testimonio del fervor femenino—, habían llegado por las estaciones vecinas a Salamanca. Mi preocupación fue conseguir armas, aun antes de que me ordenaran hacerlo, por las dificultades con que tropezaban en México para traerlas. La gente

comprometida se impacientaba. Se impacientaban los directivos de México y de Guadalajara. Osollo vino con unas cuantas carabinas, que no llegaban a veinte, y con la promesa terminante de que para el cinco de febrero tendríamos quinientos máuseres, con lo que, iniciado el movimiento, fácilmente desarmaríamos a las guarniciones de pueblos pequeños y duplicaríamos el armamento; traía orden de dar el golpe la noche del mismo cinco de febrero, cosa que celebraba mucho, por ser ese día el aniversario de la Constitución, que odiaba Osollo; me arrebató con su fe y con su entusiasmo; desbarató mis dudas; me dejó ir; visitamos a los comprometidos para darles la consigna de concentrarse al atardecer en Salamanca. Todavía no sé ahora si se nos olvidó tomar precauciones elementales o, si pensando hacerlo, dominó, por lo menos en mí, la misma ciega confianza que cuando niño tenía de que los invasores norteamericanos huirían con sólo ver enarboladas la Cruz y la imagen de la Guadalupana; el caso es que no nos preocupó lo que pudieran hacer el pequeño destacamento y la policía de Salamanca, ni les dimos importancia, atareados como estábamos en hacer que no faltara ninguno de los comprometidos, y en conseguir más armas, para el caso de que fallaran otra vez los ofrecimientos de México, según sucedió, y ya ni modo de dar contraórdenes la víspera de la concentración, y aunque hubiéramos tenido tiempo, no nos habrían dejado darlas ni el valor que sentíamos, ni la seguridad absoluta del triunfo, con ayuda sobrenatural.

—Eso recordar a mí la historia leyendaria de Santo Santiago peleando conquista *of* América. Tiempo no cambia en estos países —comentó Goldwyn.

—Cierto. Nada menos, al llegar los primeros contingentes, venían cantando alabanzas religiosas y rezando el rosario, que no pudieron oírse mis órdenes de avanzar unos al cuartel y a la presidencia; otros a la estación; se dirigieron todos a la iglesia, olvidando a lo que venían, el riesgo que corríamos, o entendiendo así el papel de soldados de Cristo, que no necesitaban más que plegarias; parecía una peregrinación al Señor del Hospital.

—Yo conocer bien mentalidad, ésta.

—Pues dimos tiempo a que las pocas fuerzas del gobierno se juntaran, tomaran las alturas, y otros se hicieran fuertes por el rumbo de la estación, comenzando la carnicería de la muchedumbre indefensa. Muy pocos reclamaron armas. La multitud respondía a los balazos con cantos y rezos y gritos de *¡viva Cristo Rey!* enardecidos por la matanza, queriéndose lanzar a cuerpo limpio contra los agresores. No pasábamos de cien los que teníamos armas, que no sabíamos usar en la confusión. Y mientras, seguían desembocando en la plaza cientos y cientos de hombres y mujeres, que redoblaban sus cantos y sus aclamaciones a Cristo Rey.

—Comprender. Lo mismo que yo ver a hoy, por el rumbo de juntas a sinarquistas. Admirable repetir suceso. Gente no cambia. Digo: espíritu a pueblo.

—Exacto —terció Lizardi: —el fanatismo lo llevan en los huesos y pasa de padres a hijos. Por eso el sinarquismo es un peligro nacional.

—¿Peligro? ¿Por qué? —preguntó Munguía.

—No distraer en comentarios a hoy. Después. Adelante *history, mister* —dijo el norteamericano.

—Gente buena. Más que dejar de oírnos que se retiraran, se negaban a obedecernos, haciendo actos heroicos para trepar y bajar a los agresores. Ya venían los de la estación, y nos agarraron a dos fuegos. Comenzó la desbandada, dejando no sé cuántos muertos entre hombres, mujeres y niños. Muchos ancianos. Así es la fe de México.

—Burlada por sus directivos —volvió a decir con énfasis el licenciado Lizardi—; no lo digo por usted, que según dice fue víctima también de los caudillos escondidos en la capital.

—Mucho hay de lo que dice usted, licenciado. Y como después yo no he tenido pelos en la lengua para cantárselos, es por lo que me llaman tráfuga. Hoy mismo, a propósito del sinarquismo, la buena fe de los campesinos es explotada por unos señores de saco y pantalón, que tratan de mover esa fe y ese entusiasmo, como si manejaran títeres. Yo tengo amarga experiencia.

—Eso interesarme mucho. Adelante con historia.

—Logré juntar a muchos dispersos y tomamos el camino del Valle, tratando de alejarnos de la vía del ferrocarril. No voy a contarle las

penalidades que sufrimos. A nadie quise detener; pero muy pocos desertaron; antes iban juntándosenos más hombres, deseosos de reponer la derrota de Salamanca, que de verdad no puede llamarse derrota. Logramos cruzar las líneas de peligro, tener comunicación con la gente de Jalisco y reunirnos por el rumbo de Ayo el Chico, presentándome con doscientos hombres, la mayoría sin más armas que una honda y una saca de piedras; pocos tenían machetes, cuchillos o algún instrumento de labranza: rozaderas o yugos, que pensaban usar como armas; entre carabinas y pistolas llevábamos docena y media, con muy poco parque; pero había mucho entusiasmo.

—¿Y el desengaño porque los de México no habían cumplido sus ofrecimientos? —preguntó Lizardi.

—No pensábamos en eso.

—¿Y su amigo a hoy sacerdote? —preguntó Goldwyn.

—Pudo escapar. Es afortunado para las escapatorias. No llegué a verlo sino mucho tiempo después, porque primero lo aprehendieron en la capital, escapó de que lo fusilaran, estuvo en las Islas Marías, lo dejaron salir por enfermo, con la condición de que saliera para los Estados Unidos, volvió a escaparse y se nos juntó en el campamento de Cerro Gordo. Le decíamos que tenía siete vidas. Él decía que tenía mil. Llegué a creerlo, por la forma en que se exponía. Figúrese: conocido como era, no había mes que no entrara en alguna ciudad importante, sin disfrazarse. Iba sobre todo a Guadalajara. Y no así como así. Sino exhibiéndose. Me tocó acompañarlo en más de una ocasión. Yo le iba a la mano en sus locuras. No me hacía caso. Sus viajes eran al mismo tiempo en desempeño de comisiones y para divertirse, desquitándose de los trabajos que pasaba en campaña. Daba rienda suelta a su carácter impulsivo y amuchachado, como si no tuviera la dura experiencia que tenía, o ignorara que al caer en manos del enemigo, ahora sí no habría escapatoria. Yo creo que precisamente por esto, lo que de severo tenía en el campo, estallaba en la ciudad hasta llegar al aturdimiento. Le gustaba juntar amigos en restaurantes céntricos, donde su alegría se desbordaba y a veces acababa en escándalos. *La Alemana*, una cantina frente a la estación, era en Guadalajara el sitio preferido para esas reuniones, y su gusto consistía en ver cubiertas las mesas con docenas de

grandes tarros vacíos de cerveza —les cabía medio litro y se llamaban *púlpitos*—, mientras iban rindiéndose los diez, doce, quince amigos que lo acompañaban; entonces recrecía su buen humor, buscaba *mariachis*, y desafiando el peligro de ser identificado, llevaba *gallos* a familias, no siendo raro que los terminara en las inmediaciones del antiguo Seminario, donde se hallaba la Jefatura de la Zona militar.

—Tipo grande. Siempre interesarme caudillos en conservador. Leo mucho de general Miramón, que gustaba también divertirse. ¿Su amigo, mujeriego?

—Tenía muchas amigas, y yo siempre le noté que trataba de quedar bien con ellas. Les contaba sus hazañas, les mandaba regalos, les llevaba *gallos*. Tuvo una novia que trabajaba en las brigadas femeninas de nuestro ejército y que murió al explotarle unos cartuchos de dinamita, en el momento en que iban a aprehenderla. Este suceso fue lo que motivó un gran cambio en mi amigo. Se hizo más exigente, más incansable y tremendo en el campo; más encarnizado con los enemigos y más alborotador en sus expansiones, cuando iba a las ciudades. Parecía querer ahogar en ruido su recuerdo. Le dio por bailar, él, que siempre había sido enemigo del baile. Armaba camorras por cualquier cosa: por ejemplo, cuando algún amigo rehusaba sus invitaciones o no quería seguir tomando más de la cuenta; llegó a manifestar su falsa alegría disparando tiros, él, que siempre fue cauto en esto; sacaba la pistola con cualquier motivo. Una vez, aquí en México, en la casa de asistencia donde nos hospedábamos, comenzó a bromear con compañeros suyos y acabó tirándoles balazos a los pies, para que bailaran, con el escándalo que ustedes imaginarán; otra vez, en León, fue a buscar a un amigo con gran alboroto, y como salieran sus familiares diciendo que no se hallaba en casa, Osollo disparó sobre la puerta, sembrando el espanto. Pero volviendo a la cuestión de mujeres, yo nunca vi ni supe que pasara de cierto límite, y hasta lo bromeaban sus compañeros diciéndole que a la hora de la hora se les rajaba y era puritito pico. Sí, era raro con las mujeres; en el fondo, como que les tenía vergüenza y miedo, a pesar de lo mucho que disimulaba, esforzándose por parecer diestro en esos achaques.

—Intereso conocerlo. ¿Yo poder?

—Yo no lo he vuelto a ver, desde que se fue de jesuita. Me han dicho que vive aquí; sé que tiene mucha fama; pero como yo me aparté por completo de todo eso, no le puedo decir dónde lo encontraría usted. He sabido que cambió por completo.

El coche de Lizardi había cruzado el Bosque de Chapultepec, bordeando el lago, y en esos momentos desembocaba en el Paseo de la Reforma.

Don Santos Munguía, después de un momento de silencio general, reanudó la plática:

—Osollo era lo mismo de arriesgado, y quién sabe si más, en campaña. De nada servía que le llamaran la atención los jefes, los compañeros y, desde México, los directores de la Liga, que suponiéndose mariscales supremos, aunque bien ocultos, metían la cuchara en todo, hasta en detalles, a muchos kilómetros de distancia y sin conocer la situación real en que operábamos, llegando a ser un estorbo con sus exigencias, con sus intromisiones y sus intrigas, que nos llenaban de desaliento y nos hacían trinar de coraje.

—Me importar saber mucho eso de notables.

—*Viejos bobos o chochos* era como les decíamos en confianza, sin hacerles mayor caso. A veces parecían aliados de Calles para detener y hacer fracasar el movimiento. Si nos hubiéramos atendido a lo que mandaban, la lucha se liquida en poco tiempo. Y éste lo perdíamos en idas y venidas, en papeleos, en explicaciones, en deshacer intrigas. Todo eran trámites y formalismos, hasta que los jefes regionales pusieron como condición para seguir, el tener mando efectivo, que a tiras y tirones les fueron concediendo, aunque de hecho, antes, lo tomábamos, porque de otra suerte nada hubiéramos avanzado. Esos estorbos, yo creo, fueron en gran parte lo que, molestándonos, hiriéndonos en lo vivo a los que diariamente andábamos exponiendo la vida, pues los tomábamos a desconfianza y a presunción de los *viejos*, hacían que gentes como Miguel Osollo buscaran esos ruidosos escapes al hallarse francos del servicio, y desafiaran el peligro sin tener ninguna prudencia. El peligro era para Osollo como un deporte. Sus ardides y temeridades llegaron a ser cosa de leyenda. Parecía que andaba jugando con los federales y haciéndoles travesuras. Los provocaba de lo lindo. Tenía ingenio para ponerles trampas y hacerlos caer o correr. En

Zapotlanejo, no más al frente de cien hombres, capturó y desarmó a más de trescientos gobiernistas; el caso fue así: acercándose por caminos poco transitados, apostó siete clarines en puntos estratégicos, para dar la impresión de que la plaza se hallaba completamente cercada; dividió en dos grupos a la gente, y al sonar las doce de la noche, comenzó el toque de fuego por todas partes y, como avanzada, lanzó por la calle real veinte mulas brutas que llevaban botes amarrados a las colas, y cohetes, haciendo gran estrépito en los empedrados de la población, tras de lo cual vino el ataque por dos rumbos, pero simulando que se hacía por todos lados, pues los clarines habían sido provistos de grandes cohetones en ristras; llenos de miedo, fueron rindiéndose los federales, y ya para la madrugada sólo quedaban unos cuantos posesionados de la torre, que pronto se ocultaron, por los certeros disparos que les hacíamos cada vez que asomaban las narices; era necesario desalojarlos antes de que les llegaran refuerzos; entonces Osollo mandó echar abajo la puerta del caracol, arrojar allí varias cargas de chile y prenderles fuego; pronto apareció en la torre una bandera blanca...

—Así se hacían las guerras en el año del caldo —dijo el licenciado Lizardi.

—Así se hacen las guerras populares, dirá usted, señor licenciado —respondió Munguía—, pues cosas por el estilo eran el pan de cada día en la lucha religiosa, faltos como estábamos de recursos y necesitando cogérselos a las tropas del gobierno, por medio de sorpresas.

—Mucho interesante los modos primitivos de guerra latinoamericanos. Parientes a carlistas y a los que pelean a Napoleón.

—En poco tiempo creció la fama de Osollo y comenzaron a llamarlo, hasta en la capital, el Anticalles y el Macabeo. Era un rayo: amanecía dando albazos en Arandas o en Atotonilco, y a la noche, después de penosas marchas, caía en Jalos, en San Juan, en Teocaltiche, donde menos se le esperaba. Llegó algunas veces a dar al enemigo el santo y seña de movimientos, que luego cumplía, retirándose con rapidez para caer en sitios distantes, que aquél dejaba desmantelados. En cierta ocasión hizo público que pasaría de la región de los Altos al sur de Jalisco; burlando la vigilancia, cruzó la línea del ferrocarril, se hizo sentir por un golpe de mano

en Santa Ana, casi a extramuros de Guadalajara, y cuando las tropas quedaron destacadas en gran tenaza desde Ameca y Cocula, por un lado, y desde Sayula y Atemajac por el otro, se supo que había ganado las faldas del Nevado de Colima, ya unido con las fuerzas del general Degollado. Después de tantos años, todavía sigo pensando que si le hubieran dado el mando supremo, se habría resuelto el asunto de otro modo; pero los notables, como hemos venido diciendo, juzgaban que Osollo era muy joven y muy atrabancado; presumían de prudentes y a la mera hora sólo se les ocurrían imprudencias desesperadas; prefirieron buscar a un general del antiguo ejército, diz que con mucha técnica, y le dieron la jefatura militar, aunque pronto tuvieron dificultades con él, entre otras cosas porque éste, como buen liberal, se empeñaba, y al fin consiguió, que la bandera del movimiento sería la restitución de la Constitución de 57, no más reformada en algunos de sus artículos, en vez de proclamar francamente, como quería el bando a que Osollo pertenecía, la reunión de un Congreso Constituyente.

—¿Qué hizo el amigo suyo con ese jefe superior?

—Si estábamos al servicio y éramos como ministros de la causa de Dios, nuestro primer deber era ser disciplinados hasta el sacrificio, que aceptábamos con gusto.

—Decía usted que a los viejos no les hacían caso.

—En los detalles que querían imponernos sobre el campo de los hechos, o cuando tardaban en resolver situaciones imperiosas; pero en las líneas generales los obedecíamos, aunque discutiéndoles muy fuerte lo que no nos parecía bien, y a reserva de hacerlos cambiar con repetidas observaciones; en último caso, dejábamos a su conciencia y responsabilidad el resultado de sus órdenes. Era otra lucha continua dentro de la lucha.

—¿Dónde quieren que los deje? —preguntó con tono seco el licenciado Lizardi, cuando pasaron frente a la Alameda.

—En esquina con San Juan de Letrán —respondió Goldwyn.

Allí descendieron, y el norteamericano propuso a Munguía que anduvieran por la calle de Madero.

—Parece que la conversación molestaba a su amigo el abogado —dijo don Santos.

—Posible. O haber fracasar en proyectos que llevó por cementerio. ¿Preferir aquí, Sanborns, para tomar té o algo popular? ¿café? ¿cerveza?

Munguía dejó el sitio a elección de su acompañante, y éste, afirmando que los sábados le gustaba observar tipos que se pasaban la tarde y la noche dentro de las cantinas, propuso que fueran a una en las calles de Guatemala y Argentina, cerca del Zócalo.

Mientras caminaban por Madero, don Santos manifestó deseos de saber la historia del norteamericano, desde su escapatoria de Querétaro. Goldwyn ofreció contarla luego que Munguía terminara el relato iniciado y la explicación de su desvío hacia la militancia católica.

—Ya le dije: yo tenía la mala suerte de hallarme en las derrotas, aunque pronto rehacía elementos para seguir la lucha. Osollo, con muy buen sentido, hizo que me dieran comisiones de intendencia y con ese motivo pude tratar a los dirigentes que se hallaban en México.

—*All right*. Eso interesarme.

—Pasó tiempo para que de los intermediarios llegara a las meras cabezas, y esto con sin fin de misterios, juramentos, precauciones, que estuvieron a punto de hacerme perder la paciencia, de no haber andado de por medio mi entusiasmo y el ansia de servir a los compañeros expuestos a tantas penalidades. Bueno: yo comprendía la necesidad de precaverse; pero se me hacían ridículas tantas muecas como de masonería: contraseñas, claves, fórmulas y hasta maneras de vestir; luego de traerme a vueltas, para despistarme, llegábamos a grandes mansiones, unas veces muy sombrías, y otras iluminadas como para fiestas; mis primeras entrevistas fueron a oscuras o detrás de cortinas; poco a poco, ganándome su confianza, fui conociendo a los proceres de la causa, y me fueron desilusionando: había de todo: fanfarrones, miedosos, arrebatados, divagados; pero en todos descubrí que eran ilusos, que hacían castillos en el aire, que no se daban debida cuenta de las penalidades que sufrían millares de hombres miserables, llenos de fe. Nosotros también, a su imagen y semejanza, éramos ilusos; pero de cuán distinto modo: ellos en sus mansiones, ocultos en sus comodidades; nosotros, a campo raso, entre toda incomodidad, expuestos a la sorpresa de balaceras, la vida en un hilo, día tras día, hora tras hora.

—Recuerdo que manifestando a uno de estos señorones el abandono de que se quejaban los jefes militares, pues hacía más de dos meses que no recibían recurso ninguno, —«Mire usted —me dijo—, dígales que pronto la intervención norteamericana favorable a la causa será un hecho, pues contamos con el embargo de armas para el callismo, mientras nosotros recibiremos envíos de importancia; la Casa Blanca está cansada ya de saber los desmanes de la pandilla bolchevique, y la cuestión del petróleo dará la puntilla al turco; en señal de que no olvidamos a nuestros hermanos de lucha, llévele estos gemelos al general en jefe... ¡ah! también andamos en pláticas con unos cabecillas zapatistas que fueron famosos y que prenderán la mecha desde Guerrero hasta el Distrito Federal. Pronto van a recibir instrucciones para un movimiento envolvente que termine con la toma de la capital». Y era cierto que unos cabecillas zapatistas, como tantos otros aventureros, explotaban la ingenuidad de los señorones, sacándoles dinero, mientras a nosotros nos dejaban colgados semanas y meses. —«¿Qué le parece a usted lo de los gemelos?» —«Mejor me hubiera mandado una caja de chocolates» —dijo el general. También descubrí que había pugnas entre los dirigentes, y celos. Me dio tristeza ir viendo todo eso. Pero aguanté, con la esperanza de irles abriendo los ojos. Un buen día nos llegan rumores al campamento de Cerro Gordo: todo ha terminado, se hicieron arreglos con el Gobierno. Los rumores arreciaban, sin que los creyéramos, o creyéndolos una trampa del enemigo, porque ninguna noticia segura recibíamos de México. Entonces me mandaron a informar. —«Sí —me dijeron los señorones, con frescura, unos, y otros con fingida o verdadera contrariedad —, hay que rendir las armas: el Gobierno dará salvoconductos y dinero para que vuelvan a sus casas nuestros hermanos». —«Pero, ¿cómo? sin habernos tomado parecer, sin siquiera avisarnos de lo que se trataba». —«Es inútil discutir. Anoche salió para Jalisco una persona que lleva instrucciones. Deben atenerse a ellas». —«¿Hasta anoche, si según acabo de saber, llegando a México, los arreglos se hicieron hace ocho días?» Uno de los que parecían más contrariados, me tomó aparte y me dijo: —«Hermano, recíbalos como una prueba de Dios, una prueba más; a nosotros tampoco nos pidieron consentimiento ni opinión; debemos demostrar que peleábamos por una causa santa y que nos sometemos, para que no se juzgue que había

de por medio intereses mezquinos» —me apretó junto a su pecho y le rodaron dos lagrimones.

—Ser magnífico.

—Volví al campamento y efectivamente, a los ocho días del pacto, se habían recibido las instrucciones de la Liga; lo que nos esperaba, lo supimos al ser muerto, dentro del armisticio, el Padre Pedroza, uno de los jefes.

Conmovido, Munguía se detuvo en la esquina de «La Esmeralda» y guardó silencio.

—Permítame que me calle. Comprenderá...

Goldwyn lo tomó del brazo y, sin hablar, continuaron caminando hasta la calle de La Palma. De pronto, Munguía reanudó la charla con brío:

—Cuando hasta los obispos nos abandonaron, dejándonos al aire de toda desgracia, el temple de la gente brilló. ¡Qué gente buena! Obedecieron, tragándose las lágrimas, ésas sí, lágrimas de hombres, a los que les importaba menos el destino que se les esperaba que la traición que sentían en el fondo del alma.

—Como notables a salir en escondites, a buena vida, que nunca dejan tener.

—Pronto fue sabiéndose de compañeros muertos en sus tierras o en camino. Yo me vine a vivir a México. Entré a trabajar de mozo en la Escuela Preparatoria, esperando algún empleo mejor, para ver si podía establecerme otra vez en mi oficio. ¿Usted conoce la Preparatoria? ¿los monos pintados allí en los corredores? ¿se acuerda de los del segundo piso? unos catrines y catrinas, con unos padres y otras cosas de iglesia. El primer día que los vi, me dio coraje; hubiera querido borrarlos; a fuerza de verlos, les fui hallando sentido: se parecían a los señorones con los que había tratado; estaban que ni mandados a hacer; me dio gusto verlos ridiculizados en esa forma; reconozco que fue mal sentimiento de rencor, de venganza, por no poder hacer otra cosa en su contra.

—*All right*. Legítimo. Exacto. Ser ellos.

—Y desde entonces no se me quita una idea: cómo estos emboscados, trepados en la buena fe y en el martirio de millares, hubieran podido

gobernar. Y llego a la conclusión de que no, de ningún modo. Su irresponsabilidad... ¡bueno!

Habían ido caminando con dificultad entre aglomeraciones que las tardes de los sábados congestionan esa zona comercial. Munguía dilataba las paradas a fin de no interrumpir la continuidad enfática de sus palabras, dichas con creciente firmeza. La muchedumbre los empujaba.

Desembocaron en la Plaza Mayor de la ciudad y por unos momentos quedaron en muda contemplación de la vasta perspectiva. Luego, uno y otro quisieron preguntarse mutuamente lo que pensaban. Fue don Santos quien rompió el silencio:

—No sé por qué, pero por más años que llevo de vivir en México, siempre que veo el Zócalo, aunque ande de prisa, siento lo mismo que la primera vez: una especie de sueño, una especie de mareo. ¿Por qué le dirán *el Zócalo*? Me chocaba el nombrecito al principio; contra viento y marea yo decía «plaza de armas»; luego me acostumbré y seguí el uso de todos. ¡El Zócalo! Por aquí mismo llegué la primera vez, por esta misma bocacalle. Me quedé boquiabierto, como luego dicen. Recuerdo que vine a una peregrinación guadalupana, el año de 1922. ¡Qué monstruosa y pesada, pero qué imponente se me hizo la Catedral, que yo había visto tanto en láminas y fotografías! ¡qué ancha la plaza y cuán vacía, como un gran corral! Era un domingo en la mañana y fue como una desilusión y al mismo tiempo como un sueño; ya le dije: como un mareo. ¡Estar en la Plaza Mayor de México! ¡Dirigir mis pasos a la Catedral, descubrir el Sagrario, luego ir a pegarme a los muros del Palacio Nacional, tocar sus piedras, asomarme a sus puertas! Todo lo que siente el payo la primera vez que llega a este sitio.

—¡*The* Palacio Nacional! —repitió Goldwyn como un eco, en sueños.

Al cabo de un rato, el norteamericano prosiguió:

—Yo querer hacer película que comienza aquí, muy a mañana, y termina aquí, muy pasadas doce de noche, y sale todo que aquí pasó en siglos, como sueño y mareada: indios y españoles, virreyes y obispos, presidentes y emperadores, revoluciones, fiestas. No seré pacífico hasta poder eso, *very* difícil. Arrancar secretos a plaza y piedras. Estas piedras vivir.

—No me lo ha dicho bien a bien; pero me ha dado a entender que usted se dedica al cine.

—¿Qué quedar a emperador sin trono? ¿ambicioso arrepentido? Es bonita manera ser bueno con México, y querer *very*, mucho a México. Cuando salió Cárdenas presidente, yo ayudar antes en cosas por petróleo hasta hecha expropiación; entonces dejo toda cosa política y comienzo hacer cine. Gustarme mucho tomar este camino patriótico; no choque mal palabra: sí, patriótico hacer cine mexicano; yo estar así muy mexicano; digo: sentirme *very* mexicano retratando mi México, y hoy, sí, conquistando México, *very* honradamente. Una vez pensar hacer arqueología: cosa en imaginación. Cine salió mejor, más vivo, más al futuro que al pasado. Ser contento.

Habían cruzado la calle y caminaban junto a las rejas de la Catedral.

—Su historia mucho interesarme y la de *mister* Osollo. Hay *chance* para película en gran suceso. Usted ser en culpa por dejar a engaño, estar en fanatismo. ¿*Tránsfuga* llamarlo? ¿Ser título...?

Don Santos Munguía se detuvo con cierta violencia frente a la puerta mayor de la Catedral:

—No, señor. Yo sigo siendo católico, apostólico, romano. Tengo tranquila mi conciencia. Cumpló mis deberes. Frecuento los sacramentos, y trato con sacerdotes piadosos y con católicos sencillos; pero lejecitos de asociaciones y gentes que hacen política disfrazada de religión, y que quieren sacar las castañas con la mano del gato, como luego dicen. Por esto, porque no tengo pelos en la lengua para decir claridades, y porque he dejado de ver moros con tranchete o «enemigos» en los que sirven o no hacen oposición al Gobierno, y también porque con los años he tenido que reconocer cualidades en el general Calles —qué gran hombre—, y me gustó la política del general Cárdenas en favor de los pobres y en defensa de la soberanía de México, me llaman tránsfuga, liberaloide y hasta comunistoide.

—Eh —prosiguió como en sueño—, qué vueltas da el tiempo, según a cada momento dice la gente. Quién habría de adivinar que yo, que odié frenéticamente a este hombre, al que me catequizaron a odiar,

fanáticamente, concurriría, con admiración de las buenas, a su entierro. ¡Las vueltas del tiempo! como luego dicen.

—Le repito: yo tengo tranquila mi conciencia. Soy católico. No me arrepiento de haber sido miliciano, aunque la cosa me haya costado, más que la pérdida de mi negocio y tranquilidad, más que las heridas y magullamientos del cuerpo, las heridas del alma, que recibí de personas que yo tenía por las nubes. Dios los perdone, como espero que perdone mis pecados y me dé una buena muerte.

Vehemencia y amargura conjugaban tonos en la voz de don Santos. El norteamericano respetó el silencio que siguió a estas palabras. En silencio, devorando pensamientos, dieron vuelta por el costado del Sagrario, llegaron frente a la esquina en que se conservan los restos del gran *teocalli* azteca, cruzaron hacia la calle antigua del Reloj.

—Aquí. Esto ser mucho animado en sábados. Tipos buenos —dijo Goldwyn haciendo ademán de abrir la mampara de la cantina inmediata.

Como saliendo de un sueño, don Santos dio un paso atrás:

—Usted me dispensará; pero no acostumbro entrar a estos sitios. No es por nada; pero me chocan. Le agradezco mucho su invitación.

—Yo antes proponer usted entrar en Sanborns, que no querer; entonces hablar por venir en esto.

—Dispéñseme, no me fijé. De todos modos he estado muy contento en acompañarlo. Ya nos veremos otro día, si usted quiere.

—No, ir otra parte que guste. Yo termino planes en argumento guerra religiosa, que interesa mucho lo que contar usted y tiempo pensar en lejos asunto; yo esperar encuentro persona como usted al vivir eso. Yo querer saber más. ¿*Mister* Osollo mató gente mucha? Ser terrible, dice usted. Si mató, ¿poder ser ministro en católico?

—Mi antiguo amigo daba gracias a Dios de no haber matado personalmente a nadie, ni en combate, por lo menos que él supiera o se hubiera dado cuenta. Lo decía con sencillez y sinceridad. No había por qué no creerle. A mí me consta que siempre rehusó tomar parte en juicios de guerra y en ejecuciones, logrando que lo dispensaran de esos servicios.

—Yo extrañar.

—Y más extraño le parecerá que siendo del carácter que era, tan colérico y extremista, como alocado en sacar la pistola por nada, y estando habituado al trabajo de hospitales, en campaña tuviera miedo de ver sangre, aunque trataba de disimularlo. Se le conocía el esfuerzo por sobreponerse cuando levantábamos a los muertos y los heridos, y más cuando tenía que hacerse alguna justicia con los enemigos; entonces, si no podía interceder, procuraba ocultarse. Yo me burlaba de su fanfarronería y llegué a decirle: «Si tuvieras a tiro a Calles, tengo la seguridad de que no le dispararías».

—Sí. Extrañar. No ver bien caso.

—Pues en esto era como en el caso de las mujeres. «Puro pico», le dije una vez, y enfureció; pero era cierto. Había en él timidez disfrazada, que lo detenía en el momento decisivo.

—Por menos aceptar él ser causa en morir muchos hombres, por andar en armas y hacer movimientos contó usted. ¿Es pecar católico ser causa de matar? ¿Usted tiene buena conciencia en eso?

—Nuestra guerra era justa, y eso justificaba las consecuencias necesarias, que buscábamos limitar hasta donde fuera posible. Claro que no andábamos jugando a los soldaditos. No es que el fin justifique a los medios; pero sí las consecuencias necesarias de la legítima defensa de los derechos. Esto me lo aprendí muy bien y sigo convencido de la doctrina.

—Muy extraño y mucho interesar. Es trabajo tratar en película movimiento interior; pero gustar mí problemas; dan éxito y hacen asuntos originales. Yo pensaré. Yo pensaré a futuro. Usted sale filósofo.

—Todos los que sabemos el catecismo somos filósofos, creo. Sobre todo si lo sabemos con convencimiento.

—Ser en razón. Yo saber. Yo, antes puritano. Sentir resucitar sueños antiguos, angustias mías cuando ser joven. ¿Querer usted caminar?

Habían permanecido en la esquina. Vieron venir al hombre con cara de ídolo, que los llenó de sorpresa por su semejanza con las estatuas de ídolos, cuando salían del panteón; lo acompañaba el mismo sujeto; ambos entraron a la cantina.

—*Please*. Necesario entrar —exclamó Goldwyn arrebatadamente, con acento de capricho infantil—; tomar usted limonada y vemos qué hacer *mister the President*.

Inconteniblemente Goldwyn arrastró a don Santos hacia el interior de la cantina y buscaron un sitio cercano al que ocupaban los sujetos extravagantes. Pronto el norteamericano vio cómo se derrumbaba su curiosidad, a medida que el gesticulante del panteón y su compañero comenzaron a beber cerveza y a calentarse con el juego de dominó. Ya ni siquiera se sorprendió Goldwyn al oír que Juárez se apellidaba Juárez y que el otro era general de la Revolución; el uno, empleado vulgar, fiel a su costumbre de pasar los sábados en este sitio, y el otro, un derrotado que bebía a costa de su amigo. Disputas de juego, conversación vulgar, animación de cantina, obsesiones de esclavos que buscan tregua en la cerveza y el dominó. Hubiera pensado que se tratara de otros individuos, si las alusiones al sepelio, hechas por los jugadores, no hubieran confirmado su impresión. El ambiente de la cantina borró por completo la catadura amenazante del tipo indígena, vulgarizándolo. El aliento épico de aquel rostro, de aquel ademán contra la ciudad, era ya sólo la luz del hombre que trata de olvidarlo todo en el relajamiento del sábado burocrático, entre barullo de copas, fichas de dominó y borrachos que discuten. ¡Haber creído adivinar a Huitzilopochtli en aquella máscara! Se llamaba Pablo Juárez, y el otro, Damián Limón. Aquél era el anti-Juárez.

Munguía se puso en pie. Goldwyn lo imitó. Salieron al aire de la noche y se despidieron.

El negocio de amor

—¿Cómo puede haber matrimonio cuando no se comparten las convicciones religiosas, que dan la dirección de la vida?

—Por poco que me conozcas, demasiado sabes que si puedo jactarme de algo es de mi respeto a las creencias ajenas...

—¡Ajenas! Lo has dicho. Eso está bien para la vida social; pero no para el matrimonio. Marido y mujer no son ajenos entre sí, menos aún en sus ideas y sentimientos más íntimos y fundamentales. Lo contrario es un engaño consentido, que a mí me repugna como vulgar obscenidad. Nadie me quitará estas maneras de ver las cosas.

—¿Ni el amor?

—¡Cómo! ¿No habías dicho que querías que habláramos en serio, y sales ahora con una *boutade*? ¿Qué cosa es el amor sino comprensión por vía unitiva? No, no puede haber amor cuando hay divorcio en el modo de aceptar y juzgar la vida. Las diferencias religiosas lo hacen imposible.

—Te sabía y te admiraba como persona religiosa; pero no creía que fueras intolerante, que la influencia jesuita hubiera llegado en ti a ese grado.

—¡De vuelta el disco! Por lo menos es poco elegante, y más en ti a quien siempre consideré superior a cualquier vulgaridad.

—Lo poco elegante, lo vulgar, es la intolerancia: lo único que me saca de quicio.

—No se te cae de la boca tu dichosa «tolerancia», y en realidad, aunque con razón, eres intolerante. ¿Por qué? Porque la tolerancia es resignación con lo que se juzga malo y causa desagrado. Es hacer de tripas, corazón. ¿Cómo puede vivirse así permanentemente, digamos: en el matrimonio?

—Sin tolerancia no hay matrimonio.

—Yo pienso de otra manera: la tolerancia es el remedio heroico del matrimonio, no, nunca, su idea previa ni su naturaleza.

Francisco Javier no prosiguió el diálogo. La joven se puso en pie y fue hacia el aparato, que automáticamente había repetido ya dos veces el final de la sexta sinfonía de Beethoven.

—Voy a poner ahora un concierto de Arcangelo Corelli.

—Quiere decir que no podremos seguir hablando.

—¿Prefieres que continuemos con Beethoven? Tú fuiste el que marcó silencio.

El muchacho reflexionó en ésta, que era una de las pequeñas convenciones que lo ligaban con Luz; no sin disputa en ciertos casos, habían hecho una clasificación de obras musicales que permitían charlar al tiempo de ser tocadas; con apariencia de broma, éstos eran otros tantos puntos de acuerdo, conseguidos como frutos deliciosos de su asiduidad, y signos de coincidencia estimativa. La dulzura del recuerdo se tornó amarga en estos momentos. Acabaría todo. Dejarían de verse o se verían con otro ánimo, sin el impulso de la esperanza. Por primera vez acababan de rozar en la conversación los límites de la dureza.

—Prefiero a Beethoven —dijo al fin con entonación sorda. Le vino a la memoria el caso de Beethoven. Fue uno de los primeros, cuando con intención despectiva Luz lo propuso entre los músicos cuyas obras, con algunas excepciones, permiten hablar al ser oídas; Francisco Javier se escandalizó, entre burlas y explicaciones de la muchacha: —«Beethoven es un retórico, un anecdótico, un estruendoso y farragoso, que alardea impudicamente con sus sentimientos y hace teatro con sus raptos de *medium* musical». El escándalo de Francisco fue cediendo hasta convenir en la inclusión de la de Beethoven como música para charlar.

Luz puso la tercera sinfonía y vino a sentarse junto a Francisco, que permaneció mudo, embargado por creciente molestia, fatigado por el esfuerzo de contener la irritación que le producía descubrir la que juzgaba profunda e irrevocable influencia jesuita en las contestaciones de la señorita Fernández Roa. El sesgo, el tono de la conversación lo desengañaban de que no era como en tantas veces el espíritu de polémica como ejercicio de ingenio el que impulsaba a Luz. Demasiado la conocía.

—Supongo que lo que hemos hablado dejará intacta nuestra buena amistad.

Francisco tardó en responder:

—Será difícil —tras un intervalo de indecisión, añadió—: difícil, porque yo pienso que la amistad está hecha de la misma sustancia que el amor, y tú te empeñas en ponerle los impedimentos del... fanatismo.

—¡Qué palabra tan impropia en tus labios, Paco! Hoy estás desconocido.

Francisco Javier guardó silencio.

—Hemos sido muy buenos amigos, a pesar, o precisamente por nuestras discrepancias fundamentales; pero tú bien comprendes y aun estoy segura de que aceptas mis razones cuando el caso se traslada al terreno del matrimonio.

Francisco fue recordando las diversas fases del ahora intermitente diálogo, desafortunadamente iniciado bajo la impresión del entusiasmo con que Luz había narrado la historia del padre Osollo. A la petición de que contrajeran relaciones de compromiso nupcial, ella quiso evadirse bromeando; él fue trayendo la conversación al punto de una categórica respuesta; hubo un momento en que Luz preguntó:

—Casados, ¿me acompañarías, por ejemplo, a confesarnos?

Él había protestado respeto absoluto a sus prácticas religiosas; no había podido sin embargo dejar de decir:

—Pero me gustaría que prescindieras de los jesuitas para confesarte —y aun explicó—: no se contentan con actuar sobre las conciencias individuales, sino que se apoderan de ellas como instrumentos para obrar sobre el cónyuge, los hijos, los parientes, los empleados, los negocios, las instituciones.

Fue cuando el diálogo comenzó a tomar acentos de violencia.

—Algunas veces has dicho que tú no habrías expulsado a los jesuitas de la Nueva España... —había comenzado a decir en un momento Luz, y Francisco la interrumpió:

—Lo he dicho, desde el punto de vista de la cultura del país, que no tenía con qué sustituirlos, y también porque para el país representaban el progreso y la independencia, por lo menos en algunos de sus miembros más

eminentes; ahora, que desde el punto de vista de Carlos III, la expulsión se justificaba, porque eran elementos de subversión; entonces, como ahora, con el agravante de que ahora, en conjunto, no representan el progreso, sino el retroceso; los que abundan son los Coriche y los Cigala, enemigos de los Clavijero y de los Alegre.

Precipitándose, la discusión había enardecido a Luz; él llegó a decirle con amarga sorna:

—No sabía que fueras doctora en casuismo; lee las *Provinciales* de Pascal. —Cuando estaban a punto de incurrir en alguna frase irreparable, ambos trataban de serenarse y moderaban el sesgo de las palabras. Él llegó a implorar en tono conmovido:

—No se trata de jugar a la dialéctica; se trata, en serio, de nuestras vidas, de la felicidad que yo he acariciado cerca de ti.

Comenzó entonces a contar la anunciada historia de su afecto hacia Luz; recordó incidentes triviales, actitudes, gestos, que lo habían ido cautivando, acostumbrándolo a la claridad, a la alegría, a la gracia de la amiga. Ella reaccionó con gravedad, en tono fraternal, insistiendo en sus ideas. Él comenzó a perder las esperanzas de conquistarla para una vida libre de prejuicios. Así había venido descendiendo la conversación, hasta verse ahogada en la música de Beethoven.

—Yo había fiado en tus demostraciones de espíritu liberal; creía fácil tu emancipación absoluta.

—Me alegro de descubrir tus intenciones, disfrazadas de tolerancia y respeto; pero agradezco la franqueza con que has planteado la cuestión; era imposible que pudiéramos engañarnos mutuamente; mi amistad para ti será con esto más firme.

Francisco se vio tentar a exclamar: *amistad, ¿para qué?* Volvió a guardar silencio. Con la imaginación de su hogar dominado por la influencia jesuítica, recrecía su cólera. Se puso de pie. Con tono cariñoso, Luz le preguntó:

—¿Quieres mejor música para callar? Corelli, Mozart...

—Es ya tarde y me siento fatigado. Será bueno aplazar la resolución del asunto.

—Paco, escúchame. Yo sé bien que lo que voy a decir es irreparable. No hay para qué aplazar la resolución. Por mi parte, la tengo formada en la medida de mi formación espiritual, que no podrá modificarse. Te estimo demasiado para fingir que hallaríamos la felicidad a sabiendas de que fincamos en arena. Y te lo diré: lo siento en el alma. No es ésta una expresión banal. Tienes cualidades que te hacen único para mí. Admiro tu sentido de independencia y de justicia. Lo sabes: nadie me ha interesado como tú. Pero nuestra mutua inclinación se halla minada en sus cimientos.

Había comenzado la marcha fúnebre de la sinfonía heroica. Francisco Javier sintió el impulso de la ternura; se le descargaba el mundo de sus ensoñaciones, la vena de su poesía; reaccionó sin embargo su violencia con tono de frialdad:

—El cimiento sería que me hiciera congregante y me hallara dispuesto a empuñar una pistola en defensa de...

—Calla, Francisco. Yo no te pido ni te sugiero nada. Vive tu vida como quieras. La brusquedad, increíble en ti, tan sereno siempre, algunas veces tan excesivamente, ha sido la mejor demostración de tu sentimiento. ¿Cómo quieres que te corresponda con engaño?

Estaban de pie, frente a frente.

—No tenemos más que hablar —dijo él.

—Es cierto, aunque deplorable. Yo espero que algún día te convencerás de que sigues teniendo en mí una fiel amiga.

Francisco la miró envuelta en un velo negro, condenada por los prejuicios. Luz tuvo la misma sensación: lo miró hecho de piedra por la intransigencia, y tuvo compasión de sentirlo engañado por la supuesta tolerancia. (*—Es una fanática. —Él sí de veras es un fanático*). Los dos afirmaron la convicción de haber liquidado el asunto.

Luz interrumpió la música, cerró el aparato y se dispuso a acompañar a Francisco Javier, que se despedía.

Doña Concha les salió al paso:

—¡Cómo! ¿te vas, ahora que acaban de llegar los Ibarra? El ingeniero Ibarra y Diéguez con su señora. Los acompaña Cumplido, el periodista, paisano nuestro. Ven a saludarlos. Es una magnífica oportunidad para ti. Voy a preparar algo que ofrecerles. Pasen mientras a la sala.

No esperó la respuesta, ni pareció reparar en el semblante tormentoso de los jóvenes.

—Discúlpame con tu mamá.

—Bien. Aunque me harías un favor en quedarte un momento. No quisiera entrar ahora en explicaciones con mis padres. Te lo pido. Quizá sea lo último que te pida.

Con muestras del esfuerzo que hacía, Francisco Javier se dirigió a la sala.

Era tan animada la conversación, que la presencia de los muchachos apenas pudo interrumpirla menos de un minuto, sin que los interlocutores se preocuparan de poner en antecedentes a los recién llegados.

—No, don Fernando —decía la señora de Jacobo Ibarra—, ese estilo de educación es contraproducente. Yo se los digo por experiencia. Una muy triste y larga experiencia. Se acostumbra uno a vivir entre sombras, y después no se puede andar a la luz del sol. Se acostumbra uno al miedo, y con cualquier empujoncillo, ¡al suelo!

—Sí —respondía el señor Fernández—, a las primeras de cambio, es decir, cuando el niño empieza a andar, échelo a la calle sin cuidarlo, y verá lo que sucede; hágalo correr, entréguele una arma...

—No digo eso; sino: enséñelo, y luego déjelo correr libremente; adiéstrelo en el uso de las armas y hágalo responsable de su uso.

—Creo que nos vamos poniendo de acuerdo.

—Yo creo que no. Porque lo que usted sostiene, inhabilita para el vuelo y para la carrera.

—Sí, juzgo que la señora tiene razón —intervino el periodista—; la educación debe ser aprendizaje para la libertad.

—Pues yo, en esto del casino, y qué bueno que llega usted, Conchita, para que oiga mi opinión —dijo el ingeniero Ibarra—, pienso que puede ser una obra digna de ayuda si se lleva a cabo libre de influencias confesionales. Ustedes conocen perfectamente mi modo de pensar.

—Ingeniero, los tiempos han cambiado; ahora están ya fuera de moda los jacobinos —respondió doña Concha.

—Yo nunca fui jacobino. A ustedes les consta. Pero pienso que ahora, como antes, la juventud de México necesita respirar libertad.

—Autodeterminarse —afirmó Cumplido.

—¿No será por esto por lo que la juventud actual se corrompe tan fácilmente?

—Se corrompe porque la rodea una atmósfera de disimulo, de convencionalismo —terció la señora de Ibarra.

—Por otra parte, yo no participaría en una obra en la que huelo la intención de neutralizar los propósitos del Gobierno al establecer la conscripción militar.

—Al contrario, ingeniero. Desde luego, por ejemplo, el casino tendrá un papel cultural muy importante, necesario en la formación de jóvenes adiestrados en las armas.

—Ustedes me plantean un asunto y estoy acostumbrado a tratar mis negocios con claridad. Yo sospecho que hay fuerzas interesadas en atraer a los jóvenes que, habiendo cumplido su servicio militar, estén aptos para tomar las armas en un momento dado, con un sentido de clase, quiero decir, organizados estrechamente.

Doña Concha inició vehementes manifestaciones de protesta, sobre las que se impuso la voz del periodista:

—Ingeniero, con razón ha llegado usted a ser quien es.

—Jacobo —pudo al fin hacerse oír la señora de Fernández—, no creo que me juzgue usted agente de conspiradores.

—Claro que no —respondió Ibarra con rapidez—; pero ya dije que tendríamos que hablar con franqueza, y quiero hacerle ver los aspectos lejanos del negocio, en los que usted sin duda no ha pensado.

—A mí me anima la buena fe de rodear a los conscriptos de un ambiente moral, que mucha falta les hace en el medio en que viven, reunidos como se hallan los jóvenes de distinta condición, de distinta educación y moralidad.

—¿Pero no cree que se hallan en edad para escoger, y que lo bueno se impondrá en ellos a lo malo? —preguntó la señora Ibarra; y antes de que respondiera la interpelada tomó la palabra el periodista:

—Ésa es la gran ventaja del servicio militar: agrupar a jóvenes de distinta educación: ¡una escuela de verdadera democracia!

—¡Sofismas! —exclamó Luz, con una vibración colérica.

Todos volvieron la atención hacia la joven, que irrumpía en la plática. Francisco Javier le clavó una mirada dura.

—Eso es como la escuela de la maldad, que son las cárceles, donde los buenos se hacen malos, y los malos, peores.

—Luz —dijo Francisco, encarándola—, es el mismo argumento contra las escuelas oficiales, por el que han prosperado esos cada día más bonancibles negocios, que son los colegios particulares. ¡Negocios! Y escuelas de falsa y nefasta aristocracia.

—Las únicas defensas contra el aplebeyamiento absoluto del país.

—Escuelas de retroceso, de prejuicios, que tuercen la naturaleza y dan una imagen falsa de la vida.

—Recuerda que allí me eduqué.

—Lo sé demasiado.

Más que un diálogo era un duelo enconado, cuya sorpresa tenía suspendidos a los demás. La señora de Ibarra intervino:

—Ya me habían contado de sus ejercicios de discusión. Es admirable. Dan la impresión de que están peleando y no de que juegan a la esgrima.

—¿Verdad? —preguntó doña Concha, tratando de disimular su desconcierto.

Francisco Javier se contuvo. No así Luz:

—Nada de juegos, esta vez. Me irritan los que a nombre de la libertad tratan de poner cadenas al que no se halla de acuerdo con ellos.

El criado anunció la presencia del padre Miguel Osollo. Francisco Javier se levantó. Mientras los demás lo secundaban, para recibir al que llegaba, Luz, acercándose a Lerdo, le dijo en voz baja:

—Supongo que no tendrás miedo de seguir la discusión ante el joven Macabeo. Quédate.

Entretanto, el señor Fernández hablaba con el ingeniero Ibarra:

—Usted me ha dado en qué pensar. Uno es a veces tan cándido.

Tras los saludos, a la llegada del jesuita, y habiéndosele informado de que hablaban ya del casino para los conscriptos, el padre dejó que la conversación continuara sin su intervención, como si fuese ajeno al tema. Jacobo Ibarra también adoptó aires de espectador. Uno y otro se sobrevigilaban, afectando seguir con interés la exposición de la señora

Esteve y las observaciones que hacía la esposa del financiero, comentadas éstas por Osollo con breves frases de beneplácito: —*por supuesto; claro, bien pensado, muy bien dicho.*

Cumplido, que desde ayer andaba a caza del jesuita, no había tenido manera de dispararle las preguntas acerca de la impresión que le hubiera causado la muerte de su antiguo adversario; y con señales de inquietud acechaba la oportunidad para formulárselas.

—Hemos pensado que el casino sea todo un centro social, en que se deje sentir, entre otras, la buena influencia de la mujer joven, cuyo trato con los conscriptos, bien dirigido y celosamente vigilado, será muy benéfico —decía la dueña de la casa.

—No es mala idea, no —comentaba la señora de Ibarra—; lo que importa precisar es eso de dirigir convenientemente las relaciones, en forma exenta de gazmoñerías, lo que sería contraproducente.

—Exacto —afirmó el jesuita.

—Lo primero será que no haya ni asomo de discriminación en el casino, teniendo en cuenta las distintas posiciones económicas, culturales e ideológicas de los conscriptos. Todos tendrán derecho a participar en sus actividades —siguió diciendo doña María.

—Indudablemente —asintió el padre Osollo.

—Pero en cambio, me parece claro que las personas invitadas a los actos sociales: té, bailes, deben ser seleccionadas por el patronato de la institución —observó doña Concha.

—¿Qué clase de selección? —preguntó la señora de Ibarra.

Comenzó de nuevo a ser tensa la situación. Luz y Francisco Javier daban muestras de querer intervenir. Era ostensible que doña Concha trataba de impedirlo. La conversación vino a caer en los problemas del noviazgo, a propósito de la presencia de damas en el proyectado casino.

—Muchos de esos jóvenes nunca habrán sentido en su vida la delicadeza del trato femenino, ni siquiera el de la madre, o estarán acostumbrados a tratar con mujeres vulgares; imaginen lo que será para ellos el que se les acerquen señoras y muchachas educadas, que les platiquen, que les ganen su confianza, que se hagan sus amigas, y ¿por qué

no? hasta que surjan noviazgos; todo esto será una forma educativa de gran fuerza.

—Un gran beneficio para la patria —interrumpió Francisco Javier Lerdo, con intención y tono sibilinos.

—Sí, señor, en bien de la patria. Bastante se ha descuidado este asunto, y por eso resultan los matrimonios que ahora vemos por todas partes —remarcó doña Concha.

Lerdo hizo una mueca irónica, con intentos de hablar, pero se contuvo. La señora Esteva continuó:

—Ahora todo es irse de cabeza por la primera impresión, sin reflexionar; nosotros reivindicaremos el verdadero sentido del noviazgo.

—¿Pero ha pensado usted en los riesgos? ¿en las diferencias de clase, de educación y de ideas? —preguntó doña María—; el amor dicen que es ciego; pero las exigencias sociales, los prejuicios, tienen tamaños ojos.

Las miradas de Lerdo relampaguearon sobre Luz.

—Tiene usted razón, señora —dijo el padre Osollo.

—Pues por eso recibirán preparación conveniente, sobre todo las muchachas que seleccionemos para realizar tan gran obra —afirmó doña Concha; y Lerdo, con visos de inocencia, preguntó:

—¿Catequistas de adultos?

—El verdadero amor vence por sí solo todas las resistencias y diferencias, ¡cuánto más los fantasmas que parecen murallas, y son obcecaciones del orgullo, prejuicios, intolerancias! —contestó Luz, arrebatando a su madre la palabra.

El padre Osollo advirtió el ambiente cargado y forzó la situación para variar el sesgo de la plática.

—Usted —y se dirigió a Cumplido— ¡qué raro! ¿por qué no ha intervenido en cuestión tan apasionante, varias veces tratada en sus artículos de periódico? Y a propósito, sé que me ha buscado desde ayer y celebro encontrarlo para ponerme a su disposición.

Hubo conatos de parcelar la charla, en grupos; mas la prisa y la vivacidad con que Cumplido aprovechó la ocasión que buscaba, concentraron el interés general.

—En efecto, lo he andado buscando, porque juzgaba de palpitante actualidad conocer sus impresiones acerca de la muerte del general Calles y ofrecerlas al público, que lo admira y conoce sus antecedentes de luchador en el campo religioso.

—Dígame con franqueza —repuso el padre con tono de chanza—: ¿no tiene ya escritos los milagros, digo, las declaraciones que va a atribuirme?

—¡Padre! ¿qué piensa usted de mí? ¿qué van a pensar de mí estos señores? Afortunadamente me conocen.

—Claro que lo conocemos —prorrumpió alegremente la señora Ibarra. Cumplido disimuló la intención que hubiera en estas palabras:

—En serio, padre, ¿cómo recibió la noticia?

—Lo crea o no, con verdadero pesar. Fue todo un hombre.

—Claro que ésta no es una cortesía para nosotros, que tanto hemos querido al general —observó la señora de Ibarra.

—Mi descortesía es cosa que corre con crédito antiguo. Usted misma la ha sufrido, y pésimos recuerdos debe guardar; ¡qué digo: no descortesía, sino *atrabilis*! Porque, señores —dijo el jesuita dirigiéndose a los circunstantes—, yo no sé si saben que debo la vida a la señora doña María, y que correspondí a sus mercedes poniéndola en serios aprietos durante la época de la cuestión religiosa. Lo saben, ¿sí? ¿Usted no, señor Cumplido? Pues allí tiene un dato de la biografía inútil, que según me han llegado rumores perpetra contra mí. Primero me salvó del paredón y después de las Islas Marías; yo, en cambio, no vacilé en volver a la lucha contra el Gobierno, sin dar ninguna explicación a mi intercesora.

—No tenía por qué darla; usted no contrajo ningún compromiso, ni tampoco es exacto que yo hubiera sido únicamente la que favoreció el asunto; en todo caso, mi marido. ¿No será mejor poner un velo a estos recuerdos? ¡dejemos en paz la memoria del general!

—No tema usted que la profanemos. El negocio se halla en manos de Dios, y los negocios divinos son negocios de amor. Quiero explicar la causa sincera de mi pena por la muerte del general: en la situación de desengaño e ingratitudes en que se hallaba, cada día de vida era un camino que se le abría hacia la misericordia de Dios; tengo motivos para creer que los aprovechaba; por esto sentí profundamente que se le hubiese acortado el

plazo; aunque bien visto, ningún hombre puede asegurar que no haya llegado al final de aquel camino. Los juicios de Dios sólo Dios, como afirma el viejo refrán.

—Padre, tengo una curiosidad: ¿es cierto que usted guarda un retrato del general Calles en su alcoba?

—Lo tuve todo el tiempo que fue preciso para domar mis rencores.

—De verdad, ¿no guarda usted ningún rencor para el enemigo de la Iglesia?

—El señor Calles fue instrumento de Dios. Poco hemos tenido que vivir para gozar los frutos obtenidos por tan extraña manera.

—¿Me permite hacerle una pregunta más? La gente se obstina en llamarlo el Anticalles o el joven Macabeo: ¿le halagan o le disgustan estos epítetos? —preguntó Cumplido.

—¡Joven! ¡qué ironía, si no es que por tantos corajes o sustos no pude cambiar de voz y sigo hablando como cuando tenía doce años, o porque según dicen tengo cara de niño conservado en alcohol! Pero no crea que eludo la contestación: me tienen sin cuidado esos dichos, porque no soy ni lo uno ni lo otro. ¿Quiere que se lo diga con franqueza? En el momento en que Calles perdió su poder político, yo comencé a ser callista.

—¿Callista usted?

—Sí, partidario de Calles, en cuyo favor empecé mis actos sacerdotales para que el triunfo de Dios lo recibiera en sus brazos. Como ven, callista puro.

—Pues muchos católicos están lamentando que el enemigo no hubiera sido escarmentado con muerte violenta y vil.

—Señor Cumplido; ¿usted se ha puesto a comparar, como yo, la prensa durante Obregón y Calles, cuando en *Omega* y *El Hombre Libre*, con otros muchos periódicos, plumas como las de Jesús Rábago, Diódoro Batalla, García Naranjo, Arenas Guzmán, decían lo que ahora nadie se atreve a decir, amordazados por dinero y prebendas? ¿Ve usted que realmente soy callista y hasta obregonista?

El ingeniero Ibarra pidió excusas para retirarse, pues lo esperaban ocupaciones urgentes.

—El tiempo ha corrido y dejaremos para otra ocasión el asunto del casino.

—El asunto es bien sencillo. Sólo se trata de que usted y su señora nos hagan favor de considerarlo y resolverlo. Pero antes una palabra más —añadió el jesuita—: yo pienso que hacen mal esos católicos a que alude el señor Cumplido, y entiendo que mis palabras anteriores explican por qué pienso así. Con que, señor ingeniero, en sus manos queda por completo el proyecto; nosotros hemos concebido la idea; ustedes, si la juzgan buena, le darán buena forma, sin tener en cuenta otro interés que proporcionar un ambiente de sano esparcimiento a muchachos cuya mayoría experimentan la crisis más peligrosa de la vida; si nuestra cooperación es útil, digo: la cooperación de las damas que en unión de algunos caballeros me han hecho partícipe de las conversaciones iniciales, cuenten con ella; si no, prescindan de nosotros. Estoy autorizado para esta categórica declaración. La nobleza de usted, señora, y la capacidad ejecutiva de usted, ingeniero, garantizarán el éxito del propósito inicial. Y bien saben que yo no sé, no tengo necesidad de adularlos.

—Desde luego no haríamos ninguna cosa a espaldas del régimen.

—Por supuesto. Aunque inicialmente se había pensado que fuese una institución independiente. Lo dicho: a ustedes toca resolver.

—Hablaremos mi señora y yo. Luego les comunicaremos nuestros puntos de vista.

—Perfectamente. Señora, usted sabrá interpretar la idea: se trata de un negocio de amor. Muchas gracias por su atención, ingeniero. Señora, muchas gracias. Y usted, amigo Cumplido, recuerde que mis declaraciones las hice ante testigos. No, fuera de bromas: estoy muy contento de que haya oído cómo planteamos el asunto del casino, pues llegado el momento usted podrá colaborar con los señores Ibarra y Diéguez para hacerle ambiente y realizarlo en servicio de la juventud. A ver qué día sabemos cómo marcha ese retrato biográfico, que me tiene el alma en vilo. Es usted terrible.

—Tengo buenos maestros.

—Ya me los recomendará. Y piense lo que le dije sobre la libertad de prensa en la hora de ahora.

Cumplido iba a responder; pero Jacobo Ibarra puso categórico fin al escarceo, tendiendo, sonriente, la mano a cada uno de los circunstantes, y en último término al periodista, que se había prometido seguir acompañando al omnipotente personaje de la economía nacional. Para cada uno tuvo Jacobo frases de halago, ademanes de afecto.

—Qué asco —murmuró Francisco Javier, a espaldas de Luz, quien pareció no escucharlo.

Excepto el jesuita, los demás reflejaban contrariedad y cansancio. Cumplido se vio en situación embarazosa para dejar transcurrir algunos minutos entre su partida y la de los Ibarra:

—Para mí ha sido un día muy fatigoso.

—¿Y provechoso? —preguntó el padre Osollo; pero sin esperar contestación, se dirigió a doña Concha, que permanecía hierática: —tenga confianza: nunca Zamora se ganó en una hora.

—Hemos hecho el papel de convidados de piedra —decía Francisco Javier a don Fernando.

Por fin se despidió Cumplido. Le contrariaba no haber ultimado con Ibarra el asunto de publicidad, que ya creía en la mano, dada la forma con que ante tantos que asediaban al financiero, éste lo distinguió, llamándolo, invitándolo a subir en su coche y dejando con un palmo de narices a cien otros pretendientes de favores; le contrariaba tener que deberle tan inocua distinción, en la cual el fogueado periodista sufría ser el bobo de la comedia, en las hábiles manos de Jacobo y María: mimos, promesas, nada en fin; le contrariaba también, y no era la primera vez, la atmósfera de esta casa, la conversación inhibida de estas gentes y, sobre todo, el hallazgo del padre Osollo frente a estos testigos, que le impidieron picarlo por algún lado, pues allí estaban los Ibarra, en cuya presencia era imposible hacer raja del callismo, y los Fernández Roa, que no habrían permitido el sondeo en los errores del bando conservador; estos testigos le impedían asimismo recomponer la entrevista conforme al gusto de las mayorías, mezclándole vino y vinagre de la casa. —*He sido un bobo. Me han tomado el pelo. He sido un zonzo*; pero sobre todo lo sulfuraba la fusilata del jesuita contra la prensa. El aire fresco de la noche le inspiró el desquite: mañana mismo se la pagarían los incautos, con quienes capitalizaría la familiaridad pública que

Jacobo Ibarra le dispensó a la salida del panteón, en circunstancias solemnes, a la vista del Presidente, de los más importantes funcionarios, políticos y hombres de negocios. La picara imaginación comenzó de nuevo a tejer sus redes. —*Y esa opinión de que somos mercenarios ya sabré cómo manipularla.*

—Ustedes tendrán que hablar; yo me siento cansado; con su permiso, padre; lo dejo en su casa; buenas noches —había dicho don Fernando. Lo contrariaba el sesgo apuntado por Jacobo Ibarra en el asunto del casino para conscriptos, el peligro de que pudieran enfriarse sus relaciones con el magnate de los créditos, el no haber podido intervenir en la azarosa conversación para despejar la tirantez del ambiente; le contrariaban las destemplanzas de Francisco Javier y, sobre todo, el disgusto profundísimo que se advertía en doña Concha y en Cumplido.

—Dispongo del tiempo justo para llegar a la junta de los universitarios —dijo el padre Osollo—; comprendo su contrariedad, Concha; pero extraño que, contra su costumbre, no ponga buena cara; el asunto lo hallé mal encaminado; mañana me contará lo que sucedió antes de mi llegada; era la única solución; pero ha sido una buena solución; afortunadamente no es la primera vez que desconfía de mí; ahora confíe en Dios; no hay nada perdido; descanse.

Cuando quiso despedirse de Luz y de Francisco, no los encontró:

—¡Ah! ¿y qué les pasa a estos muchachos? Los hallo raros.

No esperó la respuesta. Salió precipitadamente, la atención puesta ya en los problemas que trataría con los grupos universitarios.

Doña Concha subió a sus habitaciones. Le contrariaba su contrariedad. Le contrariaba sentir que su buena educación se hubiera relajado hasta dar el espectáculo de hallarse molesta, enfadada. No haberse podido sobreponer a la alergia que le causan esos arribistas afortunados, a la cólera por ver que su proyecto era entregado en manos de la de Ibarra. No haber defendido su derecho, sus puntos de vista, ni confiado sus discrepancias al padre Osollo. Estar hecha de piedra. Sentirse cansada; ella, la siempre celebrada por infatigable. No haberse fijado en que había quedado intacto el servicio de té, licores y pastas, hecho traer en agasajo de sus huéspedes. Y haber

permitido en su presencia las intemperancias de Lerdo, los elogios a Calles, la defensa del libertinaje. Las intemperancias de Francisco Javier.

Se volvió en busca de Luz. La encontró sola, con aire de abatimiento, que no fue parte para disipar la violencia de la señora.

—Es demasiado —exclamó—; venir a inficionar esta casa con ideas como éstas; la educación socialista, el comunismo; sólo faltó que hablara del amor libre. ¿Qué piensas hacer?

—Pienso que sería mejor que ahora me dejaras sola. Te lo ruego. Puedes irte tranquila.

En punto de llorar, la muchacha se sobrepuso con orgullo; su voz tomó acentos de pelea:

—Hoy quedé convencida de que pertenecemos a dos mundos irreconciliables.

—¿Quién? ¿él? ¡claro!

—Hablamos dos idiomas diversos.

—¡Claro!

—Era imposible. Se ha roto el encanto. Ya.

—¿El encanto?

—No me exasperes, mamá. No quieras poner a prueba mi resolución.

De nuevo la voz era trémula. De nuevo se sobrepuso el orgullo.

—Te ruego que me dejes sola. Puedes irte tranquila. Estoy curada del espejismo. Las desilusiones dan fortaleza.

Doña Concha no quiso insistir, conociendo el carácter de su hija. Un estado de ánimo nuevo puso en olvido el anterior. ¿Se alegraba? ¿Deploraba? ¿Seguía condenando con mayor fuerza y razón al descendiente de los Lerdo? ¿Reconsideraba el juicio? ¿Se le ocurrían atenuantes? En el fondo era un muchacho limpio, sano, sincero. No, no, era un descreído sin remedio. La jaqueca derrumbó a la señora.

Luz tomó el álbum con los primeros conciertos de Brandemburgo. Música para callar. Abrió la tapa del fonógrafo. La cerró. Guardó el álbum. Música para charlar. No. Música para romper cadenas. Para escapar. La sangre aventurera. El honor. El orgullo. La formación del carácter: cemento que ha fraguado en el cerebro, en el corazón. Altivamente.

La muchacha se dispuso a escribir un artículo prometido al periódico de la juventud católica femenina. Con pulso firme y letra enérgica trazó el título: *Historia de amor*; continuó a renglón seguido, sin titubear: —«Era una muchacha de apariencia tímida, endeble; apenas en sus ojos y en la firmeza de su boca se adivinaban la dulzura y el fuego recónditos, que, al estallar, la ungieron heroína. Se llamaba Cecilia. Eran las vísperas de la gran lucha, bajo la tiranía de un hombre feroz, cuyos excesos habrían de poner espanto y llenar de sangre los ámbitos del...» Dudó: ¿del país? ¿del mundo? Se quedó ensimismada. Luego, informalmente, con cierta displicencia, fue escribiendo en otra hoja frases y palabras inconexas: —«La fe le daba fuerzas sobrehumanas para renunciar a las felicidades de la tierra—Lealtad a las convicciones—La mujer fuerte del Evangelio—La tentación de amor—Amor humano como sacrificio—El desposorio heroico—Cárcel—Obstinación—Obstinación—Santa obstinación—Sofocar el corazón—Primero: Dios—Fiel—Ser fiel—Cualquier precio—Soledad—Abandono—¿Qué es la felicidad?—Dos mundos, y dos idiomas—Espejismo roto—Renunciación»... Escribía con intermitencia.

De pronto, Luz cogió una hoja limpia y con morosidad puso por título: *Negocio de amor*. Transcurrieron algunos segundos. Violentemente arrugó el pliego y lo arrojó al cesto.

Retornó a la historia de Cecilia: —«Los ámbitos de la patria, estremecidos cuando sonó la hora de la resistencia. El dulce halago de ser amada tentó el corazón de la doncella. No vaciló en sacrificar sus sentimientos de mujer para entregarse por entero al combate. Y no había oposición entre sus ideales y aquellas promesas de felicidad»... Luz releyó la última frase. Mentalmente insistió: —«No había oposición». Continuó: —«Él formaba en el mismo esforzado escuadrón: era un joven brillante, aguerrido, infatigable al servicio de la causa. No había oposición. Y sin embargo»... Se le ocurrió la palabra «deber»; pero dejó en suspenso la pluma, entrecerró los ojos.

Ahora transcurrieron varios minutos.

En otra hoja comenzó a escribir, sin título alguno: —«Aquella tarde, abiertos los ojos a la realidad, se sorprendieron de su engaño y tuvieron que rendirse a la evidencia de que pertenecían a dos mundos opuestos; que

hablaban dos idiomas diferentes. Ella llegó a comprender que aquel hombre con quien había soñado estaba hecho de piedra hasta las entrañas, invadidas por la lava del egoísmo y la intransigencia; su fuerza y gallardía eran las de una estatua; sus prometedores ademanes hacia el horizonte padecían inmovilidad. Era un monumento de sectarismo». — *Vulgar, vulgar* —dijo consigo misma; pero continuó: —«Aquella noche, su educación los obligó a despedirse con fingida y fría cortesía». Tachó el adjetivo consonante. —«Los dos pensaban que todo había terminado. Él vio de lejos el sitio en que tantas veces habían vivido la belleza suprema de la música y se habían entregado a la elocuencia del silencio; sabía que nunca más volverían esas horas; nunca más en estas paredes resonarían sus voces llenas de esperanza: el sueño de una vida feliz; pareció insensible: ni siquiera volvió la mirada cuando bajó la escalinata». Se le ocurrió añadir: *cuando se levantaba en él esa frialdad horrible de su inteligencia, era siempre así: exterminaba sin compasión la música de sus afectos. Le venía de familia ese intelectualismo implacable.* —*¡Qué mal gusto pensar estas cosas!*—, y dejó de escribirlas. Punto. Y aparte: —«Ella escuchó la puerta que se cerraba. Su orgullo la hizo sonreír». Reflexionó un instante. Prosiguió: —«No era orgullo. Era la seguridad, la alegría de verse liberada del peligro. Si hubiese vuelto la vista o el corazón, se habría convertido en estatua de sal». Pasó la mano a la parte superior del fragmento y lo encabezó: —«La mujer que se salvó de verse convertida en estatua de sal». En el texto añadió: —«Quedaba definitivamente atrás la atracción de la ciudad maldita, corroída por sus propias lavas; atrás quedaba la torre con sus lenguas de confusión, y descubiertos los enemigos que dentro del caballo se prometían asaltar la ciudadela de la fe». —*Insoportable pedantería* —reflexionó, y tachó el pasaje.

Al cabo de unos minutos en que desechó imágenes como la de Judit cortando la cabeza de Holofernes, en quien la concupiscencia se disfrazaba de amor, Luz escribió: —«A solas, en el silencio de su cuarto, él encargó a la inteligencia la justificación de su actitud y el aplauso por haber roto ese círculo—se jactó de su liberalismo—de su tolerancia—se alegró de verse libre de una mujer segura de sus convicciones y de una familia llena de prejuicios—se burló de su pasada ilusión—; habría que buscar otro aire no

confinado»... La redacción iba a la deriva. —*Necedades, necedades*. La joven rasgó todos los papeles. Apagó las lámparas. Abrió el ventanal hacia el jardín, hacia la espléndida noche y las estrellas. Respiró con fuerza. Después vino a un rincón y se arrodilló para rezar el rosario, repasando los misterios dolorosos.

Las sirenas: el círculo se cierra

—Realmente usted no merece ni un solo centavo, sino el despido. Usted con sus torpezas comprometió el prestigio de la Casa ¡y en servicio de esta categoría! No más porque sé la necesidad que tiene su familia, no lo reportaré; pero cuidado con repetir el chiste: le costará el empleo —dijo el jefe de empleados a Heliodoro Camacho, cuando ya de regreso en la agencia funeraria se repartía la propina; lo llevó a un extremo del despacho, y en voz baja siguió hablándole con menor acritud—: yo dudo que hayan sido no más torpezas cometidas sin intención; usted no es un primerizo en el trabajo; dígame la verdad: ¿usted fue cristero?

Heliodoro Camacho, que había guardado un abandono fatalista durante la reprimenda, levantó la cara y fijó los ojos en el jefe, con estúpida mirada, sin acertar a responderle.

—Nada tendría de particular. Es más: me gustaría.

—¿Cómo dijo usted que si yo era qué?

—Cristero. No se haga. No tenga miedo confesármelo. Ya sabe cuál es la filiación de la Casa, de los patronos; por eso nos hacen la guerra los competidores, llamándonos reaccionarios, clericales; pero ahora de nada les valió su masonería para quitarnos el servicio del general. ¿Quiere que le diga? Yo también lo aborrecía con toda el alma.

—¿Quién? Ése —y a Camacho se le iluminaron los ojos.

—¿Ve cómo adivinaba? Me alegra que usted fue cristero.

—No, eso que dice usted, no; lo que sí le sé decir es que sobre muerto yo le hubiera dado de puñaladas. Mató a mi padre allá en Sonora; él nos aventó a la miseria; por él mi madre anduvo pidiendo limosna y mi hermana se perdió; quién sabe si yo hubiera podido hacer algo en la vida; y ahora

que tuve modo de vengarme, después de tantos años de pensarlo, no me animé, y por cobarde, quisiera que me matara un tren o me cayera un rayo. No me animé, fíjese. Hasta me quiero quitar el nombre.

—¡Vamos, hombre! No es para tanto. Ya decía yo que usted tenía motivos. No era para menos. Yo que usted sí habría hecho una barbaridad, sin que nada me hubiera importado.

—¿De veras? ¿Ni su familia? ¿Ni la Casa?

—Váyase a descansar, Camacho. Anoche le tocó guardia y hoy todo el día fue de fatigas —el jefe sacó de la cartera otro billete y lo entregó a Heliodoro—: tenga esto de más en compensación del mal rato y para prueba de mi solidaridad con sus sentimientos. Mañana, puntualito, ¿eh?

—Camacho, que te habla tu mujer en la puerta —oyó que lo llamaba un compañero, cuando se dirigía a cambiarse el uniforme de la agencia; volvió los pasos con resignación, en espera del inevitable chubasco; lo alarmó el semblante descompuesto de la cónyuge.

—¿Qué traes? —preguntó, tratando de disimular angustiosas corazonadas.

La mujer hizo señas de que la siguiera. Caminaron hacia la Santa Veracruz. La mujer no pudo contener el llanto.

—Pero qué, dímelos de una vez: ¿el muchacho? ¿las muchachas? ¿qué pasó?

—No más tú tienes la culpa de todo —contestaba, interrumpiéndose a sollozos—, que ni caso haces de tus obligaciones... tú, no más tú... qué se te hace poco tenernos muertos de hambre... tú, que no sirves para nada... esto tenía que suceder...

—Esto qué —preguntó Heliodoro con impaciencia, pero con menor zozobra, pues el sesgo de las recriminaciones le había dado esperanzas de que todo fuera el pleito diario, ahora con adorno de lágrimas.

—Ellas tenían que hacer su lucha, siquiera para vestirse...

—Ellas quiénes —otra vez la zozobra, la seguridad de que se trataba de sus hijas, el terror—: ¿qué les pasó? ¡dímelos pronto!

—¡Y ahora como que te llega apuración! Cuidado habrías de haber tenido. Pues que a las pobres, ya ves cómo hay gentes del Gobierno abusivas, las sacaron del cine con sus novios, no más porque diz que se

estaban besando: Emilia y Rosalía; y las tienen en la sexta delegación, sin que me dejen verlas esos empleados abusivos.

Esperada, la noticia fue sin embargo un mazazo en la nuca de Camacho; las cosas le dieron vueltas; lentamente comenzaron las figuraciones: las dos muchachas encerradas a merced de los policías, de los practicantes que quién sabe si las examinarían; lo que Camacho ha sabido y visto en las demarcaciones, cuando lo han llevado asuntos de la funeraria; cómo hacen a las infelices mujeres que caen allí; lo que ha visto que hacen los policías a estas mujeres que andan por aquí, cuando les niegan dinero.

La mujer seguía dándole mazazos:

—A mí me fueron a avisar unos muchachos y corrí para ver si se las quitaba a los que las llevaban; qué esperanzas: ni los alcancé, ni tenía un méndigo centavo partido por la mitad; por esto en la demarcación me trataron peor que trapeador, no me dejaron verlas y hasta me dijeron inmundicia y media, ¡bueno! ¿a ti qué te importa que traten así a tu mujer, si tú me dices cosas peores todo el santo día? No más santa no me dijeron, los léperos, y yo soportándolos con la esperanza de que me las soltaran, ¡pobres niñas, en manos de esos brutos!

Figuraciones: —*si hubiera sabido esto nada me habría detenido de hablarles a algunos de esos personajes que estaban junto de mí en el entierro, al Presidente mismo... nunca vi tan cerca a los que las pueden... y me las habrían soltado, y hasta quién sabe si hubieran castigado a los que se las llevaron... no más una palabra de alguno de los que estaban junto de mí... qué les habría costado... pero ahora.* Preguntó esperanzado:

—¿No más porque estaban en el cine? Cuántas veces te he dicho...

—A mí no me tienes tú que decir nada —y la furia de la mujer crecía—; ¿con qué derecho? ¡Pobres muchachas, que diz que los médicos les estaban haciendo un examen! ¿para qué? ¡quién sabe qué les estarían haciendo! —y los llantos subían hasta congregarse curiosos.

—*Un examen:* Heliodoro se mordió los labios:

—Vamos pronto.

—¿Traes dinero suficiente? La propina... porque diz que lo menos van a ser cien pesos de multa...

—¡Cien pesos! ¡cien pesos! ¡la propina por haber enterrado a ése! ¡maldito dinero! ¡lo estoy rompiendo a estrujones en la bolsa, porque me quema!

—¿Cuánto sacaste de propinas?

—Unos veinte pesos.

—¿Con todo y el servicio del general? ¡Mentiras, sinvergüenza, canalla, desobligado! ¡diz que veinte pesos! ¡ni que se hubiera muerto el perrero de catedral! ¿a quién le estás dando lo que ganas? ¡dime! Y ultimadamente qué te estoy ocultando. Para que lo sepas y no creas que lo vamos a arreglar con veinte pesos, a las muchachas no se las sacaron del cine; estaban en la casa de una amiga que las manda llamar a veces, para que consigan unos centavos; es una casa decente, sin escándalos, pero ¡la de malas! ahora les cayó la policía, ¡y las pobres no estaban haciendo nada malo! pero porque no quisieron darles dinero ni... tú me entiendes, cargaron con todos los que estaban allí. Tú podrás decir lo que quieras; pero yo no sabía que andaban en esos pasos, hasta que me fueron a avisar.

A Heliodoro se le han derrumbado los pensamientos. Es como un ataque al cerebro. Pero sigue viendo la noche, las luces, la cara de su mujer. Le hormiguean las manos y ha dejado de estrujar los malditos billetes: quince pesos, que le dieron por todo, en lo del general, y cinco más de otros servicios; ¡y esperaba siquiera cincuenta pesos! ¡por cincuenta pesos había traicionado a su padre, a su madre, a sus hermanos, a su hermana Natalia! ¡los traicionó por quince cochinos pesos! Vuelve a arrugar los billetes. Ha comenzado a funcionar el pensamiento, de nuevo. ¿Qué le decía su mujer? ¡Ah, sí! De nuevo:

—Tú no más tienes la culpa. Yo no lo sabía. ¿De dónde habían de sacar las pobres para sus exigencias? Son muchachas... Y ahora que diz que las van a traer al Hospital Morelos, por tu culpa. Les levantan que están enfermas. ¡Al hospital!

Heliodoro no pudo más. En pleno rostro le dio tremendo bofetón a su mujer. Chorro de sangre. Bola de curiosos. La mujer se tambaleó. Los curiosos agredieron a Heliodoro. Vocerío.

—¡Cobarde! ¡Por mero y la mata! ¡Pegarle así a una mujer! ¡Toma por valiente! ¡Hay que lincharlo! ¡Miren no más cómo le dejó el ojo! ¡Se está

desangrando a chorros! ¡La policía! ¡Que llamen a la Cruz Roja! ¡Toma, para que te enseñes a pegarles a las mujeres! ¡Toma, bravucón!

Bofetones, tirones de cabellos, patadas, pisotones, pellizcos. Las más agresivas eran las mujeres de rodeo, con cuartel en la Avenida Hidalgo y en sus inmediaciones; las mismas mujeres que noche a noche lo llaman a la salida del trabajo con palabras de rutina, pero melosas: —*chulo, encanto, lindo*. Ahora no las ve; pero las oye, las siente; son las mismas voces quebradas, los mismos olores a loción y sudor. ¿No andará entre ellas, sin conocer a quién le pega, no andará con ellas Natalia, su hermana? ¿No andarán Emilia y Rosalía, sus hijas? ¿Qué habrá sido de su mujer en esta confusión? El examen. El Hospital Morelos. Emilia y Rosalía con las... el general... no se animó... llega la policía... griterío... lo acusan todos a una... le pega el general y él en cambio no se animó a pegarle, a tirarlo, ni siquiera a escupirlo... le pega su madre, por cobarde... y su padre... y sus hermanos... le pegan sus hijos... él cuida coches... lebrón... otra vez el general pega recio y se ríe... la policía y el Hospital Morelos.

Cuando volvió en sí lo bajaban en peso de una ambulancia. Y a su mujer que lloraba y maldecía. Lo recordó todo. ¿Su cachucha? No la encontraron. Fue un golpe mayor: la cachucha, con el nombre prestigiado de la Casa, en el escándalo. Ahora sí lo despedirían. El nombre de la Casa en el escándalo. La cachucha se perdió en la trifulca. Pero no lo lincharon. Se sintió con fuerza para caminar solo. Está hecho un santocristo, así, como su padre, cuando lo colgaron. No había parte que no le doliera. Pero podía caminar. Al entrar en el zagúan de la comisaría vio la cara de su mujer, ensangrentada; el ojo izquierdo monstruosamente hinchado; la oyó decir palabras obscenas y amenazas furibundas. Al subir los escalones del corredor, flaqueó. En peso lo llevaron a la barandilla.

—¡Señor comisario, pido contra él que lo manden a las Islas Marías! ¡Es un desgraciado infeliz! ¡Figúrese no más que hasta echó a sus hijas a la perdición! ¡Desgraciado! ¡Que se pudra en las Islas Marías! ¡Mañana mismo que se lo lleven en cuerda y que nunca vuelva! —las voces de su mujer retumbaban en las paredes; tuvieron que callarla los policías.

—Como el practicante se fue a cenar, pásenlo al calabozo, mientras vienen para que lo examinen en el servicio médico. Está borracho ¿verdad?

Pásenlo al calabozo.

Casi no puede caminar. Pasillos cada vez más oscuros. Asco de olores. Ruido de cerrojos. Tinieblas que se cierran. —*Pensar que hoy estuve cerca del Presidente y sus Ministros... quién sabe si ahorita supieran lo que me pasa, se compadecerían, darían una orden contra esta injusticia... las Islas Marías... mi esposa... ¡cómo! ¿esposa?... yo aquí mientras mis hijas... no, señor comisario, ella fue la que las echó a la perdición...*

Comenzó a gritar sin darse cabal cuenta:

—Ella fue, señor comisario; por eso le pegué, con mi derecho de marido y de padre.

Sintió que se le acercaban bultos. Comenzó a distinguir las caras, los ademanes de los presos. Había un foquillo, como brasa de cigarro. Pudo escuchar:

—¡Te las tronaste fuerte, manito! Miren qué vestido. ¡Es un muertero!

Pareció un eco; pero fueron repeticiones amenazantes más y más:

—¡Un muertero!

—¡Un muertero marihuano!

—¡Qué miedo: estar con un muertero!

—¡Es de mala suerte! ¡Duro contra el muertero!

—¡Quítenle esos trapos: traen mala suerte!

Pronto cayeron con furia. Le arrancaron a pedazos el uniforme de la Casa. Lo golpearon. El tumulto atrajo al vigilante. Chirriaron los cerrojos. Entre tinieblas otra vez.

—A mí me tocó enterrar al señor general y me tocó estar junto al señor Presidente. Tiene cara de buena persona. El general no. El señor Presidente, que si supiera estas injusticias —decía o quería decir cuando se halló en la mesa de operaciones del servicio médico.

Sí. Esto sí lo oyó decir:

—Hay que llevarlo inmediatamente al Hospital Juárez, con mucha urgencia.

Mas tarde, como dentro de los oídos, las sirenas de la Cruz Verde. Las sirenas que durante doce años le han sido familiares. —*¿Dónde quedaron los veinte pesos? ¿los quince pesos del general? Habían sido diez en un principio; pero el jefe le dio cinco más, porque tampoco le caía bien el*

difunto; por todo, salió el día, de propinas, en veinte pesos. Las sirenas aturden. Lo han dejado sordo. No las escucha ya. Ni nada. —Después de todo, ¡qué bueno ya no saber nada de nada!

San Miguel Chapultepec, 19 de marzo de 1948 —19 de agosto de 1951. Los primeros apuntes tienen esta fecha: 7 de julio de 1945.



AGUSTÍN YÁÑEZ nació en Guadalajara, Jalisco, en 1904. Humanista en el sentido más amplio, filósofo, pensador político y literato, considerado como el mejor escritor de costumbres de la literatura mexicana, publicó más de 30 libros, de los cuales 17 son obras narrativas: *Por tierras de Nueva Galicia* (1928), *Baralípton* (1931), *Espejismo de Juchitán* (1940), *Genio y figuras de Guadalajara* (1941), *Flor de juegos antiguos* (1942), *Archipiélago de mujeres*, *Pasión y convalecencia* (1943), *Ésta es mala suerte* (1945), *Melibea, Isolda y Alda en tierras cálidas* (1946), *Al filo del agua* (1947), *Los sentidos del aire*, *Episodios de Navidad* (1948), *La creación* (1959), *Ojerosa y pintada* (1959; Joaquín Mortiz, 1967), *La tierra pródiga* (1960), *Las tierras flacas* (Joaquín Mortiz, 1962), *Tres cuentos* (Joaquín Mortiz, 1964), *Perseverancia final* (1967) y *Las vueltas del tiempo* (Joaquín Mortiz, 1973). Fue presidente del Seminario Mexicano de Cultura en 1949-1951 y en 1952 ingresó a El Colegio Nacional y a la Academia Mexicana de la Lengua, que también presidió. En 1973 recibió el Premio Nacional de Letras. Además de esto, tuvo una fructífera carrera política que lo llevó a ser gobernador de su estado (1953-1959) y secretario de Educación Pública (1964-1970). Murió en 1980 en el DF y sus restos descansan en la Rotonda de los Hombres Ilustres.